



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

## Universidad de Guadalajara

**Ricardo Villanueva Lomelí**  
Rector General

**Héctor Raúl Solís Gadea**  
Vicerrector Ejecutivo

**Guillermo Arturo Gómez Mata**  
Secretario General

**Carmen Margarita Hernández Ortiz**  
Coordinadora General de Extensión y Difusión Cultural

**Daniela Yoffe Zonana**  
Coordinadora de Artes Escénicas y Literatura

## Luvina

**Silvia Eugenia Castillero**  
scastillero@luvina.com.mx  
Directora

**Víctor Ortiz Partida**  
vortiz@luvina.com.mx  
Editor

**Iván Soto Camba**  
isoto@luvina.com.mx  
Editor

**Xitlalitl Rodríguez Mendoza**  
xrodriguez@luvina.com.mx  
Corrección

**Andrés Gómez Servín**  
Diseño

**Paola Llamas Dinero**  
Edición del sitio web

**Griselda Olmedo Torres**  
golmedo@luvina.com.mx  
Administración

**Luis Armenta Malpica | Jorge Esquinca | Verónica Grossi**  
**Josu Landa | Baudelio Lara | Ernesto Lumbreras**  
**Antonio Ortuño | León Plascencia Ñol | Laura Solórzano**  
**Sergio Téllez-Pon**  
Consejo editorial

**José Balza | Adolfo Castañón | François-Michel Durazzo**  
**José María Espinasa | José Homero | Christina Lembrecht**  
**Jaime Moreno Villarreal | Luis Panini | Francisco Payó González**  
**Vicente Quirarte | Patricia Torres San Martín**  
**Carmen Villoro**  
Consejo consultivo

## Programa Luvina Joven

Talleres de lectura y creación literaria  
en el nivel de educación media superior

**Paola Llamas Dinero**  
luvinajoven@luvina.com.mx

Luvina, año 28, núm. 116, otoño de 2024 es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara a través de la Coordinación General de Extensión y Difusión Cultural, Biblioteca Pública del Estado de Jalisco Juan José Arreola.

Periférico Norte Manuel Gómez Morín 1695, piso 6, colonia Belenes, 45100, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono 33 3044-4050

www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx

Editor responsable: **Silvia Eugenio Castillero**

Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2006-112713455400-102 e ISSN 1665-1340, proporcionados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título 10984 y Licitud de contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.

Impreso en los talleres de Libros en Demanda, Periférico Norte 940, colonia Lomas de Zapopan, 45130, Zapopan, Jalisco, México.

Este número se terminó de imprimir el 24 de septiembre de 2024 con un tiraje de 1,000 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

**Mixedmedia.press**  
Diagramación

**Comercializadora GBN**  
Distribución  
Teléfono 55 5618-8551  
comercializadragbn@yahoo.com.mx  
comercializadragbn@gmail.com

**Javier Campos Cabello**  
Imagen de portada

**Christian Castañeda**  
@xianofthedeath  
Ilustraciones

www.luvina.com.mx  
fb: /RevistaLuvina  
ig: @luvinaudg

**La experiencia de la vida** nos enfrenta a circunstancias individuales y precisas, y al mismo tiempo a experiencias de naturaleza ontológica, digamos primigenia. Se concibe como una falta de algo inalcanzable, nostalgia que tiene que ver con el paraíso perdido, con el vacío que sentimos cada vez que respiramos profundo y nos embarga la necesidad de llegar más y más lejos, traspasar el contorno de los cielos, o de manera inversa profundizar en el cuerpo y sus tejidos para saber dónde nacen las células y cómo el sueño se hace verdadero.

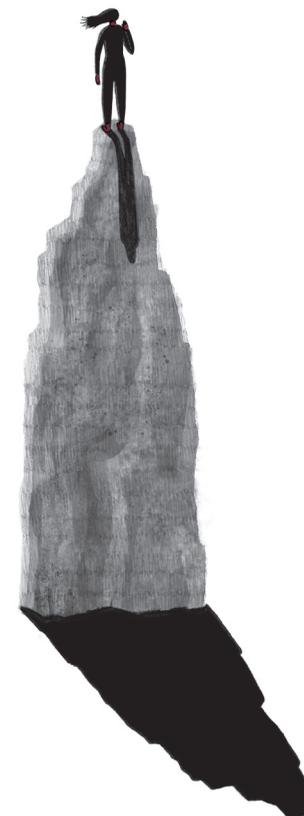
Vivimos un tipo de ímpetu hacia el vuelo y el cosmos, hacia el subsuelo y su tamaño minúsculo. Queremos acortar la distancia que separa los dos infinitos.

Existir en intimidad con una zona de no conocimiento significa vivir frente a la inmortalidad que llevamos a cuestas, que es la condición del paraíso perdido o jardín eterno, o edén, uno de los primeros mitos de las sociedades primitivas. A través de expresiones onomatopéyicas, desde los orígenes de la civilización se ha tratado de conectar con la vivencia mística, con el sentido divino.

La nostalgia entonces surge del abordaje emocional ante la caída en el resbaladero del tiempo que nos conduce a la muerte. Es la pérdida de vida que llevamos tatuada en el espíritu, el vuelco a la nada del todo que somos. Y su recuperación a través de la memoria.

En este número de **Luvina** la nostalgia desborda los textos, a través de lenguajes íntimos y—a la manera de aquellos chamanes arcaicos—nos ofrecen distintas posibilidades del lenguaje para acercarnos al misterio, diversas maneras de vivir las mutaciones del ser en este mundo limitado y específico. Versos y prosas que contienen un lenguaje secreto, próximo a la trasmutación de voces interiores en espacios donde el cuerpo se reintegra a la vida cotidiana, no sin llevar al lector por laberintos peligrosos e infernos sanadores.

Por otra parte, la obra pictórica de Javier Campos Cabello contiene esos gritos, susurros, cantos, trazos que devienen verbos de vida humana inmortal.



# Luvina 116

Poemas	8	Condecoración, verano de 2007	83
Olga Gutiérrez Galindo		Alexandro Castro	
Nostalgia, cine, replicantes y curaduría del recuerdo	14	Marcado por el aburrimiento	87
Naief Yehya		Daniel Centeno	
Desde hace años los viejos han derrumbado viejos muros	22	Es nostalgia o saudade	95
Cosmin Peța		Oscar Tagle	
¿A quién pertenecen?	28	Vasos comunicantes en dos artistas de la modernidad:	98
Gabriela Hernández		Helen Frankenthaler y Willem de Kooning	
La nostalgia	34	Verónica Grossi	
Liu Xunfu		Poemas	103
Tesoros en el buzón	37	Sofía Rodríguez	
Teresa González Arce		Kintsugi	108
En el planeta rojo	46	Carlos Domenzain	
Jorge Esquinca		Desencuentro	115
Viejito culiado: poema en Slack	48	José Luis Vera	
Aziz Córdoba		Sobre el inminente fallecimiento de mi abuela	116
Vaciar una casa	52	Nathaly Bernal Sandoval	
Gabriel Wolfson		El regalo	125
Ganke	55	Nicolas Kouzouyan	
Eduardo Padilla		El Pantano de la Nostalgia	130
El artista de la vida	60	Vonne Lara	
Alonso Cueto		Face to Face	133
Delivery	64	Ibrahim Hernández Oramas	
Judith Santopietro		Primavera en paréntesis	135
Recordarás estas palabras	70	Adriana Díaz Enciso	
Myriam Moscona		En una carrera contra la realidad	143
Museo de la Herramienta	73	Silvia Eugenia Castellero	
Melissa Niño		Una bestia que nos devora	147
El sobre de mis muertos	77	Franca Álvarez	
Juan Fernando Covarrubias		Vacaciones en Roma	165
		Víctor Cabrera	
		David Huerta entre luces de bengala	169
		José María Espinasa	

**LUVINA JOVEN**  
Entre lo que veo y digo, entre lo que digo y callo 173  
Mariana Soto Almaguer

**ARTE**  
Javier Campos Cabello. Entre Bacon y el tenebrismo 11  
Baudelio Lara

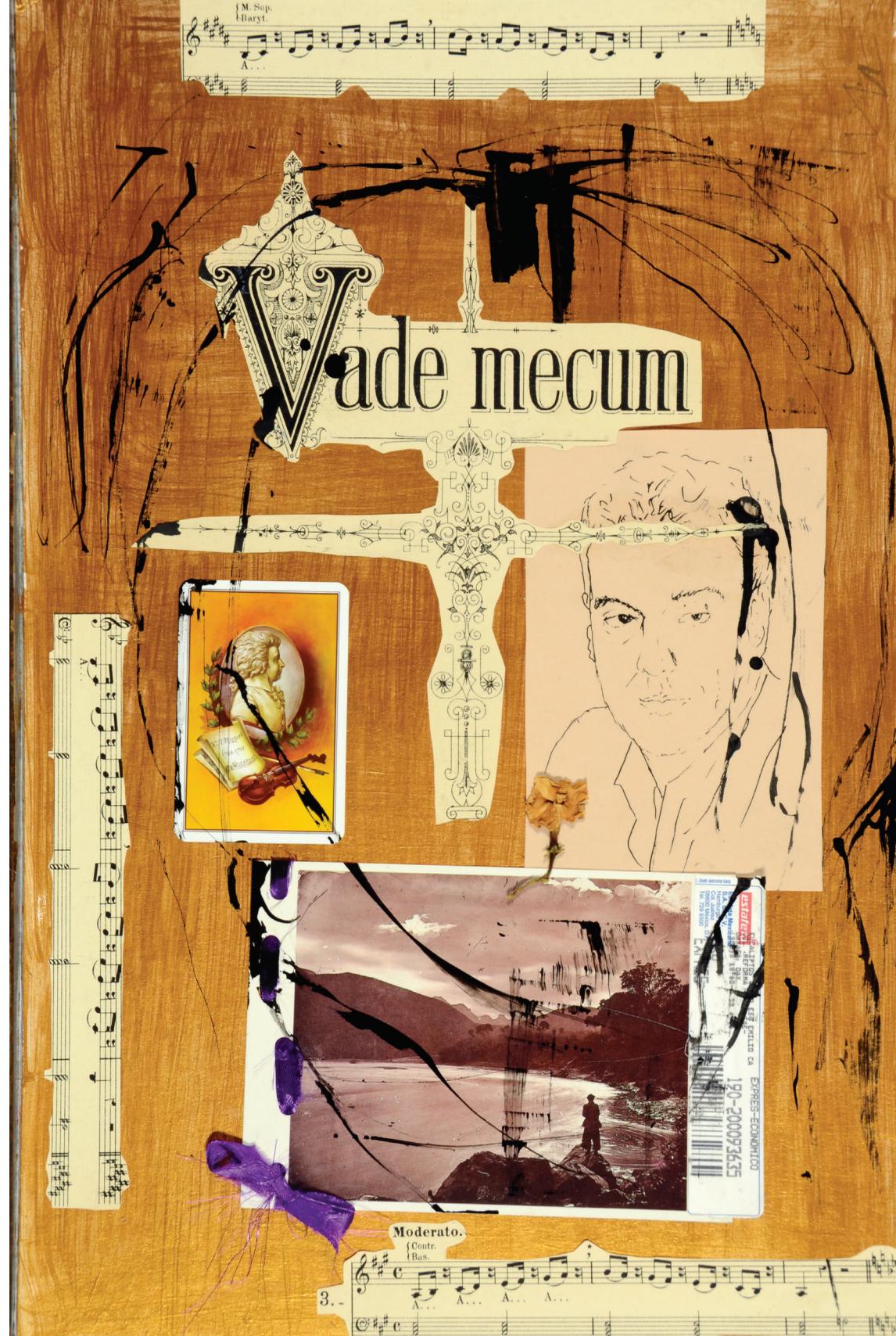
Javier Campos Cabello. Semblanza biográfica 15  
Javier Ramírez

**PÁRAMO**  
**Celular a pan, agua y latigazos** 178  
José Manuel Torres Funes  
**Los sueños errados de Steven Millhauser** 180  
María Negroni  
**Metrópolis: un desdoblamiento editorial** 183  
Carlos Vicente Castro  
**Apuntes sobre la poesía de Antonio Lucas** 187  
Paulo Caffo  
**Nostalgia por la Roma** 191  
Alfredo Sánchez Gutiérrez  
**Venas al frente, festines de sangre y mal gusto** 193  
Iván Ortega

**Lo oscuro y lo visible** 195  
Ernesto Lumbreras  
**Nostalgia por Nostalgia** 197  
Hugo Hernández Valdivia

**Mesa de novedades** 200  
**Mario Heredia crea collage con partituras centenarias** 202  
Víctor Ortiz Partida

Las imágenes de la serie *La Valse*, de Mario Heredia, aparecen en las páginas 7, 13, 27, 33, 36, 45, 102, 114, 124, 142 y 146.



# Olga Gutiérrez Galindo

ellas ellos elles.  
 nervaduras continuas. homotopías.  
 mapean fuera del blanco sobre blanco.  
 encierran lunas anémicas. integran. parten.  
 extienden la sintaxis de frisos fúnebres y pantallas rotas.  
 comparten dominios desconocidos.  
 ellas ellos elles determinan espacio-tiempo.  
 rellenan intervalos de funciones inversas.  
 desconectan plataformas hemisferios.  
 escenografía pálida. en camas estériles se acomodan.  
 padecen lema deformación isomorfismos.  
 se pronuncian por agujeros negros benevolentes  
 por dioses compasivos por paisaje de luz infinita.  
 pendientes del silencio de placeres idos  
 agitan el álgebra. agitan los nocturnos líquidos.  
 agitan el No Ser Nadie.  
 se aferran a anillos de polinomios.  
 se aferran al éxtasis de convertirse en neutrinos.  
*running running away from loneliness*  
*my loneliness your loneliness God's loneliness*  
 ellas ellos elles: los muertos.

\*

cuando niña  
 aguacates dominaban los cielos  
 se pegaban a la garganta

Eudosina y las cucarachas reían

alguien repetía en silencio la palabra  
 algunos rechinaban los dientes al escucharla  
 otros movían los muebles de la sala  
 los perros lamían los culos  
 políglotas *serial killers* y santos  
 cantaban sus vocales

sin pronunciarla  
 mi madre por toda la casa  
 la dejó caer

\*

cuando niña calzones camisetas  
 camisas vestidos blusas orejas  
 sapos camarones paracaídas  
 niños mujeres sábanas gatos  
 víboras de cascabel maldiciones  
 ganas ovarios  
 se planchaban y almidonaban

en aquel entonces sin saberlo  
 vivíamos en la quinta dimensión  
 con hipotenusas rotas  
 sin arrugas

felices



cuando no queríamos comer verdura  
 cuando prendíamos la tele sin pedir permiso  
 cuando no queríamos bañarnos ni pedir perdón  
 cuando decíamos mentiras y malas palabras  
 cuando no decíamos *mande usted con permiso*  
*disculpe buenos días buenas tardes buenas noches*  
*gracias por favor*  
 cuando éramos niños por todo esto y más  
 nos electrocutaban



por años pensé en él  
 que si sus labios  
 que si sus cejas  
 que si sus muslos  
 etc etc  
 cuando lo volví  
 a ver  
 no sentí aquel viejo tsunami  
 ni aguacero  
 sólo miré  
 si traía  
 boleados  
 los zapatos



la Noche es obsesión por la morfina  
 Marie Curie y Emily Dickinson toman mi mano

ondas gravitatorias diseccionan el *Big Bang*  
 oxidan la Vía Láctea  
 todo es natural complejo

bajo el pulso frenético de Pi  
 la desintegración del sol



aquella mañana catéteres y sudores  
 traspasan taquicardias y boca seca  
 polarizan cerebro

aquella mañana  
 masticar de huesos en cama de hospital

el aire infecta

exudo  
 branquias de mariposa



aquel día  
 yo mutación constante  
 con el desasosiego dentro  
 tranquila pregunto si la Noche es  
 isótopo del catecismo  
 o simplemente  
 psicoanálisis  
 del éter



insomne mi casa palidece  
 pintura rancia desequilibrio

abandonada  
 abre el pecho para tomar aire

cuántas estrellas en salmuera  
 cuánta alegría en los anzuelos

mi casa  
 montículo de ansiolíticos  
 se escapa sin grandes titulares

mi casa hermosa boca de lodo  
atiborrada por espectros y  
campos electromagnéticos moribundos

\*

aquellas noches no encuentran palabras  
para la soledad de Pi en el ombligo  
para el zumbido de los rascacielos

ni para el estupor del humo interior

el vacío amordaza  
yo: equis más Pi  
(x + Pi)  
regurgito salamandras ✖



# Nostalgia, cine, replicantes y curaduría del recuerdo

Naief Yehya

**Resulta difícil no buscar refugio en el pasado** cuando se vive un tiempo que parece avanzar aceleradamente hacia el cataclismo ecológico, el horror del populismo fascista y la fractura irremediable del orden legal internacional. Cuando el progreso tan sólo ofrece incertidumbre, desconsuelo y angustia, la memoria parece un oasis indispensable. Encontrar santuario en nuestros recuerdos preciados no resolverá los grandes problemas de nuestra era como el calentamiento global, las guerras sin fin, el genocidio del pueblo palestino y tantas otras calamidades que nos

Ciudad de México, 1963. Su libro más reciente es *El planeta de los hongos* (Anagrama, 2024).

afligen en la primera mitad de la tercera década del siglo XXI. Esas memorias representan un espacio mental de consuelo individual, egoísta e incompañable que es el territorio de la nostalgia, un concepto acuñado en Basilea el 22 de junio de 1688 por Johannes Hofer, un joven estudiante de medicina, para referirse a una condición médica que consistía en una tristeza melancólica. El nombre que le dio, nostalgia, provenía de dos raíces griegas: *nostos* (palabra homérica que significa regreso a casa) y *algos* (dolor). Hofer identificó ese mal especialmente entre los soldados suizos que peleaban en el extranjero y lo definió como el «estado de dolor moral relacionado con la separación forzada de la familia y el entorno social». Los pacientes se mostraban obsesionados por el regreso a su patria, confundían lo real y lo imaginario, así como el presente y el pasado. Estos síntomas asemejaban a este mal con la hipocondría y la melancolía, sin embargo Hofer lo definió como resultado exclusivo de extrañar la patria.

En el siglo XX el término fue «desmedicalizado» y fue cambiando su uso. A partir de la década de los setenta, el énfasis de la definición dio un cambio semántico radical para alejarse del estrecho contexto de extrañar el hogar lejano y volverse una especie de melancolía sentimental por momentos específicos del pasado. Entonces la palabra comenzó a volverse moneda de cambio en una variedad de disciplinas del conocimiento, así como en el entretenimiento.

La nostalgia sería entonces la tristeza que produce la evocación de recuerdos gratos, a menudo irrepetibles, narrativas protagonizadas por nosotros mismos, escenas significativas y viñetas de experiencias que por un lado producen felicidad y por el otro, un malestar por el «tiempo perdido». Así mismo producen nostalgia ciertos olores, sonidos y estímulos que nos remiten a otros tiempos, porque más que extrañar lugares se añora otro tiempo. La nostalgia es dulce y amarga, contradictoria por naturaleza y tiene más que ver con la curaduría y edición de los recuerdos del pasado que con la fidelidad de la memoria. Es un reordenamiento de los factores, una depuración de situaciones para reconstruir los recuerdos reorganizándolos y convirtiéndolos en algo único. La nostalgia opera al invocar en un mundo estático y predecible, sin sorpresas ni estrépitos inesperados. Al sentirnos despojados del control de las circunstancias, mediatizados, rodeados de problemas, enfermedades, vejez y muerte, se produce un alivio momentáneo al refugiarnos en recuerdos de simpleza y armonía. La nostalgia es la cara de un presente eterno, libre de ideología, como un atisbo íntimo del fin de la historia.

Poco a poco la cultura popular fue convirtiendo al pasado en un gigantesco depósito de materia prima para ser revisitada, reexplotada y reelaborada. Así la nostalgia se ha convertido en una forma de extractivismo intelectual y en un símbolo del agotamiento de las formas creativas contemporáneas o bien en una expresión de desconfianza en la originalidad, así como temor a la experimentación y la toma de riesgos en la producción de música, programas de televisión, moda, cine, juegos de video o arte. Esto se ha traducido en un constante y compulsivo reciclaje de estilos del pasado, así como en el anhelo de regresar a tiempos idealizados de mayor simpleza política, en los que las identidades de género no eran «confusas» ni transgresoras ni complicadas y la igualdad, respeto, justicia social y diversidad podían ser ignoradas. La nostalgia en los productos de entretenimiento y la estética busca una reconciliación con un pasado que a menudo es falso o idílico. Un ejemplo muy claro de este revisionismo hollywoodense, en el que el pasado es maquillado con elementos de diversidad al presentar realidades que eran profundamente racistas, misóginas y homófobas, como tiempos de tolerancia y apertura, un ejemplo es la exitosa serie *Stranger Things*. La oleada de nostalgia que ha infectado a la producción fílmica es, en buena medida, una respuesta a la tecnología, a la pérdida de control ante mentes no humanas y cajas negras que determinan nuestras vidas. De ahí la obsesión con el fin del mundo, con el *black out* o apagón definitivo que de golpe elimina todas nuestras herramientas tecnológicas, especialmente digitales. Esa obsesión está presente de manera elemental en la proliferación de historias de zombies. La búsqueda del confort emocional en los medios ha generado una epidemia de recuerdos potencialmente emotivos en un marasmo de estímulos retro (un término que comienza a popularizarse en la década de los setenta) estratégicamente insertados para evocar memorias conmovedoras. Esto se ve en géneros como el steampunk, que combina diseños victorianos con tecnologías arcaicas, ruinas modernistas y resonancias cibernéticas en un formato de decadencia postapocalíptica.

La epidemia de los *revivals* no trata específicamente de nostalgia aunque consiste en un retorno a formas del pasado. A veces estas obras están concebidas como portadoras de mensajes sentimentales pero otras reflejan un cierto morbo por explotar anacronismos, así como un placer kitsch y un rechazo de los tiempos que vivimos. Imposible no pensar en *El día de la marmota* (*Groundhog Day*, de Harold Ramis de 1993), en la que el protagonista, Phil Connors (Bill Murray), queda atrapado en un bucle



temporal, obligado a repetir el mismo día una y otra vez. Esta especie de infierno en un invierno de aislamiento provinciano es a la vez una oportunidad única de regresar a un momento singular en la vida y tratar de repetirlo de la mejor manera. Este es el ideal nostálgico.

La nostalgia no pertenece exclusivamente al terreno de la cultura popular sino que está presente en otros ámbitos, muy particularmente en la política. Y la más reciente oleada de populismo es su manifestación más clara. Lo que denominamos populismo es una corriente con numerosas variantes que consiste en incitar al activismo a partir de la victimización y el rechazo al «otro». Esta es una ideología que parte de la certeza de un paraíso perdido debido a las políticas liberales, léase la inclusión de minorías, protección a los refugiados, programas de ayuda social y eliminación

de castigos exagerados a ciertos crímenes. Es un movimiento que desprecia a la ciencia, teme a las influencias «extranjeras» (el cosmopolitismo tan temido por los nazis), rechaza a los inmigrantes y a los medios informativos del *mainstream*. Así mismo, pregona un odio esquizofrénico en contra de ciertas élites mientras se desvive en devoción por individuos poderosos, por la destrucción de los mecanismos democráticos y el establecimiento de regímenes autoritarios. El populista necesita del crimen para explotar la paranoia y el miedo y así promover su regreso a un tiempo de simpleza y control. La vuelta de los populismos (el triunfo de la extrema derecha en Europa, el regreso de Trump y la popularidad de Putin entre otras señales) con sus repugnantes rasgos profascistas es también la confirmación de que el «Nunca más» de la posguerra fue tan sólo un eslogan propagandístico.

El cine es un medio nostálgico por definición ya que depende de su evocación del pasado. Al ser un medio que consiste en atrapar el presente su esencia radica en la tensión entre la preservación de imágenes irrepetibles y el paso despiadado del tiempo. El cine puede capturar y «materializar» las memorias que podemos volver una y otra vez. La nostalgia está íntimamente enquistada en la publicidad y las estrategias de marketing de numerosos productos y «contenidos». En el cine la nostalgia se manifiesta también en las cada vez más estratégicas pistas sonoras, las cuales se han convertido en auténticos caleidoscopios de melodías pop y canciones exitosas de todas las eras, con potencial garantizado para hacer que la gran mayoría del público, de todas edades, se vea seducido por recuerdos de juventud y momentos felices. Pero la nostalgia del cine no se limita a las películas en sí, sino al contexto del cine como «fábrica de sueños»: el espacio negativo del filme (esa otra película que ocurre en la mente del espectador), las historias detrás de las filmaciones y hasta las demoliciones de los grandes cines de antaño. Es imposible considerar al cine únicamente como una colección de relatos interpretados ante una cámara sino que se debe tomar en consideración las vidas reales de los protagonistas y el contexto de las filmaciones. Eso establece los vínculos entre el elemento humano y el carácter mítico del cinematógrafo. Los rostros imperturbables de los actores en la pantalla son un recordatorio permanente de la crueldad del tiempo. Algunas películas son más emblemáticas de la nostalgia debido a sus temas o por otras razones o elementos extrafílmicos, como puede ser la muerte de un actor durante una filmación, como ocurrió a Brandon Lee en un terrible accidente en un escenario de *The Crow*.

El primer filme de Andréi Tarkovski tras su salida de la Unión Soviética y del régimen censor que lo asfixiaba fue precisamente *Nostalgia* (1983). Ahí habla del «particular estado de ánimo que ataca a los rusos cuando están lejos de su tierra natal». El poeta Gorchakov (Oleg Yankovsky) viaja a Italia a estudiar la vida de un compositor ruso que vivió en Boloña a finales del siglo XVIII, Pavel Sosnovsky. Y de la misma manera que el músico, el poeta y el cineasta son incapaces de apreciar tanto la belleza como la cultura italiana y enfocan su mirada en su desgarramiento interior, Tarkovski no parece particularmente interesado en el desarrollo de la trama. Los acontecimientos y situaciones de la película son meramente resonancias de su atormentado «universo interior», ese mundo en el que los sueños, los recuerdos y la realidad difícilmente se pueden diferenciar y que el cineasta captura en lo que suele llamarse escenas atmosféricas, a falta de un mejor término que pueda definir cómo el cine refleja la vida espiritual. Esta es una de las obras más personales de Tarkovski y es un reconocimiento de la nostalgia como un poder, por un lado capaz de paralizar el deseo y la pasión, y por el otro, ser una fuerza incandescente para la creatividad.

La película de culto *Blade Runner*, de Ridley Scott (1982) y su secuela *Blade Runner 2049*, de Denis Villeneuve (2017) descomponen la nostalgia en múltiples facetas, tanto intrínsecamente en el guión como en la manera en que son vistas y apreciadas a lo largo de los años. *Blade Runner* es la cinta emblemática del ciberpunk, el subgénero de la ciencia ficción que podría ser el hijo bastardo del progreso fracasado postindustrial y el film noir. Así, es un género de retrofuturismo agnóstico, pesimista y cínico. En la cinta original, inspirada en la novela de Philip K. Dick, *¿Sueñan los andróides con ovejas eléctricas?* (1968), la corporación Tyrrell ha desarrollado replicantes, robots indistinguibles de los seres humanos para servir como mano de obra esclavizada en las colonias espaciales, como soldados, trabajadores, exploradores y prostitutas. Estos seres a los que se condena a una breve existencia de explotación a pesar de tener consciencia, inteligencia, emociones y deseos, están prohibidos en la tierra, para lo que existen *blade runners* o cazarrecompensas que se dedican a eliminarlos si llegan a nuestro planeta. El mundo en estas cintas está en ruinas y bajo permanente lluvia ácida. Los terrenos de cultivos se han vuelto interminables desiertos, Las Vegas ha sido destruida por un evento nuclear, las ciudades sobrepobladas son asfixiantes y las aguas del océano amenazan derribar los muros que protegen a Los Ángeles.

Ese mundo no puede más que evocar nostalgia por lo perdido. Los replicantes por su parte se aferran a memorias que saben que no les pertenecen y a infancias que nunca tuvieron. Su linaje biológico y su ADN manufacturado los condena a ser seres desechables. Un elemento central de la novela era la casi total desaparición de los animales, por lo cual las mascotas son valiosísimas. También han desaparecido los árboles (salvo en aquella secuencia optimista al final de la primera película que fue impuesta debido a la mala reacción de los auditorios de prueba y que era pietaje sobrante de *El resplandor*, de Stanley Kubrick). Aparte de la nostalgia por el mundo natural, en la secuela hay nostalgia por Frank Sinatra y Elvis (que sobreviven deteriorados en medios holográficos), pero también por internet y los teléfonos celulares que desaparecieron tras un atentado contra los sistemas de información, comunicación y vigilancia. En la primera película conocemos a J. F. Sebastian (William Sanderson) el diseñador genético de los replicantes así como a Hannibal Chew (James Hong), que fabrica los ojos de estos seres artificiales, mientras en la segunda aparece la doctora Ana Stelline (Carla Juri), quien les implanta memorias, recuerdos manufacturados, que como explica: hacen un poco más amable la crueldad de sus vidas. Estos técnicos representan la familia y la paternidad corporativa industrial de seres que buscan vínculos, ataduras con su pasado y sueñan con haber nacido. En la primera cinta los replicantes rebeldes luchan por su supervivencia individual, en la segunda la insurrección busca la libertad de todos los replicantes. «Nuestras vidas no significan nada junto a la tormenta que viene. Morir por una causa justa es la cosa más humana que podemos hacer», dice la líder rebelde Freysa Sadeghpour (Hiyam Abbas). En ambos casos los replicantes tienen nostalgia de una vida «real». No obstante son únicamente considerados seres artificiales, maquinaria, tecnología animada de carne y emociones.

Las cintas de *Blade Runner* también provocan nostalgia por su hechura, la primera por su cuidadosa y compulsiva manufactura de detalles, saturación visual y auditiva; la segunda por su elegancia desoladora y espectacular equilibrio entre el universo de Scott, la novela y los entornos ideados por Villeneuve y su equipo. Los efectos nostálgicos que evocan son distintos y en cierta forma complementarios. La cinta de Scott presenta por un lado personajes sacados del film noir de década de los años cuarenta, como Deckard (Harrison Ford), el detective cínico, Rachel (Sean Young), la dama en conflicto (que evoca a Lauren Bacall o Veronica Lake), y que supuestamente es sobrina del inventor y oligarca, Eldon Tyrrell (Joe Turkel),

así como el misterioso detective Gaff (Edward James Olmos). Por otro lado están los replicantes rebeldes Nexus-6, los modelos básicos de placer Pris (Daryl Hannah) y Zhora (Joanna Cassidy), así como Roy Batty (Rutger Hauer) y Leon Kowalsky (Brion James), quienes recuerdan la estética del punk de los años setenta. *Blade Runner* es considerada una obra seminal posmoderna por esa fusión de estilos, por su colapso de eras y por el empleo del pastiche para crear un sentido ficticio del pasado. Así como lo real es puesto en tela de juicio por seres artificiales «más humanos que el humano», la temporalidad es transformada por el amontonamiento de símbolos anacrónicos (rascacielos con forma de pirámides, clubes nocturnos con sabor a período entreguerras, mercados exóticos y masas semirrurales) que hacen confusas las referencias y producen así nostalgia. La secuela de Villeneuve es también un laberinto nostálgico, que incluso evoca a la película de Scott con añoranza. Si en la anterior Rachel desconoce su condición de replicante, aquí el *blade runner* K (Ryan Gosling) tiene esperanza de haber nacido y no fabricado. Ambos creen que sus memorias realmente les pertenecen y descubren devastados que toda su vida habían sentido nostalgia por episodios falsificados e implantados en su mente.

La ciencia ficción nace como un género de creación especulativa que trata acerca de cómo la tecnología transforma la realidad y al ser humano. El enfoque es el sometimiento de la naturaleza y sus consecuencias. Lo que comienza como una celebración de la imaginación aplicada al bienestar, usualmente termina como un testamento a la arrogancia de nuestra especie. Los cambios en el entorno son el dispositivo que activa la nostalgia por un mundo perdido en la búsqueda del progreso.

La fiebre actual de nostalgia es un producto que Hollywood y otras industrias del entretenimiento explotan con frenesí. Si bien los catalizadores de la memoria sirven para vender también nos ayudan a construir un imaginario personal e íntimo, con recuerdos altamente confeccionados que dan sentido a nuestros ideales estéticos y morales. Esto nos sitúa de lleno en lo que Baudrillard llamó el simulacro, la copia que no viene de un original. Somos producto de los medios que consumimos y estos, a su vez, son voraces procesadores de medios del pasado. Este canibalismo emocional domina la mediósfera y reinventa de manera oportunista nociones fundamentales como la identidad y la memoria. Así como a los replicantes, nos resulta difícil imaginar cómo liberarnos o por lo menos identificar esas «memorias implantadas» que nos dan sentido y provocan incontables episodios de nostalgia. ■

# Cosmin Perța

## Desde hace años los viejos han derrumbado viejos muros

VERSIONES DEL RUMANO DE ELENA BORRÁS GARCÍA

### *Cuarta canción de cuna para mi generación*

#### 1.

Heme aquí, veintinueve años después, a mitad de camino.  
veintinueve años de espera, los primeros veintinueve años  
antes de la Tercera Guerra Mundial

o de cualquier otro apocalipsis.  
Intentábamos encontrar un nuevo lenguaje,  
postcibernético, nanotécnico,

un lenguaje correcto de la despersonalización, de la  
[deshumanización,  
de la tensión del aire, de la falta de continuidad, de la falta de  
[intimidad,  
de la soledad entre muchos, de la electromutilación, de la  
[electroautistación.

Atención, entramos en el territorio de lo inarticulado. Fracaso.  
Donde ya no hemos de expresar nada. Fracaso.  
Todo se sabe, todo es impreciso y todo es nuevo desde el principio.

#### 2.

El sistema perfectamente explicable de lo inexplicable  
es igual de perfecto  
fracaso.

#### 3.

Solamente una sombra de nuestras vidas sobre las otras vidas.  
Un soplido sobre una fotografía llena de polvo.  
Estamos abrumados de cansancio

y no nos podemos defender.  
Olvido todo.

Un gran amor pasa a mi lado a tan sólo unos centímetros.

#### 4.

Hubo un tiempo en que todo era perfecto.  
En que no tenía conciencia, arrepentimiento,  
en que no pensaba.

Ya no  
me  
importa nada.

#### 5.

En algún lugar, en el polvo que mencionaba de tu alcoba,  
un ser con cuerpo de cocodrilo y cabeza de rinoceronte  
te acecha

pisa suavemente los azulejos, las hojas, la alfombra, el parque,  
mueve ferozmente el cuerno, tiernamente  
en la ventana se juntan grandes pájaros negros, racimos.

## 6.

Has de marcharte solo  
con el corazón ligero y rosado,  
del brazo tu esposa muerta.

Todo antes, de pasado en pasado,  
de vida en vida, sin ningún objetivo,  
del brazo la muerte, tu esposa.

## 7.

Estuve y pensé, sobre la nieve.  
No pensé en nada.  
Rodé por la nieve.

Penoso, mucho más penoso que otros años.  
Tenía, algún día, un colchón en una alcoba vacía.  
Es una tontería perder también lo que tenemos de verdad.

## 8.

Sólo ceniza  
ha quedado  
de este terrible sol

### HE LLEGADO AL CENTRO DEL DELIRIO

*Última canción de cuna para mi generación*

## 1.

Tenías que quedarte en los lugares conocidos y amistosos,  
aquí, a cada paso te acecha la pálida locura  
y el orden de la mente no sirve de nada.

Tenías que quedarte en los barrios conocidos y amistosos,  
aquí, todo es fantásticamente peligroso  
y todo te puede matar en un segundo.

Tenías que quedarte,  
alegrarte de tu mundo medio,  
aquí nada es mediocre y nada te va a servir, sólo la muerte.

## 2.

Crearemos un comité, agradeceremos,  
tendremos casa nueva, llamaremos a músicos,  
no estamos preparados,

el olor de la sangre todavía no nos ha embriagado,  
las bombillas negras todavía no nos han iluminado.  
Indagaremos, comprobaremos, lloraremos todo este siglo en el que hace  
tanto frío.

## 3.

Vuelvo a casa tras largas zozobras,  
arriba hay una luna marchita y seca como un odre,  
Me apresuraré a hacerme una vida nueva gracias sólo a unas nuevas  
[debilidades.]

## 4.

Aquí una vez estuvo el centro del delirio.  
Siéntate.  
Desde este ángulo muerto puedes ver tu final con la máxima eficiencia.

## 5.

Fiiiiii  
na  
l\*

## DE ANI DE ZILE VĂNTURILE AU DOBORÂT ZIDURILE VECHI

*Al patrulea cântec de leagăn pentru generația mea*

1. // Iată-mă, după 29 de ani, la mijlocul drumului. / 29 de ani de așteptare, primii 29 de ani / de dinaintea celui de-Al Treilea Război Mondial // sau al oricărei alte apocalipse. / Încercăm să găsim un limbaj nou, / post-cibernetice, nano-tehnic, // un limbaj corect al depersonalizării, al dezumanizării, / al tensiunii din aer, al lipsei de continuitate, al lipsei de intimitate, / al singurătății între cei mulți, al electro-mutilării, al electro-autizării. // Atenție, intrăm pe teritoriul inarticulatului. Eșec. / Unde nu mai trebuie să exprimăm nimic. Eșec. / Totul se știe, totul e imprecis și totul e nou de lanceput. // 2. / Sistemul perfect explicabil al inexplicabilului / este un la fel de perfect / eșec. // 3. / Doar o umbră din viețile noastre peste celelalte vieți. / O răsuflare peste o fotografie plină de praf. / Stăm înfiorați în oboseală // și nu ne putem apăra. / Uit totul. / O dragoste mare trece pe lângă mine la doar câțiva centimetri. // 4. / A fost o vreme când totul era perfect. / Când nu aveam conștiință, regret, / când nu ne gândeam. // Nu-mi / Mai / pasă deloc. // 5. / Undeva, în praful de care pomeneam al camerei tale, / o ființă cu trup de crocodil și cap de rinocer / te pândește // pășește încet pe gresie, pe foi, pe covor, pe parchet / și-și mișcă feroce cornul, tandru / la geam se adună mari păsări negre, ciucure. // 6. / Trebuie să pleci singur / cu inima ușoară și rozalie / la braț cu soția ta moartă. // Tot înainte, din trecut în trecut, / din viață în viață, fără vreo țintă, / la braț cu moartea, soția ta. // 7. / Am stat și m-am gândit, în zăpadă. / Nu m-am gândit la nimic. / M-am rostogolit în zăpadă. // Greoi, mult mai greoi decât în alți ani. / Aveam, cândva, o saltea într-o cameră goală. / E o prostie să pierdem și ce avem cu adevărat. // 8. / A mai rămas / doar cenușa / din soarele acesta teribil.

## AM AJUNS ÎN MIEZUL DELIRULUI

*Ultimul cântec de leagăn pentru generația mea*

1. / Trebuia să rămâi între locurile cunoscute și prietenoase, / aici, la orice pas ești pândit de palida nebunie / și ordinea din minte nu folosește la nimic. // Trebuia să rămâi între cartierele cunoscute și prietenoase, / aici, totul este fantastic de periculos / și totul te poate ucide-ntr-o clipă. // Trebuia să rămâi, / să te bucuri de lumea ta mijlocie, / aici nimic nu e mijlociu și nimic nu-ți va folosi, numai moartea. // 2. // Vom crea un comitet, vom mulțumi, / vom avea casă nouă, vom chema muzicanți, / suntem nepregătiți, // mirosul sângelui încă nu ne-a-mbătat, / becurile negre încă nu ne-au luminat. / Vom face o anchetă, vom dovedi, vom plânge tot secolul acesta în care e atâta de frig. // 3. / Mă întorc acasă după lungi frământări, / deasupra e o lună veștedă și uscată ca un burduf. / Mă voi grăbi să-mi fac o viață nouă doar datorită unei noi slăbiciuni. // 4. / Aici a fost cândva miezul delirului. / Așază-te. / Din acest unghi mort îți poți privi sfârșitul cel mai eficient. // 5. / Sfârrrr / și / tu



# ¿A quién pertenecen?

**Gabriela Hernández**

*Un vecino del barrio Bixiga en São Paulo, Brasil abrió un día el buzón de correo de su casa y se encontró con una carta. El destino era el correcto, pero la fecha de entrega tenía un retraso de 75 años. La Nación, 13 de febrero de 2022*

## Querido padre:

Hace una semana que aguardo su respuesta, no puedo viajar mientras no tenga su nuevo domicilio, ¿cómo llegar a São Paulo sin una referencia? Claro que tengo su primera carta, la única, aquella en la que me decía que se mudaría. Lo bueno es que incluyó el número de la caja postal en la que provisionalmente recibirá la correspondencia. Le estoy enviando una foto, salgo con mi madre y mi tía. No sé si podrá recordar que ella piloteaba aviones. ¿Lo sabía? Mi madre lo debe haber mencionado. No importa. Sólo una vez me llevó a volar, aún puedo sentir el terror inicial del infinito en mi estómago, la presión en los oídos y luego la visión de la amplitud del horizonte llevándome de la libertad del espacio a la serenidad absoluta. Un día, un desconocido llamó a la puerta, habían encontrado la avioneta en un cañón, al parecer se había quedado sin combustible. El hombre se llamaba Pepe Medina, le dio por frecuentar la casa, salía de vez en cuando con mi madre, siempre he sospechado que tuvieron algo, sabe, pero ella lo niega. Es probable que fuera algo fraterno, a veces las personas necesitamos ser escuchadas más que otra cosa. Es la única

Tampico, Tamaulipas, 1963. Su libro más reciente es *Los humedales* (Atípica, 2021).

fotografía de las dos conmigo, fue tomada días antes de su último viaje, es misteriosa la vida que nos pone en situaciones tan puntuales, por así decirlo, ¿no le parece? Veo mis ojos y siento que son esencialmente los mismos de ahora; mi madre alguna vez mencionó que eran iguales a los suyos. Soy el que fui y soy el que soy, no hay duda; dicen que los hijos se convierten en los padres, ¿algún día seré usted? Uno se llena de preguntas en lugar de responder simplemente viviendo a plenitud. En fin, me alegra enviar la imagen de ese momento, ya habrá oportunidad de seguir esta conversación.

Reciba el afecto de su hijo  
Mario

Querido padre:

Después de esperar un mes su respuesta, decidí emprender el viaje, pueden haber pasado muchas cosas con su carta, vale la pena arriesgarse; usted inició el juego de prestidigitación: aparecer, desaparecer; yo lo sigo. Se me ocurre visitar su antiguo domicilio y preguntar por usted; también puedo ir a la oficina de correos y esperarlo a que llegue a buscar su correspondencia. Mi madre me contó que la primera vez que ella viajó a São Paulo, llegó al puerto de Santos, igual que yo. Había comprado un pasaje de segunda clase, le asignaron una cabina en la que había dos literas, escogió la cama de arriba porque le traía recuerdos de infancia. La primera noche fue terrible, un olor nauseabundo la despertó por la mañana y al bajar de su lugar se dio cuenta del vómito de su compañera en el piso, se consideró afortunada de haber dormido en la parte de arriba, de que no le cayera nada encima. Afortunadamente pude pagar un boleto en primera, disfruté mucho el trayecto y más con la expectativa de encontrarlo pronto. Todos los puertos del mundo pueden ser sucios, pero nunca aburridos, me dijo mi vecino de camarote con un acento extravagante; al llegar a Santos me di cuenta de lo que hablaba. En el barco había dos mujeres que viajaban solas, cenamos de vez en cuando y la última noche, quedamos de vernos en tierra. Después del desembarque, una de ellas me buscó y fuimos a un bar en el que cantaba un amigo suyo, no sé qué tenía su voz que me dejó en una melancolía desconocida, no soy de esos, sabe; lo único que podía entender era el estribillo, *navegar é preciso, viver não é preciso*.

Un abrazo sincero de su hijo  
Mario

Querido padre:

En el hotel me dijeron de una oficina de correos cercana, la primera vez me perdí, pero ya aprendí el camino, vengo cada tercer día. He hecho amistad con Regina, la muchacha que vende las estampillas. Apenas entró a trabajar hace un mes, me dijo que hasta la fecha nunca ha visto que alguien recoja la correspondencia del apartado postal 44. Me dio esperanza de que usted aparezca pronto; si las cartas saturan la caja, habría que llamar al dueño para que venga por ellas, es la única razón por la que se le podría contactar, eso o alguna catástrofe, dijo; tuve el impulso de escribirle una carta por día, si fuera yo su único correspondiente, esa caja tardaría años en saturarse, Regina no supo darme una respuesta cuando le pregunté cuántos sobres caben en ese espacio. Es hermosa Regina, una *rainha*, una *abelha rainha*, como la de la canción. Por cierto, tengo curiosidad de saber si usted se ha casado de nuevo. Mi madre me dijo que cuando lo conoció fue amor a primera vista, las mujeres tienen memoria para esas cosas, yo simplemente no pienso en ello. Bueno, es una curiosidad sin importancia, sólo para imaginarlo en compañía o no. Regina es de pechos soberanos, es una compañera para estos días en los que la espera empieza a desasosegarme, sobre todo cuando camino por esa avenida ancha, llena de carros y de gente andando como soldados huecos, se me figuran puros cascarones, debe ser el humor sombrío que empieza a provocarme la espera. Esta es la tercera carta que le escribo y apenas me doy cuenta de que no he puesto fecha, creo que las otras han salido igual. Qué más da tanta fidelidad al tiempo. Ojalá y pronto lo pueda abrazar.

Su hijo que lo quiere  
Mario

Las noticias no son buenas, padre, no sé cuánto más podré quedarme en esta ciudad. La violencia se ha desatado, su ausencia pesa como nunca o como siempre, ya no sé. Todo lo que ignoro sobre usted me impide imaginarlo en determinado lugar, ese mismo desconocimiento me deja en una libertad estremecedora en cuanto a lo que sigue, partir o quedarme en esta ciudad, y luego una voz en sueños diciendo que nada de lo que haga va a cambiar la situación, que usted va a aparecer o no, me vaya o me quede; y vivo al día. Ayer fui al hospital en donde mi madre me contó que nació, me gustó encontrar una fuente en el parque vecino, el sonido del agua quieto me llevó a pensar en el largo silencio en que usted se mantuvo,

y en la razón para salir de él. La razón para haberse quedado tanto tiempo en él es algo que algún día sepa o no, pero eso no va a modificar lo que es: no lo quiero por lo que haya hecho o dejado de hacer porque nunca estuvo, pero tampoco hubo un hueco en su lugar, mi madre y mi tía se encargaron de que no lo hubiera, cumplían de manera cabal con lo que les tocaba y me dejaron volar de cualquier manera; de usted me dijeron lo necesario, mi madre estaba segura de que lo habrían matado en esos años feroces, pues su desaparición en medio de la ola de violencia que rodeó el suicidio del presidente en aquella época, la hizo parecer hasta cierto punto una consecuencia; de modo que hablaba de la historia de ustedes imborrable y fugaz, sin resentimiento. La distancia, el alejamiento de personas, de circunstancias relacionadas la protegió de elucubraciones, y así quedé a salvo, resguardada. Fui educado en casa, no tenía una referencia social de roles familiares, no sentía su falta viendo a los padres de compañeros de escuela. Lo quiero con gratitud por manifestarse ahora cuando no tenía por qué hacerlo, lo quiero porque soy parte del mundo efímero y profundo que vivieron mi madre y usted. Cuando miramos la pérdida como un aspecto de la ganancia, nos fortalecemos, ¿qué piensa?

Su hijo  
Mario

¿Es Dios un urdidor que se divierte con la trama jalando los hilos para un lado o para otro, padre? Tal vez las preguntas deban ser hechas desde un para qué, tal vez la razón no sea tan importante como lo que sigue, pero el efecto no lo es sin su causa, usted sale del silencio y retorna a él ¿para qué? *Navegar é preciso, viver não é preciso*. Usted era mi puerto para anclar en este país, ¿debo seguir navegando? Es misteriosa la vida que lo ubica a uno en situaciones puntuales, Regina es una especie de respuesta que me arraiga en su cotidianidad, vive cerca de la oficina de correos, de la casa al trabajo hay un mundo de alternativas en las que se solaza; le gusta detenerse a tomar un *cafezinho* en el bar de la esquina en el que sólo hay una barra donde uno puede recargar los codos, una mesa con cuatro bancos; el único empleado es también el dueño, y muchas veces Regina es su único cliente, él siempre está con ganas de platicar, no sé quién le contará sus historias, no sé si las invente, si él sea siempre el protagonista, o las dos cosas. También se detiene en el quiosco de periódicos y no compra las revistas que hojea, el señor Augusto se hace de la vista gorda porque el letrero que tiene colgado en uno de los lados es bien claro en cuanto

a la prohibición; igual que a mí, le gustan los pechos de Regina, los mira discreto cada vez que ella se inclina en la barra para alcanzar algo. A ella no le gusta lavar ropa, se ha hecho amiga de Salvatore, el hijo de la dueña de la lavandería industrial que queda a una cuadra antes de llegar a la oficina de correos, el mete los jeans de mi novia de contrabando en las lavadoras y se los entrega secos y doblados, también mira sus pechos, pero sin reserva. Me tienta esta vida de Regina sin precisión, me tienta más que lanzarme a navegar de nuevo, padre.

Su hijo que lo espera  
Mario

Aquí sigo, padre, toreando a la violencia que vagabundea por doquier. Ayer salimos volando de la función de teatro a la que habíamos ido, después de que un comando tomó el local; desbarataron la poca escenografía montada, se llevaron a los actores y a algunos espectadores. Regina y yo corrimos rápido y más que nada, con suerte. A medida que nos acercábamos a casa me llenaba de seguridad; al llegar, el espejo de la entrada me abismó en mis ojos, soy el que fui, soy el que soy, no puedo evitar la comparación de circunstancias cuando me pregunto si me estaré convirtiendo en usted. Además, el nombre de la compañía, Teatro de Arena, me dejó en una inquietud funesta, temiendo que su figura se desmorone, igual que el proyecto de ellos, y desmoronada la arrastre el viento hacia la nada ¿Cómo proteger su memoria? No sé si tomar esto como una advertencia o como una señal que me lanza a navegar. Su única carta es un enigma precioso que dejé en la fuente frente al hospital donde nací, con la tranquilidad de que el agua disuelve, no destruye y lo disuelto se integra de nuevo, igual que la sal; las preguntas quedan en el limbo de lo posible, en un círculo que ojalá pueda ser cerrado para que sean envueltas como lo hizo el público en esa arena, rodeando con su humanidad a los actores. No importa quién lo cierre, para qué o por qué. A veces, la afinidad es un ensamble silencioso.

Su hijo que lo quiere  
Mario ✕



# Liu Xunfu

## La nostalgia

VERSIÓN DEL CHINO DE HOU XIWEN

La nostalgia es un eco entre montañas verdes  
 El canto del cucú nos rompe el corazón  
 La nostalgia es mirar atrás  
 En un sendero que brota de la montaña  
 Nostalgia es carecer de dinero en el bolsillo al llegar a la ciudad  
 Nada nos queda tras un día de viaje en la animada ciudad  
 Nostalgia es la mirada de reojo de los burgueses  
 Y las mascotas que ladran a los extraños  
 Nostalgia es la imagen de los padres en el pueblo natal  
 Como ojos borrosos contemplando la lejanía  
 La nostalgia es un corazón inmaduro  
 Que se queda muy solo  
 La nostalgia es una luna redonda  
 En una noche donde sopla el viento  
 Como si fuera la ternura de la esposa  
 Nostalgia es una melodía del pueblo  
 Como miel, como licor

Shenqui, República Popular China, 1961. Su libro más reciente es *Canción para los trabajadores migrantes* (La Editorial de los Escritores, 2012).

Como si cantaras en la colina de la tierra natal  
 Nostalgia es una copa de aguardiente  
 Cuando más se extraña la familia en los festivales  
 Embriagarse en el sueño de volver  
 Nostalgia cuando se acerca la Fiesta de Primavera  
 La entrada del pueblo donde los niños aguardan  
 La nostalgia es ver el pueblo natal  
 Arrodillarse en la tierra del campo y llorar  
 La nostalgia es año por año  
 Tras reuniones  
 Empezar la larga esperanza

### 乡愁

乡愁是青山回响 / 不忍卒听的声声布谷 / 乡愁是通往山外 / 羊肠小路上的频频回首 / 乡愁是刚进城市里的囊中羞涩 / 穿行在繁华都市的一无所有 / 乡愁是城里人的白眼 / 与牵着认生的宠物狗 / 乡愁是老家的双亲 / 凝视远方浑浊的双眸 / 乡愁是稚嫩的心灵 / 孤独的留守 / 乡愁是一弯明月 / 在清风拂煦的夜晚 / 恰似娇妻的温柔 / 乡愁是一曲家乡的小调 / 乡音如蜜, 乡情似酒 / 恍如对歌在家乡的山丘 / 乡愁是一杯二锅头 / 在倍思亲的佳节中 / 醉倒在异乡的归梦悠悠 / 乡愁是每当春节来临 / 孩子们等待的村口 / 乡愁是一眼望见家乡 / 跪倒在村前的土地上的 / 热泪横流 / 乡愁是一年一度的 / 团圆之后 / 又开始在漫长的等待中 / 盼望下一次的 / 聚首

# Tesoros en el buzón

Teresa González Arce

*Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme, paloma,  
que yo te escribiré.*  
Miguel Hernández

*Dantés lo reconoció muy fácilmente.  
¡Tanta era la minuciosidad con que se lo haba descrito el abate Faria!  
No cabía la menor duda, el tesoro estaba allí seguramente.  
No se hubieran tomado tantas precauciones para nada.*  
Alejandro Dumas, *El Conde de Montecristo* (II, 1)

## UNO

Hace unas semanas pasé por el lugar donde estuvo durante mucho tiempo la oficina de correos de mi barrio, que cerró hace al menos un año. Lo supe un día que llevaba uno de mis libros para enviárselo a una amiga y me encontré la puerta cerrada, con una nota que anunciaba el cambio y un croquis con la nueva dirección. Me tardé un poco en comprender que me estaban mandando a la oficina central de Correos, en pleno centro de la ciudad. El centro no me queda tan lejos pero, aun así, preferí esperar al día siguiente y enviar mi libro por paquetería.

Guadalajara, Jalisco, 1971. Su libro más reciente es *La mala memoria* (Fondo Editorial de la Universidad Autónoma de Querétaro, 2020).



Desde entonces, había pasado muchas veces por ahí sin averiguar el giro del negocio que remplazó la oficina postal. Pero ese día, al ver movimiento en el lugar, tuve una reminiscencia visual muy fuerte: creí ver de nuevo el camión de reparto del que bajaban o subían los costales llenos de cartas. Tras ese recuerdo llegaron más imágenes visuales, táctiles y auditivas. Recordé la emoción que me daba ir ahí a dejar cartas y pedir que no las sellaran, sino que me vendieran estampillas. Me gustaba pegárselas a los sobres y, al final, calcular los días faltantes para que mis envíos llegaran a buen puerto.

Tengo mala memoria, pero cuando me asaltan los recuerdos, me cuesta contenerlos para poder ocuparme de cosas más urgentes. Pero qué puede ser tan urgente que me impida revivir ahora el reflejo, condicionado por el silbato del cartero, de correr hacia la puerta para ver si hay alguna carta para mí. En esta época, eso que acabo de escribir puede parecer una exageración: los carteros no siempre usan sus silbatos —cuando llegan a un domicilio, es común que prefieran sonar el timbre— y rara vez dejan algo más que recibos, alguna revista del servicio de cable o el sobre vacío como recordatorio de que el 12 de noviembre es el Día del Cartero. Como afirmó Jorge Ibargüengoitia en un artículo publicado hace más de cincuenta años: «hay que aceptar la realidad: que ese oficio ya perdió su romance, si es que una vez lo tuvo».

Es verdad que la decadencia del servicio postal mexicano empezó hace mucho tiempo, pero debo decir que he tenido muy buenas experiencias con él. A principios de los años noventa, Mariana, una amiga que estudiaba conmigo en la Escuela de Música, se fue a Austria a estudiar alemán y violonchelo. Nuestra amistad, que era muy cercana, se mantuvo en la distancia gracias al correo. Mariana me contaba sus aventuras en Linz en cartas muy largas, de cuatro o cinco hojas de un papel tan delgado como el de fumar, escritas por ambos lados, con márgenes muy estrechos. Leerla era tan divertido como platicar con ella en persona e incluso mejor que hablar con ella por teléfono.

Hoy en día las llamadas locales e internacionales no cuestan casi nada. Además, se pueden hacer videollamadas de forma casi gratuita entre dos continentes. Pero a finales de los años ochenta y principios de los noventa las llamadas telefónicas locales eran caras porque las tarifas eran diferenciadas: los primeros tres minutos tenían un precio accesible y los siguientes costaban mucho más. Después de media hora de charla, chismes y risas descontroladas, yo escuchaba que alguien levantaba el

auricular en otra habitación de mi casa y respiraba de forma acelerada, como para hacernos saber que quien estaba al otro lado del teléfono estaba cada vez más enojado.

Si Mariana y yo no nos despedíamos, mi padre colgaba para volver a resoplar a los diez segundos. Nunca nos dimos por vencidas mientras mi amiga vivía en Guadalajara, pero cuando se fue a vivir a Europa ambas escribíamos como si nos pagaran por cada renglón. Además, nadie nos interrumpía y podíamos volver a leernos tantas veces como quisiéramos.

## Dos

A los diecisiete años estudiaba música y admiraba muchísimo a mi profesor de piano, un alemán que me contaba cómo eran la educación y la vida en su país. A quienes lo teníamos como maestro, nos enseñaba a tocar las sonatas de Bach, Mozart, Schubert, Schumann, Beethoven y Chopin tratando de imaginar el sonido de las obras para piano interpretado por una orquesta. Aprendíamos también que las obras musicales están formadas por frases y que, por lo tanto, hay que respirar entre ellas, como al hablar o cantar. Y que la música está relacionada con la pintura, la escultura, la poesía y la historia artística de la época de cada compositor. Creo que todas —era un grupo pequeño formado solamente por mujeres— estábamos un poco enamoradas de él.

Una tarde de 1994 me encontré en el centro a la mamá de Mariana, que había sido mi primera maestra de piano unos años antes. Me dijo que Lufthansa tenía una buena promoción: quinientos dólares por un viaje de ida y vuelta a Alemania, siempre y cuando la salida fuera el 24 de diciembre de 1994 y el regreso, después del 31 de diciembre. Le dije que dudaba que mis padres pudieran pagarme el viaje, pero ella me ofreció prestarme el dinero para que pudiera ir a visitar a su hija. Acepté su oferta, convencí a mis papás de dejarme ir (siempre y cuando invitara también a mi novio) y pude al fin ver con mis propios ojos parte de lo que ya había conocido por las cartas de mi amiga.

## Tres

En los años noventa me aficioné a comprar *Première*, una revista francesa de cine que se podía comprar regularmente en Sanborns. Disfrutaba leer en francés y enterarme de los estrenos de cine que había en Francia y que,

a veces, coincidían con los estrenos de los cines de Guadalajara. Esa revista era para mí un espacio comparable al de mi correspondencia con mi amiga Mariana: conocía por sus palabras un universo que me atraía tan poderosamente como un imán. Además de leer las reseñas de *Première*, escuchaba cientos de veces las canciones de un CD que había comprado y cuyo título era *Yves Montand chante Jacques Prévert*. Como el disco no incluía las letras de las canciones, transcribía de ellas lo que yo creía entender, como si fuera un dictado.

La revista de cine tenía una sección dedicada a las cartas de los lectores y me pareció lo más normal del mundo mandar una carta no sólo para felicitar a la revista por sus excelentes reseñas y reportajes, sino también para decirles que era mexicana y que me encantaría que los lectores de *Première* me escribieran para poder practicar mi francés con ellos. Al dejar la carta en la oficina de correos pensé, divertida, que lo que acababa de hacer era como meter un mensaje en una botella y echarla al mar. Pasado un mes comenzaron a llegar a mi casa decenas de cartas de franceses, además de una inglesa y dos españoles que también leían la revista.

En esa época no existían internet ni las redes sociales, pero las revistas internacionales, las películas y los discos compactos circulaban por el mundo y llegaban a Guadalajara. Semejante circulación de productos culturales me hacía sentir parte de una realidad mucho más amplia que el barrio, la ciudad y el país donde vivía, y sospechaba que sería cada vez más fácil que nos conectáramos con los lugares lejanos. No estaba equivocada: en poco tiempo internet convertiría la comunicación a distancia en algo ordinario.

Después de unos meses seguía recibiendo y respondiendo muchas cartas desde Europa, aunque no tantas como en los primeros días. Cuando el cartero no aparecía en mi cuadra, suponía que estaría dejando pasar los días hasta tener un montón, para así llevarlas todas juntas. Mi suposición resultó ser cierta: es una práctica todavía vigente, pues los envíos de Guadalajara a Francia u otros países no suelen tardar más de diez días pero, en el sentido contrario, el tiempo de entrega se duplica. Últimamente se han perdido algunos envíos, lo cual me descorazona tanto a mí como a quienes, viviendo en el extranjero, han confiado sus libros o sus cartas al correo mexicano.

Sobre las que recibí tras escribir a *Première*, recuerdo que no todas eran iguales pues, aunque los franceses tienen una caligrafía muy característica, la personalidad de cada correspondencia era distinta. Los gustos literarios,

deportivos, musicales o cinematográficos que decían tener se repetían algunas veces y de vez en cuando coincidían con los míos. Con algunos sentía una afinidad muy evidente. Por ejemplo, había un muchacho normando, un año mayor que yo, que trabajaba en un centro de arte contemporáneo en Caen y me escribía varias veces a la semana. Enviaba notas muy breves y divertidas (a veces enigmáticas) en tarjetas pequeñas que llegaban en sobres que destacaban del resto porque llevaban el logotipo de su lugar de trabajo, que era una cebra. Imagino que la frecuencia de los envíos se debía a que los cargos postales corrían a cuenta del centro de arte.

## CUATRO

Una vez abiertas las compuertas de la memoria, ya no me bastaba con recordar mi época de escritora epistolar: quería ver y tocar las cartas que creía tener guardadas en algún lugar de mi casa. Supuse que estarían en un par de cajas en los estantes menos accesibles de mi armario, pero, cuando pude alcanzarlas y abrirlas, vi que no eran las que buscaba. Se trata de dos cajas que llevé a mi casa cuando murió mi mamá: en una de ellas están las cartas que enviaba a mis padres cuando me fui a estudiar a Montpellier. Hay también postales, fotos mías —en esa época, anterior a los teléfonos inteligentes, mi novio y yo usábamos una cámara analógica y luego llevábamos el rollo a revelar— y largas cartas donde yo les hablaba a mis padres de la ciudad, de la comida que nos servían en el restaurante universitario, de mis amigos y maestros, de los viajes que hacíamos.

En la otra caja, en cambio, hay una carta de amor de mi madre a mi padre, fotos de familia y muchas cartas que mi abuela le escribió a su hermana Gracia, cuando ella y su familia se fueron a vivir a la Ciudad de México. Esa correspondencia estaba dentro de un sobre grande que había sido enviado a Gloria, la hermana mayor de mi madre, cuando mi abuela y su hermana ya habían fallecido. En una nota, el nieto de Gracia explicaba que le devolvía las cartas que mi abuela le había escrito a su abuela a lo largo de varios años. Se trataba de una correspondencia que había viajado de ida y vuelta.

Yo tenía siete años cuando falleció mi abuela. De ella conservo un par de recuerdos muy tenues, algunas fotografías de sus últimos años y muchas de cuando era joven, pero he olvidado el sonido de su voz. Tener entre mis manos esas hojas que habían viajado tanto, ver la caligrafía de mi abuela y leer lo mucho que echaba de menos a su hermana y a sus so-

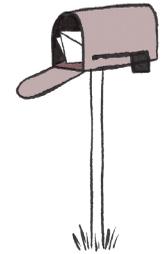
brinos fue casi como reunirme con ella en un futuro que no imaginó y en un pasado restituido gracias al cuidado de la persona que recibió sus cartas, primero, y después de los familiares que las recuperaron y guardaron hasta que, tras la muerte de mi madre, pude leerlas.

## CINCO

Ya me había dado por vencida cuando, de repente, pensé en revisar la cochera de mi casa. Como por arte de magia, reconocí el objeto de mi búsqueda bajo una pila de tiliches: juguetes viejos, envolturas de regalo y juegos de mesa olvidados. Algo aplastada y cubierta de polvo, la caja resultó ser un verdadero cofre del tesoro. Ordenados cuidadosamente, convivían en ese espacio los restos de mi correspondencia trasatlántica con mis amigos franceses, y con mis amigas Mariana, Susana y Marisa, todas ellas lejos de México, cada una en un país distinto. También estaban ahí un par de cartas de mi querido maestro de piano.

Y, lo mejor de todo, aparecieron las cartas que durante cinco años me escribieron mis padres y mi hermano. Cuando encontraba noticias suyas (o «letras», como llamaba mi abuela a las cartas) me ponía feliz, las leía varias veces y respondía a cada una lo más pronto que podía. En los dos edificios que habité en Montpellier, cada departamento tenía su propio buzón con cerradura. Lo primero que hacía por la tarde, al volver de la universidad, era abrirlo. El ritual se repetía diariamente con una ilusión similar a la de la mañana de Navidad cuando, al despertar, iba corriendo a buscar los regalos que le había pedido al Niño Dios.

A diferencia de otros niños, mi hermano y yo no esperábamos la llegada de Santa Claus. Para salvar la diferencia entre las creencias de mi familia y las de los demás, había encontrado una solución hermenéutica: para mí, Santa Claus no era más que el chofer encargado de trasladar al niño recién nacido a las casas donde tenía que entregar juguetes. Me tardé bastante tiempo en aceptar que quienes ponían los regalos bajo el árbol eran mis padres (creo que para tal negociación también me inventaba argumentos). Y ahora, cuando recuerdo todas las veces que encontré cartas suyas en mi buzón, me doy cuenta de que entonces se estaba repitiendo el milagro navideño en forma de correspondencia aérea.



## SEIS

Las cartas de mis padres que encontré son un verdadero tesoro. Están vivas. Mis padres murieron hace varios años, pero cuando leo sus cartas, puedo escuchar sus voces claramente. La caligrafía de la gente que uno ama es una presencia física tangible. Es la huella del movimiento de la mano al escribir, el peso de su cuerpo transmitido por el brazo hasta llegar a los dedos, y su personalidad cifrada en el estilo de sus trazos. La letra escrita a mano sobre una carta es una declaración de amor y de ternura, de compromiso y cuidado hacia el destinatario.

Con mi padre hablé muchas veces, en persona y por teléfono, pero las palabras que escribió para mí, con su caligrafía de arquitecto, tienen el sonido de su respiración. No la que usaba para apurarme a terminar la costosa llamada de finales de los ochenta, sino la del padre amoroso que, al respirar, me decía que estaba vivo. Las cartas de mi mamá son tan simpáticas como era ella. En algunas me cuenta, con un ritmo acelerado, situaciones divertidas —la imagino riéndose mientras escribía— y no duda en usar onomatopeyas como las que surgían al leerme cuentos en mi niñez.

Además de devolverme algo de mis padres, las cartas que encontré me trajeron otro regalo inesperado: me vi con los ojos con que me miraban ellos, y recordé el sentimiento complejo de emoción, ternura, alegría, nostalgia y culpa que me habitaba al leer cada una de sus cartas. Yo me sentía feliz de estar lejos de mi país y de mi familia, pero pocas veces pude desactivar el miedo de que alguno de ellos muriera, estando yo tan lejos: esa tensión entre el egoísmo y la generosidad del amor que nunca he resuelto.

Refiriéndose a uno de sus cuadernos de notas, Joan Didion advierte que los datos anotados ahí, vistos con la distancia de varios años, parecen incomprensibles y enigmáticos, pero que gracias a ellos puede recordar cómo se sentía al anotarlos, lo cual es útil para mantener una relación cordial con sus yoés del pasado.

Todo vuelve. Tal vez es difícil entender qué valor tiene el rememorar a uno mismo en ese estado de ánimo, pero yo sí que lo entiendo. Creo que siempre es aconsejable mantener una relación cordial con la persona que éramos en el pasado, da igual que nos resulte una compañía atractiva o no.

A diferencia del sentimiento de culpa, un rasgo que sí me parece atractivo de la persona que fui en los años noventa es la audacia. Escribir a una revista de cine para practicar el francés con desconocidos anticipó lo que más tarde, al popularizarse internet y tras el surgimiento de las redes sociales, sería una práctica común. Ahora, quien haya sucumbido a la tentación de aficionarse a Facebook, Instagram o X, puede recibir o enviar todos los días invitaciones de amistad. Revelamos y ocultamos partes de nosotros mismos y creemos, ingenuamente, tener un millón de amigos (como dice la canción).

Dicen que quienes pertenecemos a la llamada Generación X hemos sido parte activa de la transición entre el mundo analógico y el mundo digital y que, aunque estamos familiarizados con internet y el correo electrónico, nos sentimos más cómodos y seguros con los cuadernos, y preferimos las cartas que se escriben en papel y se envían por correo. Me reconozco totalmente en ese perfil y sé que, pese a todas las ventajas que ofrecen los formatos actuales de comunicación escrita y al deterioro casi total del servicio postal mexicano, haber tenido muchas relaciones epistolares a lo largo de mi vida me llena de orgullo. Una caja llena de cartas es algo que se puede guardar y cuidar. O perder de vista temporalmente para después hallarla, de pronto, convertida en un verdadero cofre del tesoro. ■



# En el planeta rojo

Jorge Esquinca

*In memoriam Ray Bradbury*

## **Doylu no podía dormir, no quería dormir**

Apenas había cerrado la válvula, tan pronto cesaba el zumbido de las abejas eléctricas y su cuerpo comenzaba a flotar en la neblina elástica de la habitación, volvía a escuchar esas voces. Luego, al cerrar los ojos, veía de nuevo las raras imágenes.

«Sigues soñando con fantasmas», le había dicho su madre.

Con los ojos muy abiertos, Doylu reclinaba su frente de ámbar en el cristal de su recámara. Afuera, en el desierto de rocas y arena rojiza, comenzaba a levantarse una tormenta. Doylu miraba el metálico fulgor de los canales que se perdían en la distancia y, más allá de las dunas, los montes y los volcanes apagados, un pálido destello, un punto lejano en la oscuridad del cielo nocturno: el planeta azul.

El papá de Doylu era un iluso. Creía que aquel planeta vecino, el tercero por su cercanía con la estrella central, había estado habitado alguna vez. «Islas flotantes emergieron de los océanos y en ellas prosperó la vida, se levantaron ciudades de roca y acero, florecieron magníficas civilizaciones», le había contado.

Ciudad de México, 1957. Su libro más reciente es *El huso de Andrómeda* (Medusa Editores / Universidad Autónoma de Nuevo León, 2024).

Doylu abrió la válvula y las abejas eléctricas chisporrotearon reunidas en enjambre sobre su frente. La casa entera dormía con una respiración acompañada, tibia, regulada por el computador central. Luego se deslizó a través del pasillo y con un impulso subió hasta el mirador. Afuera, en la roja llanura, se extendían los canales. «Nuestro sistema circulatorio, la magna obra de nuestros antepasados», le gustaba repetir con voz solemne a su padre durante las tardes en que juntos contemplaban el tupido laberinto, la red que enlazaba las ciudades.

Afuera crecía la tormenta. Remolinos de arena y guijarros se incrustaban y al instante se disolvían sobre los cristales protectores del mirador en la altura. Sin embargo, todo sucedía en el más perfecto silencio, en el más hermético aislamiento.

De pronto, con toda claridad, con todos sus sentidos en estado de alerta, pudo escuchar las voces, pudo ver una vez más las imágenes de aquel extraño sueño. Eran risas de niños en un día radiante, corrían a orillas de un enorme manto de agua que se acercaba lamiendo sus pies descalzos. Ellos parecían no temerle a esa vasta extensión líquida, saltaban entre la espuma y echaban a correr por una playa de suave arena dorada. Luego volvían, gritando. Entonces, durante unos instantes, Doylu pudo mojar sus propios pies en un mar que nunca había tocado, sus pulmones se llenaron de un aire que nunca había respirado y su piel de ámbar recibió como una caricia el calor del sol.

Al amanecer el papá de Doylu subió al mirador. La tormenta amainaba y en la claridad rojiza aún se dibujaban los contornos de las dos lunas del planeta. Se vieron a los ojos y sus pensamientos se entrelazaron formando una red súbita, familiar.

—Entonces, lo sabes.

—Sí, papá.

Y se quedaron mirando el cielo donde comenzaban a borrarse las estrellas. ✱

# Aziz Córdoba

## Viejito culiado: poema en Slack

Todos los días mi abuela me pregunta si ya me titulé  
supongo yo es el karma  
porque de niña le preguntaba sin tregua por mis padres  
ella se ponía triste y miraba lejos  
como si con los ojos intentara alcanzar a alguien  
luego me mandaba a hacer la tarea y dormirme.

Una vez leí que los niños prodigio colapsan en la adultez  
y me sentí aliviada por un momento  
por fin había una explicación para esta miseria  
algo de piedad para una muchacha  
luego el 80% de mis contactos de Facebook compartió la misma noticia y  
se hicieron llamar exniños prodigio  
y el dolor volvió más fuerte todavía

*Agua Prieta, Sonora, 1995. Su poemario más reciente es Como siempre, llego tarde (o me vengo muy pronto) (Retina de Gallo, 2018).*

hay algo peor que la certeza de no ser especial  
y es creer por un momento que sí lo eres  
ni toda mi malicia  
pudo ahogar a la última flor fétida de la esperanza  
el otro 20% de mis contactos, un porcentaje tanto discreto como feroz,  
es gente muerta,  
seguramente muertos prodigiosos.  
Me enamoré a lo wey en mi trabajo  
de un cñor que manejaba ubers y antes de eso tenía un buen puesto en  
una automotriz  
es el típico señor galán  
de tres esposas tuvo que bajar a cero para ahorrar gastos  
me contaba cosas de su vida en nuestros breaks de cinco minutos donde  
durábamos dos en simplemente librar los puestos de seguridad del edificio  
se nos acababa el tiempo en un cigarro  
y de cuatro a seis oraciones dependiendo de las pausas para la nostalgia  
si me preguntan: insuficiente para volver a sentirse humano.  
A la hora del lonche nos sentábamos juntos  
y me hablaba de sus hijos  
o de sus negocios fallidos que maquillaba como adelantados a su tiempo  
me gustaba porque hablaba demasiado  
entonces yo no tenía que decir nada  
sólo escuchar  
con los ojos cerrados  
dejando al tiempo quemarse  
y apestarme los dedos.  
¿Vil, problemático? Tal vez,  
pero era mi momento  
mi momento favorito del día.

Hace poco cambiaron al cñor de horario  
aún recuerdo su cara triste cuando me vio pasar mientras le contaba lo  
[mismo que  
me contaba a mí a otra pobre tonta  
comencé a sentarme sola  
fue ahí donde maquiné esta idea ridícula  
de escribir poemas  
en una conversación conmigo misma  
de un chat corporativo.

Durante las juntas de motivación para no tirarnos por las escaleras  
 los compañeros de trabajo hablan de sus vidas  
 unos fueron beisbolistas  
 otros como el ñor son descendientes de exiliados chilenos  
 otros son niños ricos que chocaron un carro y están aquí como castigo de  
 [sus padres  
 yo no supe cómo explicar que terminé siendo telefonista nada más por  
 [hacerme bolita  
 y rodar sobre la vida hasta donde me llevara el azar.

La hora de salida nunca llega  
 uno piensa que sí  
 pero después de un solo parpadeo  
 otra vez te toca entrar a contestar llamadas  
 tu vida deja de medirse en años  
 y comienza a medirse en alarmas  
 estoy casi segura de que el mundo exterior es una simulación  
 y estamos conectados como en *Matrix*  
 debajo de los cristales y las sonrisas  
 debajo de las oficinas de brillantes colores  
 debajo  
 lo más abajo que se pueda  
 en la más humillante posición  
 a los servidores de la compañía  
 atendiendo llamadas 24/7  
 y un montón de editores, subcontratados como nosotros,  
 manipulan nuestra memoria  
 para alternarla con blandas experiencias todas iguales, pero  
 [indistinguibles de  
 nuestras vidas verdaderas.

¿Pruebas para apoyar mi hipótesis?  
 Cuando «cerramos sesión»  
 aparece un mensaje de ¡Adiós!  
 y por alguna razón misteriosa  
 una foto de Hemingway sobre la leyenda,  
 los compañeros de trabajo le dicen «viejito culiado»  
 eso me deja entre triste y derrotada y pelona.

Me pregunto quién puso la foto ahí  
 ¿un desarrollador de software, por qué?  
 Tal vez quiso estudiar literatura  
 cosa que yo hice  
 y al final tuvo que conformarse con un buen trabajo  
 cosa que yo no tengo.

Me pregunto qué pensaría Hemingway  
 del absurdo charco  
 donde desembocó su dolor y locura  
 seguramente se volvería a matar  
 si se enterara que hay gente que le llama viejito culiado  
 y al mismo tiempo le va a los Naranjeros  
 o, tal vez, le agradecería la idea  
 porque los telefonistas relacionan su cara  
 con ese único momento de alivio microscópico  
 (desde que restringieron las idas al baño a una estricta duración  
 [de minuto y medio).

A mí me agrada la idea  
 de que puedes legítimamente triunfar  
 hacer cosas importantes  
 escribir libros  
 pelear en guerras  
 dejar grabado tu nombre para siempre en la historia  
 y de todos modos terminar aquí  
 atrapado en esta fría oficina  
 mirando a los ojos  
 a una exniña prodigio  
 que nunca aprendió a ser adulto prodigio  
 justo así, exactamente  
 como tú. ✖

# Vaciar una casa

Gabriel Wolfson

**De techos altos y espacios amplios**, cuatro cuartos, un solo baño, una enorme sala-comedor, una cocina, cinco armarios, un patiecito de servicio y un pasillo largo en forma de corchete. Ventanas en dos frentes a calles de mucho tránsito, ruido y humo, pero en segundo piso. Elegida por estos rasgos y dimensiones para ser habitada por cincuenta años, como si la densidad, la desmesura de los veintiséis millones de minutos de esos cincuenta años fuera a ser en efecto lo que habitara esa casa. Sin el *como si*, quitar el *como si*. Habitar una casa cincuenta años sin renunciar a nada de aquello que en algún momento de esos cincuenta años hubiera habitado la casa. Excepto lo percedero, la materia de sencilla putrefacción, las demás cosas que así fuera dos minutos habitaron la casa se quedarían el resto de los cincuenta años habitándola. Una factura de luz entra en la casa en octubre de 1962 y se le asigna un lugar para quedarse. Un persistente haz de luz solar da de lleno en una mesa hasta decolorarla y también se queda ahí, bajo la forma de mesa nunca rebarnizada. Un frasco de miel, al vaciarse, será depósito de clavos y otro, de ligas, chinchetas o cintas de máquinas de escribir. Hay tres máquinas de escribir. Un lápiz se usa hasta que la navaja del sacapuntas choca con el cilindro de metal que

Puebla, 1976. Su libro más reciente es *No sé lo que soy pero sé de lo que huyo: crítica de una literatura mexicana* (Fondo Editorial de la Universidad Autónoma de Querétaro, 2023).



protege la goma. Hay decenas de estos lápices sin cuerpo, pura cabeza y zapatones: Bosch. Una maleta servirá para guardar otras más pequeñas, y una ya inservible, para guardar libretas. Hay libretas desde las de primeras letras, así que puede trazarse una historia unipersonal de la caligrafía. Papeletos en que se anotó un teléfono, una cuenta, una frase ingeniosa, se sujetan con una liga, un broche o un alambre envuelto de los que cierran las bolsas de pan. Un horno de metal de unos cincuenta kilos descansa sin temperatura ni función al fondo de un cuarto, pero un modular de los cincuenta con televisión y tocadiscos sirve para sostener la televisión en uso. Casi toda la ropa que ha entrado a la casa en cincuenta años sigue ahí, incluidas algunas prendas de personas que hubieran visitado la casa con cierta frecuencia en algún momento de esos cincuenta años, por ejemplo los hijos. En ciertas zonas, detrás de libreros, bajo sillones pesados, en los bordes de espejos y marcos, sobre las superficies de muebles altos, en un cuarto definitivamente clausurado por su saturación, el polvo de cincuenta años. Revistas. Revistas de ciencia, de cine, de fútbol, de beisbol, de box, de política, de teatro, de historia, de abejas infantiles, de fotografía; semanarios de los cincuenta, de los setenta; colecciones completas de revistas mensuales que duraron treinta años; ejemplares sueltos, números únicos; revistas escolares, de música, de crucigramas; ejemplares repetidos.

Colecciones empastadas en borgoña y letras doradas. La mayoría sueltas, ordenadas en libreros junto a los libros, apiladas encima de los libreros, en el piso hasta llenar uno de los cuartos y el armario más grande, encima del refrigerador, en la mesa del comedor, en dos de los tres escritorios. Pequeñas bolsas con credenciales de cincuenta años, hospitales, trabajos, clubes deportivos, de asociaciones de jóvenes, de viejos, de bibliotecas, cinetecas, hemerotecas, credenciales de prensa de un periódico, de otro; de una estación de radio. Bolsas también con clips, con escudos, con sellos, con fotos de máquina sueltas, con dados impares, dentro de varios de los cajones disponibles en la casa. Cajas de zapatos con zapatos. Bolsas no tan pequeñas o sobres de papel con postales, calendarios, memorándums, listas, actas, cartas, dibujos, recortes de periódico. Dos binoculares, una Polaroid con caja e instructivo. Agendas, algunas usadas, otras vacías, al menos dos por cada uno de los cincuenta años. Cuadernos contables empleados como diarios, para redactar textos largos o para transcripción de diversos materiales, libretas rayadas para anotar cuentas. Una grabadora de cinta magnetofónica, una cámara de súper 8, dos proyectores de súper 8. Una caja de zapatos conservada para guardar utensilios para reparar y editar cinta súper 8. Los recibos de distintos números telefónicos de cincuenta años. Las facturas e instructivos de los binoculares, la cámara, la grabadora, los proyectores, la tele. Una sola maquinilla de afeitar, útil durante cincuenta años. El polvo asentado, adecentado, acidulado, polvo domesticado de años ocupando más bien todas las superficies excepto las zonas para sentarse y acostarse. Y excepto aquellas, cada vez más limitadas, más cómodamente restringidas, por donde se transitaba: un camino hecho no con trazos sino con borraduras; a su vez, por su progresiva reducción, un mapa de las áreas ya inaccesibles por saturadas. Un mapa no de espacio sino de tiempo. El necesario para desdibujar el pasillo como pasillo, el comedor como comedor, el cuarto como cuarto. Todo una sola y misma disponibilidad para ser habitada por cincuenta años y sus decenas de sillas, sus cientos de broches, carteles, sobres, listones, pilas, sus millones de motas de polvo, sus millones de letras. Una vida dedicada a habitar una casa, como si cada cosa hecha en esa vida fuera a la vez un minúsculo paso más en el largo, primordial y único proceso de habitarla. Quitar el *como* si. Como si el tiempo al fin pudiera efectivamente diluirse al transmutar en cosas dentro de una casa. Como si se la pudiera habitar de manera absoluta. ✖

# Ganke

## Eduardo Padilla

**Mientras leía la lista de muertos** del nuevo accidente ferroviario, Ganke se cortaba las uñas. «Si hay más hombres que mujeres», dijo en voz alta, «desayuno huevos. Si hay más mujeres, cereal». Ganke perdió la cuenta y tomó una manzana de la alacena. A la tercera mordida comenzó a programar las tareas del día por orden de urgencia. Tendría que verificar documentos y redactar varias cartas, luego elegir la mejor forma de convencer a su supervisor de que un grave error y un retraso eran culpa de una compañera que, según el mensaje privado de un cotrabajador de confianza, había hablado mal del supervisor en una reunión informal la semana pasada. Si lograba hacer esto antes de las doce incluso tendría algo de tiempo para avanzar con los cientos de horas de pornografía que recién había comenzado a catalogar.

Tiró el resto de la manzana por la ventana y regresó a su escritorio. Entre los muertos había personas de diversas clases y oficios y nombres que sugerían distintas nacionalidades. Esto le pareció inusual. Aquel tren no provenía de una ciudad importante ni se dirigía a un destino turístico. El amplio espectro de variables humanas que la información proyectaba sugería un tren salido de alguna metrópolis y no uno que viajara entre provincias sin nombre.

*Caro B. Heno. Estudiante de Ciencia Política, MIT.*

Vancouver, Canadá, 1976. Su libro más reciente es *Zwicky* (Cinosargo, 2021).

¿Qué hacía Caro tan lejos de Cambridge a mitad del semestre? Decidió Ganke que ese era un buen punto de entrada y comenzó a escribir. «C. B. Heno pide una semana de ausencia bajo pretexto falso y toma un vuelo a la capital de un pequeño país a miles de millas de distancia. Está enganchada en una relación con un estudiante de medicina que nunca ha visto en persona. Caro toma un tren de la capital a una región montañosa donde tendrá lugar la reunión. El hombre que espera la llegada de Caro en la estación ruinoso no es la persona que ella espera».

Apenas terminó de escribir aquel párrafo cuando una explosión lejana sacudió los cristales de su condominio.

De pie frente a la ventana observó una columna de humo trepar por el cielo detrás de un bloque de oficinas. Aguzó el oído pero sólo escuchó el chapoteo de la cafetera. Ganke intentó detectar en sí mismo algún rastro de emoción pero no encontró nada. «¿Ni siquiera vértigo, Matías?». Ganke ya no sentía vergüenza o temor a ser escuchado por los vecinos al hablar consigo mismo. Se puso de puntillas y recargó su frente contra el cristal. Miró hacia abajo. Luego disfrutó de su pequeño vértigo y regresó tambaleando a la estación de trabajo.

A media mañana una nueva explosión levantó a Ganke de su escritorio. Una segunda columna de humo subía reptando por el cielo descolorido. La primera columna seguía ahí, detrás del bloque de oficinas. Era más oscura que antes y parecía haberse ensanchado. Y ahora la segunda columna se alzaba sobre la ciudad como una torre hecha de cáncer negro y errores.

Ganke pegó el oído al cristal. A esa altura la ciudad se percibía siempre como detrás de un velo de morfina. «Pero deberían ya de sonar las sirenas», se dijo.

Inútilmente intentó continuar componiendo la carta acusatoria que de ser bien ejecutada arruinaría la vida de aquella mujer que Ganke sólo conocía como un fantasma en una pantalla y por quien no sentía deseo o desprecio, ni siquiera rencor. Pero haría lo posible por arruinarla. Ganke era un buen empleado, pensaba Ganke, y Gloria, una fuente de problemas.

«No se puede trabajar así».

Rompería su rutina entonces, Ganke, al salir de su condominio un martes. Pero no era un martes cualquiera. Y ningún noticiero cargaba con la noticia.

«Debería ya de estar en todas partes».

Se puso un par de pantalones y en los bolsillos metió un teléfono, una cartera, una navaja, un aerosol de pimienta. Se puso un par de zapatos y se detuvo en el umbral de la puerta.

Sería prudente masturbarse, pensó Ganke en silencio. Salir a la calle ya es bastante difícil. Mejor masturbarse.

Ganke procedió a masturbarse con el aire ausente de un hombre que se lava los dientes.

«Buenos días, señor Janque», dijo el portero, tocándose la punta del sombrero en un gesto descolorido. Ganke dio los buenos días hablando entre dientes y salió a la calle cubriendo sus ojos del sol con el dorso de la mano. Afuera todo parecía normal. Desorden disfrazado de orden, diría Ganke, si estuviera solo en su condominio.

Claro que el taxista no sabía nada sobre ninguna explosión. ¿Y sobre las columnas de humo al Norte y al Noreste? «Será obra del gobierno. Algo estarán haciendo. Remodelaciones. Hay que gastarse el presupuesto». Ganke bajó del taxi a unas cuadras del siniestro. El taxista se rehusaba a llevarlo más allá. «Yo ahí no voy, a ninguna hora».

Las cuadras cercanas al siniestro estaban perfectamente vacías. Era una sensación muy especial. De niño su madre lo había llevado (sin saberlo, usando mal el mapa) a un pueblo en el desierto al sur de la Península. Era un pueblo nuevo en todo sentido, un pueblo hecho desde cero junto al mar en un estado deshabitado. El pueblo entero había sido construido en un solo año, dijo el guardia. Cada casa era distinta; algunas palaciales, otras modestas, cada una singular y memorable. Y todas ellas estaban vacías. El pueblo estaba en venta pero aún no había compradores porque nadie sabía de su existencia. Sin embargo todo estaba listo, todo ya funcionaba. Los semáforos oficiaban para calles vacías. Las fuentes gorgoteaban para ningún caminante. Y los árboles fluían en un viento sin utilidad alguna. Aquel pueblo immaculado fue una revelación para Ganke y todos los eventos que vendrían después en su vida adulta serían una degradación y una burla a la memoria de ese lugar.

Ahora, caminando hacia el siniestro, Ganke pensaba en aquel pueblo y lo comparaba con la pobreza y decrepitud del vecindario donde se alzaba la columna de humo que ya más bien parecía una montaña, una nube atómica. El lenguaje críptico de la podredumbre estaba escrito en cada ladrillo pero la sensación de vacío *indoloro* y de estar *afuera* del mundo, por fin, por error, por error de mapa, por error de infancia, la sensación era igual.

«Me gustaría comprar una casa en esta comunidad», dijo Ganke como si practicara una frase frente al espejo antes de salir a una reunión de trabajo. Repitió la frase y añadió: «Me gustaría mucho... comprar una casa en esta comunidad. Tengo dinero. Tengo un buen empleo. Soy un buen lector de patrones. Hago millones para la empresa».

«Es bueno que tengas dinero pero debo informarte que aquí no aceptamos a cualquiera», dijo el viejo vagabundo que sin hacer ningún ruido se había unido a la incursión de Ganke por el vecindario en ruinas.

Ganke miró al hombre con más horror que sorpresa y metió en un acto reflejo su mano en el bolsillo.

«No soy ningún anciano», dijo el hombre. «Yo elegí esta apariencia». El vagabundo metió su mano en un bolsillo y sacó un puñado de estiércol negro.

«¿Quieres ser parte de la comunidad?». El anciano tomó un poco del estiércol con sus dedos y se lo untó en la frente. Luego acercó el montón de mierda a la cara de Ganke y lo sostuvo ahí, invitándolo a unirse.

Ganke vació el gas pimienta en la cara del anciano y comenzó a correr. Esperó hasta dejar atrás los edificios descompuestos para detenerse y vomitar la manzana.

Poco antes del atardecer Ganke llegó al vecindario industrial donde la segunda columna de humo se alzaba como una maravilla de grafeno, un elevador para salir del mundo.

Sabía qué esperar de esa zona pues él mismo había documentado la historia de la gradual desintegración de aquel dédalo de fábricas y bodegas. Su supervisor le había expresado una profunda satisfacción. Sabía qué esperar y sin embargo, conforme avanzaba hacia el siniestro, no tuvo más opción que admitir que la noción que tenía de aquellos edificios abandonados y encostrados de graffiti era falsa. Ya que, casi sin esfuerzo, casi sin desear verlo, pudo verlo, ver aquella nueva noción, donde detrás de cada agujero, detrás de cada muro colapsado, se alzaban, brillantes, las fachadas de nuevos edificios, edificios sin utilidad alguna, algunos imperiales, otros humildes, cada uno memorable.

Nuevamente Ganke sintió más horror que sorpresa.

«Eres un perro malagradecido», dijo el viejo vagabundo, que una vez más se había incorporado en silencio a la incursión de Ganke por el vecindario. Encostrado, cubierto de ruinas, el hombre metió una mano en su bolsillo. Del bolsillo la mano sacó una manzana verde y brillante. «Pero no te tengo rencor. ¿Qué tal si empezamos de nuevo?».

Ganke sacó la navaja.

El anciano sacudió la cabeza y miró a Ganke como si mirara a un niño obstinado.

Ganke apuñaló al vagabundo. El metal entró debajo de una costilla. Ganke sintió a la navaja raspar con el hueso al sacarla. La manzana cayó al suelo. El anciano miró a Ganke con severidad.

«¿Tienes idea de lo *aburrido* que es tejer mi ropa... cada vez que alguien le hace un agujero?».

Ganke dio media vuelta y sin decir nada comenzó a caminar en dirección al condominio.

De vuelta en casa se desplomó en su escritorio.

Había perdido el día entero y ahora, por primera vez en mucho tiempo, su mente estaba en blanco. No lograba visualizar la ruta para ponerse al corriente. Ni siquiera podía visualizar a Gloria en el momento de su despido.

Sin desearlo vio de nuevo la lista de los muertos. Sin tener sed tomó un trago de agua. Sólo había comido una manzana en todo el día pero no tenía hambre. No deseaba nada, pero sentía un total cansancio. Un cansancio atroz, una sensación nueva de vejez absoluta. Se sentía más viejo que el mundo.

Sus ojos deambularon hacia el párrafo que había improvisado sobre la estudiante de Cambridge. «¿Por qué?», dijo Ganke con la voz en ruinas, «¿Por qué una persona viajaría tantos kilómetros sólo para ser destruida? ¿No sería mejor quedarse en casa? ¿No sería mejor ser destruido en casa?».

«¿No sería mejor ser destruido en casa?», repitió Ganke en voz alta.

«¿No sería mejor ser destruido en casa?», repitió Ganke en voz alta.

Una explosión a la distancia hizo temblar los cristales del condominio.✱

# El artista de la vida

Alonso Cueto

**Ocurrió hace poco y aún no sé cómo lo puedo contar.** Yo regresaba del supermercado. Había comprado cosas sanas. Una botella de yogurt, jugo de naranja, queso fresco. Incluso un paquete de galletas de agua. Las bolsas me pesaban. Me dirigía en línea recta a mi casa. Pero en el parque, cerca de mi casa, me crucé con una mujer.

Delgada, elegante, de complexión frágil. Parecía haber sufrido mucho.

En el parque no había nadie salvo nosotros dos.

Me abordó.

Te he visto cerca, por aquí, varias veces. Eres de por aquí, me imagino.

Sí, le dije.

Quiero ser muy clara contigo, me informó. Eres la única persona que me puede ayudar.

Generalmente, cuando ocurren estas cosas, salgo corriendo. Pero era una mujer hermosa y tenía un cierto aire. Me quedé.

Necesito eliminar a mi marido, agregó.

Muy bien.

Las bolsas del mercado me pesaban. Le pedí que me dejara avanzar. Un viento fresco corría en ese momento por el parque.

Caminó detrás de mí. Tú eres la única persona que lo podría hacer. Nadie sabe que me conoces. Nadie sabe que te conozco yo a ti. Tienes que ayudarme. Te ofrezco lo que me pidas. Cualquier cosa.

Por favor, le dije.

Lima, Perú, 1954. Uno de sus libros más recientes es *Francisca. Princesa de Perú* (Penguin Random House, 2023).

Pareces un tipo atlético y fuerte. Además veo que comes bien. Te lo ruego.

Tomé aire. Lo mejor era irme pero decidí confrontarla, no sé por qué. Me di media vuelta.

Mira, no sé quién eres. No te conozco. Por lo visto estás completamente loca. Me voy a mi casa. Disculpa.

La mujer se quedó atrás. Volteé. Estaba de pie, temblando, con un escalofrío. Me gritó unas palabras atroces. Me había detenido en ese recodo pero ahora debía seguir. En línea recta siempre.

Llegué a mi casa. Pensé que podía tomar una cerveza, ver el partido de fútbol, fumar un cigarrillo, dormir.

El teléfono sonó. Era mi novia.

Hola, amor. Te paso a recoger más tarde.

¿Ah, sí? ¿Para qué?

¿Cómo? No me digas que te has olvidado. Es santo de mi tía Teresa. Nos esperan en su casa.

Tienes razón. Muy bien.

Saqué la cerveza, los cigarrillos. Busqué un poco de pan.

A las cuatro, mi novia me fue a buscar.

¿Vamos donde tu tía?

No. No vamos, me contestó. He decidido que no vamos.

¿Por qué?

Porque me parece que tenemos que terminar, me susurró. La verdad es que me aburro demasiado contigo.

¿Terminar? ¿Quieres terminar conmigo? ¿Pero no me llamaste para ir donde tu tía?

Sí, pero después lo he pensado. Y he decidido terminar.

Bueno, pero esto es una sorpresa. Y un trauma.

No hagamos dramas.

Bueno, entonces... si te parece terminamos. Pero dime por qué.

Mientras enumeraba sus razones, iba alzando los dedos, uno por uno.

No tienes una conversación interesante, nunca quieres salir, eres más bien un tipo intrascendente.

Eran palabras duras pero ciertas. Yo debía aceptarlas.

Bueno. Está bien. Como digas, amor.

Y además si te llevo al santo de mi tía vas a quedarte en una esquina, como siempre, mudo, sin hablar con nadie.

Bueno. Si te parece.

Ni siquiera puedes contestarme nada. Me voy.  
 La vi partir: el arco exquisito de sus piernas, la extensión preciosa de los brazos, el pelo sedoso y triste.  
 Me puse a llorar.  
 ¿Debía quedarme allí solo, tomando cerveza, fumando un cigarrillo, viendo el partido de fútbol? Había otra alternativa.  
 Llamé a mi hermana.  
 Mi hermana Domitila siempre es mi paño de lágrimas en casos así.  
 Al rato estaba en su casa.  
 Vamos a tomar una cerveza, me dijo. Lo mejor en estos casos es una cerveza.  
 ¿Quieres que saque una del frigidaire?  
 No. Vamos a la calle. A divertirnos. Ven.  
 Mi hermana es alta, morena y muy risueña. Es una gran compañía. La quiero mucho.  
 Salimos. Creo que empecé a manejar a toda velocidad. Estábamos en la Avenida Angamos. De frente, a divertirnos. De frente.  
 Baja la velocidad, me pidió.  
 ¿Por qué?  
 Porque nos vamos a estrellar.  
 En ese instante, no sé por qué, volteé a mirarla.  
 Fue un error, por decir lo menos.  
 El carro de adelante frenó. Para evitar chocarlo, viré el timón.  
 Me salí de la pista. Nos estrellamos contra un poste. El poste era una vara enorme, doblada, junto a nosotros.  
 Domitila tenía la cabeza ensangrentada. Yo estaba ileso. Tenía que buscar ayuda. Debía salvarle la vida a mi hermana. Con el apuro me había olvidado de llevar mi teléfono celular.  
 Salí a la vereda. Algunos carros nos tocaban la bocina. Les estábamos dificultando el tránsito.  
 Mierda, me dije. Mierda. Mierda. Mierda.  
 Un recodo.  
 Era un día de sol. Fuera de los bocinazos del tráfico y de mi hermana ensangrentada en el auto, todo parecía muy tranquilo en el barrio. Pensé que debía tocar la puerta de la casa más cercana para que me prestaran un teléfono. Debía llamar a una ambulancia. Mi hermana se veía muy mal.  
 Me acerqué a una casa, junto a un roble. Tenía una puerta de madera. Unas escaleras de mármol, un farol, una ventana de rejas verdes.

Toqué.  
 Alguien me miró por el ojo de la cerradura.  
 Por favor, hemos tenido un accidente. Mi hermana se muere.  
 De pronto la puerta se abrió.  
 Qué sorpresa, me dijo un rostro familiar.  
 Al poco rato me di cuenta de lo que pasaba. Quien me había abierto la puerta era Miguel, mi compañero de carpeta. Había tocado a su casa.  
 Cuántos años que no te veo, por Dios, es increíble.  
 Pasé.  
 Es extraordinario, le dije. Préstame tu teléfono, por favor.  
 Sí, claro, pero antes tómate un trago con nosotros, proclamó. Estamos justo varios de la promoción aquí. No lo van a creer.  
 Pero no puedo. Es que mi hermana...  
 Miguel me sonreía, me palmeaba, me sonreía.  
 De pronto estaba en una sala, junto a un montón de personas que me saludaban y me abrazaban y me decían «carajo, estás igualito».  
 Salí a ver la ventana. Una ambulancia había parado y estaban introduciendo a mi hermana en una camilla.  
 Alguien me puso un vodka tonic en la mano.  
 Me voy. No puedo estar aquí, les dije. Me voy. Lo siento.  
 Primero un brindis, me dijeron.  
 Al rato me fui. El carro estaba allí. Traté de entrar. Encendí el motor. Logré retroceder.  
 Estaba avanzando por las calles de Miraflores, con los parachoques destrozados, sin saber a dónde ir. Debía buscar a Domitila en alguna clínica.  
 De pronto un árbol se cayó delante de mí. No podía avanzar.  
 Me salí del auto.  
 Pensé en mi madre. Había trabajado tanto toda su vida para que yo fuera feliz. Como en el poema de Borges, pensé que yo la había traicionado.  
 Lloré un poco bajo un roble, pensando en mi madre.  
 Debía recuperar a mi novia, debía encontrar a mi hermana, debía huir de la vecina que me había pedido que la ayudara a matar a su marido.  
 Mi vida estaba llena de tantos desafíos. El camino aún era largo. ✖

# Judith Santopietro

*Um imigrante / bate fotos trepado / no toldo de / um quiosque  
/ a multidão grita / em frente ao Banco / aparece um malabar  
/ aparece um pastor / imagens da pura / desconexão*

Carlito Azevedo

## DELIVERY

Un inmigrante corre en el techo de un vagón  
el tren cruza el puente de Metlac a milciento treintaiún msnm  
un inmigrante hace malabares  
mientras la cima del mundo avanza  
a la par de las montañas  
Quizá más tarde vengan  
los retenes el chirrido de las vías  
pero ahora filma con su celular el bosque nuboso  
y las orquídeas negras que pasan en la sucesión de imágenes

De algún vagón llega un sonido  
los garífunas atados a los fierros  
bailan con sus hijos en el pecho  
luego habitarán los desiertos de Arizona  
o las praderas húmedas del Bronx en el verano

Córdoba, Veracruz, 1983. Su libro más reciente es *Tiawanaku. Poemas de la Madre Coqa / Poems from the Mother Coqa* (2019, traducido al inglés por Ilana Luna y finalista de The Sarah Maguire Prize for Poetry in Translation).

Aunque ahora un inmigrante desafía la gravedad  
en su euforia por llegar al Norte  
después su cuerpo se hará recio para soportar las tormentas  
repartir comida y regalos navideños  
cuando los demás se refugien en la calefacción  
lo llamarán *delivery*  
y su nombre lucirá en letras rojas  
en cada entrada de los restaurantes  
lo llamarán *delivery* mientras se equilibra en su bicicleta  
y el tren avanza

un inmigrante desafía la gravedad  
brinca el desierto y luego el mar  
desde lo alto del puente balbucea un territorio lejano  
que ni él mismo recuerda.

## CIUDAD DE POLVO

### *A las asesinadas de ciudad Juárez*

Una mujer se agota  
en la esquina de la mesa  
se acurruca como gato adormilado  
en la ventana  
piensa en el menú de costumbre:

pan sacado del nido de su vientre  
bajo un carraspeo polvoso  
entre rescoldos de calor y lluvia

Camina a la sombra de nubes corroídas  
que sangran el parto de la tarde

plomo al acecho  
sin rostro  
ni palabra

Aquella vez la mujer a la distancia  
parecía árbol quieto  
deslizaba pasos por la noche llovida  
de barro y costillas disecadas

aún oí sus raíces chasquear entre los autos  
el repiqueteo de sus puños  
sobre la ventana ciega  
la voz que parpadeaba de silencio  
como enramado tembloroso en el vacío:

una cruz de quietud y desierto:  
el adiós intemporal

La mujer a la intemperie  
en el cráneo abierto del dolor  
  
en un cuarto enmohecido de gargantas silenciosas

Yo no destilo gotas  
eso es tan inútil como dormir  
con el cuchillo entre las manos  
como los topos que hurgan  
los resquicios polvorientos:

Nadie las encuentra  
nadie siembra el llanto contra el piso

No sabía a dónde iban las mujeres apiladas  
en el quiebre del camino:

a dormir el sueño entre las dunas  
en la oscura línea del desierto  
fermentadas ante el sol  
con su presencia eterna y árida.

## BUGAMBILIAS DULCES QUE JAMÁS RENACERÁN

En las carreteras duermen los huesos rotos  
Omimeh tlapantoqueh huan cochih pan ohtli  
los decapitados  
los tristes  
tlen mocuezoah  
los que ya no pueden llorar  
tlen ayoccanah huelih chocah  
esparcen su polvo entre la tierra húmeda  
quiihzceloah inincuechchopan pan tlalli xolontoc

horadados los frontispicios de las casas  
sus paredes sangran  
un olor a plomo cubre los parques  
y en los jardines uno a uno  
sembrados los racimos de su piel  
bugambilias dulces que jamás renacerán

el caudal es agua roja espectral roja heráldica  
atlahco quiipiya atl chichiltic  
tan bermejo el óxido de su sangre  
granate el horror de una cereza envejecida

También sus huesos cimbran  
en el estertor del subsuelo  
acarician los vapores minerales  
así el dolor salobre en la espina dorsal  
en la espina de los sueños:  
huitztli tlen temiquiztli  
la ciudad escarlata se incendia  
notlalhui tlatla.

## LOS NIÑITOS LLUEVEN EN POLVO ESPIRITUAL

La noche alberga sonidos  
 constelaciones de carbón y plata en la corteza de un caparazón  
 en el rezo de las parturientas:  
 mientras la abuela atiza el fuego entre rescoldos  
 surgen los hongos desde el lodo  
 los musgos que alivian el hambre  
 su micelio corre a miles de kilómetros bajos los pies

Los jugos aromáticos fluyen  
 a la tierra  
 desde un cuenco repleto de yerbas:  
 su vapor restaura el útero de las madres

En aquella hoguera los *niñitos* llueven en polvo espiritual  
 masticamos su sabor amargo teonanacatl  
 lentos y risueños asemejan la ironía de los animales que viajan  
 escondidos en el último canto lunar.

## LAS LÍNEAS DE NAZCA

En el invierno veo las líneas de Nazca de lejos son señas muy precisas  
 a las divinidades  
 que se ríen de mí  
 me ven aterida e ignorante  
 El desierto se derrumba mansamente  
 el cielo púrpura deslava el atardecer  
 son veintidós horas de un ruido que sale de los aparatos viejos del autobús  
 veintiséis horas de trepar por despeñaderos  
 de encogerme en los páramos  
 treinta horas en el frío  
 la cabeza me da vueltas vomito  
 el soroche no lo alivia ni la hoja de coqa.

## POST-TRAUMATIC STRESS DISORDER

Clínica Alemana  
 La Paz, Bolivia, 30 de julio, 2013.

Clínica de urgencias Geografía profunda en julio La paciente  
 \_\_\_\_\_ de veintinueve años es internada en la clínica alemana  
 entumecida se somete a exámenes de laboratorio por doce horas  
 Conservados: tejido celular guijarro en el esófago se recupera por  
 cuadro de vómito incoercible Alta médica sin contratiempo se  
 recomienda dieta blanda caminatas bajo el sol en el parque de  
 Abaroa evitar pesadillas y neurosis Al día siguiente recae por  
 angustia Ecografía e incluso tomografía evidencian aurora grito  
 huida dolor abdominal permanente vómito angioma parietal izquierdo  
 Treintaiséis horas de indagar el organismo: bioquímica sanguínea  
 urinálisis perfil hepático lipídico fotosíntesis de los cientos de  
 hojas que ingería para mantenerse a ras del mundo Ingresada por  
 impacto de susto en el hígado se reintegra pálida por cabalgar hondo  
 en tiempos convulsivos Topografía del cuerpo muestra que la coqa le  
 produce taquicardias: inyectar amiodarona 10 mg por brote espontáneo  
 y abismo accidentado adormilar con flunarizina de farmacéutica  
 chilena vía intrarterial La paciente es migraña bruxismo que deriva  
 en dientes carcomidos al dormir arritmia alucinaciones auditivas en  
 el aire Preservados: tejido muscular subcutáneo expuesta a pruebas  
 médicas cuarenta y ocho horas A pesar de todo cerebro partes óseas  
 depresión dentro de lo normal. ■

# Recordarás estas palabras

Myriam Moscona

**Las maestras organizaron un bailable** en el que salgo de china poblana con mi atuendo de colores. La falda es larga, hasta el piso, lleva un nopal en la parte de enfrente y atrás, un águila con la culebra en el pico. El cinturón es verde y la blusa, blanca brillante con bordaditos en la orilla de las mangas. Los zapatitos tienen un poco de tacón. Cuando me estaban arreglando en la mañana lloré a gritos porque con el pelo grifo no entra bien el peine y no me pueden hacer las trenzas ni poner los moños rojos de satén sin arrancarme manojos.

Todas las mamás están convocadas. El patio se adornó desde ayer con dibujos y flores naranjas, parecen lámparas chinas. Vienen agarradas en cadenas de papel. Una cadena sin adornos y otra con flores. Antes de que los grupos comiencen con sus bailes se toca el himno nacional y todos tenemos que cantarlo.

Mi prima es mayor, va en sexto, siempre está en la escolta, pero hoy además es la abanderada. Lleva el delantal del uniforme sin almidonar. Las demás lo llevan tieso con los olanes levantados. Sus zapatos no son de charol azul sino choclos marino con blanco. Tiene unas trenzas muy negras, muy largas y los ojos dulces y oscuros como dos aceitunas kalamata de esas que siempre comen mis abuelas.

Localizo a mi mamá entre todas las que están en primera fila. Su vestido es negro sin mangas, con un prendedor cuadrado en espiral y lleva puestos sus lentes oscuros. Es alta, se distingue de las demás. Tiene la boca roja y los pómulos casi triangulares. Se parece a la cantante de ópera. ¿María Callas? Mi mamá también canta ópera aunque a mí no me gusta esa voz falsa que le sale al cantar. Dice que no es falsa sino «voz educada».

La veo mirar a todas partes, parece que busca a la derecha y a la izquierda, pero no da conmigo. La trompeta corta el aire. Viene el himno y la escolta con la bandera de México. Turututú tutú... y los tambores suenan todos al

Ciudad de México, 1955. Su libro más reciente es *León de Lidia* (Tusquets, 2022).

mismo tiempo. Mi prima desfila derecha como escoba. Mi mamá se pasa un pañuelo blanco por la cara, se limpia los ojos todo el tiempo. ¿Estará llorando porque no me encuentra? Le hago una seña, se quita los lentes oscuros, se pasa el pañuelo por la orilla de los ojos. Comienza la banda, también ella canta y luego se queda en silencio.

Toda la escuela entona la letra:

*...piensa ¡oh patria querida! que el cie-elo  
un soldado en cada hi-ijo te dio  
u-un soldado en cada hiii-jo te diooo*

Después del himno sigue mi bailable. Si me equivoco, la maestra me cortará la cabeza. Damos las gracias con una caravana. Primero a la izquierda, luego a la derecha.

Cuando nos dejan salir voy corriendo a buscarla. La beso, la abrazo. ¿Te gustó, mamá? Me dice que fui la mejor, lo dice porque soy su hija, aunque los ojos le brillan al hablar.

En ese momento me toma de la mano y de la forma más natural nos subimos a la canastilla de un enorme globo de colores. De la mitad del patio de la escuela nos elevamos ante el asombro de todos. Se oye crepitar el sonido de la llama que levanta el globo. Mi madre comienza entonces a cantar un aria de *Los cuentos de Hoffman* y mis amigas me dicen adiós con la mano. Dejo caer un pañuelo desde lo alto. Ya entre las nubes, ella me explica la conformación del mundo. Vemos México con su cintura estrecha a la mitad y su brazo estirado, asoleándose en el Golfo de California, notamos cómo entra el mar hasta la axila de ese brazo. El mar azul me recuerda al libro de grabados de Hokusai que le regalaron a mi hermano en su bar mitzvah; ahora aparece el territorio gigante de Canadá y los hielos del polo como un raspado de anís y otra vez el océano que atravesamos mientras ella vuelve a cantar. Unos giros más y distinguimos España, mi mamá saca de una bolsa de estraza «pan dishpan» con el que solemos romper el ayuno de Yom Kipur («pan dishpan» es «pan de España», me explica como si yo no lo supiera), al diluirlo en la boca distinguimos la bota de Italia, la piedra de Sicilia y allí cerquita me muestra por fin Bulgaria entre el Río Danubio y el Mar Negro en el que ella patinó de niña.

—¿Quieres bajar, mamá?

—No, no... Prefiero quedarme en el aire con mi chinita poblana. Además ya no hablo búlgaro, ¿qué van a decir de mí?

Pienso que se volvió loca, pues hoy en la mañana antes de salir la oí hablar por teléfono en búlgaro durante media hora.

—No importa, podemos hablarnos en ladino las dos —le digo para consolarla.

—Pues sí, «lo que no volverás a ver jamás debes amarlo para siempre» —me dice repitiendo un verso de no sé qué poeta.

Seguimos en el aire, vamos exaltadas por el mundo. De pronto, algo ocurre que comenzamos a desplomarnos a gran velocidad. Curiosamente estoy tranquila. Caemos en un desierto de arena, muy plano, sin montañas. El globo se pliega con sus hilos enredados y se expande como una enorme sábana inflada encima de nosotras. Estamos sentadas y no tenemos ni un raspón. Le pregunto si alguna vez alguien vendrá por nosotras. Siento calor, me quito los zapatos. Con el pie derecho muevo la arena, percibo algo duro, rasposo. Me ayudo con las manos hasta toparme con esa superficie rugosa: es el cráneo de un carnero. Sus dos cuernos enormes me recuerdan al becerro de oro que está pintado en mi Biblia de niños. De pronto mi madre mueve con delicadeza mi cuerpo. «Vas a llegar tarde al colegio y todavía tienes que peinarte para el baile», me dice con enorme paciencia alisándome los rizos.

Años después anotaré en mi cuaderno otro apunte de Jung sobre la mente y los sueños: «así como el cuerpo humano representa todo un museo de órganos, cada uno con una larga historia de evolución tras de sí, igualmente es de suponer que la mente esté organizada en forma análoga. No puede ser un producto sin historia como tampoco lo es el cuerpo en el que existe».

—¿Lloraste, verdad? —le digo a mi madre después de mi bailable.

—Bueno, sólo un poco.

—¿Por qué? ¿Es porque no me encontrabas?

Veo en el borde de la ventana unas letras chinas. Me acerco a tocarlas aunque parecen escritas con vapor. Después cierro los ojos y leo en la oscuridad de mi mente algo sobre el uso pictórico de los sueños, de sus figuraciones indirectas. Se revela un entrecomillado como si fuera una nota que alguien dejó en mi mesa de trabajo: «Es igual que en la escritura china. Sólo por contexto se posibilita la comprensión correcta».

Mi madre me arregla las trenzas con sus manos largas y me explica que el himno nacional mexicano la hace llorar. Se pone en cuclillas para fajarme bien la blusa. Se quita los lentes, me toma de los hombros, alinea sus ojos en los míos y me dice muy seria con la voz entrecortada: «Es el himno del lugar donde naciste, es tu país, donde pudimos volver a empezar la vida. Fuiste la primera entre nosotros, sé que algún día, cuando seas mayor, recordarás estas palabras con un aire de nostalgia». ✱

# Melissa Niño

## MUSEO DE LA HERRAMIENTA

Heredad del silencio, el primer cuarto adosado al tejabán almacenaba herramienta. Los despojos de una criba rústica en lugar de puerta marcaban la frontera entre la calle y la propiedad privada. Sin chapa, pestillo o traba, sólo un viejo galón de aceite en contrapunto sostenía y daba paso a nuestra ilusión:

la cuchara y la madera picada de su mango,  
un marro terco que siempre pierde la cabeza  
arreatado por los golpes,  
como palillos chinos del frágil orden en el que  
todo reina, los repuestos de segueta,  
un flexómetro de Pepsi Cola y su botón de  
seguridad rojo o  
—mi favorito— el tiralíneas con su promesa  
de un futuro bien trazado.

Al fondo, los especímenes de otros tiempos  
cuando mi abuelo tenía un taller eléctrico.  
Y más antes, cuando sembraba vías para el ferrocarril.  
Y más antes-antes, cuando perdió las tierras  
de tito José, tras el paso de un ciclón.

Puerto Vallarta, Jalisco, 1984. Su libro más reciente es *Dorsal Atlántica: Expediente sobre los suelos oceánicos* (Espina Dorsal, 2023).

74 Porque no todos escriben su vida en diarios.  
Mi abuelo hacía cálculos,  
y entre largo, ancho e hipotenusa,  
alguno que otro verso.

Pero los sueños siempre se pierden  
de padres a nietas  
de trago en mal trago  
golpe tras golpe  
degeneración por generación.

#### CANCIÓN DEL MANGO

Testigo indemne de cumpleaños,  
posadas, bautismos, velorios, trifulcas  
y más de una guácara intempestiva,  
un mango de brazos siempre abiertos  
estuvo al frente de nuestra casa.

Mediocre, indigno de fotografías,  
sólo segmentos del tronco  
en que nos columpiábamos  
se preservan en los planos retorcidos  
de los álbumes de infancia.

Nadie reparó en su presencia fronteriza  
que sin titubear protegía el perímetro  
de lo que llamamos nuestro:

nuestras las primeras pisadas  
al despertar, estirar bostezos  
y recibir el confeti de pequeñas flores  
oblación del día.

nuestra la tierra templada  
bajo los pies *a raiz*  
y sublingual la dulzura  
de los frutos caídos

nuestra también la brisa  
removiendo sin tregua  
los recuerdos por venir.

Fieles practicantes  
del catecismo de la ingratitud  
ignoramos qué suerte  
le deparó el expolio  
llamado compra-venta;  
pero sabemos muy bien  
que nuestro viejo mango  
cayó en silencio  
sobre el naciente abismo  
de un tejabán abandonado.

Mis dos últimos años de primaria  
los hice en la Teresa Barba,  
una escuela contigua a un templo,  
de la que me escabullía  
por entre los árboles  
para trepar la cornisa y  
espiar la soledad de los santos,  
regados estratégicamente  
por los rincones.

«No pasaba por mi escuela  
hacia veinte años.  
Hoy la vi ahí idéntica»,<sup>1</sup>  
excepto por el silencio  
de los salones y la lucecita  
refractada en los vidrios  
de la puerta de emergencia,  
justo al pie de la escalera  
por la que bajábamos corriendo  
pese a los regaños  
de la maestra Cuca,  
con su mechón de canas  
sobrevolando un cielo  
cada vez más lejano.

Descubrir la soledad de mi escuela  
me sumió en la corriente  
de la transformación  
que opera la luz  
en el tiempo.  
Y pude ver a la muerte  
atravesar el patio  
y arrear a sus pollitos  
cuando está sola. ✕

<sup>1</sup> La cita es un tuit de la poeta argentina Laura Wittner.

# El sobre de mis muertos

Juan Fernando Covarrubias

*los muertos no saben / que están /  
muertos—, ni siquiera que / mueren*

Stéphane Mallarmé, «Una tumba para Anatole» (su hijo)

**No había visitado la tumba del abuelo desde su muerte.** Quince años transcurridos y no había estado ni un día, de pie, en el panteón, frente a su presencia ausente. Antes de trasponer la reja de entrada del cementerio palpé, en la bolsa de la camisa, la vieja fotografía que tomé, sin permiso, de las pertenencias de mi madre: a mi abuelo se le ve con el rostro serio, casi endurecido; a su lado izquierdo aparece mi abuela, después mis dos tías y, por último, mi madre.

La fotografía es particularmente única: los cinco, la familia entera está en un velorio. Todos visten de negro. Nada más mi abuelo lleva una camisa blanca. No hay alegría en la imagen, nada de eso, tal vez de haberla sería una ofensa. Más bien, rostros alineados, como dispuestos en un paredón, a la espera de la orden de disparo. Los cinco con los brazos cruzados al pecho. Mi abuela es quien, dado su gesto compungido, parece más apegada a la situación; de los demás podría decirse que tienen un vago parecer ausente. La fotografía es en blanco y negro, circunstancia que tal vez ahonde

Guadalajara, Jalisco, 1980. Su libro más reciente es *Loco por destruir* (Universidad Autónoma de Nuevo León-Secretaría de Cultura Jalisco, 2023).

su panorama desolador. Pienso que el instante lo fue, y que la fotografía trata de reproducirlo. Imagino que ahí permeaba una atmósfera sobrecogedora, soporífera, disminuida de pretensiones y poses ensayadas. Una fotografía es una novela condensada.

Y ahora, esta tarde noche, muchos años después, es ese hombre, el abuelo, ya nada más un nombre. Uno de los muchos nombres que descubro en el lugar. Que trepan los árboles, reptan por las lápidas, se meten a la tierra blanda. Es también tumba. Esqueleto. Gusanos. Tierra húmeda. Enriquecida de nutrientes. Muerte aparente. Muerte total.

Este cementerio en particular, al que trajimos al abuelo dos días después de su muerte en cama —como su padre y el mío—, es un viejo conocido: los huesos de parientes, conocidos y vecinos están aquí. También sus presencias. Y sus nombres. Y ángeles de yeso descabezados, tuertos, con alas medio derruidas; tumbas pisoteadas y desalineadas, hierba incontrolable, senderos que no son tales, lápidas que van perdiendo prestancia, santos oscuros y raquíticos, mauseoleos atacados por el tiempo y el deterioro, hornacinas mohosas y afeadas; un par de sepultureros que comen un lonche y beben una Coca-Cola. Tal vez la cercanía con la colonia hizo que se eligiera este sitio: la cercanía también es un modo de no perdernos, un deseo de esa pretensión de dar pasos todos en una sola dirección. Es el panteón Atemajac. Atemajac, «río entre piedras». Hay trazos amables, pero también violentos en las imágenes que se llevan en la cabeza, que la memoria incorpora al carrete de los recuerdos, no obstante su fugacidad o languidez; y los cementerios rebasan cualquier margen, ya se trate de unos u de otros, de amables o violentos.

Durante el mismo año de la muerte del abuelo, 1997, murió también mi padre. Mi abuelo, en abril y él, en agosto. El día primero, el mismo día en que cumplía años otro amigo que ya murió, Alfonso (Ponchito, como solíamos llamarlo), que vio morir a su padre frente al volante de su auto, vehículo que no pudo conducir a urgencias porque nunca aprendió a manejar, ni antes ni después de eso. Las fechas tienen también una extraña particularidad: cierran círculos, o los abren para que, insertos en sus vueltas, reconozcamos nuestras desdichas y dolores, los dotemos de otra investidura, proclive esta a la memoria y al quietismo. Un número, una cifra, o una fecha de calendario, parafraseando a Paul Auster en *La invención de la soledad*, dicen lo que quieren dar a entender y dan a entender lo que dicen. Ese es su poder.

Sin embargo, por debajo de la intención, de la acción de ir al cementerio a visitar al abuelo, subyace un itinerario que hubo que seguir —de forma inconsciente, ahora lo veo claro— para que quince años después, este estar frente a la lápida, de pie, bajo un susurro casi quedo de la llovizna, ya no calara tanto: recordar otra muerte, la de mi abuela. Ocurrida en 2009, en cama también, y en cuyos últimos días, con voz apenas audible, me hizo una petición que nunca compartí con nadie hasta que la escribo hoy. Visita a tu abuelo, me dijo. No te digo que hoy, o mañana. En algún momento. Hazlo por mí. Porque yo ya no podré limpiar su tumba y mandarla pintar cuando se despinte. No olvides quitar el rastrojo, quitar todo aquello que crezca y que impida leer su nombre en la lápida, tan bonito su nombre, Celestino. Ya ves que la letra es pequeña y sólo de cercas puede leerse.

Y aquí estoy... O allí estuve. Porque esto que escribo lo escribo muchos días después. Más allá de la petición, de cumplir este deseo moribundo de mi abuela, ¿por qué hasta después de la muerte de ella? No tuve respuesta por mucho tiempo, pero encontré este asidero en lo que Michel de Montaigne dice en sus *Ensayos* al respecto de un príncipe de Trento que pareció no condolerse por la muerte de sus dos hermanos, pero sí se rasgó las vestiduras por uno de sus servidores, acaecida después de los dos primeros: «...estando lleno y saturado de tristeza, la más leve añadidura hizo que su sentimiento se desbordase».

En *Auto de fe*, Elias Canetti: «¿Será posible estar vivo cuando uno está muerto? ¿Será posible? [...] Todo hombre ocupa un espacio vacío, aunque sea sólo un instante. El espacio de este hombre era su muerte».

Ahora también pienso que nunca me han gustado los funerales, tampoco los sepelios. Pero hay que despedirse. Y a algunos panteones los considero meros muros. Cuando me entero de la muerte de alguien, cercano o no, me pregunto si en su velorio pondrán aquel plato de cebollas en rodajas y agua que antes se colocaba debajo del ataúd con la intención de camuflar el olor del cadáver. Los rezos, exasperantes, sibilinos, se mezclaban con aquel aroma que no me soltaba por muchos días. Pero un hedor también es una mancha. Como esas manchas que nos dejaban las bellotas en las manos cada año: mi padre las bajaba del nogal de la banquetta y había que rescatar la nuez de esa cáscara verdosa, gruesa, que desprendía un líquido que dejaba un tizne café que no se quitaba por semanas. Había que traer las manos a resguardo en la escuela, porque apenas las entreveían los

compañeros comenzaban con una letanía de burlas y señalamientos que no acababan con las clases. Dos o tres enfrentamientos a puñetazos tuve que poner como muro para detener aquella andanada de insultos. Y al siguiente año, cuando el árbol rebosaba de bellotas, vuelta a empezar.

Ahí, delante del nombre del abuelo en la lápida, recordé los versos de inicio de aquel poema de Roberto Juarroz que había leído hasta la saciedad por aquellos días: «Mientras haces cualquier cosa, / alguien está muriendo»; versos que quizá me dieron el último empujón para ir al panteón. Este par de versos se parecen tanto a ese mazazo que se les daba antes a las reses en la cabeza apenas trasponían la puerta del matadero en el rastro, una tras otra, inquietas, con la mirada torva, embotada y presintiendo todas lo que le sucedía a la que iba adelante; por principio de cuentas, que ya no mugía, que ya no estaba al frente, que ya no volvía. En ese ínfimo presentimiento ya las patas se les doblaban y enseguida caían como se vendría abajo una carpa de circo si se le quitara el pivote central que la sostiene: un último y lastimero mugido, un temor acendrado, una visión recortada, desenfocada y sangrienta, cálida en su hervidero rojizo. Y también soledad. Quizá, más que otra cosa, soledad: en fila india, sin salirse de la línea, cercadas, pero solas. Cada una de las reses en soledad. Solas.

La prosa a veces resulta manca, una prótesis a menudo insertible o antigua. Incompleta. Obsoleta. T. S. Eliot escribió que la poesía dice lo que no puede decir la prosa. Porque entonces, ¿cómo darle forma a ese vacío que experimentaba frente al mármol cuya lápida sostenía el nombre de mi abuelo, en esas letras tan achicadas y parduscas? Entretenidos todos, quehacerosos o mirando nada más el techo como Witol en aquella habitación de la provincia argentina en *Cosmos* o Miss Golytly en su efigie de madera africana en *Desayuno en Tiffanys*, tal cual en su pereza e incertidumbre, daría igual, al final sería la misma cosa.

Y del mismo modo que las vacas —esos últimos dinosaurios en el siglo de las máquinas como las llamara Alfredo Zitarrosa—, solos nosotros, muriendo todos, muriendo solos, ahí en bien formada e interminable fila india, un último y lastimero quejido, muriendo... «Y aunque pudieras llegar a no hacer nada, / alguien estaría muriendo...», continúa en mi memoria el poema de Juarroz. Como el abuelo, como mi padre, como mi abuela: hay un sentido en lo que se hace o en lo que se dice —es lo mínimo que se le exige a cada uno—, pero la distracción consiste en que comenzamos a



contar historias, a inventarlas en su transcurso, a cada vez más alargarlas y agregarles un nuevo final. Entonces, sí podríamos llegar a no hacer nada al tiempo que alguien, oculto, abandonado, esté muriendo.

Sigue Canetti en *Auto de fe*: «Según la gente, los sufrimientos de Cristo eran exagerados: se debían a un dolor de muelas. Pero no era eso, no. Aca-so no aguantara a esas palomas con sus sempiternos escarceos. Entonces pensó en su soledad. Aunque más vale no pensar en ella si algo quiere hacerse. ¿Por quién hubiera muerto él en la cruz de haber pensado en su soledad? Sí, en realidad estaba muy solo».

«Y aunque te estuvieras muriendo, / alguien más estaría muriendo». La paridad con nuestros semejantes es la marca inexpugnable en la frente, imposible de ocultar y eliminar. Esa es la certeza primigenia del nacimiento, la única que persiste inamovible a lo largo de la existencia, inquebrantable, como si se viera todos los días un letrado al frente, aun cuando se cerraran los ojos y se velaran las imágenes guardadas, los recuerdos, la memoria toda. La casi ceguera que con el tiempo se instala en los ojos puede desvanecerse en cualquier momento, o por lo menos correr un poco la cortina de desearlo de ese modo. Pero quizá esa ceguera momentánea no es tal, salvo lucha contra la desmemoria.

«...alguien estaría muriendo, / tratando en vano de juntar todos los rincones, / tratando en vano de no mirar fijo a la pared». El abuelo se quedó fijo en el tiempo, como antes hiciera su padre y, por si fuera poco, en la misma cama. Después mi propio padre, aunque en cama distinta. Luego mi abuela, en otra cama, en otro sitio. ¿Dónde acabaremos nosotros, sobre cuál cama, en qué lugar, bajo cuál tiempo? Más vale no pensar en la soledad si algo quiere hacerse.

De ese amontonamiento de días en la vida que cada uno lleva podría sacarse en claro una cosa, quizá muchas, pero una sola se me ocurre ahora mismo: que en el trabajo de las manos no radica la posibilidad de la prolongación de la existencia o el impedimento de la muerte. ¿Dónde, entonces? Tal vez sea nada más una somera justificación para el continuo respirar, ese sí persistente, vigoroso. «Por eso, si te preguntan por el mundo, / responde simplemente: alguien está muriendo». Alguien está muriendo. Alguien está muriendo. Alguien está muriendo...

Detrás de todo ese escenario, con luces y provisto de diálogos y personajes, alguien, sin embargo, está muriendo, y lo seguirá haciendo en su último minuto exclusivo de mortalidad, como lo han tenido los que nos antecedieron, como lo tendremos todos en un punto de la línea del tiempo.

Y por último, Canetti: «De los locos tenía una idea burda y simplista. Los definía como seres que hacían las cosas más contradictorias y que para todo usan las mismas palabras».

Quizá algo semejante podría decirse de los muertos. O, por lo menos, yo podría decirlo de los míos, de mis muertos: que son también aquellos de los que una tía abuela, de nombre Rafaela, guardaba sus nombres en un sobre para no olvidarlos: Adelaida, Dionisio, Inés, Juana, Celestino, Cleotilde, Relo, Pascual... El sobre, lo descubrí un día, permanecía casi flotando insertado entre los dos alambres que sostenían el foco de la cocina de su casa en el rancho, en Florencia. Cada que sobrevenía una muerte, trepaba a una silla, bajaba el sobre, lo abría y guardaba un nuevo papelito. Se llevaba el sobre a los labios, parecía rezar y luego, de nuevo, lo dejaba casi en el aire entre aquellos alambres polvosos, con telarañas, que de un momento a otro parecía que se vendrían abajo. La tía abuela Rafaela, quizá tenga que decirlo, murió hace años y, como los otros, en cama. Y su nombre está ya también en ese sobre. ✖

# Alexandro Castro

## CONDECORACIÓN, VERANO DE 2007

El calor de la noche disminuye  
gracias al viento que entra por la ventana  
de la camioneta de mi abuelo.

*La Cuchufleta* dice mi abuela  
mientras él muestra  
una sonrisa en el retrovisor.

Llegamos a la tienda  
en busca de la cena y el desayuno.

Nos compran unas papitas  
cada quien escoge un sabor  
distinto para compartirlo.

El primer tazó  
se dibuja en la luz  
reflejada por la luna.

Mientras como mis papas  
un trozo de metal aparece  
sin el sabor característico  
de una moneda a pesar  
de que conserva  
la misma forma.

Mi abuela cuenta a los demás  
como si fuera el más grande logro

*¡Es de fierrito! ¡El tazó es de fierrito!*

Ojinaga, Chihuahua, 1996. Su libro más reciente es *Eróstrato* (Programa Editorial de Chihuahua, 2019).

Lo levanto y observo  
el brillo del metal en la noche  
los rostros de mis primos  
iluminados por la luz  
que entra por el vidrio  
de la camioneta

tengo entre mis dedos  
la primera y única  
medalla de mi vida.

### **TODO SE PASA**

Dentro de veinte años  
un joven mirará la mesa  
sucia tras la cena verá  
que abandonamos la memoria  
y los espacios físicos  
mientras un resplandor se aferra  
a iluminar la superficie  
de los platos.

### **YA NO RECUERDO LA VOZ DE MI ABUELO**

A estas alturas ya perdí demasiado: un diente tras caer jugando  
un carrito rojo de juguete en el transporte público  
y una pistola de luces rojas afuera de una tienda  
departamental. Las imágenes de mi infancia han perdido  
su sonido. Me gustaría recordar algo. En este momento  
intento escuchar todo lo que está acá y siento que en el zumbido  
de unas alas de mosquito, justo antes de dormir  
hay un mensaje de buenas noches.

### **BOLERO**

El sonido de su risa corta la calle.

Un hombre camina silbando  
dos niños y su madre se acercan  
mientras un perro acompaña al sonido.

Pedro busca la llave.

Para montar el puesto  
le es necesario tomar sus herramientas  
limpiarse las manos una última vez  
antes del desayuno  
y reír de nuevo.

La risa es el primer candado que se abre.

Un milagro visto por un desamparado  
monta el mundo a las siete y cuarto de la mañana  
cuando un bolero abre su puesto.

### **PETICIÓN**

Aunque conozco dónde viven mis amigos  
ya no sé cómo encontrarlos.

De un tiempo hasta esta fecha  
en que mis manos esperan el saludo  
sigo creyendo que tocar a la puerta  
es esperar a que un dios abra sus brazos.

Salió a la luz el empaque del té que bebiste  
la última vez que pasaste por casa.

Sólo eso quedó: un cuadrado de papel  
color amarillo iluminado.

Ya no importan los días en que estuvo limpio el buró  
sólo queda el aprendizaje del polvo  
y su viejo hábito de posarse sobre las cosas.

#### UNA MANCHA BLANCA EN EL HIPOCAMPO

Desde la infancia un sol—  
mentiroso, que se esconde  
detrás de una nube—

acompaña hoy  
a la imagen al ojo cegado:

hueco en las nubes a causa del brillo  
una mancha blanca  
en el hipocampo.

En el presente  
una persona regresa  
un objeto perdido.

Lo incómodo al mover el ojo.

El malestar del parpadeo.

La consecuencia de mirar atrás. ✖

# Marcado por el aburrimiento

## Daniel Centeno

—¿Qué nos estabas diciendo? —preguntó Ana. Éramos los de siempre—.  
Algo sobre un fantasma —insistió, mientras el mesero nos tomaba la orden.

—Al fin sé cómo ganarle a mi fantasma —contestó David.

Había estado contando los pormenores de su fantasma. Con los años se había vuelto el tema recurrente cuando hablamos con él, ese por el que era fácil recordarlo. Ya sabíamos la historia general: un día había visto al fantasma flotando frente a la puerta de su habitación. Le había dicho que se moviera. Trató de sobornarlo. Y como el fantasma no quería moverse, David lo tuvo que atravesar.

*¡Me hace tener visiones!*, nos había dicho años antes. *Siento la muerte cada vez que lo atravieso, como si me llevara un poco de él con cada encuentro. Yo apenas puedo conmigo, ¿para qué querría a otro dentro de mí?*

Pero en ese momento, mientras el mesero se alejaba, David nos dijo que tenía buenas noticias.

—El albañil dice que no tardará mucho más. El espacio para la otra puerta estará listo pronto.

Los Mochis, Sinaloa, 1991. Su libro más reciente es *Rara vez elegimos morir* (Trazos de Aves, 2024).

—¿Y qué te hace pensar que otra puerta va a ser suficiente? —preguntó Alejandro.

—Hasta los fantasmas tienen límites —le contestó David—. Y si se enterca y me persigue por las dos puertas, nunca elegiré la misma. Un día, cuando menos lo espere, se va a equivocar en cuál voy a elegir, no podrá hacer nada, y pasará a su lado y no a través de él.

Yo sabía que David seguiría peleando con su fantasma. Quería escuchar la historia completa. Esas cosas jamás me pasan.

—Tu fantasma debería de cobrarte regalías por hablar tanto de él —lo interrumpió Ana. Tenía los ojos en blanco cuando lo dijo, no supe si por desgano o porque estaba tratando de ver a Dios.

—¿Y qué me dices tú? —le preguntó David—. No quiero aburrirlos con mi fantasma. ¿Qué tal te ha ido? ¿Sigues hablando con el de arriba?

Ana no quería darle demasiada importancia al asunto, porque para ella no la tenía. A diferencia de David, ella llevaba hablando con Dios desde pequeña. Un día su madre le dijo cómo, y ella se lo tomó muy en serio e insistió e insistió hasta que Dios, hartado de la niña (como lo estaría cualquiera), le preguntó qué quería... y ella dijo que lo quería todo.

*Te quiero a ti*, le había dicho.

—Pues Dios y yo nos hemos tomado un tiempo, ¿saben?

Puse mi mano en su hombro a manera de pésame, porque parecía hablar de una ruptura aunque no lo pudiera reconocer.

—No es que ya no lo quiera —nos dijo—, pero a veces es demasiado para mí. Cuando hablo con él, tiene tanto que decir sobre tantas cosas. Supongo que con la omnisciencia viene la omniempatía. Él sabrá entender que yo necesito mi espacio. Así como ustedes —me dijo, mientras quitaba mi mano de su hombro.

—Si yo fuera él —le dijo Alejandro—, la verdad me tomaría muy personal tu desaire.

—¿Esa es tu forma de reclamar que no te he respondido las llamadas? —le contestó Ana—. Si le pedí a Dios que me deje sola, no voy a temer a pedirte a ti.

—Yo también conozco a Dios y no por eso lo ando presumiendo —cortó Alejandro. Todos parecieron pensar lo mismo que yo. David incluso susurró *la tesis*, como si supiera lo que él estaba por contarnos—. Disculpa —le dijo al mesero—. ¿Nos podrían traer las bebidas?

Bastó esa pequeña distracción para que todos lo miraran, aunque yo ya lo había estado viendo la mayor parte de la tarde. Supongo que es

imposible pertenecer a un grupo de amigos y no tener un amigo que es más cercano a ti, a quien sientes que le cuentas todo de una forma personal cuando los demás escuchan.

—Dios no se va a ir a ninguna parte. ¿Y tú qué, Alex? —lo increpé. Esa misma mañana le había preguntado lo que estaba por preguntarle otra vez—. ¿Alguna novedad con tu tesis?

Me gané el odio de mis amigos, porque más extensa que la conversación de Ana con Dios, era la interminable relación de Alejandro con su tesis. Pero yo quería saber.

—Ay, mi tesis —me dijo con un largo suspiro. Ana y David me dieron una mirada igual de larga y odiosa. Era mi culpa. Ana quizá hablaría de nuevo con Dios, sólo para que me castigara—. Yo no necesito tomarme tiempo con ella —siguió diciendo Alejandro—. Estoy bien con ella. Ella está bien conmigo. Todos estamos bien con todos.

—¿Y por qué no me quisiste decir eso en la mañana, cuando te pregunté?

—Porque ella estaba ahí, ¿entiendes? Y aunque todo está bien, a veces tenemos nuestras rencillas. Cuando la gente habla de su tesis parece olvidarse que está hablando de algo que late, como un corazón, y que si te escucha decir que está mal, no será raro que desarrolle una arritmia, que sus ideas se confundan. Veme a mí, por ejemplo. A veces le grito que está mal, que todo lo que escribí en ella es un error, y ella me responde y me dice que recapacite, que seguí el método apropiado y que va a probarme que estoy en lo correcto. Puse en ella toda mi magia para que estuviera viva, todo lo que he aprendido, y ella no se cansa de demostrármelo con la exactitud de un testamento. No está de acuerdo conmigo, o no ahora. Ella defiende al que fui antes, al que la creó. Ojalá se contentara con ser leída, pero algunas tesis quieren más de uno que otras. Se siente incompleta y quiere que yo haga algo al respecto, pero no me deja añadirle nada con lo que no coincida. Ella quiere que sea lo que fui cuando la creé. A veces incluso me hace pensar que aprenderá magia para lograrlo. Pero no todas las tesis son así. Por ejemplo, ¿qué te pidió la tuya? Nada. Nunca te habló. Claro que tu tesis fue en ingeniería y no en magia, pero el tema de estudio no debería de cambiar el corazón de una tesis. Qué más da si la mía es sobre los fundamentos mágicos del latido artificial de un corazón hecho de vellos de dragón, y la tuya sobre cómo un chip hace *bip bop bip bop* en una máquina. Su finalidad es la misma, ¿no?

Estaba a punto de responderle, pero David acabó con el asunto, cambiando de tema.

—Es interesantísimo escucharte hablar de tu tesis, amigo Alejandro —lo interrumpió David—. Quizá un día de estos use tu anécdota contra el fantasma, y así lo espanto.

—No hace falta recurrir así a la violencia —le contestó Alejandro, riéndose de sí mismo—. Con decirme que me calle, me callo.

—Está bien —le dijo Ana—. Ya cálla...

—¡Las bebidas! —grité para interrumpirla. Ya había sido mucho.

Comenzamos a comer, sonriéndonos en silencio, añadiendo detalles esporádicos sobre el fantasma, Dios y la tesis. Ana se puso de pie y fue al baño.

—A veces creo que Ana habla con Dios porque no soporta hablar con nosotros —dijo Alejandro. Su tono parecía estar contando un secreto, aunque era algo que ya todos pensábamos—. A lo mejor tu fantasma quiere hablar contigo —le dijo a David, golpeándolo ligeramente en el hombro—. ¿Has pensado en sacarle plática? A lo mejor hasta se vuelve tu mejor amigo. En una de esas hasta te pide un tiempo, porque ya lo enfadaste.

—Imagino que tú ya no puedes hablar con tu tesis y por eso me lo sugieres, ¿verdad? —le contestó David.

Los dos soltaron una carcajada y se miraron tiernamente, dándose golpecitos con las palmas de las manos.

Ambos me miraron por un momento. Parecían esperar que yo interviniera, pero yo no tenía nada qué decir sobre mi vida. Alejandro me sostuvo la mirada por más tiempo, como si supiera lo que estaba pensando.

—Carlos no nos ha dicho nada —comenzó a decir Ana cuando regresó.

—¿Estás bien? —le preguntó David—. Estuviste mucho ahí dentro.

—¿Problemas con Dios o con los intestinos? —le preguntó Alejandro.

—Deja de proyectarte. Fui a hablar con Dios —nos dijo—. No pude evitarlo. Él me extrañaba.

Yo trataba de ayudarlos en lo que podía para mantener vivas sus historias, para que no se preguntaran por la mía. Le había regalado un teléfono a Ana para que pudiera hablar con Dios en la calle sin que la gente pensara que estaba haciendo brujería; a Alejandro le había conseguido un poco de vello de dragón, aunque sospecho que es falso y a David, por poco que sea, le había dado un refrán (*Si una puerta se cierra, otra se abre*).

Mi vida se sentía poca cosa cuando hablaba con ellos.

—Creo que tu tesis... —comencé a decirle a Alejandro, pero él me interrumpió.

—No me importa mi tesis. Al diablo mi tesis.

—¡Al diablo su tesis! —corearon Ana y David.

—Estoy harto de hablar de mi vida —continué—. La conozco demasiado bien. Me aburre. Mi tesis puede irse a la Luna si quiere. Que se escriba sola, si tanto añora que yo sea el mismo de antes. Queremos saber de ti. Yo quiero saber de ti.

—Pero no quiero aburrir a Dios con lo que voy a contarles —le contesté, mirando a Ana.

—No me mires a mí —me cortó, negando con una mano y su cabeza, como si en su gesto fuera necesaria la exageración—. Dios está aquí por mí, no por ustedes. Y hasta yo lo aburro, estoy segura. Lo aburrimos todos. Tú platica a gusto.

—Quizá el fantasma sigue en tu puerta porque quiere llamar la atención de alguna deidad a la que nunca le importó —le dije a David, esperando que él sí cayera.

Ana y David me dieron por mi lado, siguiendo el anzuelo, pero Alejandro no lo hizo. Me miraba con reproche desde el otro lado de la mesa. Sus ojos eran severos y tristes, como si me conociera lo suficiente para saber que era así como yo me veía, y por qué.

—¿No me vas a decir? —me interrumpió Alejandro. Harto.

—La verdad es que mi vida es muy aburrida —le respondí. Estaba devolviéndole su mirada, severa y triste—. No es tan interesante como la de ustedes.

—¿Por qué? —fue todo lo que preguntó.

—Porque en mi vida no hay fantasmas —comencé a decir, repitiendo en voz alta la cantaleta que me había dicho en voz baja muchas veces. Sólo veía a Alejandro—. Porque los fantasmas son siempre de los otros. No sé cómo he logrado escurrirme entre todas las cosas interesantes de la vida. Debo tener alguna clase de marca que hace que me eviten. No sé cómo es que tú no la ves y me evitas. No tiene caso hablar de mí. Para qué quieren hablar de mí. Eso no es interesante. Voy a aburrirte si hablo de mí. Voy a contarte siempre lo mismo.

—¿Y tú crees que el antagonismo de mi tesis no me aburre? —me reclamó Alejandro.

—A nosotros nos aburre —dijo David.

—Totalmente —secundó Ana.

Recordé todas las veces que, estando solos, Alejandro me preguntaba cómo estaba y yo cambiaba el foco de la conversación a lo que él necesitaba o lo que quería, y cómo, cada vez, su expresión se iba entristeciendo.

Él debía ver que yo me disminuía, y su alegría también se iba haciendo pequeña.

—O tú crees que el fantasma no tiene hartos a David —continuó diciendo, sólo para mí—, o que Ana le pidió un tiempo a Dios nada más porque no supo qué más pedirle. Todos nos aburrimos, la vida es aburrida.

—Pero yo no voy a aburrirlos a ustedes —le dije.

Alejandro tenía cara de querer golpearme, o de reproche, o de *No puede ser, maldita sea*. O de todo eso a la vez.

—La amistad no se trata de no ser aburridos —me dijo—, sino de serlo juntos, de tener un espacio donde podamos serlo a nuestras anchas. De sentir que no lo somos, aunque lo seamos. ¿Fui claro, o sigo?

—Yo estoy harta de mi relación con Dios, si me preguntan —confesó Ana, luego se cubrió los labios y miró hacia el cielo.

—Todo pierde su magia con la repetición. La mente llena los huecos —me dijo Alejandro, insistente—. Uno ve a los fantasmas, aunque ya no estén, porque han estado ahí mucho tiempo; uno escucha una voz en los cielos, aunque ya nos dejó solos. Y lo que uno hace no es distinto. ¿Por qué te sientes tan especial? ¿Por qué crees que eres el único que se aburre con su propia vida? Todas nuestras vidas son una repetición de las cosas de ayer.

Ana y David me miraron con la misma severidad con la que lo hizo Alejandro, como si él hablara realmente por los tres, y fuera de pronto una obviedad que estuve un error.

—¿Es por eso que casi nunca nos hablas de ti? —Su tono, aunque no era hostil, me golpeaba con fuerza—. ¿Por eso eres tan serio? ¿Crees que eres aburrido?

—Yo pensaba que eras un misterio. Y quería resolverte —me dijo David.

—Yo creía que había alguna razón sobrenatural para tu silencio —me dijo Ana—. Quizá un pacto. Te envidiaba, para ser honesta.

—Ni siquiera yo sabía por qué te quedabas callado —me dijo Alejandro—. Llevaba años queriendo saber por qué. Años queriendo saber más de ti. ¡Gracias! ¡Gracias! Me sentía como un inútil, ¿sabes? A veces despertaba por la mañana, hablaba contigo, y luego veía mi tesis y le decía: *¿Cómo voy a descubrir el secreto de un corazón mágico si no puedo descubrir el de mi amigo?* Y mi tesis se reía. Por supuesto que mi tesis iba a reírse de mí, no era la única vez que lo hacía, pero esa era la que más me dolía. Porque jamás pude sentirme un científico de verdad si no podía averiguar algo como quién es con quien comparto mi vida.

—No estás diciéndolo en serio —lo interrumpí.

—¿Quieres que traiga mi tesis para que se lo preguntes?

Cuando pensé que su severidad y su juicio estaban por aplastarme, Alex me sonrió.

—Bueno —comenzó mi mejor amigo, pidiéndole al mesero otra bebida con apenas un gesto. Cuando nadie salvo yo lo veía, aprovechó para limpiarse los ojos con una mano—. Aquí vamos a durar otro rato más, ¿verdad que sí, Carlos? Nos vas a contar todo de ti, porque quiero saberlo todo. No vamos a irnos hasta que nos digas.

Luego de lo que dijo Alejandro, supe que tenía que contar algo sobre mi vida. Y como no se me ocurrió otra cosa, les conté esto:

—Una mañana hacía unos días, mientras esperaba el camión para el trabajo, se me acercó un hombre muy ansioso, diciéndome que estaba por sufrir un infarto, o quizá ya lo estaba sufriendo. Yo no llevaba mi teléfono conmigo. Como no tenía forma de ayudarlo y estábamos solos, me quedé ahí hablando con él, tratando de calmarlo, hasta que alguien más pasara y pudiéramos recibir ayuda. Pero como nadie pasaba, comencé a tocar la puerta de las casas hasta que una gata me escuchó gritar, se metió a la casa de una señora casi al final de la calle y la hizo salir. Llamé a una ambulancia con su celular, pero la señora no me quiso dar el nombre de esa calle, porque no quería tener asuntos con la policía si algo pasaba. Así que el hombre que estaba conmigo me dio su dirección y lo acompañé hasta la puerta de su casa, donde esperamos de pie hasta que la ambulancia nos pasó de largo, así que corrí para llamar su atención. Cuando llegó la ambulancia, noté que la gata la había seguido hasta nosotros.

»Así que adopté a la gata —les dije—. Se llama Sirena.

Ninguno me interrumpió mientras hablaba. Tenían los ojos muy abiertos, igual que su boca.

—Se me ocurren otras cosas —insistí—, pero no quiero aburrirlos.

—¿No sentiste pánico? —me preguntó David—. Imagínate si el hombre hubiera muerto. Te habría seguido a todas partes.

—¿Probaste rezar? —me preguntó Ana—. Ya sé que a la mayoría los ignora, pero no habría estado de más intentarlo. O me hubieras llamado a mí para que yo le dijera a Dios.

—A mí nunca me ha pasado nada ni remotamente así —dijo Alejandro, como si estuviera contento.

—Yo quisiera que al menos por un fin de semana mi vida no se viera reducida a un sólo aspecto de mí mismo —dijo David—. Que el fantasma

no me definiera. Estoy seguro de que ya tengo hartos a todo el mundo, apenas lo menciono. A veces tengo miedo de que la gente, al pensar en mí, me piense como a un fantasma. Y ahora que lo pienso, no sé si el fantasma necesita algo de mí. Nunca le he preguntado.

Ana no se quedó atrás.

—No quiero pensar en lo que pasará cuando muera y tenga que ver a Dios cara a cara —nos dijo—. Es decir, ¿qué si le dejo de hablar ahora, y entonces, en el juicio final, él decida ya no hablarme, y me deje de pie en medio de ningún lugar? Desde que era niña tengo miedo de que me haya condenado por un juego, que toda mi vida sea la consecuencia de algo sobre lo que no tuve conciencia. Yo no sólo me aburro, sino que tengo miedo, todo el tiempo. Ojalá el aburrimiento estuviera solo. Un día de estos yo voy a ser esa mujer en la calle, a punto de un infarto.

Por un momento pareció que el tiempo se hubiera detenido, mientras hablábamos, como si me compensara por todo el que desperdicié antes, al no usarlo como debía. Todos lloramos un poco.

—Apuesto a que mi tesis correría a la gata, si la adoptara. Se pondría celosa —nos dijo Alejandro—. ¿Es cierto que escupen bolas de pelo?

La risa hizo más fácil resbalar las lágrimas.

Alejandro ya no dijo nada después de eso. Puso sus manos bajo su mentón, y asintió a casi todo lo que dije, sonriéndome en silencio, atento a cada cosa que decía. Mi vida era una primera vez para él, así que debía ser fascinante. O quizá lo habría sido aunque ya la hubiera escuchado antes. Él no iba a interrumpirme en lo que restara de ese día, pero no era necesario: así como antes me había reflejado como me veía a mí mismo, ahora me reflejaba como siempre lo vi a él. Como él ya me veía, cuando no estaba triste.

En los ojos de Alejandro sentí que brillaba. ✱

# Óscar Tagle

## ES NOSTALGIA O SAUDADE

Mi mapa mental sigue teniendo como referente una ciudad que ya no existe.

La avenida donde viví veintitrés años  
se llama De las Torres

la calle de mi colegio sigue llamándose

Bosque cerquita de Avenida del Sur

en Lafayette la misma de Novedades Bertha.

La calle de la secundaria es Tepic.

De reajo siempre estará en su sitio la Escuela de Música  
tocando la sinfonía del aniquilamiento

en la esquina de Juárez y Tolsá

la misma vía de Casa Rubio y el restaurante Cazadores.

Saber con certeza si fue Maxi o Hemuda

cada supermercado invasor.

Por necesidad o negación seguir citando el Molachos

el Saúl's el Manolo el bar Roberto's

y contar los demás remansos extintos mientras sobrevivimos en otra cantina.

Por exasperación preguntar en la parada si aún pasa

la ruta Oblatos-Colonias.

Me basta cerrar los ojos para ver la cartografía

de la ciudad dividida en cuatro sectores:

Reforma Libertad Juárez Hidalgo

con la marca territorial en la Calzada y Morelos.

Guadalajara, Jalisco, 1964. Uno de sus libros más recientes es *A todos los que quieren y aman el fútbol* (Libros Soberanos, 2019).

Para ir al Estadio Jalisco no hay más que tomar  
Monte Casino.

Ir a las nieves siempre será Bing.  
Puntos de referencia: ahí por El Patín Biónico o Los Pirules  
Santa Eduwiges a la altura de la toma de agua  
verse en el Cine del Bosque  
a sabiendas que ahora es un motel  
[ya sabes qué película vamos a ver].

Las avenidas Laureles Cordilleras y Yaquis  
siguen siendo Laureles Cordilleras y Yaquis.  
Pero sobre todas las cosas el Club Guadalajara  
porque allí donde está un esperpento siempre  
estará la Cancha Tolán y su tribuna  
malditos.

## UN POEMA AL ÁNGULO

***En el futbol primero tienes que recibir,  
después vas al pase, a la conducción,  
al remate y básicamente son los fundamentos  
del poeta.***

Ricardo Castillo

He visto más partidos que libros he leído.  
Soy entonces más espectador que lector.  
Pasé más tiempo en la tribuna  
que en la biblioteca.  
Mis camisetas son de viejos equipos de futbol  
no de escritores o libros.

En mi hemeroteca hay infinidad de revistas  
*Balón Penalty! Deporte Color Cuatro Cracks*  
y contados ejemplares de *Vuelta Taller Eos*  
y *Bandera de Provincias*.

Aunque lo mismo me levanta de la butaca  
un gol de sílabas relampagueantes (5/7/5)  
que un poema al ángulo de toque sutil.

No se diga de ciertos poemas con el balón  
pegado al pie o jugadas cuya imagen  
quedó fija en la instantánea de la memoria.

La poesía es un juego espléndido  
el futbol  
un arma cargada de pasado. ✖

# Vasos comunicantes en dos artistas de la modernidad:

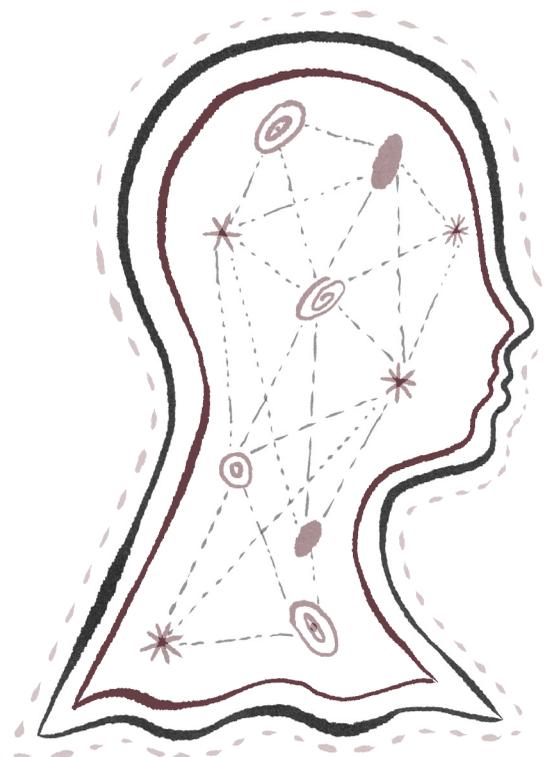
## Helen Frankenthaler y Willem de Kooning

### Verónica Grossi

**El expresionismo abstracto** se conforma por una serie de artistas que emigraron en diferentes años de los cincuenta y los sesenta a Estados Unidos e intercambiaron ideas y realizaron proyectos en Nueva York. Por lo mismo se les llama «el grupo de Nueva York». En esa ciudad cosmopolita que los acogió cada uno desarrolló su propio estilo, rompiendo con diferentes códigos establecidos. Es posible determinar las características generales del grupo, siendo una de ellas la singularidad expresiva. En este breve ensayo iluminaré algunos de los vasos comunicantes en la obra de dos pintores: Willem de Kooning y Helen Frankenthaler.

Helen Frankenthaler, estudiante de Rufino Tamayo y admiradora de Jackson Pollock, desarrolló un estilo denominado *Color Field Painting*, centrado en la expresión del color en una superficie. Utilizó diversas técnicas como la cerámica, el acrílico, la acuarela y el óleo, telas grandes de algodón o lino crudo, privilegiando en ellas la viveza de las tonalidades en el momento de la espontánea gestualidad del trazo y de la pintura, marcados en espacios que el espectador recibe o experimenta en el momento sensorial de la contemplación para transfigurarlos en composición.

Guadalajara, Jalisco, 1965. *Autora de Sigilosos v(u)elos epistemológicos en Sor Juana Inés de la Cruz* (Editorial Iberoamericana / Vervuert, 2007).



El énfasis por lo tanto está en el cuerpo, en las sensaciones, en el gesto, más allá de cualquier articulación racional o de un programa estético definido. El gesto sobre la superficie, sobre la mancha se expande y va adquiriendo figuraciones imprevistas, aunque la mano de la artista desde su inconsciente va dirigiendo los borrones, las raspaduras, las impresiones. En Frankenthaler no tenemos el *body painting* pero sí, el volumen del cuerpo a través de la mano, de la mirada, de la sensación que se graba en el espíritu. Las ricas transparencias cromáticas que alcanzan las obras de Frankenthaler son exquisitas. Se puede apreciar en ellas el legado de su maestro Rufino Tamayo. Cómo imaginar que se dio ese tránsito continental del maestro mexicano a Frankenthaler. Por su parte, una de las grandes figuras del expresionismo abstracto, Willem de Kooning, realizó un viaje transatlántico en los años cincuenta de Holanda a Estados Unidos para buscar fortuna en Nueva York. Regresó de manera oficial años más tarde, sobreviviendo con esporádicos encargos artísticos de índole comercial para finalmente dedicarse de lleno a su arte pictórico cuando compartió un estudio con Arshile Gorky, artista de origen armenio que también fue parte de este movimiento.

Así podemos ver cómo este floreciente grupo de una autenticidad sin precedentes se enriqueció con estos intercambios, con estos diálogos, manteniendo cada uno su intransferible estilo. Entre ellos están Franz Kline, Jackson Pollock, Mark Rothko, Clyfford Still, Philip Guston. Hay que resaltar que en estos intercambios continentales está la influencia del muralismo, por ejemplo, la de José Clemente Orozco, tanto en Pollock como en Guston. Pollock a su vez influye en Frankenthaler. Y como ya mencioné, Rufino Tamayo fue maestro de Helen. Entonces, aunque para la crítica Frankenthaler queda fuera del expresionismo abstracto, como hace visible por ejemplo en el ensayo y libro de Arthur C. Danto que no la menciona («The Abstract Impressionist», *The Nation*, Dec. 29, 2003; *The Madonna of the Future: Essays in a Pluralistic Art World*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 2001), la artista forma parte de este círculo internacional cosmopolita que es posible rescatar al trazar estas líneas subterráneas de contactos, intercambios y aprendizajes. Mujer rica y muy viajada, logró muchísimos reconocimientos nacionales e internacionales. Sostengo entonces que por su estilo y sus influencias forma parte de este destacado movimiento artístico del que ha quedado excluida por la historiografía del arte. Están presentes en su obra las influencias paralelas de dos estilos pictóricos que se contrapusieron en un momento dado en México: el del muralismo, fuertemente marcado por una ideología nacionalista —aunque el expresionismo de José Clemente Orozco nutrido de tradiciones autóctonas y europeas alcanza la abstracción del mito clásico y de la experimentación moderna—, y la de caballete, enfocada en la composición lírica de índole colorista y formal, como la de Rufino Tamayo, Ángel Zárraga, Manuel Rodríguez Lozano, Olga Costa, Juan Soriano, María Izquierdo, Abraham Ángel, Leonora Carrington, Frida Kahlo, Julio Castellanos, entre otros.<sup>1</sup>

El muralismo tuvo una fuerte influencia en dos figuras eminentes del expresionismo abstracto: Guston y Pollock. Rufino Tamayo, por otro lado, se aleja de este movimiento pictórico con un marcado cariz sociopolítico para concentrarse en la pintura de caballete, aunque en los mismos muralistas se dio también esta faceta. Rufino Tamayo desarrolló a fondo la expresión del color en una figuración abstracta innovadora, justamente en el momento en que predominaba en México un arte nacionalista figurativo. Estas dos líneas paralelas de influencia llegan a este gran

<sup>1</sup> Agradezco a Baudelio Lara la información sobre pintoras de la época. Sobre el muralismo, véase de Juan José Doñán, *Murales y muralistas tapatíos* (Arquitónica, 2023).

movimiento pictórico de Estados Unidos, el expresionismo abstracto. Por un lado, la influencia de Rufino Tamayo en Helen Frankenthaler, por el otro, la de José Clemente Orozco, su muralismo y su pintura, en Guston y Pollock, siendo que la obra de este último influyó en la de Helen.

Finalmente, figuración y desfiguración como parte de este movimiento se contraponen en dos cuadros de la colección permanente del Museo Weatherspoon de la Universidad de Carolina del Norte, sede Greensboro: una composición completamente abstracta, dos manchas grandes que se espejean para transformarse y amplificarse en un cuadro de Helen Frankenthaler (*Houdini*, 1976), y la pintura titulada *Mujer* de Willem de Kooning (1949), la abstracción de una figura reconocible, al mismo tiempo una desfiguración violenta, desbordada en la vehemencia y brío de sensaciones nuestras.<sup>2</sup> Una mujer asociada metonímicamente a una vagina dentata: el erotismo, el deseo de un trazado en pos de su figura para al mismo tiempo, perderla durante el tránsito temporal de la contemplación errática a la vez que sensual. Desdibujarla para imaginar o visualizar palparla, penetrarla, poseerla por las densidades de su superficie, culminando en el rugido de angulosas pinceladas, apelmazadas en torno al silencio de una dama furiosa cuya mueca es la del furor y la del espanto, la de la sorpresa o de la carcajada congelada en el dinamismo de la composición: la rabia desbordada de la expresión en un diseño rico en geometrías y tonalidades, cuya vital belleza presenciamos en este cuadro maravilloso. Por cierto, es el cuadro que el crítico Arthur C. Danto menciona en su prefacio a *La obra maestra inconclusa de Balzac* (*The Unknown Masterpiece by Honoré de Balzac*, con introducción de Arthur C. Danto y traducido del francés por Richard Howard. New York Review Classics, 2000). Las de Frankenthaler y de Kooning son pinturas modernas que la figuración abstracta dirige y concentra hacia el espesor material de las formas en su indetenible movimiento, en su superposición o impredecible embadurnado de pigmentos, en sus trazos múltiples que podemos desordenar y rediseñar con la mirada en diferentes cuadros y fragmentos. ✱

<sup>2</sup> Agradezco al equipo del Museo Weatherspoon de la Universidad de Carolina del Norte, sede Greensboro, la invitación a dar una charla sobre dos cuadros de su colección, así como algunas de las observaciones ofrecidas por su directora Juliette Bianco durante la conversación.



\*

lo que nos trae o lleva  
 nos transporta o detiene  
 viento que nos mueve como  
   nubes dóciles  
 a veces desgarradas  
   en lo inexpresable

lo que atraviesa  
 lo que es          atravesado  
 bordes en su limadura  
 de perfecta materia degradada

de extraña bestia          avanzando  
   por los sistemas y su equilibrio  
 sangre que brota  
   sin anunciarse

no queda nada por hacer  
   existo

\*

es azul el jardín en el bostezo  
 la luna en la cebolla  
   y el cielo  
 una aureola blanca

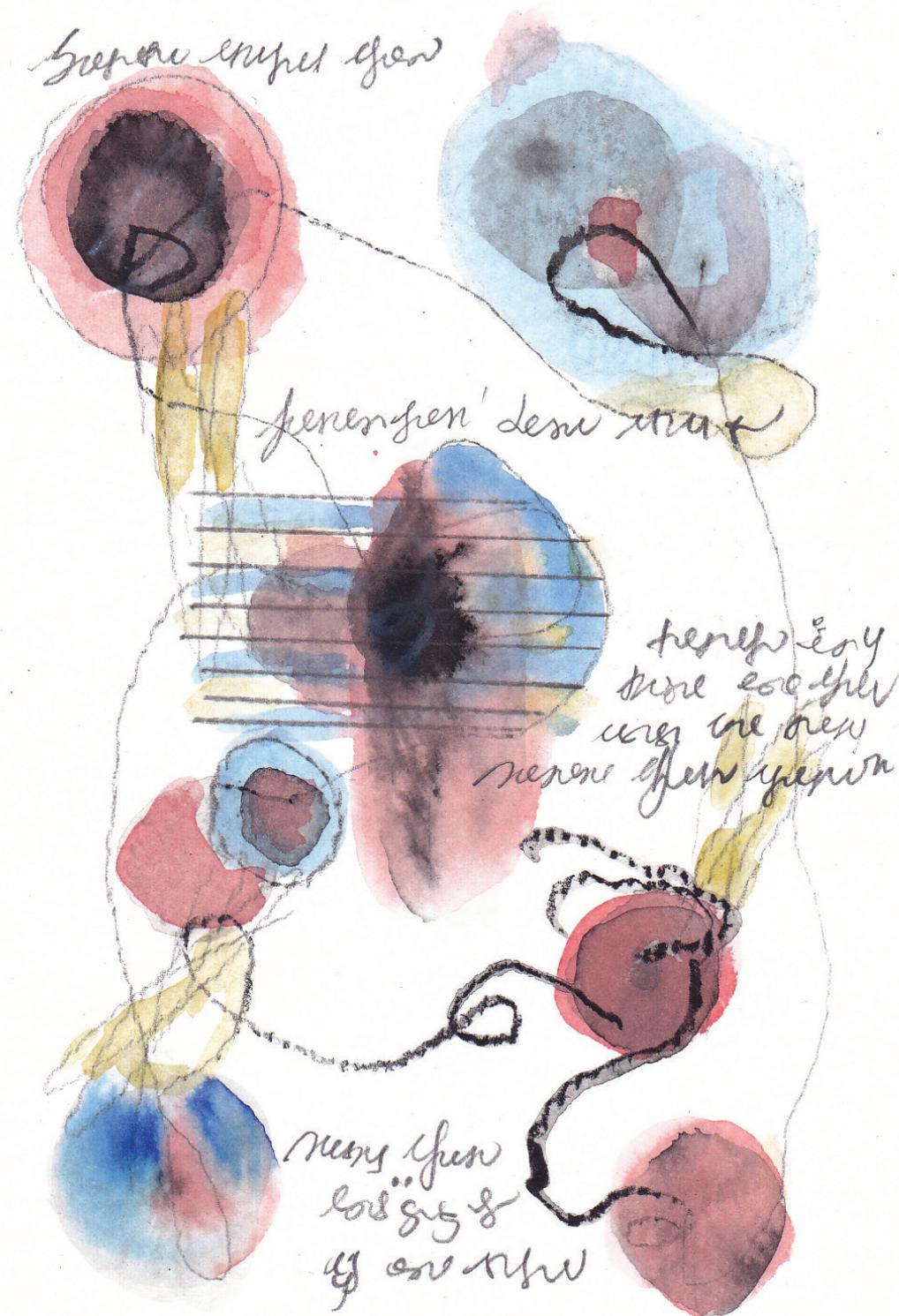
la muerte          también  
   es un milagro

\*

mi cuerpo es el mapa  
 de un lugar que aún  no existe  
 trazo de un proyecto  
   por ahora ficticio  
 una posibilidad  
 apenas una ventana  
   a ninguna parte  
 dolor primigenio  
 una herida abierta que borda  
 las demás heridas  
   con su sangre  
 —y mi voz  
 que no alcanza—  
   qué poca fuerza  
 debe tener mi corazón



oscilo  
 entre lo que aún no sucede  
 y el tiempo que vendrá después  
 recorrer estaciones  
 en caída de sombra  
 ser el sueño que somos  
 cansa mucho  
 y es que eso de estar viva agota  
 hay que marcar bien las cuatro esquinas  
 planchar el mantel cuando la mancha  
 aun siga fresca  
 guardar fruta en el armario  
 —aquella que ha cambiado  
 de forma contundente sus colores—  
 regar los floreros  
 por ver si florecen algún día  
 cuando el espejo  
 —que pusimos en remojo—  
 multiplique por fin el agua  
 los carnosos párpados se desploman  
 a través del tul gastado en los visillos  
 busca  
 sigue buscando  
 la muerte siempre llega ✱



Sofía Rodríguez  
 Holograma de una emoción II, 2024  
 Acuarela, tinta y grafito sobre papel  
 14.8 × 21 cm

# Kintsugi

## Carlos Domenzain

**Helena llega a la estación** después de la hora pico matutina. Camina unos veinte minutos desde su casa. En ocasiones, tres más. Otras, dos menos. Se lo dice el smartwatch enroscado en su muñeca izquierda. Regalo de Sergio. Checo para sus amigos. Sergito para sus suegros. «Amor» para ella, cuando está de buenas. O sea, casi nunca. Aunque parezca una modelo perfecta para los seminarios, diplomados y cursos que promueven la felicidad a costa de todo. Aunque le sonría a todo mundo. Aunque se impida tener episodios de furia y machaque, como lo hace con cualquier insecto desagradable, sus ganas de gritar, de insultar. Está segura de que es más sencillo hacerlo así: sonreír, siempre sonreír. Mostrar un desencanto oculto por sus labios de papel plegado. Sonrisa doblada. Sonrisa de origami. *Cuando sonríes, la gente se emociona. Cree que eres un ser de luz. Un tipo de ángel encarnado deseoso por compartir su alegría para sublimar la miseria. Así te evitas dar explicaciones. Es una especie de defensa perfecta. Hasta los niños evitan preguntarse si algo está mal. No sospechan. Ni ellos, ni nadie. Es una defensa perfecta, sí.* Esto rumia Helena mientras baja las escaleras que descienden al andén.

Guadalajara, Jalisco, 1987. Esta es su primera publicación literaria.

Se adentra unos cuarenta metros bajo tierra. La línea fue construida en una parte alta de la ciudad y esa profundidad era necesaria para nivelarla con las otras que apenas penetran unos diez o quince metros debajo del suelo. Le gusta recorrer los ciento treinta y cinco escalones que separan las banquetas del interior del túnel. Es su terapia, ingresar en esos salones de luz artificial. *De haber un apagón, Helena no vería nada. Todo es más sencillo aquí. Después de que la mayoría se va a trabajar, esto se vacía. Una ilusión, lo de que esté vacío. No es posible con las más de veintidós millones de almas que deambulan por aquí. Las vivas, al menos. Las otras, las muertas, nada más contribuyen a hacer de esto un hormiguero inconmensurable. Como mi madre. Como mi padre. Larguísima esa palabra. A ver: in-con-men-su-ra-ble. Seis sílabas. Enorme. Pero es la mejor forma de decirlo.* Es común encontrar, a esas horas, más de una banca libre en el andén. Ahí abajo, el celular y el smartwatch son inútiles *como el tiempo que miden*, piensa Helena. *Levantarme, correr por el camellón central, regresar, bañarme, hacer el desayuno de Mati y de Pao, apurarlos para que se suban al carro, darles un beso de despedida (a ellos y a Sergio), agarrar mis cosas, ponerme los audífonos sin música, pero con el bloqueo de sonido exterior activo, y caminar hasta acá. De lunes a viernes. Desde hace unos cuatro o cinco meses.* Antes de sentarse en uno de los extremos de la banca, Helena saca de su bolsa:

- un termo de acero inoxidable
- una libreta forma francesa de tapa negra
- un paraguas extensible
- un libro de bolsillo de una serie de fantasía y
- una revista de tejido.

Siguiendo ese orden, los coloca en fila india junto al lugar que ocupará. Así evita que alguien se sienta a menos de un metro de ella. Con los audífonos puestos todavía, sin música todavía, ocupa su lugar en la banca y espera a que llegue la tanda de vagones.

Hace cuatro meses, bajó al andén de esa estación con la intención de aventarse a las vías. Le parecía una manera de arruinar, por un momento, los planes de otros. Su cuerpo descuartizado, sus miembros desprendidos y a muchos metros de distancia, provocarían un atasco de horas. Evitarían que la gente llegara puntual a sus citas, a sus oficinas, a los centros comerciales, al mercado, a los restaurantes, a las librerías, a los cafés, a los museos, a los hoteles. Los despojos trazarían una especie de camino de migajas sanguinolentas sobre los rieles. Quizás hasta un chisguete hemático alcanzaría a cualquiera que anduviera por ahí.

Lo había decidido mientras preparaba unos huevos revueltos para sus hijos. Se le vino a la cabeza, así nada más. Sin causa. Sin discusiones de telenovela la noche previa. Así, sin provenir la opción de un adulterio encendido. Ni siquiera de haber aparecido como respuesta a una de sus malas cogidas con Sergio. Ya estaba acostumbrada. ¡Bingo! Fue más bien por eso, por el hartazgo. Por la insatisfacción de lo cotidiano. Por la convicción de no formar parte siquiera del club elitista de las familias desgraciadas, cuyas singularidades se encuentran en su misma desdicha. Única en su diferencia, la desdicha. Brillante. Particular como ella: Helena, la guapa; Helena, la rara; Helena, la que mataba el tiempo con sus clases de cerámica. Helena. No pudo achacárselo a ningún naufragio vital urdido por la soberbia o los celos, o la envidia. Lo resolvió de repente. *Aventarme por aburrimiento. Aventarme por cansancio. Es tediosa una vida perfecta. La mamá bonita que no se ha hecho ninguna cirugía. La mamá que siempre le sonríe a la gente. La que es tranquila. La que es un ejemplo. Puras chingaderas. Puritita decepción.* Al menos su gran acto trágico quedaría inmortalizado en las redes sociales, en las noticias del día, en el rencor incubado dentro de los usuarios gracias a la clausura temporal del servicio. Y después, nada. Otra vez nada. Así llegó Helena al andén hace cuatro meses. Se colocó muy cerca de la línea amarilla de seguridad, lista para arrojarle en cuanto el viento subterráneo se aproximara, cálido, perseguido por los vagones. Estaba a punto de hacerlo cuando la corriente de aire viciado se arracimó en su cara sonriente y sintió a la tía abuela Ramona, ahí al lado.

Los procesos de la corteza frontal del cerebro de Helena actuaron de inmediato y le comunicaron el absurdo de su percepción. No había nadie junto a ella. Menos Monchita, que ya estaba bien amortajada y enterrada en uno de los cementerios de la ciudad. Sin embargo, el sistema límbico irrumpió con su colección de memorias sujetas a la emoción, esos instintos causantes de ilusiones y delirios y fantasmagorías casi imposibles de suprimir para la razón. No había nadie junto a ella y, de repente, Monchita la tenía agarrada de su brazo derecho, hablándole desde su fragilidad, cuando acabaron en esa misma estación después de una salida a tomar fotografías. Ahí, entre el olor a suelo mal lavado y trapos humedecidos, al límite de la putrefacción; entre el sudor de hordas de burócratas impregnado en los azulejos; entre el ruido de caucho en sordina deslizándose sobre el metal, entre frenos chirriantes y anuncios deslavados de llegada y salida, Ramona la sostenía del brazo. Helena, hipnotizada por la procesión desacelerada de los vagones, y su tía apretándola un poco para llamar su atención:

¿Los vagones también se cansarán como yo, Helena? Antes de dejar de funcionar, ¿tendrán un presentimiento? Hasta hoy me doy cuenta.

¿Cuenta de qué?

De que ya se acabó.

Se acabó... No, tía, cómo crees, nada de eso. Sólo estás agotada, nada más. Ya no aguantas andar caminando entre tanta gente. Vas a ver que después de llegar a tu casa y acostarte un rato se te pasa. Yo también me siento así a veces y resulta que es pura fatiga.

No, Helenita, no. Una sabe cuando la muerte la ronda. Por ahí leí a la muerte como si estuviera vestida de noche. Como si ella se encargara de tejer un vestido con las horas negras de la madrugada. Como ese título bellissimo de un libro argentino: *Sombras suele vestir*. ¿Te das cuenta de lo lindo que es eso? Así estoy yo, a punto de vestirme con ellas.

Monchita, mejor dejamos esto, ¿no? Son puras imaginaciones tuyas. Si todavía puedes caminar. Todavía puedes acompañarme a tomar fotos, a buscar inspiración para la clase de cerámica. Ya ni Sergio ni los niños me siguen el ritmo. Y mírate: tú aquí, guerreándole conmigo.

Vine porque me dijiste que íbamos a tomar el metro. Nada más por eso. Me gusta estar aquí, rodeada de una tierra que siempre intenta escapar por los muros. Un tipo de entierro anticipado. Me hace volver al único viaje que hice sola. No te lo he contado, ¿verdad?

Creo que no.

Deja que pase esta corrida. Agarramos mejor la otra. Y te cuento, ¿sí? No me pongas esa cara, bien sé que no llevas prisa. Tenía unos veinte años y en el país todavía los trenes eran importantes, Helena. Me invitaron a una boda por allá en el norte. Lejos, lejísimos. El viaje lo hice en esos vagones viejos de láminas agotadas. Ya no funcionan. Ahora están detenidos sobre las vías en los parques de operaciones, oxidándose, consumidos por la herrumbre. Me acuerdo estar parada en el andén, como ahora, antes de salir, embebiéndome del espacio ahumado. Recuerdo los camarotes compartidos. El movimiento lento del tren. Toda una aventura para ese momento. Más para una mujer soltera. Que cómo me atrevía a hacer eso, me decían tus tíos. Que era una locura mía, una de mis ocurrencias para reventar por dentro a la familia. Sucede que siempre había querido viajar sola y la boda fue el pretexto. En Guadalajara, tomé el Ferrocarril del Pacífico. Preferí agarrar el que se detenía en todas las estaciones, en pueblos y ciudades. *El Burro*, le decían. Me bajé en cada una de las paradas. Me dediqué a fijar para mí misma, como tú lo haces con el aparatejo

ese, los cerros del fondo, más bajos mientras más avanzábamos, los campos sembrados, primero, la selva profunda, después, y la tierra sedienta y agrietada y vencida. Había gente que se despedía, que sonreía, que se resignaba. Había, sobre todo, compasión. No la compasión de los católicos. Esa es una falsedad. Era una compasión hecha de la ternura de las historias anónimas. Hecha de entrar en la infelicidad de algunos a través de sus relatos. ¿Sabes, Helena? Recuerdo las miradas. Todavía la gente estaba acostumbrada a verse a los ojos. No les daba miedo, como ahora. Creo que por eso me gusta viajar en metro. Ya ni lo que he intentado escribir sobre ese viaje en tren sirve de depósito para la memoria. Estar aquí abajo me ayuda, Helena. Si las palabras sobre el papel no lo hacen, estar aquí parada, sí. Mira, ahí viene el siguiente. Nada más te lo quería compartir por si quieres usarlo para... inspirarte, como dices. Ya sabes lo que me gustan tus experimentos de cerámica. Me prometes que vas a hacer algo con esto, ¿verdad?

Helena asintió.

A punto de arrojarle hace cuatro meses a las vías, la conversación con su tía abuela, recuperada gracias al olor, al ruido, a la absorción de un soplo pasado, la espabiló. Dejó que los vagones llegaran, abrieran sus puertas, vomitaran dos o tres pasajeros, y partieran de nuevo. Fue ahí cuando decidió aplazar su suicidio. Retrocedió y se sentó en una de las bancas al fondo del andén, atravesada por la energía del recuerdo. Era un cese a las hostilidades dentro de ella. Si algo le serviría para soportar la rutina de su vida, la muetilla de los desangelados encuentros sexuales con Sergio, salir a correr, hacer desayunos apresurados para sus hijos, reunirse con amigas, ir a la escuela a recoger a los niños y llevarlos a sus clases vespertinas, cenar juntos, agarrar un libro, quedarse dormida y comenzar de nuevo... si algo le ayudaría a aguantarlo sería su nuevo proyecto de cerámica. Lo tuvo muy claro después de unos quince o veinte minutos. Abandonaría la fabricación de juegos de té y usaría la técnica raku para elaborar vagones en miniatura. Cada uno reproduciría un momento del viaje de su tía Ramona; cada uno sometido a cocciones diferentes para lograr los tonos de las etapas de la travesía en ferrocarril; cada vagón enlazado a otro, como los retazos del ensueño de Ramona. Sería entonces el armado de un tren infinito, sin máquina que lo transportara. Una obra en proceso destinada a convertirse en un paliativo de caducidad incierta.

Eso fue lo que decidió Helena cuatro meses atrás. Ahora, observa desde la banca el peregrinaje cansado de los vagones. Cada mañana, baja a



hacerlo. Por supuesto, podría buscar imágenes de lo que fueron los trenes en la época aproximada en que su tía Ramona abordó el Ferrocarril del Pacífico. Sería más sencillo y fiel a lo real. Pero no le interesa ni la sencillez, ni la correspondencia exacta con el mundo. Prefiere el anacronismo al fijar el viaje de la tía abuela —la única con la que se permitía abandonar su sonrisa de labios de origami y gritaba y hacía pataletas y berrinches adultos— en un presente en marcha, incapaz de detenerse. Cada día tiene la oportunidad de documentar, en la misma corteza frontal derrotada hace unos meses por el poder de los ejércitos límbicos, los detalles de ventanillas raspadas con nuevos signos, las abolladuras relucientes, los marcos de aluminio mellados, los interiores sucios, las lámparas intermitentes. Son detalles que le permiten fabricar sus cerámicas miniatura. Esas con las que prueba, una y otra vez, los cambios cromáticos provocados por la variación de la temperatura de horneado. Cuando se enfrían, algunas las destruye, indolente, si percibe un defecto mínimo. A otras, las que pasan su escrutinio, las ancla entre ellas y las coloca, en series de diez, sobre los estantes fijados a lo largo de uno de los muros de su estudio. Sabe que, en algún momento, tendrá suficientes para montar una exposición. Está segura de su calidad, de lo hipnótico de sus colores tornasolados. *Suficientes, aún sin contar las que les he regalado a Mati y Pao para sus juegos.*

Helena mira su smartwatch. Decide regresar. Recoge sus cosas desplegadas sobre el asiento. Ya ha visto suficiente ese día. Desconoce si sus ansias de ser triturada por las llantas de caucho volverán. Quizás estén ahí agazapadas, esperando que deje de extraviarse en la memoria de su tía abuela fallecida, esa que ha hecho suya. Se levanta y acomete los primeros escalones. Debe subir ciento treinta y cinco. Mientras escala hacia el desvencijado mundo superior, repasa su última clase. *Nos enseñaron a pegar las piezas rotas de una vasija uniéndolas con una mezcla de resina y polvo de oro, o plata, o platino. ✦*

# José Luis Vera

115

## Desencuentro

En alguna parte Cioran escribió  
que debería haber aulladeros  
en plazas públicas  
—para sacar la lumbre enclaustrada, pienso yo—,  
así, gritaría el miedo que tengo a la calle  
y al derrame de sentimientos

Un aulladero  
en medio de promesas y vitrinas,  
con la fritanguera atizando las ruinas  
de la ciudad, con el pan rebotante  
ofrecido en sacrificio:  
el litigio permanente de la luz  
buscando espacios vacíos  
para escribir la crónica de tus hombros

Un aulladero  
para derramar las lágrimas  
que inauguran no sé qué cosa,  
con los dientes en el helado,  
como si se mordieran los años perdidos. ✖

Tepeapulco, Hidalgo, 1966. Su publicación más reciente es parte del libro colectivo sobre la pandemia *Detrás de las puertas* (Universidad Autónoma del Estado de México, 2021).

LUVINA 116 | OTOÑO



# Sobre el inminente fallecimiento de mi abuela

**Nathaly Bernal Sandoval**

A MIS ABUELOS ALEJA Y EVARISTO, *IN MEMORIAM*

*Y, sin embargo, el tiempo en que fue joven le parece ayer. ¡Qué poco tiempo hace, qué poco tiempo!*

Constantino Cavafis

**He decidido que matar a mi abuela sería la mejor solución.** Pero en lugar de contar cómo podría proceder, permítaseme empezar por hablar sobre algunas circunstancias, en específico sobre los ancianatos, aunque no podría describir con exactitud lo que sucede en estos lugares, pues, para ser honesta, sólo los he visto desde afuera. Ancianatos, hogares geriátricos, asilos —como la gente prefiera llamarlos— hay de varios tipos. Para no perdernos en intrincadas clasificaciones, podríamos convenir en que hay cuando menos tres clases, de acuerdo con los dineros que administran: (I) los de caridad, (II) los públicos y (III) los privados. Con seguridad, sería posible encontrar acentuadas diferencias dentro de cada una de estas categorías, pero conformémonos con esta básica distinción.

Ahora bien, todos los ancianatos que he visto, y creo que he visto de las tres clases, no tienen ventanas hacia la calle, jardines, paredes en vidrio siquiera que permitan observar el exterior, lo cual ya debería dar mala espina. ¿Qué se busca con esta estrategia del encierro total? A simple vista, podría pensarse que quieren evitar una marejada de nostalgia, que no quieren que los abuelos vean el mundo exterior y lo añoren: el afán hacia

Bucaramanga, Colombia, 1992. Su libro más reciente es *Carta a un joven poeta de Virginia Woolf. Estudio y retraducción comentada* (Ediciones de la Universidad Industrial de Santander, 2023).

el trabajo, los niños que van a la escuela, los vendedores ambulantes, el señor que pasea un perro, la mujer que para en medio de la calle a prender un cigarro... ¿Podríamos decir acaso que la cotidianidad, la vida? En un segundo vistazo, sin embargo, a lo mejor pretenden evitar que quienes seguimos afuera echemos una ojeada a lo que nos espera: el aburrimiento, la enfermedad, la soledad, el tedio, el maltrato.

Ya dije que nunca he entrado, así que debe entenderse que declino toda responsabilidad de decir la verdad y nada más que la verdad sobre estos establecimientos. Mi conocimiento se reduce a lo que he leído o visto en la televisión, lo que imagino que sucede allí, lo que he escuchado decir. Algún día me gustaría entrar y saber cómo se vive dentro de esas paredes; pero eso no se puede hacer de manera fortuita. Hay horarios de visitas muy estrictos, como en los hospitales o en las cárceles, y por alguna razón, al menos en los dos primeros tipos de ancianatos, sé que no se puede visitar a un abuelo de manera espontánea, sin agendar una cita.

Llevo en realidad buen tiempo considerando el asunto de los ancianatos, porque ha sido discutido hasta el cansancio en mi círculo familiar. Sólo ahora me he animado a escribir al respecto porque hoy murió el abuelo Hernando, que en realidad no era mi abuelo, sino el de mi marido. Al abuelo Hernando lo conocí ya viejo. Lo vi un par de veces, y en ambas ocasiones me pareció no sólo amable sino incluso alentado. Vivía con su única hija y, por lo que sé, pasaba sus días en la habitación que se le había asignado desde años atrás. Cuando el abuelo Hernando era joven, se enamoró perdidamente de una muchacha, con la que pensó tener una familia numerosa. Sin embargo, nunca se imaginó que este embarazo iba a ser el único, porque a ese parto su mujer no iba a sobrevivir. Así que desde entonces, y hasta dos semanas antes de su muerte, el abuelo Hernando pasó toda la vida con su hija y se dedicó a trabajar, a beber y a fumar.

Hace algún tiempo supe que el abuelo Hernando estaba enfermo y que lo habían internado en el hospital. Los únicos rendimientos que había obtenido de años de invertir su dinero en las compañías de tabaco resultaban ser varias afecciones respiratorias. Dichas afecciones, sumadas al comportamiento infantil que empezaba a manifestar, y que lo llevaban a cometer travesuras como tirar la comida en los cajones de la ropa y devolver los platos limpios a la cocina, hizo que su hija decidiera que no podía cuidarlo. De este modo, con el dinero de la pensión que el abuelo había logrado con años y años de trabajo, se pagaría ahora su mensualidad del asilo.

Su hija anunció que el abuelo Hernando estaba contento con la decisión. ¿Puede en realidad un abuelo estar contento al saber que se mudará a un ancianato? Quizá. Recuerdo ahora dos casos: uno pasa en la literatura; el otro, en el cine. El primero es el de la mamá de Meursault, en *El extranjero* de Albert Camus. La novela inicia con el telegrama que le envían a Meursault desde el ancianato para informarle que su mamá ha fallecido y la hora del entierro. A manera de justificación, porque no me arriesgaría a afirmar que Meursault siente un ápice de remordimiento por haber internado a su madre, el personaje aduce que tomó la decisión porque su madre pasaba los días como los trastos con los que habitaba: sola, aburrida y en silencio. Y, en efecto, el paso de su madre por aquel lugar parece representar una mejora. Un reintegro a la vida. No sólo disfruta la compañía de los otros viejos, sino que aun consigue un novio. El ambiente en dicho ancianato alejado de toda civilización parece favorable. Otro inquilino descubre que todavía tiene fuerzas para trabajar y se convierte incluso en conserje del establecimiento. Con todo, de cuando en cuando esta madre extraña a su hijo y muere sin volver a verlo.

El segundo caso aparece en la docuficción chilena *El agente topo* (2020), dirigida por Maité Alberdi. Sergio, un abuelo de unos ochenta años, se cuela como infiltrado en un ancianato con el objeto de corroborar cómo tratan a una de las mujeres que reside allí. La familia de dicha mujer se ha tomado el trabajo de llevar el caso a tal instancia, por lo que, si bien no pueden cuidar a su abuela, tampoco podría hablarse de un caso de abandono.

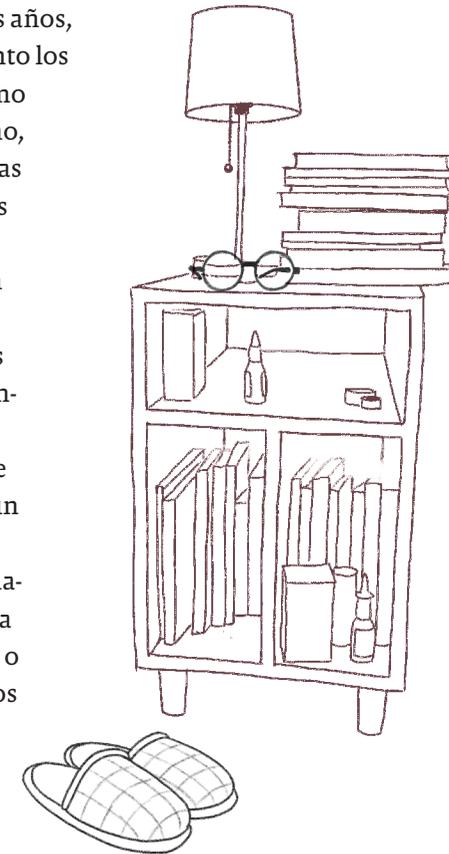
En principio, Sergio debe quedarse al menos tres meses, a fin de no levantar sospechas con el personal del ancianato. Es por esta razón, porque debe hacer su vida allí temporalmente, que Sergio no puede evitar crear conexiones personales, hablar con los otros viejos, conocer sus historias. Una de estas es la de Berta, una mujer sin familia que, una vez jubilada, decide que en lugar de seguir viviendo sola se trasladará a un ancianato, entorno que representa para ella la compañía que no tenía afuera. De forma que la tarea inicial de Sergio queda un poco rezagada, y empezamos a ser testigos de enfermedades, ansiedades, deseos, ilusiones, miedos. Aquí hay de todo: abuelos más o menos contentos, aunque, en últimas, todo se enmarca en una reflexión sobre la soledad.

Pero regreso ahora al caso del abuelo Hernando, quien apenas tuvo una corta estadía en el ancianato seleccionado (categoría II: público). Su hija lo visitó un par de veces, en las que él le decía que estaba bien, que le

gustaba jugar a las cartas con los demás viejos, y que le gustaría que sus nietos también fueran a verlo. Sin embargo, como Meursault, los nietos nunca fueron, y, al cabo de unos días, la encargada del ancianato llamó para informar que la salud del abuelo Hernando había empeorado. Lo llevaron de emergencia al hospital y allí murió. Al contar esto no hay un asomo de juicio de mi parte, valga la salvedad, porque la decisión de ingresar a un abuelo a un ancianato es algo que he defendido en discusiones familiares; y la muerte del abuelo Hernando sólo me ha llevado a recordarlas.

Mis abuelos maternos siguen vivos, y el viejo chiste de mi abuela de decir que tenía cien años desde que yo era chica se va acercando sin tregua a la realidad. A estas alturas no andan nada bien de salud, contrario a los ancianos que aparecen en los programas de televisión para contar cómo tienen cientos de años, y dan consejos sobre vitalidad y longevidad. Están casi en mejor estado de salud que yo; mi abuelo, en mejores condiciones que mi abuela, y al menos todavía nos conoce a todos. Mi abuela, en cambio, ya no sabe ni en dónde vive, y tiene ganas de morirse desde que tengo memoria. Y desde hace algunos años, cuando sus males fueron empeorando, tanto los que se inventaba para no salir de casa como los reales, empezó a manifestar su empeño, unas mil veces por día, de terminar sus días en un ancianato. Allí no iba a molestarnos con su presencia y con su vejez.

Así, la idea empezó a estar presente en las conversaciones. En los desayunos y en los almuerzos y en las comidas y en los cumpleaños y en las navidades. No obstante, la idea no ha llegado a convencer a mi familia, y tal vez nunca lo hará. Nadie cree que mi abuela realmente *quiera* vivir en un ancianato; parece irrefutable que es una treta, una más de sus técnicas de manipulación. Y si alguien le creyera, cargaría con la culpa de haberla abandonado a su suerte, o así es como interpreto la reacción de todos ante el tema.



Si se pusieran los argumentos en una balanza, por una parte, ninguno de nosotros tiene las habilidades para cuidar a una persona en tales condiciones, además de que este es el deseo de mi abuela. Esta lista es bastante corta. Por otra parte, las razones en contra tienen un peso mayor, ganan todas las discusiones, y se apoyan en dos historias de la propia familia —que es propia, así no se sepa ni qué relación tienen con uno.

La primera es la historia de la abuela Matilde. Realmente era mi bisabuela, pero como no la conocí, le digo así porque así le dicen todos. Los hijos de la abuela Matilde no convivieron nunca, entre otras cosas porque eran hijos de hombres diferentes y apenas si sabían de la existencia los unos de los otros. La abuela Matilde había conseguido adquirir una casa lejos, lejísimos, que quedaba más cerca del vertedero municipal que de la ciudad y casi a sus setenta años anunció que se había enamorado y que se iba a casar. Todos pensaron, sin ninguna intención de heredar aquel rancho con vista a la porquería, que a lo mejor el enamorado iba tras la dichosa propiedad. Y así fue. El recién separado huyó después de cerrar un negocio con su malhabido botín, no sin antes decirle a mi abuelo que Matilde no estaba nada bien de salud.

Allí comenzó la travesía de esta mujer, pasando de una casa a otra, porque ningún hijo sabía qué hacer con ella; mucho menos los yernos y las nueras. Fue así como llegó a casa de mis abuelos, donde, después de unos días, justo cuando pensaron que en efecto podían cuidarla, la abuela Matilde tomó la costumbre de colarse en el negocio que tenían al frente de la casa y desnudarse de pies a cabeza, espectáculo que no cuesta trabajo imaginar poco agradable, tanto para mi abuelo como para los clientes del establecimiento.

Ante esta situación, mi abuelo decidió que la llevaría a un ancianato y asumiría los costos —y viniendo de mi abuelo, esta decisión debía de ser su último recurso, ya que jamás habría pagado por algo que pudiera ahorrarse—. La abuela Matilde es para la historia reciente de mi familia la primera víctima de los ancianatos. Vivió, si es que puede usarse este verbo, seis días en el ancianato más cercano a la casa de mis abuelos. Y entonces una monja, porque eran unas monjas viejas las que cuidaban al resto de viejos, llamó a mi abuelo para informarle que su madre había muerto. Su salud había empeorado; no había más explicaciones. Mucho se lamentó mi abuelo por haberla llevado a ese sitio, y aunque no suele opinar durante las discusiones familiares con respecto a ancianatos (o a lo que sea), cuando lo hace se vuelve a lamentar por «haber matado a mamá».

Y como si esta experiencia no bastara para decidir que, por ningún motivo, en ninguna circunstancia, mi abuela sería abandonada en un ancianato, como si no tuviera una familia, como dice mi mamá, entonces hubo una segunda historia, la de Tía Rosa. Tía Rosa tampoco era mi tía, sino la de mi mamá, y la llamo así porque crecí pensando que ese era su nombre. Su hija nos decía que la llamáramos así, y pese a que pronunciaba esas dos palabras como si Tía Rosa perteneciera a la realeza, a decir verdad no tenía más plata que la limosna que le daba su hija, y ello sólo de vez en cuando. No era raro que Tía Rosa se quejara de su hija cuando esta no podía oírla, siempre por dinero, hasta que un día estuvo tan enferma que su hija decidió llevarla a un ancianato, o tal vez debería decir a una *residencia para personas mayores* (categoría III: privado), porque, por primera vez en la vida, con una culpa premonitoria, su hija decidió que le pagaría un buen lugar.

Por cierto que una discusión con respecto a cómo se conciben los ancianatos se da en *Los Soprano*, cuando Tony quiere internar a su madre, Livia, pues argumenta que esta no puede cuidarse sola. El Green Grove, un lugar carísimo que sólo podría pagar alguien como Tony y sus socios, algunos de los cuales también tienen a sus madres allí, recibe dos nombres dependiendo de la perspectiva de los familiares: quienes lo consideran un lugar de abandono lo llaman *nursing home*, mientras que quienes lo ven como lugar privilegiado, prácticamente un club, le dicen *retirement community*).

Tía Rosa sobrevivió apenas un par de semanas en el costoso ancianato, por lo que, en últimas, no representó un gasto mayor. Simplemente su salud había empeorado, y no había más explicaciones. Entonces enterraron a Tía Rosa, y la hija se dio golpes de pecho, aunque no sin decir que había llegado a esa decisión como recurso desesperado.

Ante esos dos casos, la discusión está siempre perdida. Los ancianatos son los peores lugares del mundo. Y no lo sabemos, puede que sí. A menos que uno logre sobrevivir a esos días que parecen tenerle programados para agonizar y hasta se acostumbre, como Berta, entrañable personaje de *El agente topo*. Mas esto no parece ser lo más usual, porque para seguir viviendo, lo esencial es tener al menos una motivación. Y cuando uno ve que su familia lo lleva a un lugar de esos y se despide, cual primer día de colegio, pero sin la esperanza de que vuelvan por uno al finalizar el día, ni al siguiente, ni nunca, es probable que las pocas ganas de vivir terminen por extinguirse.

Y los ancianatos, así sean de caridad, públicos o privados, saben esto. Saben que, a diferencia de los colegios, donde a ningún niño le puede pasar

nada, a un viejo le puede pasar cualquier cosa en el momento que sea. Y frente a la pregunta sorprendida de los familiares de *cómo fue que pasó*, no responden nada porque de seguro les parece que es evidente. Claro que no se puede descartar que las ganas de vivir no se extingan solas, sino que encuentren por el camino alguna ayuda con la que no contaban. Un pequeño empujón hacia la muerte, un paso que los viejos no se hubieran atrevido a dar solos.

Entonces, ¿de qué murieron el abuelo Hernando, la abuela Matilde y Tía Rosa? Para todos los casos que he mencionado, tanto de la vida real como de la ficción, podríamos decir con Maité Alberdi que, incluso si los abuelos no están llorando todo el día, hay «un drama por debajo. Puedes tener un transcurrir cotidiano luminoso, pero hay un drama latente profundo». <sup>1</sup> Mueren los abuelos de soledad, de nostalgia, de que los recuerdos felices y brillantes no coincidan con su vida actual, de saber de cierto que ya no son útiles ni queridos, que, en últimas, ya no le hacen falta a nadie.

Y ahora retorno finalmente a la solución que se me ha ocurrido. Para algunos, sería la infame que no muestra resentimiento alguno al asfixiar a su abuela con la almohada. Con todo, no sería un acto perverso, despiadado; por el contrario, sería de misericordia. Tampoco se podría sospechar de mis intenciones; no tengo nada que heredar, por ejemplo. Después de pensar en las diferentes posibilidades, mi lógica es que a nadie debería parecerle sospechoso que le falte el oxígeno a una anciana de noventa y seis años.

A mi abuela no se la puede llevar a un ancianato por varias razones. Ya dije que nadie ha querido hasta ahora cargar con la culpa, sí; no obstante, hay algo superior: a diferencia del abuelo Hernando, mi abuela no tiene una pensión con la cual cubrir los gastos de su mensualidad. Y en el primer tipo de ancianato (I: de caridad) no la reciben, pues arguyen que no está totalmente desvalida y sin familia. Como en un laberinto sin salida, veo la imposibilidad de cuidarla y la falta de dinero para contratar a un profesional que se encargue de su cuidado.

No hay políticas públicas para la vejez. El Estado, al igual que las familias, espera pasivamente que sus viejos mueran, cosa que a la larga va a terminar por suceder. Frente a la impotencia propia y el olvido institucional, no queda alternativa.

Matar o morir por mano propia, en un acto último de dignidad, parece preferible al afán desesperado por una muerte que no llega. ✖

<sup>1</sup> Alejandro Millán Valencia. (2021). *El agente topo* | «Estamos viviendo más, pero no estamos con ganas de vivir más»: Maite Alberdi, directora del documental chileno nominado a los Oscar [entrevista]. *BBC News Mundo*. [www.bbc.com/mundo/noticias-56233158](http://www.bbc.com/mundo/noticias-56233158)





# El regalo

## Nicolas Kouzouyan

11 de junio

El calor es insoportable, pero no me quejo. ¡Ja! Buen comienzo entonces.

Terminé el curso de la Matriz del Destino (por si alguien quiere que se la lea... pagando, claro) y espero el resultado del examen final. Hay una mujer que canta bien lejos, que suena a la India o algo así, que no está cantando en español ni en inglés (madre santa, en qué momento empecé a oír voces cantando en idiomas que no conozco).

Mi abuela murió hace unos días. Murió allá lejos, en Uruguay. Era excepcional (esta es la palabra que más se usó para describirla), una mujer de hierro, impenetrable e inalterable, dedicada a sus cosas y a lo que ella creía que era correcto, con la tenacidad y la voluntad de los titanes antiguos. Hija de inmigrantes armenios escapados del genocidio, continuadora del legado de odio visceral que sus padres sentían por los turcos, entregada por completo a la supervivencia de la armenidad en el «nuevo mundo», moderna y audaz para mucho, cuadrada como la tabla del uno para otras cosas, negada por completo a lo emocional, al cariño, al amor directo. El suyo pasaba más por trabajar para la armenidad, por los regalos a sus nietos, por el parco cariño que demostró a sus hijas. De tener animales domésticos ni hablar.

Montevideo, Uruguay, 1980. Su libro más reciente es *La ciénaga de las revelaciones* (Amateditorial, 2023).

Mi abuela era una consumada asesina de moscas usando delantales húmedos como látigos. Yo heredé la misma habilidad. Y uno no creería la paciencia que se necesita para cazar moscas con un trapito húmedo a las doce del mediodía, cuando las «aladas» están en su *summum* y activas que da miedo; se necesita la paciencia de un cazador de águilas o algún otro animal así de avisgado y escurridizo; se necesitan golpes secos y certeros, nada de dudas, ¡paf! y listo, un latigazo en el lomo y la mosca cae seca en el piso de baldosas frías. Algunas todavía revoloteando las alas, sin entender bien qué había pasado, atontadas por ese relámpago salido de la nada. ¡Paf! ¡Tomá! Y ahí caía otra más. Mi abuela las mataba una por una, hasta que ya ninguna se animaba a entrar en su cocina. Y de mientras cocinaba para todos, y preparaba pedidos para entregar (tenía su negocio en el garaje de la casa), y lavaba las ollas y platos que iba usando, y nos decía a TODOS lo que había que hacer. ¡A todos! No quedaba nadie fuera de su alcance. Si estabas en su cocina, en su casa, entonces estabas a su disposición, ¡te gustara o no! Y más vale que te gustara, si no, olvidate de la comida. ¡Y qué comida! Esa era la trampa, ahí caíamos todos: sarmas, dolmas, la sopa con bolitas de carne (no sé cómo se escribe), aquella salsa de tomates con huevos estrellados arriba, inventos suyos, como cuando se juntaba mucho queso viejo en la heladera y para no tirarlo te hacía un «fondiú», ¡un «fondiú»! Una locura de creatividad esa mujer.

Decía que hace unos días se murió. Dio las últimas dos bocanadas frente a mi madre. Sólo ellas estaban en la sala del hospital. Después llegó mi tía. Pero la mujer ya se había ido. Noventa años en esta tierra. Nacida para brillar (estaba escrito en su matriz). Lo hizo dentro de los límites de la colectividad armenia-uruguaya, donde no hubo persona que la conociera que no se quedara con algo de esa luz que irradiaba. Jamás se la vio deprimida, enojada, ofendida o sufriendo alguna de esas emociones tan nocivas que los mortales combatimos a diario. No, ella se había curado de todo eso mucho tiempo atrás:

—Tu abuela me dijo que después de pasarse años llorando cuando era chica, después ya no le quedaron más lágrimas para llorar.

Me lo dijo mi madre, uno o dos días después que la abuela se fuera, hablando de lo fuerte que había sido la mujer. Es que la habían casado cuando era una niña, dieciséis o diecisiete años, o capaz que menos, no me acuerdo bien. Las familias armenias, ambas llegadas con lo puesto del Cáucaso, querían mantener la sangre intacta, y había que hacer casamientos

por conveniencia, de esos que no sólo ayudaran a conservar la sangre, sino la plata. Mi abuelo tenía treinta cuando se casaron. En palabras de mi abuela, era un «indigente» la primera vez que lo vio. Mientras se preparaba ese casamiento, mi abuela lloró todo eso que le contó a mi madre: toda su infancia y su adolescencia, todo romanticismo o cuento de hadas que pudiera tener en su cabeza, cualquier ilusión de «enamorarse» de alguien (los padres la habían sacado de la escuela armenia cuando terminó porque todavía no había secundaria armenia y tenían miedo que se «ennoviará» con un *kasti*); lloró a la niña que era, la enterró bien enterrada y no volvió a sacarla hasta que nacimos nosotros, los nietos. Y sólo parcialmente.

Después de tres hijas, colapsó emocionalmente: enfermó de tuberculosis y mi abuelo la «devolvió» a su madre. Acá hay que hacer una aclaración: lo que pasó fue que enfermó del chakra del corazón, se le partió el corazón de tanta angustia, y cuando es así siempre repercute en ese órgano o en los pulmones. Esto también lo aprendí con la Matriz. Porque estudié la de mi abuela apenas murió. Y claro, de repente entendí un montón de cosas.

La mujer se recuperó de la enfermedad en casa de su madre, entre los suyos:

—Tu abuela se enfermó de la envidia y la mala energía que la familia del abuelo le tiraba a diario. Las hermanas, la madre... ¡pfff!, qué gente esa, ¡qué brutos! Y la abuela tan delicada, tan fina que era, con tanta clase.

Mi madre de nuevo...

—Le reprochaban que sólo había tenido niñas, ¿podés creer...?

Sí que puedo, madre, claro que puedo. La abuela se enfermó del alma con aquellos buitres alrededor, y esto le creó alguna clase de rechazo hacia sus hijas por haber nacido niñas:

—Siempre quise tener hijos varones —me dijo en uno de esos raros momentos de apertura que tenía conmigo las veces que fui de visita a Uruguay. Estábamos sentados en el mercado del puerto, tomando un café con leche. Afuera hacía un frío de mar, con olor a pescado y contenedores. El mercado no era lo que es ahora. Estaba bien, pero no era tan turístico. Ella me lo dijo de la nada, mirando la calle. Ni siquiera sé si estábamos hablando de algo relacionado—: Me hubiera gustado mandarlos a la escuela militar —terminó. Después miró un poco más por la ventana y enseguida me preguntó por otra cosa. Eso estaba en su matriz también, eso tan cortante que tenía a veces.

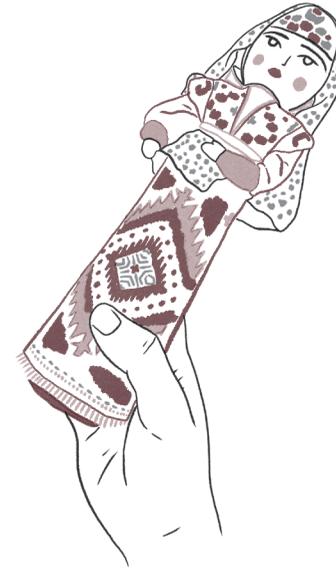
Después de sobrevivir la tuberculosis todo volvió a la «normalidad». A ella le quedó un tajo transversal en la espalda y perdió casi toda la capacidad en uno de sus pulmones. ¿Alguien se enteró? ¡Nadie! Si no te lo decían, cosa que era tabú en la familia, ni te enterabas. Y la mujer nunca descansó después de eso. No paró un solo día y fue inagotable hasta una semana antes de morir. Hizo el trabajo de tres o cuatro personas a lo largo de su vida, y jamás se quejó de nada, ¡de nada! Sólo cosas buenas (y chusmeríos de la armenidad) salían de su boca. Nunca entraba en dimes y diretes con nadie: si habían roces, te cortaba de raíz. ¡No tenía tiempo para perder con idioteces!

Mi abuelo, al que no hay que malinterpretar en esta historia, aunque a primera vista salga tan mal parado, fue llorando a la casa de su suegra a buscarla un mes después de haberla devuelto: la fuerza de mi abuela era directamente proporcional a la dependencia que él había desarrollado por ella. Nada de amor, esas cosas no existían. Era una dependencia práctica, de tener una ama de casa que criara tres niñas y le diera de comer a medio mundo; una compañera de trabajo que le solucionara la vida a diario. ¡Todo eso! Pobre abuelo, después contaré su historia también, porque tampoco la tuvo fácil.

Entonces mi abuela volvió a su casa convertida en una mujer de hierro. ¡Ahora sí vas a ver! Fue impenetrable, durísima e invencible: sobrevivió a todas las hermanas de mi abuelo por décadas. Las vio morir una por una. Casi las fue enterrando ella misma.

Después nacimos nosotros, los nietos. Y construyeron una casa para la familia a cinco cuadras de la playa. Ella no iba nunca a la playa. O si iba, lo hacía vestida de shorts y blusa que le tapara toda la espalda. Más bien se quedaba en la casa, cocinando para tenernos lista la merienda cuando volviéramos.

Me voy quedando seco. No es que me apague, es que mi abuela va y viene todavía, a veces me parece sentirla alrededor mío, después ya no está más, después no puedo creer que ya no esté más. No sé, una fuerza así deja un espacio imposible de llenar cuando se va. Capaz que la siento así porque vivimos unos años con ellos cuando mis padres se separaron; capaz que por eso que decían que yo era su preferido, que nos parecíamos mucho; o aquello que una vez mi padre me dijo, eso de que yo había heredado su fuerza, o que mi fuerza venía de «ese lado».



### 13 de junio

Con los días la abuela se va cada vez más. No hace una semana que murió, pero su presencia se vuelve más débil y otra cosa empieza a tomar su lugar.

Hubo un sueño que tuve años atrás, donde estábamos los dos, y que llegué a contárselo aquella tarde que compartimos un café con leche en el mercado del puerto.

Era de noche y estaba en su cocina, parado frente al reloj grande de la pared. No volaba una mosca. Todas las luces estaban prendidas y mi abuela estaba parada a mi lado. Se veía cansada, apagada, más pequeña que de costumbre. Tenía un sobre blanco en la mano y lo estaba abriendo.

—¿Qué es eso, abuela?

Ella terminó de sacar lo que parecía una postal y me la mostró. Tuve que acercar la cara para ver mejor: era un mosaico de fotos diminutas, ordenadas perfectamente para que entraran a lo largo y ancho de la postal sin dejar ni un espacio en blanco.

—Son todos los recuerdos que compartimos —dijo—. Para que no me olvides.

Después algo cayó en el segundo piso y escuché su voz llamándome por detrás. Me giré asustado. En la cocina no había nadie.

—¿Abuela?

El sobre y la hoja habían caído al suelo.

—¿Abuela?

Pero nadie contestó. ✖

# El Pantano de la Nostalgia

Vonne Lara

**El problema es que cualquier cosa** puede despertar la nostalgia y ya estamos nadando, no en el eterno presente, sino en el improbable pasado o en el futuro que no existirá. El problema es que, contrario a lo que se cree, la nostalgia es olvidadiza. Recuerda con oportunismo, disuelve detalles a conveniencia para contarnos una mejor historia. El problema es que la nostalgia es una instantánea desmenuzada con obsesión, pero sólo de lo que nos endulza el oído y de aquello que nos gusta libar con frenesí.

El problema es que este problema es tan adictivo que hasta nos hace anhelar nuestra adolescencia. El problema es que en unos años nuestra nostalgia estará invadida de nostalgia, ¿cómo llamaremos a eso: nostalgia nostalgizada? En unos años los hoy adolescentes tendrán nostalgia por series ambientadas en los ochenta y noventa. Recordarán canciones que están en los tops musicales del mundo y plataformas de streaming y que, sin que lo sepan —y no tienen por qué—, son remakes de canciones de las décadas doradas del siglo XX.

Declaro que es problema como una provocación porque, en realidad, no es que en otros tiempos hubiera sido diferente. *Grease*, la famosa película interpretada por Olivia Newton-John y John Travolta de 1978, no es otra cosa que una gran oda a los años cincuenta. Está ubicada en el periodo escolar de 1958-59 y ha sido un éxito desde entonces. Obras de teatro,

Guadalajara, Jalisco, 1979. Su libro más reciente es *Los peores vecinos del mundo* (Notas sin Pauta, 2021).

nuevas series y hasta grupos inspirados en *Grease* vuelven a estar de moda por amor a los ochenta, por amor a los cincuenta. Son los favoritos de personas jóvenes que se unen a otras menos jóvenes porque les hacen recordar cuando eran niños y sentir nostalgia por un tiempo desdibujado que no vivieron pero que vivieron con todo su ser.

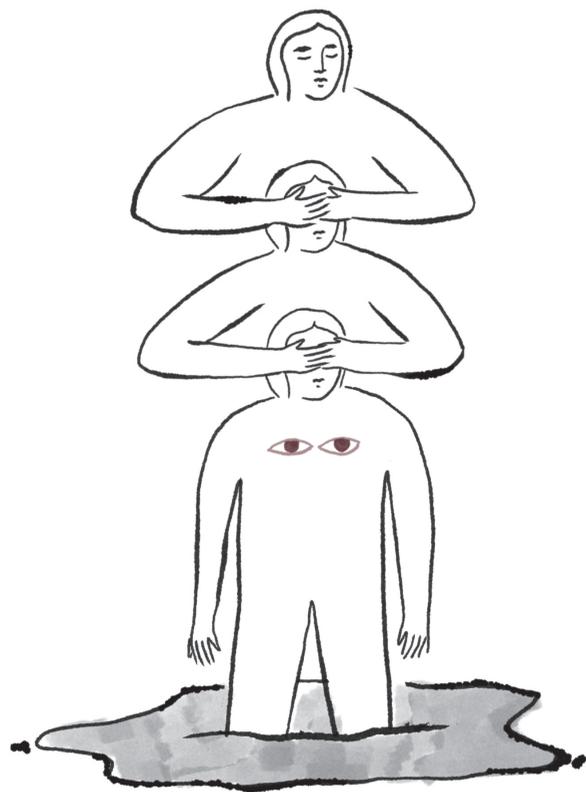
Y no basta la nostalgia por el pasado de un época ya pasada, sino que, ahora que transitamos los nuevos años veinte, tenemos reencuentros de esos grupos de los ochenta nostálgicos por los cincuenta para recordar nuestros años adolescentes en plena edad media. ¿Hasta cuándo reciclaremos modas nostálgicas? Quién lo sabrá. Y ¿desde cuándo hemos suspirado por épocas pasadas? Desde siempre. Sin muchas escalas podríamos llegar hasta la Grecia antigua en donde no había nostalgia sino epopeya.

Quizá la causa de todo este embrollo, es que somos propensos a la nostalgia y todo lo convertimos en material para alimentar esa hoguera que ya nos quema. Incluso creamos nostalgia absurda, como cuando recordamos los juguetes de la infancia que, bien vistos, eran artefactos peligrosos. Cuando recordamos tecnología obsoleta y descartamos los recuerdos de todos los inconvenientes que tenían. O cuando nos damos cuenta de que el futuro que creímos posible jamás será.

Problematizar la nostalgia nos hunde en la nostalgia y este es un pantano en el que uno puede quedarse atrapado para siempre, como Artrax en el Pantano de la Tristeza. Aunque el Pantano de la Nostalgia no consume la esperanza y la alegría como en el que quedó el caballito compañero de Atreyu, más bien nos baña con estas y por eso no queremos salir de ahí. Aprendemos demasiado pronto que de eso hay muy poco en la vida. Cuando por primera vez nos damos cuenta de que hemos crecido, quedamos atrapados pero sonrientes en el pantano de la nostalgia. Cuando comprendemos lo que significa que algo es irre recuperable.

La nostalgia, como toda adicción, tiene mucho sentido en este camino de rocas afiladas, para acolchar este tránsito impuesto llamado vida. Buscamos regodearnos en la dulce nostalgia porque nos va mejor la posibilidad de la felicidad que tuvimos que la infelicidad inmediata. Y como cualquier adicción, aunque sepamos de sus perjuicios, de sus trampas, de su futilidad, volvemos a ella una y otra vez, y aun sabiendo, o quizá por esto mismo, que el efecto dura poco, como el impulso más alto en un columpio.

Y de todas formas la problemática nostalgia es necesaria porque, adictiva y tramposa como es, también nos recuerda quiénes fuimos, qué nos hacía cantar, ilusionarnos, soñar. Nos recuerda cómo nos hemos construido.



Es el espejo en el que nos miramos siendo niños sin el peligro de serlo, es el reflejo del enamoramiento que nunca más volveremos a sentir. Se anida en la ignorancia de saber que aquella reunión fue en la que estuvimos juntos. Contiene la materia de las costumbres ya irrepetibles que por necesidad queríamos salir, sólo para darnos cuenta de que las extrañamos una vez que se esfumaron sin notarlo siquiera. Por eso una y otra vez intentamos construir nuevas cosas con ese material inasible, etéreo, y esto funciona porque recrea momentos que nos mecen con dulzura, aunque sea por un instante. ✖

# Ibrahim Hernández Oramas

*A Tini, enferma del mal de Pick*

## Face to Face

Como enfrentar un rostro despojado de rostro, e informan que los científicos no entienden mucho, que sólo han logrado desentrañar una ínfima parte de nuestro cerebro. Entonces por qué los muertos aparecen con largos guantes negros que calzan hasta el codo. Es que intentan confundir sus gesticulaciones con la pared de atrezo, pretenden que, por lo satinado, infiramos que acaban de regresar de un cóctel y la larga noche no ha sido más que una sucesión de bandejas, gin tonics y charlas sin importancia o, en cambio, avisan que formamos parte de una única función de teatro de sombras, y hacemos bien en temer a lo que seremos. Pues démonos la oportunidad de probar el lenguado y luego notaremos a dónde nos conduce la digestión, un poco antes de la avería de las formas.

Bien que la memoria puede ser un campo minado, pero ya asistes con el asombro de una labor de zapa recién concluida, de quien tiene, cuando es requerida, que garabatear el nombre de su hermana en el fondo de una oscura caverna, apenas ayudada por un fósforo. Tendremos, eso sí, que ir abriendo los vanos de cubículos idénticos a ver si salta la cadencia de tu risa entre la niebla de los pabellones, a la manera del que, antes de la última proyección de la tarde, puede oír el sonido del tic tac al tiempo que examina una solución de continuidad en las siluetas de cada negativo. Sólo estamos a un paso, pequeña Jenny,

Matanzas, Cuba, 1988. Es editor del proyecto editorial Rialta. Antologó en *Casa no sitiada por la luz* (2018) la poesía del cubano Roberto Friol.

de la loca que, con un dedo, saliva circularmente su pezón, de no poder resistir al incendio de las llagas el día en que de nuestra piel retiren el celofán, de atorarnos en la última carcajada.

Quién sabe por qué has vuelto a por mí, por qué caminas por el sendero de barro que divide las dos alas del sanatorio, por qué has dejado el taxi encendido y pasas indiferente a la lascivia de los internos. Todo será acaso como antes, me sentarás una vez más en tu regazo, me dejarás fumar de tu cigarro, tomar el volante y conducir al descampado. Y, cuando las visitas pregunten por el origen de las partituras, les diremos que eras tú la que solías tocar y que, por cierto, apenas un segundo antes, has decidido abandonarnos.

Como enfrentar un rostro despojado de rostro, mientras escuchas una historia sobre el amor y la oscuridad, que al momento te parece insignificante, pero luego se irá abriendo, a lo largo del tiempo, en infinitos desarrollos. Las sillas han quedado desparramadas, sobre el césped los restos del confeti y las servilletas usadas con las marcas de todo lo que, hasta la liquidación de la velada, ha continuado supurando. No tenías idea de que la vida iba a ser esto. Todas las capas que han ido cayendo en lo que los últimos invitados desabrochan los botones del cuello y se aflojan el nudo de la corbata. El momento donde ya no hace falta guardar las composturas y debemos apurar atribulados nuestras copas con la vista puesta, un tanto de soslayo, en la etiqueta de caducidad. ✖

De *Cuaderno Bergman* (inédito)

# Primavera en paréntesis

## Adriana Díaz Enciso

**Nunca un otoño más hermoso.** No sé qué es ahora en tu recuerdo, pero yo aún guardo en los ojos el oro y el ardor. Cómo, de día, un follaje de manso fuego crepitaba contra las aguas hondas del cielo, y cuando de mañana dejaba atrás tu puerta, amansado también el cuerpo tras apurar ese otro fuego nuestro, y caminaba hasta Brunswick Square por las calles transfiguradas de tu barrio, el esplendor estallaba en mi mirada para adentrarse luego y, líquido, me recorría por dentro. Era júbilo, te contaba después. Gracitud, azoro, y al mirar cómo en lo alto las ramas de esos antiquísimos plátanos de sombra se hincaban en lo azul, regresaban volando nuestras palabras —un vuelo sosegado en el que encontraban su orden y, en él, el pensamiento, y más allá del pensamiento, el vuelo más alto del alma para que pudiera yo volver a contarte, una y otra vez, de ese éxtasis dulce en el que todo era presente e intangible.

También de noche ardía el follaje. Caía la oscuridad temprana y no importaba; la sostenían las hojas encendidas y era hermoso, así iluminado, el negro mismo del cielo. Una hoja enorme una noche, sus lóbulos de miel extendidos sobre el pavimento como la mano de un gigante, visibles las nervaduras bajo las blancas luces festivas de Russell Square, me reveló la bondad del orden del mundo, y apresuré el paso en el frío cortante para dártelo. Esa noche, tras la disolución gozosa, animal y humana y tierna de tu

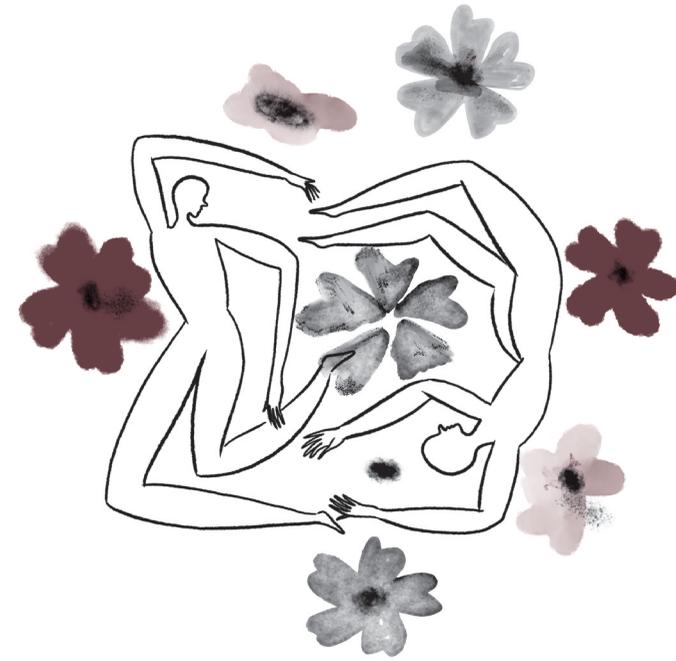
Guadalajara, Jalisco, 1964. Su publicación más reciente es la traducción *El velo alzado*, de George Eliot (Universidad Nacional Autónoma de México, 2020).

carne y mi carne, con mi cabeza recostada en tu pecho, la alegría me traspasó de tal manera que quedé muda, los ojos abiertos a la noche y sus sonidos, sonriendo como una niña. Abrazada a ti, a esa barca fuerte de tu pecho.

Tus párpados temblaban. Tú, vivo aún y ya despertando. El ímpetu inconsciente de la vida en ti —el mismo de los árboles, sus hojas— intentaba obedecer a la afable enfermera (en mi memoria, sobrehumana emanación de la bondad). Eras tú, tendido ahí: tuya la frente, tuyo el pelo cano; tu rostro, sí, pero visto a través de un cristal que asomaba a otro mundo, dislocado, y ahí, iluminado por una luz de artificio que parecía reverberar, una máscara te ayudaba a respirar y tus labios entreabiertos, más gruesos que en mi recuerdo, se esforzaban por hacer uso del aire. Mundo en el que tus manos grandes, que he amado y me conocen, se movían apenas, ciegas, trémulas, transidas de ansiedad, y todo tu cuerpo yacente bajo esa luz afilada que no dejaba oculto ni un ápice de realidad era la presencia inapelable del dolor que había entrado en ti, arrebatándote del otoño vuelto ya memoria, de nuestro feliz invierno y de mis brazos, signo de la frontera en que aún te debatías. Había restos de sangre en tu cuello, ahí donde entraba el tubo intravenoso; donde tantas veces cayeran mis besos. De otras cánulas hincadas en tu vientre manaba un líquido claro mezclado con pálida sangre adormecida, que recogían asépticamente al pie de la cama grandes recipientes de plástico o cristal. También parte de ti, cruzando el linde. Todo eso eras tú, pensé, fuera y dentro de tu piel, sujeto a una transmutación que no entendía, vivo aún. Vivo aún y despertando, aunque nada en aquel escenario inconcebible se atreviera a decir que regresabas. Una venda blanca ceñía la pierna de la que habían extraído una de tus venas. Tus piernas laxas, lastradas por un peso inmenso, como si no fueran tuyas. Y ahí, en el centro, el origen de todo, el vendaje blanco encubriendo tu pecho ensombrecido por tu sangre.

En esa cámara inmensa, bardo en que los más frágiles transitan, al cuidado de extraños, por su sueño alterado, no había ventanas, sólo esa luz inmisericorde y necesaria, pero era como si tras un cristal imaginario a mis espaldas nuestras palabras urdidas, nuestra felicidad y nuestro gozo pasaran volando como fantasmas poseídos de un raro regocijo, su vuelo translúcido y plateado, y yo no podía saber si anunciaban promesa (estabas vivo, ¡vivo!) o se burlaban; si el canto que entonaban era de júbilo o condena.

«Agua», decías, una y otra vez, durante horas. Yo te daba de beber a sorbos, humedecía tus labios. «Dolor», decías; «comezón», y apenas tenías



fuerza para oprimir el botón que llevaba el alivio del fentanilo a tus venas. Yo te acariciaba el brazo, la mano, ahí donde podía entre tubos y esparadrapos, intentaba calmar tu escozor. Te recordaba cómo respirar, para que tus pulmones recobraran su costumbre, pendiente de tu rostro en tu lucha por volver. Besaba tu frente, te decía lo bueno que era verte, tenerte aquí, y no sé qué era la fuerza que llevaba a mi boca las palabras, la que movía mis manos y me hacía creer que eras tú tendido ahí, indefenso, pleno únicamente de dolor pero innegablemente tú; que éramos aún tú y yo en ese espacio entre lechos ajenos donde otros daban batalla también contra la muerte. A ratos dormitaba en una silla, tu mano en la mía, apenas consciente de las lágrimas que en silencio me mojaban el rostro. Estabas vivo, y así.

Todo el otoño y el invierno que siguió, en ese breve espacio nuestro, esa alegría que sin esperarla nos fue dada, miré el árbol frente a tu ventana: sinuosas ramas cobrizas contra el ladrillo, rojo también, de una fachada. Eran, desnudas, como un gesto, un llamado. Durante esos meses de arretrato e inocencia, la espiral que parecía infinita de nuestros cuerpos encarnando en su deseo, anhelaba también la primavera, para verlo florecer.

No sabía lo que anhelaba, qué invocaba recostada en tu pecho, respirando contigo, oyendo latir tu corazón, a resguardo en esa barca.

Y mira cómo nos encontró la primavera. Estaba ahí, en mi memoria o fantasía, un abanico de imágenes intangibles a las que ansiaba volver, pero contigo. Quería multiplicar la belleza recordada, verla arder con más brillo a través del prisma de eso que fulguraba entre tú y yo. A saber si ese anhelo de un pasado transfigurado en su proyección a una dicha venidera fue la falta que nos expuso así.

Llegó como un golpe en el rostro, la ofuscación de su luz descoyuntada en la que caminaba alucinada de tu casa al hospital buscando los árboles en flor. Se nos fueron, casi todos. De tanto anhelar, apenas vimos nada. Un día de viento tropecé con un cerezo y te llevé una de sus flores. Era pequeña y frágil y había que protegerla del soplo incesante del aire intranquilo. Era también una victoria, un amuleto. Sabía, desde un lugar en mi mente exhausta, que no habría largas caminatas en campos ni parques revestidos en mi fantasía de cada vez más esplendor, cada vez más volátil; que perdernos el pródigo arribo de las flores tras los largos meses de frío y oscuridad era una de las formas en que se articulaba nuestra pérdida. Comprendí también, de una manera vaga, sin posibilidad de hacer un alto y cavilar, que no poder decirle «¡Detente!» a la primavera, suspenderla en una órbita de hielo para impedir que cayeran sus flores, obligarlas a aguardar, inmóviles, prendidas de la rama hasta que estuvieras bien, si te salvabas; que ese vértigo, esas ganas de llorar hasta vaciarme yo misma el corazón, era uno de los caminos que me llevaría a entender la abstrusa inutilidad de todo deseo.

Y que había que andar, sin parar en contricción ni lamentos. Que algo habría del otro lado, cobijado en su propia luz.

Estas noches nuevas son extrañas, vistas quizá por quienes fuimos a través de multiplicados cristales deformantes. En esa misma habitación de nuestro encuentro y nuestro gozo suceden cosas inexplicables: la noche, por ejemplo, en que medio despierta fui a buscarte porque el golpe sordo de un cuerpo que caía me arrancó del sueño. No te encontré; sin aliento volví a la cama y ahí estabas, tu cuerpo respirando, vivo, en la profundidad de tu dormir.

Entre esta profusión de espejos asoma tu rostro moldeado por el dolor, tan constante que casi no puedo recordar cómo era antes de que te reclamara para sí. Otro rostro tuyo que me encuentro amando, herida por la distancia, por no poder tocarnos, porque el más leve intento de estrecharnos te fustiga, nos castiga, nos deja aturcidos, huérfanos. Estoy triste,

te dije una noche, porque no podemos abrazarnos, y las lágrimas te corrieron por el rostro, silenciosas también, como las mías. Cosas que pasan, nada más. Una tensa ligadura entre lo que rumia el corazón, sin entenderlo, y el lugar donde sucede lo aparente; el momento que nos ciñe, del que no podemos desasirnos, criaturas al fin insertas en el tiempo, donde sólo podemos tomarnos de la mano y a veces —no muchas— llorar. A este lugar y este momento se ha reducido mi deseo, con todo su fervor: que nos acoja el sueño, que te suelten de su garra el dolor y la fatiga, que se equilibre tu respiración. Que llegue mañana, y otro mañana después, todos los ciegos días que sean necesarios para saber si es posible volver.

Volver a entrar en el cuerpo de esos que fuimos. ¿Quiénes? ¿Quiénes éramos, en esa conciencia y esa piel? En los besos largos que disolvían toda otra realidad, las manos ávidas volviendo suyo el otro cuerpo, el oro del otoño, el abrazo que nos ceñía con un solo respirar, lo que era nuestro deseo más allá del lenguaje, ardiendo en el centro de los meses fríos y oscuros, en las palabras con que indagábamos juntos sobre el ser y la conciencia y su trama infinita de misterios, pero este, el de la tangible frontera entre la vida y la muerte —su encarnación rigurosa en el cuerpo, su reclamo mundano y acerbo— había logrado ocultarse entre los pliegues de lo invisible, justo al margen de la mirada.

Es como añorar otra tierra, un delirio distante que el dolor distorsiona, y ser a la vez habitados por otros, un hombre y una mujer que duermen dentro, en lo profundo de estas criaturas que se mueven lentas en el éter de este tiempo extraño y despacioso, protegiendo en su sueño nuestra alegría. Quizá todo lo que se añora es una visión así: algo que llevamos dentro, un talismán que nos reconforta y atormenta, el rostro que ya no nos pertenece grabado tras el embozo de la tristeza.

Pero es la tristeza el momento que nos toca, y la recibo así, plena. Es ella quien ha guiado mis manos, frugal y contenida, desde los cuidados minuciosos en esos días hermosos y terribles de hospital y de tu vuelta a casa, tan frágil, tan tú personificado en otro que se expresaba en el lenguaje del dolor, de esa confusión de los primeros días en que me sentía avanzar entre aguas muy densas, sola y asustada, aunque sola no estaba, porque estabas tú ahí, firme, estoico, sosteniéndome desde un centro tuyo inquebrantable, entregado a tu destino y mi cuidado. Fue ella la que me regresó tu cuerpo, doliente pero vivo, para que lo amara así.

Es cierto que añoro la ternura entreverada en el deseo con que antes te tomaba; recibirte con esa hambre que era mi carne abierta sin que mediaran mi voluntad o mi conciencia, y que era el amor: por eso te sentía dentro como si mi carne fuera la tuya, tu éxtasis mío también. Cómo se disolvía la frontera de la piel y originábamos el goce sin que le siguiera nunca eso que llaman tristeza del coito: sólo unión, alegría, nuestro cavilar y nuestra risa, el pensamiento jugando con la luz, y así acoplados parecíamos una sola entidad inseparable, hasta que tu corazón se fue siguiendo su propio ritmo entorpecido. Pero resistimos cuando se cimbró el mundo que así formábamos y que era una esfera del más fino cristal, y esos que fuimos, tan de golpe convertidos en avatares de otro tiempo, nos sostuvieron desde su sueño apacible, ahí, en el hospital, tomados de la mano, tú con esos cables sujetos al pecho donde ya no podía apoyar mi rostro, constatando los dos la elasticidad del tiempo en la monástica rutina de pastillas, alimentos, rondas médicas y espera, leyendo en voz alta *Finnegans Wake*, o ese día que nos reímos tanto que creí que nos iban a echar. Todos esos días en que no me alejaba de tu lado hasta el último minuto en que acababan las visitas fueron la ruta y el entorno de un desplazamiento, un adentrarme en una dimensión recóndita y más vasta de eso que, en nuestros breves meses de candor y alegría, había entendido como el amor entre tú y yo.

El beso de despedida la noche antes de la operación, tímido y dulce, hambriento y largo; su silencio, sabiendo que era quizás el último. Y el breve estallido de fe muy temprano la mañana siguiente, porque era un día hermoso y limpio y apenas podía contener mi corazón la alegría de guardarte ahí protegido, como si acabara de despertar a la certidumbre del amor entre nosotros.

Ahora, cuidando de ese mismo cuerpo tuyo, frágil, herido pero sanando, el cuerpo que has entregado a mi desvelo con la misma franqueza con que me lo has entregado en el deseo, el tiempo se abre moroso como una puerta al futuro en la que apenas me atrevo a creer, y me abismo en su presente en la corriente densa y lenta de una nueva ternura. Tu cuerpo, que me ha dado tanta alegría y tanto placer, vuelve al cauce de los recónditos procesos de la vida, y en la vida, sigo amando a este pájaro trémulo y extraño que despierta en nuestras manos. Quiénes seremos tras cruzar el limbo de esta sofocada primavera sin apenas flores es una interrogante ociosa que no tenemos fuerza para contemplar. O una ventana. Ahí el renovado campo florido, no en las calles que circunscriben el hospital y tu casa, sino adentro: en el corazón, justamente.

Ahí donde esperan esos durmientes que nos guardan, en ese espacio de inalterada quietud donde el tiempo, tal y como dices, es simultáneo y continuo, seguimos sentados en aquella banca bajo un sol oblicuo de invierno, preguntándonos sobre su realidad.

Es un espejo, desde acá, sentados en otras bancas, señalando las flores que aún se nos ofrecen en alguno de los parques y jardines que rodean tu casa, amoldándonos a la lentitud nueva de nuestra conversación y sus silencios, aquilatando que estás vivo, que podrías no estarlo más, mirando el mundo, interrogando lo que en él somos. Al paso de los días caen las últimas flores pero queda el verdor renovado y fulgurante, como hoy: la ciudad luminosa y limpia tras la tormenta que nos despertó a mitad de la noche y volvió a arrullarnos en su violencia, el poderío del trueno y de la lluvia.

El árbol de corteza roja frente a tu ventana se acerca más cada día con la gentil inclinación de una de sus ramas. Cada día es más abundante su follaje: sombra de día y, por la noche, el oscuro fulgor de sus hojas lustrosas, salpicado de diminutas flores blancas.

Tomados de la mano (tu mano grande y fuerte), acunando en silencio ese breve reino de placer y alegría que fue nuestro y al que esperamos volver, aunque cambiados, la realidad irrefutable de los días nos dice en su transparencia que llegará el momento en que comprenderemos la hondura y la humana grandeza de los que somos hoy, completamente inermes ante lo que llamamos destino. Entonces añoraremos también estos días, que serán ya pasado. ■



# En una carrera contra la realidad

Silvia Eugenia Castellero

A MARCELO SERGIO CASTILLERO MANZANO

**1.** Silenia tomaba la motocicleta y recorría las carreteras del mundo. Se sentía como si fuera en la cresta de una ola, altísima dominaba el horizonte. La velocidad era una sensación que disfrutaba, cada vez más rápido hasta casi romperse en contacto con el viento. Primero cruzaba las calles de la colonia Jardines de San Mateo: Chabacanos, Naranjos, Robles, Fresnos, Álamos, Cedros. Veía pasar los árboles; le tocaban la cara hojas de distintos verdes. Más allá Pirules y después Echeagaray y el Periférico. Podía llegar a Satélite, irse a Querétaro y seguir.

Silenia habría querido saltar los límites del tiempo, mientras viajaba por carreteras imaginarias; habría querido ser ese personaje que tanto le atraía, tener cabello rizado, tez morena y ojos audaces. Sentía cómo la sangre se agitaba dentro de su cuerpo de niña porque en ese recorrido lograba ser una estudiante del CCH Naucalpan y hablar de Marx, recibir una educación experimental que por primera vez se daba en los planteles de bachillerato de la UNAM, ser una alumna en el centro del acto educativo capaz de cambiar su medio y a sí misma, convertido el estudio en un quehacer dinámico. *Aprender a aprender* repetía Silenia al borde de los caminos. Y se transformaba en él, en ese personaje interesante y vigoroso. Asistía a las manifestaciones por Paseo de la Reforma en contra de la

Ciudad de México, 1963. Su libro más reciente es *Desde el enigma. Antología personal* (Doble Fondo XVI, Biblioteca Libanense de Cultura, 2023).

represión, en repudio a la matanza del '68, en apoyo a Salvador Allende o a Julio Scherer posterior al golpe del periódico *Excelsior*. Tocaba la batería y escuchaba los discos de Juan Manuel Serrat. Cantaba canciones de Víctor Jara, Mercedes Sosa o Joan Baez y otras más que aprendió en los festivales de Woodstock y Avándaro. *No, no nos moverán*, gritaba Silenia subida en el vehículo azul.

Nadie podía verla, salía a escondidas y en silencio. En casa la creían jugando con sus muñecas, pero en realidad ella iba lejos en una carrera contra la realidad. Encontraba caminos que se bifurcaban, a veces elegía ponerse unos guantes negros y cantar canciones brasileñas; otras, prefería únicamente mirar calles, banquetas, gente; muchas veces sólo surcaba carreteras percibiendo la velocidad: sentía una dicha indescriptible.

## 2.

Silenia era una niña soñadora, cada día vertía sobre su cama una historia diferente, le gustaba ser empleada de una carnicería y hacía con plastilina cortes finos para ofrecerle a los clientes, también conversaba con sus muñecos que la llamaban *Linda*. Convertía el baño en universidad y era ella misma una investigadora. Luego hacía familias con las canicas y las emparentaba por los colores y reflejos que salían de sus cristales.

El juego que más disfrutaba era subirse a la cabecera de su cama, convertirla en la motocicleta de Marcelo —su hermano mayor— y transformarse en él. Así es como lograba conocer el mundo que se le tenía vedado por su edad, así es como pudo saber sobre las injusticias y los saberes de un preparatoriano, así fue como aprendió a tocar la guitarra y a cantar canciones de protesta. Subida en la cabecera de su cama, Silenia fue múltiples veces Marcelo.

## 3.

Alguien vivía en la habitación de Silenia, nunca pudimos darnos cuenta de quién se trataba. Un ángel o un diablo, alguna fuerza que la hacía mirar más allá de los muros y salir sin desplazarse. Puede ser que sólo fuera un sentimiento de nostalgia, o una predicción de lo que pasaría años después.

Pero la cama está vacía y los años sobrevinieron. Chabacanos 44. No hay rastro de la moto. Al entrar sólo se escucha el eco de nuestros pasos, peor, sólo nos vemos a nosotros mismos. Silenia y la cabecera permanecen. No las vemos aunque percibimos su olor, las huellas y los mapas de sus recorridos dibujados en el aire.

¿Es el vacío esa presencia tensa y natural? Pasamos hasta el fondo de la recámara sin resistencia, ahí están los atributos, una irradiación vital proveniente de algo ausente, las cualidades de un entorno lleno de significados.

## 4.

Miro las cortinas moverse y detrás, pájaros que beben un néctar invisible a mis ojos. Se levanta una frescura de tiempos remotos. Hay presencias que bajaron de alguna historia, vienen de la parte secreta del espíritu. Las paredes blancas y el cuarto vacío comprenden mis plegarias.

La naftalina ha subido hasta mis sienes, ha llegado a los oídos y ahora hasta los muertos regresan; en un abrir y cerrar de ojos están los otros. Ignoro si es sagrada o diabólica esta nada que inunda y llena la casa vacía. Silenia aparece en su performance. Tintes, disfraces, álbumes, notas, aromas, pestañas y sombras. Ráfagas de recuerdos, más bien, de trazos de vida que montan por mi piel y me habitan. Un pozo profundo con tesituras de telas, cabellos, palabras que son hebras de voces muy vivas, luego desvanecidas y después salen de la habitación.

## 5.

Enseguida su rostro. Moreno, sin edad, enormes ojos color obsidiana, nariz afilada, labios carnosos y risueños; en sus pestañas un brillo azabache. Se acerca, nos mira, viene con una tribu no humana detrás de él. Una multitud de seres con fuerza en sus cuerpos, como para decirnos dónde están los huecos de las cosas, dónde se encuentran sus escencias. Lo acompañan y nos dan su presencia como símbolo, los sentidos de ese eco y ese resonar dentro del cuarto vacío. Ellos lo llenan. Y nosotros pequeños en esta dimensión terrena, en esta radicalidad de existencia humanamente razonada, nos asombramos, arrinconamos nuestra perspectiva. Empiezan los senderos, destellos, diálogos, gestiones, noticias e intercambios entre aquellos seres inasibles. ¿Serán rastros de los muertos o designios de los dioses? Tal vez sea la misma gramática, los secretos compartidos de un conocimiento superior e inquebrantable. La sintaxis del misterio.

## 6.

Después, el corazón roto. Ya no volvió Silenia ni los susurros de la moto, ni las aventuras por carreteras y reinos. ¿Se agotó la nostalgia? El cuarto vacío. ✖



# Una bestia que nos devora

Franca Álvarez

**Tomaron un descanso.** Aun cuando todavía era temprano no encontraban resguardo, el sol azotaba con fuerza haciendo de la selva un invernadero sofocante.

Rompiendo el silencio de los días pasados, el viejo artesano abrió la boca sin atinar a decir nada. Su aprendiz lo miró tratando de adivinar qué palabras se escondían detrás de ese rostro con expresión de niño que desconoce el habla.

—¿Conoces su historia? ¿Te han hablado de la gran señora que ahora labramos? —preguntó el maestro, a lo cual él mismo se contestó explicando—: Ella pertenece a un lugar antes del tiempo, antes del cielo y la tierra, antes de la luz y la oscuridad; antes del antes mismo y también mucho más allá del después; después de que todo haya perecido aquí en la tierra, inclusive nuestros cantos.

El aprendiz, quien nunca antes había descubierto al maestro tan conmovido, lo miraba absorto. Sus manos de tezontle se humedecían con las lágrimas que soltaban sus ojos.

—Pero, ¿cómo es que sé tan poco de alguien que es tanto? —se aventuró a preguntar entre incrédulo y afligido.

—Para nosotros los hombres la destrucción es inescapable —prosiguió el viejo sabio diciendo sin responder a su aprendiz—: Por eso, ahora

Aguascalientes, 1988. Esta es su primera publicación literaria.

que labramos a la gran señora dejémonos atrás y mejor recordemos su recorrer, aquel que va desdoblado al universo. La gran señora nació en el ombligo de la luna y llegó aquí como flecha de estrella y quedose dormida dentro de un volcán; se fundió con la tierra. Y así se mantuvo por una breve eternidad hasta que emergió como colmillo de basalto en la cueva de arena.

Esta era la tercera vez en dos años que Francisca lograba salir del despacho antes de las diez de la noche y la primera antes de las seis de la tarde. Resulta que acababan de anunciar al nuevo secretario de Hacienda y este era, nada más y nada menos, que el tío del posible cliente. Sin importar cuáles fueran los problemas fiscales que lo había hecho agendar una junta con ella, estaba claro que ahora quedaban resueltos.

Esperó a que la lluvia torrencial bajara. Tenía ganas de caminar y, además, el caos de la hora pico se asomaba en las calles del Distrito Federal. Cuando parecía que empezaba a despejar, tomó sus cosas y caminó hacia el pasillo. Mientras esperaba el elevador, de lejos logró ver cómo se asomaban los volcanes comúnmente borrados por la contaminación. Aún recordaba la primera vez que los había descubierto así de nítidos en el horizonte. Le había sorprendido lo cerca que aquel par de enamorados míticos se encontraban de esta cloaca urbana.

Salió sobre Reforma, aquel paseo majestuoso antes poblado por los palacetes que describió Von Humboldt en sus viajes por el país. La tarde estaba fresca y el pavimento reflejaba las luces incesantes de los coches. Caminó, pasando primero por el campamento de los agricultores, quienes afectados por el gasolinazo denunciaban sus condiciones ahora más precarias. Unos metros más adelante encontró la embajada del país vecino resguardada por múltiples barricadas y fuerzas armadas. Enseguida, frente a la Procuraduría General de la República, se encontró con el campamento de madres y padres de los estudiantes desaparecidos, el cual estaba ataviado con las caras de sus hijos que ondeaban como banderas desafiando la historia oficial.

No pudo pasar por ahí sin preguntarse cuál era el puto sinsentido de este mundo tan voraz. Le pesaba el pecho recordando historias atroces, tanto de nombres anunciados en las noticias, como de personas queridas. Por más que una lo intentara, no conseguiría encontrar algún sentido. En el mejor de los casos, existían explicaciones, teorías y datos, pero no había nada, absolutamente nada, que le permitiera significar tantas violencias.

Pensaba, a la par, en lo espectacularmente improbable de nuestra existencia en esta pequeña piedra que flota sin rumbo por el cosmos. Si es que hay un dios, seguro nos permite seguir con vida por puro morbo. Francisca lo imaginaba sentado, incrédulo de las vueltas inesperadas que había tomado su experimento humano y repulsivamente fascinado con nuestra aparente facilidad de extraer, subyugar y herirnos sin descanso.

Por su parte, a Francisca este mundo de dolor y rabia le daba un vértigo de tierra firme. No se permitía caer en el error de pensar que aquel sufrimiento que se le enredaba, le pertenecía. Razonaba que ella era, en el mejor de los casos, una espectadora y, en el peor, una cómplice; ella que trabajaba en beneficio de los patrones del país; ella que no hacía nada por frenar tanta violencia e impunidad; ella que ni sentido a todo esto lograba encontrar. Ella era una vil cobarde, resolvió.

Continuó caminando hacia el centro de la ciudad con pasos aletargados. Se enfiló por la calle Artículo 123 para pasar por uno de sus vestigios arquitectónicos favoritos. La primera iglesia anglicana de México, construida a finales del siglo XIX, se encontraba desde hacía varias décadas abandonada a su suerte. Afuera, sobre la calle, había un puñado de jóvenes desperdigados que, como feligreses comulgando, se llevaban su trapo de tiner a la cara para adentrarse a otra realidad.

Inmersa en su observación, inmediatamente supo a dónde ir. Dobló hacia la colonia Juárez, rumbo al Viaje de Hoffman, una pequeña librería que fungía como su segunda casa cuando estudiaba leyes. Al llegar reconoció inmediatamente a Ana, la curadora literaria, a Tomás y a su marido Luis, los dueños. Se saludaron eufóricamente y Ana la abrazó.

—Pues, ¿dónde te has metido tú? —exclamó Ana con una gran sonrisa.

Desde el fondo, con libros en mano, Luis la llamó por su apodo: Cisca.

—Estábamos hablando del informe de la ONU sobre tortura en México y se me hace que te invocamos —dijo Tomás moviendo sus manos en el aire como Walter Mercado.

Acto seguido, la casa le regaló un mezcal y prosiguieron a hablar del informe, del tipo de cambio, de Amazon —la empresa gringa que estaba quebrando librerías— y de la necesidad de recolectar agua pluvial en la ciudad. Rieron, y a carcajadas, sobre las descripciones que Luis compartió de algunas piezas de Zona Maco.

La plática subsecuente estaba plagada de aserciones sobre y hacia Francisca. Los tres asumían que ella era, hoy por hoy, una defensora de

derechos humanos en México. Era normal que pensarán eso, por años lo habían escuchado de la boca de la joven promesa. Sin embargo, la realidad no podía estar más lejos de aquellos supuestos ya que Francisca asesoraba, encontrando lagunas fiscales, a grandes empresas y corporativos que buscaban evadir impuestos legalmente.

No pudo ni quiso corregirlos. Mejor se quedó callada, bebió su mezcal y escuchándolos comenzó a recordar a aquella personita idealista que solía ser. Se acordó de cómo, en ese entonces, el futuro parecía alojar tanto potencial y eso la hacía, en turno, sentirse invencible. Se tuvo que atragantar el llanto que sintió escapársele por todo lo que no fue y nunca será.

—El informe —dijo Ana— seguramente es sólo la punta del iceberg, hay tanta cosa inimaginable que pasa en lo más profundo de la sociedad. El otro día una de mis compañeras me contaba de algo que no me consta que sea cierto, pero tampoco me sorprendería. ¿Ubican esto que llaman la *dark web*?

—*Deep web* —la corrigió Tomás.

—¡Eso! La *deep web* —añadió Ana con una mueca de calabaza en la cara. Los tres asintieron con la cabeza y Francisca tomó un largo trago en preparación de lo que escucharía a continuación; sabía que sería algo horrible.

—Al parecer uno puede comprar personas ahí, en este caso me hablaron particularmente de la compra de mujeres. Hasta ahí aterroriza, pero lamentablemente no sorprende. Lo impensable surge cuando, por medio de intervenciones quirúrgicas, hacen que dichas mujeres pierdan su movilidad, su voz e inclusive su vista. Son, en términos prácticos, reducidas a muñecas vivientes.

—Ay, no. No. No, Ana. ¿Quieres decir que están conscientes? —dijo Luis viéndola directamente a los ojos, buscando un hilacho de esperanza en esa pesadilla que les estaba planteando.

Todos permanecieron en silencio por un largo rato.

—No hay que irnos tan lejos para conocer la crueldad humana. Pensar en que el Estado no sólo no te cuida sino que te desaparece, lo encuentro inconcebible. Pero he nos aquí, esa es la realidad de este país en pleno 2015. Si seguimos así, con tantas violencias y desigualdades, esto va a estallar. Todo tiene su límite —sentenció Luis.

—Y lo peor es que a medida que esto empeora, solucionarlo se va haciendo cada vez más complejo, por no decir difícil, por no decir imposible. La verdad es que, frente a tanta corrupción e impunidad, a veces se antoja acabar con el *statu quo* a la velocidad de un balazo.

Apenas había terminado de hablar Francisca, y Ana, claramente molesta, la cuestionó.

—¿O sea que lo que tú quieres es más violencia? Hablas del *statu quo* como si fuera un grupo de personas allá afuera, pero ¿nosotros qué somos? ¿Acaso nos ves que andamos de soldados o de sicarios? No, nosotros aquí estamos cómodamente hablando de desgracias ajenas con un mezcal en la mano.

—Pues sí, Ana —se defendió Francisca con la voz cada vez más entrecortada y el ojo lloroso—, somos una bola de privilegiados, eso ya lo sé. Pero, ¿qué estamos haciendo para cambiar las cosas? ¿No te sientes impotente frente a tanta injusticia, a tanto pinche sufrimiento, a tanta noticia que desafía los límites de la ficción sádica? Y todo mundo estamos ahí, sin saber muy bien qué hacer concretamente. Podemos marchar, podemos votar, nos podemos organizar, ¿pero eso de qué ha servido?

—Te entiendo. De verdad que sí, Francisca. Hasta la fecha no nos saben decir quién secuestró a mi tío y a él tampoco le interesa saber, se reconoce como uno de los suertudos que vivió para contarla. La cosa es que el mundo no está dividido entre personas malas y buenas como dicen las iglesias o nuestro expresidente. Así es como buscó legitimar esta guerra injustificable —dijo Tomás con mucha calma, para añadir—: Sintamos coraje, frustración y todo lo que tengamos que sentir, pero al menos acá, en El Viaje, tirémonos buena vibra, que todos la ocupamos.

—Sí es cierto, tienes razón —añadió Ana—. Soné molesta pero no era contigo, Francisca. Al final yo tampoco sé qué tiene que pasar para que las cosas cambien, ni qué nos toca hacer a nosotras. La cosa es que no es tan fácil como decir «para hacer un omelette hay que romper algunos huevos», cuando en realidad todos somos huevos revueltos bailando en el mismo sartén. Y es que ni siquiera sabemos realmente qué está pasando o qué ha pasado en este país. Apenas y nos enteramos de cosas aquí y allá. No te olvides de la cantidad de fosas que han descubierto sin querer, al intentar encontrar a los estudiantes desaparecidos.

Las manos de Ana y Francisca atravesaron la mesa hasta encontrarse. La invocación de fosas clandestinas las llevó a pensar en las ventanas arqueológicas del centro histórico: las primeras nos revelan destellos de una pesadilla constante, mientras que las segundas nos permiten asomarnos a la ahora enterrada Tenochtitlan.

—México es una bestia que nos devora a todos —dijo Francisca decisivamente.

De camino a su casa, se permitió imaginar cómo sería ser guerrillera. Sabía que muchas personas compartían el mismo deseo visceral por cambios abruptos y soluciones demoledoras.

Francisca vivía en un pequeño departamento en Bucareli. Lo había rentado a pesar de que, por viejo, se mecía apenas pasaba un pecero. Cuando llegó, abrió una botella de vino blanco, puso *Bocanada* de Cerati y llenó la tina. En el baño se vio al espejo descubriendo para su sorpresa una cara fija: una con dimensiones, ojos, nariz y boca. Casi siempre ella se percibía a sí misma más bien como un cúmulo sugestionable de rasgos faciales; una nube viajera que tomaba la forma de quien la observara. Recordó los pequeños espejos que solía esconder en distintos recovecos de la casa de sus padres. Estos le brindaban una vía rápida para corroborar su propia existencia, de la cual seguido dudaba.

El sonido familiar de su celular la despertó furiosamente. Miró el reloj con sobresalto, segura de que la alarma no había sonado y, por tanto, de que se había quedado dormida. Sin embargo, para su tranquilidad al principio, y después para su espanto, este marcaba la una con cuarenta y dos de la madrugada.

«Joaquín Mendieta» se leía en su celular mientras este vibraba. Era el nombre de su jefe. Era su jefe marcándole. No contestó. El celular dejó de vibrar por un segundo para vibrar de nuevo, y otra vez. Después de tres llamadas perdidas, Francisca contestó molesta. Para su sorpresa, más molesto sonaba su jefe, quien encontraba increíble haber tenido que marcar tres veces hasta que Francisca se dignara a contestar. Necesitaba información de la cuenta del conglomerado de alimentos. Se la pedían directamente del Olimpo, como él le llamaba a la oficina del dueño.

Joaquín Mendieta era un escuincle recién graduado de alguna iglesia donde no les enseñaban otra cosa más que a tener un exceso de confianza en ellos mismos. Se vestía con corbata, y usaba la palabra «bomberazo» cada vez que le era posible. A veces también se refería a mujeres adultas como «niñas».

Francisca prosiguió a explicarle que esas estimaciones no estaban listas y, aparte, las bases de datos estaban alojadas en los servidores encriptados de la oficina. Joaquincito repitió que se trataba de un bom-be-ra-zo del O-lim-po para después pretender que le daba pena tener que pedirle que fuera a la oficina *ipso facto*.

Se vistió y salió determinada a resolver este asunto tan rápido como fuera posible para poder regresar a dormir algunas horas. Se aventuró entre

las calles rumbo a la oficina ubicada sobre Reforma, en un lujoso edificio diseñado por el yerno del magnate más rico del país. No obstante, aquella inversión tan prometedora seguía sin dar frutos. A unos años de inaugurado, más de la mitad estaba vacío o en obra gris. Sólo una constructora española, una empresa británica de energías no renovables y el buffet de abogados en donde trabajaba Francisca ocupaban el edificio.

Al llegar a su oficina, preparó un café y puso jazz para comenzar a trabajar. Para cuando acabó y mandó los documentos el reloj marcaba las tres treinta y tres. El efecto del café se estaba esfumando. Tomó sus cosas y pidió el elevador. Pocos segundos después de comenzar el descenso, el elevador comenzó a bajar más y más rápido, hasta caer libremente. Francisca abrió la boca para gritar, pero no emitía sonido alguno. Se aferraba al barandal al mismo tiempo que picaba la alarma una y otra vez esperando que algo pasara. Iba a morir, lo sabía. Estaba esperando el impacto en cualquier momento, pero el elevador frenó de pronto mas dulcemente. Francisca tardó en recobrar la compostura, y no fue sino hasta que las puertas se abrieron que entendió que no se había estrellado contra el pavimento.

La apertura de las puertas dejó entrar una oscuridad celosa y fría. No se veía absolutamente nada. Sin pensarlo demasiado se propulsó fuera del elevador, rodando al piso. Volteó hacia atrás con el sonido de las puertas cerrándose. Confundida, se percató de que el elevador marcaba el piso -24. Nunca había oído de la existencia de este piso. Tenía que ser el piso -3, sólo que el elevador estaba averiado claramente, -24. Qué era este lugar tan abajo, -24.

*Basta, basta*, se dijo carcomida por los nervios que le despertaba estar aquí tan adentro de la tierra.

Un día, cuando Francisca era niña y jugaba con su caballo de plástico preferido, el teléfono sonó. Era Rebeca, la mejor amiga de su mamá. Habían crecido juntas en Coahuila.

—Rebe, respira y dime qué pasa... ¿Paco? ¿Qué le pasa a Paco? ¿La mina? —La cara de su mamá se iba tornando en un lamento cubista—. ¡Francisca prende la tele! —ordenó.

La tele, que en ese entonces sólo tenía cinco canales, mostraba imágenes de hoyos gigantes en el desierto vistos desde un helicóptero, para después mostrar a mujeres llorando y gritando el nombre de sus seres queridos. A raíz de una explosión, treinta y cuatro hombres habían quedado atrapados bajo tierra. Nadie sabía con seguridad si seguían con vida o no, pero al parecer la luz de emergencia se prendía y apagaba. Quienes

creyeron que se trataba de una comunicación tipo morse corrieron a encontrarse con alguna persona experta en aquel lenguaje. Poco después supieron que se trataba de un falso contacto. Nadie salió de aquella mina con vida y hasta la fecha los familiares exigen la recuperación de los cuerpos, ahora en cortes internacionales. Desde entonces Francisca le tenía miedo al subsuelo.

A tuestas, avanzó mientras se iba incorporando. El primer paso activó sensores de movimiento. La luz reveló los primeros cincuenta metros de un túnel de baldosas blancas que parecía ser de otra manera infinito. Una serie de imágenes fugaces aparecieron en su mente para ser automáticamente descartadas: el Chapo, bombas nucleares, ríos subterráneos, estacionamientos, los túneles mitológicos del centro histórico. Pero como fuera, este túnel era demasiado nuevo: amplio y aparentemente bien hecho, estaba clínicamente limpio con coladeras y luces blancas y vibrantes a los lados. El potente olor a cloro casi lograba eclipsar al espeso tufo de la humedad.

Notó que del túnel principal derivaban otros. Sin saber muy bien qué hacer, caminó y giró hacia la primera galería a la derecha, la cual era más estrecha, pequeña y ruinosa que el túnel principal. Al acercarse a la puerta más cercana, comenzó a escuchar pasos, papeles, ruidos de máquinas y murmullos. Una pequeña placa dorada leía «Consejo de Asuntos Subterráneos. CAS». Sobra decir que nunca había oído hablar de esta dependencia en su vida.

Lo que encontró dentro era desconcertante: una gran bóveda que albergaba hileras e hileras de computadoras y gente trabajando en ellas. Nadie pareció notar su presencia. Era una oficina caótica, demasiado alumbrada y un poco maloliente. Se acercó a la mesa más próxima, la cual estaba desorganizada, llena de carpetas y documentos apilados. Sobre ella había una radio, una Coca-Cola a medio tomar y los vestigios de una torta. El teclado tenía salsa verde embarrada al igual que la camisa del hombre usándolo.

Sin ánimos de molestar, Francisca se acercó y le preguntó por la salida. El hombre parecía no haberla oído. Entre los murmullos, las impresoras, los pasos y los ventiladores, apenas y se escuchaba ella misma. Así que se paró justo enfrente de él y ahora casi gritando repitió su pregunta. Nada. Ni una mirada. Ni una palabra. El hombre trabajaba angustiosamente, tecleando con fuerza como si intentara oír sus pensamientos en medio de ese alboroto.



Detrás de ella, un hombre de unos cincuenta años, calvo y trajeado, le exigió la copia de un expediente que ya le había pedido antes.

Contestó murmurando al principio para explicarle que ella no sólo no trabajaba ahí, sino que estaba perdida y buscaba la salida. Después de un mutismo incrédulo, el hombre encolerizado la reprendió por ir vestida con esas faldas a una oficina de gobierno. Acto siguiente, dio media vuelta para alejarse tan rápido como había llegado, refunfuñando rabioso sobre la mediocridad y el estado lamentable del país.

Francisca no tuvo ni tiempo de contestar. Se le ocurrió que tal vez lo mejor era caminar y naturalmente encontraría una salida. Se alejó de la gran cúpula hacia un pasillo, donde encontró una puerta que tenía rotulada la frase «Silencio. Área de Política Ficción».

El humo de tabaco y el olor a café escaparon cuando abrió la puerta. Era un espacio con cuatro hombres fumando como chimeneas, concentrados en sus respectivas pantallas. El cuarto estaba cubierto de mapas, notas y fotos de crímenes y muertos.

—Lo tengo: estaban involucrados con el crimen organizado, fue una pelea entre delincuentes —dijo uno, volteando a ver a sus demás compañeros.

—Chale, no sé, Beto —respondió otro.

—Pero, ¿qué no había menores y hasta un bebé? —cuestionó otro.

—Por eso, ¡está perfecto! Los padres delincuentes se enfrentan con enemigos y debido a su negligencia, sus hijos también mueren acribillados. ¡Piénsenlo!

Los escritores se miraron entre ellos y fueron asintiendo con la cabeza. El tal Beto tomó la impresión y la introdujo en una cápsula que posteriormente metió a un conducto de plástico para ser succionada. La hipnosis colectiva acabó con el sonido de los tres toquidos en la puerta.

La puerta se abrió con la fuerza de un carrito de bebidas empujado por una mujer. Hubo un pequeño alboroto reptiliano cuando todos se pararon con prisa y en sintonía para alcanzar a servirse un poco de café. Francisca soltó una carcajada.

La mirada de la secretaria se levantó y viendo a Francisca le indicó que saliera con ella sin hacer ruido. Francisca sintió un escalofrío que le bajaba por la columna vertebral para después estacionarse en su estómago.

Ya en el túnel frente a la placa metálica, la secretaria, quien se presentó como Estela, le preguntó quién era y qué necesitaba. Francisca, midiendo sus palabras, omitió presentaciones y sólo le preguntó cómo podía regresar al piso que daba a la calle.

Estela le informó llanamente que el elevador no servía y después se volteó hacia su carrito para preparar el té. De espaldas, le comenzó a contar a Francisca cómo acabó en la CAS y lo interesante que era trabajar ahí.

—Es un verdadero lujo poder presenciar cómo opera todo en lo más profundo del gobierno, literal y metafóricamente —dijo volteando a ver a Francisca para pasarle su té, como si fuera parte de una rutina actoral.

Estela era una joven con cejas tupidas y un lunar arriba del labio por donde se hace la curva de la sonrisa, y sus manos se movían certeramente resaltando su comodidad al hablar con tanta precisión.

Las dos se sentaron en una banca y Estela continuó con su relato.

—Al CAS, lo crearon como contrapeso del Instituto Nacional de Transparencia con el fin de proteger a las instituciones mexicanas que tanto nos costó erigir. A veces se tienen que tomar decisiones difíciles y ya, por el bien de todos. No puede ser que a cada paso alguien levante la mano para poner un pero.

Estela continuó hablando por un largo rato de los beneficios del CAS para luego contarle sobre los túneles en sí mismos. No podía recordar si alguna vez había visto a alguien deambulando por ahí, más que a un robot del INAH que se le había escapado a unos arqueólogos. Mientras que ella no se había aventurado más allá del túnel principal, sabía que se podía llegar al Senado, a Los Pinos y al Templo Mayor, dado que había visto unos señalamientos al final del túnel principal que así lo indicaban.

«El Senado 3.3 km», «Los Pinos 2.4 km», «El Templo Mayor 5 km».

Francisca, por su parte, la escuchaba cautivada. Estela le generaba ternura. Su actitud resolutiva y sus palabras prestadas, que al principio la habían hecho sonar ingenua, escondían un deseo latente de certidumbre. Más que estar posicionándose políticamente, su discurso de acero pretendía cimentar las arenas movedizas que la envolvían. Estela quería amor y futuro; como todas, pues.

Una luz roja en el carrito de bebidas se prendió. Estela se paró y tomó la taza vacía de las manos de Francisca, quien sabiéndose prontamente abandonada abrió la boca por primera vez en todo este rato.

—¿Crees que encuentre una salida más adelante? —preguntó señalando al túnel.

—Seguro, licenciada. Le diría que se quedara a esperar que arreglen el elevador, pero es cierto que la última vez se tardaron días. Lo mejor es que busque una salida siguiendo las indicaciones.

De su llavero desabrochó una pequeña linterna para ponerla en la mano de Francisca. De pie se despidieron y Estela esperó un poco antes de entrar para ver cómo Francisca desaparecía al final del largo túnel.

Ya en marcha, Francisca primero pensó en caminar hacia su casa, pero se decidió por ir rumbo a Los Pinos, deseando encontrar en el trayecto una salida al Bosque de Chapultepec.

Caminaba rápidamente tratando de alejarse del análisis de riesgos que corría a toda velocidad por su cabeza. Lo único que importaba era salir de ahí. Estela le había dicho que nunca había visto a nadie, así que no tendría por qué ser diferente para ella. Pero también era verdad que Estela nunca se había aventurado en los túneles y menos en plena noche. Todo saldría bien, se convenció.

A medida que avanzaba, los sensores de movimiento prendían y apagaban luces a su alrededor. Le sorprendía la calma sepulcral que reinaba en ese lugar. Francisca caminaba lentamente y, al mismo tiempo que anticipaba lo peor, buscaba una señal o alguna puerta que le indicara

la salida de esta pesadilla. Después de un rato, y una o dos vueltas a la derecha, cuando por fin no sentía que el corazón se le iba a salir del pecho, comenzó a escuchar unos ruidos industriales, casi rítmicos, a la distancia. Era difícil saber qué tan lejos estaban o de qué eran exactamente. Maldijo los sensores de movimiento que revelaban su presencia desde lejos. Sin embargo, esta era la menor de sus preocupaciones.

Ahora que el túnel se había convertido en un pasadizo cada vez más estrecho, recordó con repulsión que había personas que se aventuraban en las ranuras de la tierra por deporte. Y ella, con su suerte, estaba segura de que era cuestión de tiempo para que temblara y todo se derrumbara.

Paró y razonó que lo mejor era regresar y esperar a que repararan el elevador. Se dio media vuelta sólo para darse cuenta de que no tenía idea por dónde había llegado y, por lo tanto, no sabría cómo regresar. Estaba petrificada cuando volvieron a sonar los ruidos industriales, ahora con más fuerza. Igual había gente trabajando en algo o, advirtió de pronto, ¡esos ruidos pertenecían a otro elevador! Retomó el rumbo con prisa.

Unos metros más adelante, el sonido se apagó. Como autómatas, Francisca comenzó a tararear susurrando *aún no sé quién es, lo deben saber mis pies, la siguen como las ratas a la flauta de Hamelin para perderla después*. Sin conocer el resto de la letra, la canción se convirtió en un silbido nervioso que regresaba un eco a través del túnel. La presencia de un letrero rojo en la pared la frenó en seco:

«Área inexistente. Sólo personal autorizado».

*Inexistente*, se repetía a sí misma una y otra vez mientras seguía avanzando. Tan concentrada estaba en tratar de descifrar lo que era un área inexistente, que le tomó más de lo normal darse cuenta de que el eco del silbido continuaba independientemente de su propia mudez. De pronto, la luz dejó de seguirla, dejándola en completa oscuridad. Dio dos pasos atrás, hacia la seguridad de los sensores.

—Identifíquese —dijo una voz a pocos metros adelante devorada por la noche.

—Vengo de la CAS —respondió Francisca diligentemente.

Los pasos avanzaron hasta el filo de la luz revelando unas botas recién boleadas, con uniforme negro y un pasamontañas del mismo color.

—Yo no soy nadie y aquí es ningún lugar —dijo la voz, mientras un guante negro apuntaba al letrero.

Francisca le informó que iba rumbo a Los Pinos y le ordenó que la escoltara hasta allá.

La voz sin rostro dio media vuelta y retomó el paso. Francisca le siguió por detrás hacia la oscuridad. Aparte de sus pasos, al principio sólo distinguía pequeños ruidos metálicos. Iba respirando con cautela, con la mandíbula prensada y los ojos bien abiertos. Cuando su vista se acostumbró a la penumbra, vio que el túnel dejó de tener paredes y, en cambio, con sus manos sintió barras metálicas verticales en ambos lados. El espacio se había tornado tan húmedo que del techo caían gotas.

—Este lugar huele a encierro —pensó Francisca.

—Son los *sinrostros* —respondió ejecutivamente la voz.

Alarmada, Francisca no sabía si había dicho lo que pensó o si la voz podía leer su mente, oír sus pensamientos. Imposible.

—No puedo leer pensamientos —respondió de nuevo la voz.

Francisca estaba hechizada por el sonido cada vez más constante de gotas que golpeaban contra el embaldosado. Como sintió la presencia de otras personas, preguntó si había alguien más aparte de ellos dos ahí. La voz no se inmutó y apretó el paso sobre los charcos que se formaban bajo sus pies. Francisca la seguía de cerca huyendo del desconcierto que todo aquello le provocaba. Poco después el agua empezó a correr libremente como si alguien hubiera abierto un grifo, y entre aquel caudal se comenzaron a distinguir murmullos, sorbos y jadeos que invocaban palabras. Las frases derramadas pronto se vertieron en conversaciones acuáticas.

—¿Qué dices? —preguntó Francisca aterrorizada, sabiendo perfectamente que la conversación pertenecía a otras personas y no a la voz.

No hubo respuesta y esa omisión envolvió a Francisca hasta sofocarla. Salió del encantamiento en el que estaba y pegó un grito que se escuchó a lo largo del túnel.

—¿Quién está ahí? ¿Dónde están? ¿Quiénes son?

—Aquí, en el olvido, es a donde pertenecen. Deje de hacer preguntas que les hagan recordarse —le contestó la voz impaciente.

Aquel barullo lacustre era tan fuerte que las paredes retumbaban de tal manera que el túnel comenzó a respirar erráticamente, flexionando consigo los barrotes de las jaulas.

—¡Respóndeme! —le dijo Francisca a la voz, mientras la tomaba de los hombros y la agitaba frenéticamente como queriendo sacudirle las respuestas a la fuerza.

—¿Qué has hecho? —reaccionó la voz, despavorida, tomándola bruscamente del brazo—. ¡Se están escapando!

En un milisegundo electrificante, Francisca jaló su antebrazo hacia ella y comenzó a forcejear con la voz que luchaba por aprehenderla. La voz siguió hablando, usando palabras que se convirtieron en ruidos incomprensibles para Francisca. Aun cuando la voz era claramente más fuerte, ella estaba dando una pelea digna. Fuera de sí misma, como fiera arañaba, pateaba y mordía. Entre tanto movimiento, la pequeña linterna que colgaba de su mochila se prendió, y comenzó a parpadear. Cada que todo se alumbraba, Francisca lograba distinguir celdas vacías y mugrientas, una tras otra, tras otra. Hasta que la lámpara no prendió más, dejándola de nuevo en la oscuridad.

La voz, ahora, la tenía sujeta de los pies, mientras que Francisca se abrazaba con todas sus fuerzas de unos barrotes. Entre todo el jaloneo, notó que el túnel se doblaba para acomodarse verticalmente. Las mismas manos que le tiraban las piernas, pasaron a sujetarse de ellas. La voz se había convertido en un peso que Francisca cargaba. Con el túnel inclinándose a su favor, no fue difícil para ella patear hasta zafarse de esa voz que ahora gritaba cada vez más lejos en caída libre.

Se columpió hacia el interior de una celda. Respiró como bestia triunfante. No tenía pensamientos, ni planes y mucho menos ideas. Todo aquello era inservible en ese momento. Intuitivamente se tocó el cuerpo, buscando heridas y confirmando que no le faltara alguna parte. En eso estaba, cuando comenzaron a caer gotas en ambos sentidos. Unas como las normales y otras en sentido contrario, desafiando la gravedad. El túnel se inundaba. Olores opuestos y otras veces indefinibles invadían el espacio mientras que torrentes de agua viscosa y tibia se deslizaban por ambas paredes.

Sin saber cómo interpretar todo aquello, Francisca sabía que no tenía a dónde huir. Salió de la celda y tomó respiros largos, como quien se prepara para sumergirse. No pasó mucho tiempo antes de que estuviera completamente bajo el agua. Su cuerpo fue arrastrado por corrientes y remolinos, hasta quedar flotando. Abrió los ojos, dejando entrar el ardor de aquella agua pantanosa de café y copal. A punto de perder el aire, distinguió unos destellos de azul a lo lejos.

Nadó vorazmente hasta lograr tomar una bocanada de aire. Una gruesa capa de vapor cobijaba aquella superficie y del techo colgaban estalactitas blancas que encerraban las fauces de la tierra. Braceó con determinación hasta llegar a la orilla, donde cargó su peso para tenderse sobre el sedimento fangoso.

La despertaron unos ladridos. La humedad era tal que la ropa seguía empapada encima de su piel de lagarto. Echada, no quería desprenderse del suelo que era su única certidumbre. No sabía qué había pasado, dónde estaba ni tampoco a dónde iba. No sabía si estaba muerta o viva. Intuía que debía sentirse alarmada al despertar ahí, pero no era el caso. No tenía miedo y tampoco hambre, sed o cansancio.

Mientras que su cuerpo había dejado de hablarle, sus sentidos estaban desbordados de vida. No sólo podía ver los destellos de los gusanos fluorescentes en el atrio de la cueva aun con sus ojos cerrados, sino que podía sentir incluso las vibraciones que generaban sus piececillos en las superficies rocosas.

Razonó que era muy posible que ya estuviera petateada y esta anarquía era lo que en realidad pasa después de la vida. Este pensamiento la llenó primero de tristeza seguida por rabia pasando por risa y terminando en alivio. Vivió treinta y tres años atrapada bajo su piel. Escondida de las miradas ajenas, había hecho todo por encajar, incluso lo más indigno: había sido normal. Encajó a la fuerza como estrategia para intentar ganar aquella carrera de ratas que empezó desde temprana edad. Pasó una vida entera tratando de controlar un mundo indómito.

Estar muerta no estaba tan mal. La muerte, específicamente la suya, ya no se sentía como una tragedia que hay que evitar a toda costa, sino como una aventura que la requería como protagonista. Al tiempo que pensaba esto, le cayó un recuerdo como balde de agua fría.

Hacia unas semanas deambulando por Tepito se tropezó con el altar a la Santa Muerte. Aquel esqueleto blanquísimo, vestido como virgen con un mundo en una mano y una hoz en la otra, la miraba directamente. Rodeándola había velas, licores, cigarros y todo tipo de objetos. Entre las fotos sobresalía una de dos güeros altos y fornidos. Estaban enseñando unos tatuajes recién hechos en su torso descubierto. Francisca se acercó para leer lo que decían. Escuchó una voz de mujer detrás que le susurró «No temas a donde vayas, que has de morir en donde debes, dice el de Hans». Francisca se volteó cuidadosamente, como si estuviera esperando ver a la Santa Muerte misma haciéndole la aclaración.

—Hola, niña, quítate esa cara de miedo si no soy la muerte encarnada, sino la guardiana de su altar —dijo esta señora revelando una sonrisa enorme.

Era una mujer ya grande, pero exquisitamente bien preservada, labios carnosos, pómulos elevadísimos y una mirada de ojos negros electrificante.

Francisca balbuceó algunas palabras mientras tomaba distancia del altar y de su guardiana.

—Tú podrás pensar que te perdiste y acabaste aquí —dijo la guardiana haciendo guiños de comillas en el aire, sin inmutarse ante la evidente torpeza de Francisca—, pero lo cierto es que la blanca te trajo aquí. Ella es así, le gusta jugar. La cuestión es, ¿por qué te mandó llamar? —preguntó mientras sacaba un cigarro y un encendedor de metal dorado de su pantalón—. No le tengas miedo, ella no te hará daño —añadió al adivinar la angustia y confusión interior de Francisca—. No le hagas caso a todo eso que te enseñaron de la muerte. Todos nos vamos a morir: tú, yo, todos. Es inevitable nuestro caminar al Mictlán. El próximo domingo habrá un rosario.

Francisca dio las gracias para después excusarse. En corto la interrumpió la guardiana.

—Mira, niña, yo no juzgo. Tú igual pensarás que estás fuera de lugar aquí, pero con la blanca no hay coincidencias; tú llegaste porque algo andas buscando. Yo no sé qué sea y claramente tú tampoco, pero más te vale que lo descubras antes de que ese algo te encuentre a ti, ¿me explico?

Quizá no hace falta decir que Francisca nunca regresó al altar y mucho menos fue a rezarle un rosario a la blanca. Es más, olvidó el encuentro por completo hasta ahora que lo revivía en su mente, tirada sobre ese lodazal.

Se paró y siguiendo las huellas de los perros encontró la salida. Afuera, en aquella selva exuberante, seguía reinando la noche. Los animales se desplazaban para cazar y huir por igual, aullando y olfateando. El olor a jazmín y chapopote atraía insectos que no paraban de chirriar. Se fue abriendo paso entre la vegetación tupida, empujando ramas y evitando tropezar con raíces o piedras. El suelo se quebraba bajo sus pies.

Reconoció el olor a humo y, guiada por su olfato, deambuló hasta vislumbrar una luz a lo lejos. Se acercó sigilosamente para no hacer ruido o algún movimiento que revelara su ubicación. Desde un árbol caído logró ver un claro cuadrangular de arena encarnada. En cada esquina ardía una fogata mediana, sumando cuatro en total. Al centro se encontraban, al menos, dos decenas de mujeres sentadas una al lado de otra. Juntas formaban un círculo compuesto de doble hilera. Abrazadas de lado a lado, con sus brazos entrelazados entre sí, las plantas de sus pies formaban un coliseo. Oscilaban de izquierda a derecha, cantando un mantra.

Capturada por aquel trance colectivo, Francisca se aproximaba cada vez más. Las Amazonas estaban desnudas, enteramente pintadas de rojo

con excepción de la franja facial donde se encuentran los ojos. Algunas caras revelaban el paso de lágrimas derramadas sobre el carmín.

A ratos se escuchaban lamentos, risas y gritos provenientes de la selva. Cada vez que esto pasaba, todas pausaban su melodía brevemente para después retomarla. Francisca no supo bien en qué momento unas manos la tomaron con ternura de los brazos para conducirla hacia el círculo. Antes de salir al claro le quitaron la ropa y procedieron a cubrir su cuerpo entero con aquel color volcánico. Sin emitir sonido alguno, se intercambiaron miradas cómplices. Francisca quería contarles de este sueño imposible, pero las sílabas le expiraban en la boca.

Las mujeres se acercaron a las fogatas para espolvorear chispas que se elevaron por encima del fuego, cobrando vida. De pronto cientos de luciérnagas flotaban entre la multitud. Más mujeres emergieron de la selva y caminaron hacia el círculo. Las recién llegadas sonreían efusivamente mostrando sus dientes afilados y radiantemente blancos.

Francisca se sentó en la tercera hilera del círculo para emitir los mismos sonidos rítmicos que las demás. Tiempo después, se hizo un silencio y los brazos de la primera hilera se elevaron al aire moviendo sus dedos efusivamente. Las siguientes hileras reprodujeron los mismos movimientos como efecto dominó.

Por un segundo, todo se iluminó desatando truenos y más destellos. Francisca volteó hacia arriba. Una gota enorme iba directo a ellas. Esta reventó dentro del círculo revelando a un hombre adulto, azul y desnudo, en posición fetal. Permaneció en el suelo unos minutos hasta que sonrió apaciblemente tan pronto pudo abrir los ojos. Se estiraba con dulzura para besar los pies de las mujeres más cercanas a él. Ya de pie, hizo reverencias y a medida que se iba haciendo paso entre las mujeres, comenzó a balbucear algo hasta lograr hablar.

—Las olvidé en vida y pasé mi tiempo queriendo recordarlas. Aquí están las palabras verdaderas.

A Francisca le ardía el pecho. Quería salir de su piel para dejar de ser sólo ella y pasar a serlo todo. Se levantó del círculo y de la mano de su sombra que se aparecía con cada relámpago, caminó de regreso a la selva. Primero andaban con pasos largos, susurrándose y riendo eufóricamente como dos niñas. Más adelante comenzaron a marchar aceleradas hasta que su trote se convirtió en un galopar apurado. Corrían rumbo hacia su suerte.

La presencia de un jaguar de oscuridad hambrienta frenó a Francisca en seco. La bestia la había estado esperando y ahora que la tenía de frente

se acercaba, sin prisa, viéndola. Francisca se arrodilló sobre el lodo fresco que cubría toda la superficie de aquella noche perpetua. Rodeándola, el jaguar la olfateaba y la estudiaba cada vez más de cerca. Después de unos minutos, paró y se inclinó en reverencia frente a ella. Sus rostros quedaron separados por pocos centímetros.

Esa eternidad tuvo un final feroz con el primer zarpazo que tumbó a Francisca. Sus vísceras se retorcieron como anguilas, mientras que su peso se desvanecía con cada mordida. El jaguar se movía ágilmente, destazándola con sus garras, y sus miradas se cruzaban con el salpicar de la sangre que los cubría a ambos.

El corazón latía entre los colmillos del jaguar cuando Francisca soltó su última exhalación. Las estrellas aparecieron efervescentes en la cúpula celeste.

Despertó encima de un charco de sangre, frente al cuerpo destazado que le había pertenecido. Se alejó hasta llegar a una cueva donde durmió un sueño pesado en su nuevo pelaje. Le despertó el sonido lejano del habla humana. Eran dos hombres tallando un monolito de la gran señora. ✦

# Víctor Cabrera

**Con Marianna C. V.**

***Era una epifanía vivida en Roma.***

María Moreno

***¿por qué los hombres en concreto piensan en Roma?***

Amy Briggs (*National Geographic* en línea, 27 de septiembre de 2023)

## **Vacaciones en Roma**

Escribe un poema feliz  
como la tarde en que volvías  
con Marianna de Trastevere  
bordeando el río que fue  
no de César ni Agripina  
sino de Marco Valerio  
Marcial Marcello Sophia Natalia  
Giulietta-Gelsomina Ornela  
Alberto Ennio Jep  
y Federico.

Lorenzo Jovanotti.

Escribe cinco versos  
con la camisa sucia  
de ragù y tiramisù  
y vino della casa  
de Da Enzo.

Arriaga, Chiapas, 1973. Su libro más reciente es *Mística del hastío* (Mano Santa / Bonobos, 2017).

«Olvida para siempre este momento  
pero evoca su misterio  
cuando una espina de certeza  
interrumpa tu sueño  
punzando en tu costado»,  
oí la voz del ángel del Castello,  
muy cerca de la Piazza  
Cavour, donde la vida  
tampoco vale nada.

Inventa una canción,  
repite un mantra  
que reproduzca en tu visor de momentos estelares  
postales random de una ciudad desdibujada:

- Una gaviota sacrificando a una paloma en Ottaviano.
- El Jardín de San Andrés del Quirinal,  
en donde el polvo acumulaba horas muertas  
sobre el almuerzo de los burócratas locales.
- La aparición de La Pietà di Pier Paolo  
sobre un muro de la Via del Sudario.
- Un merendero de pescados rebozados  
cuyo letrero pregonaba

FILETTI DI BACCALÀ
-----------------------

en Largo dei Librari,  
donde estaba la buhardilla.

- Il Pulcìn della Minerva transportando su obelisco  
por callejuelas de un sueño abigarrado y denso.

*¿Te acuerdas de una vez  
que íbamos caminando  
y no sabíamos bien en dónde estábamos  
y no podíamos ver el mapa  
...entonces  
tratamos de recordar el camino  
que habíamos hecho de ida  
para hacerlo de regreso  
...y al fin llegamos\*?*

Me acuerdo de la plaza  
de la hoguera de Giordano  
—*corre la mañana por el Campo dei Fiori*—  
y del jugo de granadas frescas  
—como la sangre de cien soles bermejos—  
que ofertaban los beduinos tunecinos.

Todo aquello que fue  
por un momento  
una estampa del azoro.

Escribe este poema de memoria  
sujeto al cabo  
del hilo de una epifanía  
cuyo sentido no te ha sido revelado  
pero que intuyes vagamente  
en un envés de dicha pasajera\*\*  
mientras vuelves  
por los estrechos corredores de un pasado  
que se derrumba a tus espaldas  
como los muros del Imperio.

\* Porque al final todo camino llega a Roma.

\*\* Porque al final toda felicidad es pasajera.

[Aud. W. A. Mozart,  
*Sinfonía No. 6 en fa mayor.*]

**La flor persistirá, persistirá  
multiplicada, multiplicándose  
en el trabajo de nombrarla.**

Fogwill

**Por no dejar de hacerme el posmoderno...**

Jaime López

Por fin lo entiende mi corazón de cacto  
—biznaga de celos y nostalgias—:

Escucho un canto y el canto se sostiene  
en la nota más alta del instante,  
contemplo una flor y de la flor  
prevalece la imagen de un momento.

Todo es como es  
y es bueno que así sea.

También el ojo,  
asamblea de visiones,  
también el oído,  
laberinto de voces extraviadas,  
un día se marchitan y se apagan.

Sólo perdura lo que dura  
en el recuerdo:  
la silueta del canto y de la flor,  
el eco.

Sólo un instante aquí,  
sólo un momento. ✖

# David Huerta entre luces de bengala

## José María Espinasa

**La muerte, aunque tenga permiso**, como diría Edmundo Valadez, siempre sorprende. Y la de David nos sorprendió a todos. Provocó una enorme tristeza porque era muy querido por sus contemporáneos y por las nuevas generaciones, porque estaba muy activo y escribiendo muy bien, porque había desarrollado en la última década una importante labor, crítica y docente, y colaboraba con distintos escritores amigos en proyectos muy diversos. Varios homenajes tanto impresos como orales dejaron cuenta de ese aprecio del mundo cultural al autor de *Incurable*. Y los homenajes siempre suelen ser memoriosos más que críticos.

Asumo con gusto ese tono: de pronto David estaba ya ahí, en las mesas de la cafetería La Veiga donde recuerdo haberlo conocido, sin establecer una amistad inmediata. Lo conocía ya como escritor por haber leído *Jardín de la luz*, un hermoso libro de aprendizaje, y por la breve plaqueta *Huellas del civilizado* que publicó Federico Campbell en la hoy legendaria La Máquina de Escribir. Unos meses después o unos meses antes de esas *Huellas*, aparecerían, casi simultáneamente, *Cuaderno de noviembre* en 1976 y *Versión* en 1978. Eran unos años notables para la lírica. Paz había publicado *Pasado en claro*, y la generación de medio siglo entregaba a los lectores sus mejores obras. Bajo la sombra a veces opresora de *Poesía en*

Ciudad de México, 1957. Uno de sus libros más recientes es *Para una política del texto* (Ediciones Sin Nombre, 2019).

movimiento los poetas reunidos en *La espiga amotinada* desarrollaban su obra, mientras que otros como Rubén Bonifaz Nuño y Tomás Segovia consolidaban su presencia, y autores como José Emilio Pacheco, Francisco Cervantes y Gabriel Zaid daban rostro al movimiento de esa poesía en movimiento, a la vez que Eduardo Lizalde y Gerardo Deniz ofrecían otra condición de la modernidad lírica.

David, que usaba el pelo largo, no se despeinaba entonces por las polémicas entre la pinche piedra y la luz de Eros. Hijo de un gran poeta desarrollaba su personalidad al margen de esa figura paterna biológica y también, en buena medida tomaba distancia de las diversas líricas entonces en plena ebullición. Además, abrevaba en el desenfrenado hervor de lo latinoamericano, con poetas como Hinostroza y Cisneros en Perú, Severo Sarduy y Octavio Armand en Cuba, aunque fuera en el exilio. Releer esos libros hoy, más allá de su contexto emocional, sigue provocando entusiasmo y admiración. Como lector me ha fascinado siempre ver la gestación de un poeta y una obra digamos *in situ*, en concordancia con esa hambre lectora que tiene uno a los veinte años. Habrían bastado esos libros para hacer de David un poeta de referencia. Pero su poesía estaba despuntando: tenía apenas treinta años. Y allí lo veía yo en las mesas de La Veiga, pocas veces en la misma, pero siempre amable.

Eran los años de lo que, tomando una expresión de Claudio Rodríguez, el gran poeta español, con el cual David tiene muchos puntos en contacto, se vivía el «don de la ebriedad». Apenas una década antes había caído sobre la lengua castellana un meteoro que pondría fin a la edad de los dinosaurios, *Paradiso*, de José Lezama Lima, autor, al que David leyó intensa y apasionadamente. La imagen del asteroide dejó un cráter al que se ha llamado neobarroco en el que David hacia entonces nido. Si pongo la palabra aquí es porque su poesía seguiría en décadas posteriores un camino a veces radicalmente diferente. Pero todo esto, a lo que habría que sumar, creo, una atenta lectura de los ritmos versiculares de Agustí Bartra, que en aquellos años ya se había ido a Cataluña, pero que había dejado su impronta en nuestra lírica o el descubrimiento de la escritura de Gerardo Deniz, que había publicado por entonces su primer y deslumbrante libro, *Adrede*. Pero todo esto es fruto de esa manía, que no se acaba uno de sacudir; sin embargo crear mapas diacrónicos no explica lo que vendría después, otro meteorito, el libro *Incurable*.

Los lectores sabemos que nada es inexplicable, que siempre se puede encontrar, así sea profundo, el manantial del que brota el agua fresca.

Pero también es verdad que hay textos que nos dejan perplejos. Eso me ocurrió a mí con *Incurable*. Escribía yo una poesía radicalmente distinta, de verso corto e imagen transparente: quedaba en el extremo opuesto, catarata desbordada, aluvión en busca de su cauce y les correspondía a los lectores habitar sus peligrosas orillas. Y, con sus diferencias, fue una lectura compartida generacionalmente. En otro lugar he dicho que *Incurable* fue una especie de libro del castor, en el que abrevaban los impulsos adolescentes, la furia grafómana, oráculo al que se consulta ante el enigma, lugar al que se le pide nos explique nuestro desasosiego. Recuerdo los ejemplares de mis amigos subrayados en siete colores. A la perplejidad se sumó además, la angustia que el título encarna muy bien: ¿qué es lo incurable? La vida, la poesía, la enfermedad, el alcoholismo, la muerte. Me podría detener ampliamente en cada herida sin posibilidad de cicatriz, pero sigo adelante.

Entonces, tanto David como yo bebíamos mucho: a su muerte me asaltaba un sueño recurrente: *Estaba yo en La Veiga cuando David desde otra mesa me decía, José María, me invitas un trago y yo le contestaba compungido que no traía dinero. Y en ese momento me despertaba inquieto. Quiero pensar que ese trago que no pude invitarle nos salvó entonces a ambos de morir jóvenes.*

David, además, formaba parte de un grupo heterodoxo en la literatura mexicana, junto a sus amigos Héctor Manjarrez, Jorge Aguilar Mora, Paloma Villegas, Evodio Escalante, Coral Bracho y algunos otros, que proponían una literatura verdaderamente extraña e irreductible a la amplia producción de libros bien portados de la época. Con ellos hizo una revista, con un título muy malo, *La mesa llena*, de la cual recuerdo que salieron un par de entregas. El título, además, es exactamente opuesto a lo que David haría en años posteriores: invitar a su mesa, ser un buen anfitrión. Y sí, David no se curó de la poesía. La suya, reunida hasta 2011 en *La mancha en espejo*, suma en dos volúmenes más de mil páginas. Y lo publicado después bien conformaría un tercer volumen de la misma extensión. El propio escritor, consciente del gesto que significaba *Incurable*, sabía que no podía seguir por esa senda. Incluso en la época recuerdo las discusiones entre los amigos de si David Huerta seguiría escribiendo poesía. Yo era de los que decía que no, y afortunadamente me equivoqué.

Otro sueño: *Solíamos discutir obras y autores con beligerancia, la cosa podía incluso subir de tono, pero nos entusiasmaban la esgrima verbal y la confrontación de estéticas. Alguna vez amigos mutuos nos reprochaban que la sangre no llegara al río y señalaban que terminábamos poniéndonos de acuerdo. En el sueño David me decía con una sonrisa en los labios: es que nos gusta encender fuegos de bengala.*

El poeta emprendería un doble proceso en su poesía posterior: por un lado un progresivo trabajo de concisión del verso, que lo llevaría incluso a estudiar los asuntos métricos y prosódicos, a leer a los poetas de los siglos de oro y del virreinato, y a incursionar en el ensayo. Se podría usar la metáfora del río desbordado que fue *Incurable* y en años sucesivos, al llegar a la planicie fue encontrando su cauce. O, para usar el título de su libro en *La Máquina de Escribir*, fue encontrando las huellas del civilizado, pero sin perder fuerza y sin enturbiar las aguas, incluso en ocasiones más cristalinas que en su origen. Hacer el recorrido hasta sus poemas últimos excedería el marco de este homenaje y la amabilidad debida a los que me escuchan. Quiero, por eso cerrar, con un señalamiento ciertamente de carácter sentimental: escritores como David nos hacen confiar en la poesía y en la vida. ✱

Texto leído en el homenaje a David Huerta en el Festival de Poetas del Mundo Latino 2023.

# Entre lo que veo y digo, entre lo que digo y callo

**Mariana Soto Almaguer**

**Me gusta imaginar al niño de Mixcoac** paseando por los vastos jardines de construcciones porfiristas, donde es normal ver salamandras sobre tierra mojada y subirse a los árboles para observar en la lejanía una pirámide prehispánica, que en unas cuadras más se convertirá en un rascacielos.

Octavio Paz significa para mí una sublevación contra las restricciones del mundo. Aún recuerdo que mi primer acercamiento a su obra fue, como el de la mayoría, *El laberinto de la soledad*; para ese entonces yo tenía trece años y no entendía quiénes eran los pachucos ni por qué le daba tantas vueltas a la expresión «rajarse». Así que, reconociendo la complejidad beligerante e ultrajando el alcance de mis capacidades estaba dispuesta a soslayar mi curiosidad hacia el único premio Nobel de literatura mexicano pero, por suerte, en mi época el internet ya obedecía la sinestesia y se empezaba a hablar de que el teléfono nos escuchaba. Fue mi página de Facebook la que me recomendó una versión más digerible (con fondos ornamentados de paisajes y sitios serenos), fragmentos de su poesía. Yo de poesía reconocía las rimas asonantes y consonantes de los ejemplos en que tuve que identificarlas junto con el número de estrofas. No, dicho género literario no era algo que exaltara mis terminaciones nerviosas más allá de una lectura académica.

Colima, 2006. Estudiante de la Preparatoria Regional de Santa Anita. Ganadora del XIII Concurso Literario Luvina Joven, en la categoría ensayo.

El primer fragmento que leyó mi alter ego preadolescente fue por fortuna (o por un trabajo loable de la matemática algorítmica), *Bajo tu clara sombra*, una lectura voraz con designios de provocar a través de imágenes sibaríticas una transformación de los sentidos más remotos:

Un cuerpo, un cuerpo solo, un solo cuerpo  
un cuerpo como día derramado  
y noche devorada;  
la luz de unos cabellos  
que no apaciguan nunca  
la sombra de mi tacto;  
una garganta, un vientre que amanece  
como el mar que se enciende  
cuando toca la frente de la aurora;

Aquel descubrimiento me abrió las puertas a «El Aleph» de Borges, pues este es un infinito, punto de todos los puntos, que nos permite ver el universo desde cualquier ángulo; el aleph deja grietas en la lógica y nos conduce a una irrealidad secreta, pero que insospechablemente existe. Esta es la intención del universo dicotómico de Paz, pues su trayectoria abarca las preocupaciones sobre la historia de Occidente así como de Oriente de una manera sinfónica y brillante ya que todos los tópicos se yerguen desde el conocimiento: no hay erotismo, no hay amor en su obra sin erudición.

En una imagen cortaziana, se menciona una aptitud instantánea que te permite salirte de ti para que, desde otro plano, te conviertas en alguien que se está mirando; a esto lo llamó *paravisiones*. Las palabras de Paz gozan de esta característica, pues se comunican entre ellas para responder a la circularidad tan prístina en sus escritos que bien podría sintetizarse en «Piedra de sol».

Escrito en 1957, con 584 versos endecasílabos que corresponden a los quinientos ochenta y cuatro días del calendario azteca, «Piedra de sol» es la eternidad de un instante incandescente, una disonancia, una particularidad del macrocosmos, la liberación de energía al saltar de un orbital a otro:

Un sauce de cristal, un chopo de agua,  
un alto surtidor que el viento arquea,  
un árbol bien plantado mas danzante,  
un caminar de río que se curva,

avanza, retrocede, da un rodeo  
y llega siempre:

Estos versos abren y cierran la lectura, dejándonos claro que ahí podría encontrarse el orbe y el eterno retorno de Nietzsche que nos condena a extinguir el mundo para volverlo a crear infinitamente. En su nota, Paz dice «el fin de un ciclo y el principio de otro».

Paz poetiza con la enumeración, casi nunca es de forma ordenada. Al contrario, enumera un conjunto de oposiciones que se complementen al unirse sin necesidad de las conjunciones, por lo que logra una galería de imágenes espectaculares que nunca se mueven de su sitio. Enumerar sin avanzar, sin llegar a un lugar específico más que el propio fin de devolverse las palabras:

Soy hombre: duro poco  
y es enorme la noche.  
Pero miro hacia arriba:  
las estrellas escriben.  
Sin entender comprendo:  
también soy escritura  
y en este mismo instante  
alguien me deletrea.<sup>1</sup>

Sin duda la experiencia del surrealismo fue alentada por sus encuentros con André Breton, hombre de cultura cuyo apodo era «el padre del surrealismo». Llegaron a tener una ferviente amistad a pesar de que Breton era dieciocho años mayor que Paz. De Breton se cuenta que tenía una copia de *¿Águila o sol?*, libro que admiraba por su «exploración de mundos y submundos, eternos e internos, mexicanos y universales» y que por supuesto estaba inspirado en otros autores como el joven Rimbaud, Baudelaire, Apollinaire con sus caligramas y Sade. Sobre este último autor el poeta mexicano escribiría «El prisionero», una especie de jaula en donde el escritor está privado de su libertad en su propio castillo, porque su obra al ser expedita y gozar de todo el libertinaje lo condena a un rechazo social.

¿qué quieren decir todos esos fragmentos gigantescos,  
esa manada de icebergs que zarpan de tu pluma y en alta mar enfilan  
hacia costas sin nombre,

<sup>1</sup> Poema titulado «Hermandad», dedicado a Claudio Ptolomeo.

esos delicados instrumentos de cirugía para extirpar el chancro de Dios [...]

De la tradición moderna europea, Paz hace uso del coloquialismo, y como Whitman, escribe sobre los valores de la sociedad, el regreso del amor, lo espiritual, la libertad. Bien se observa este paroxismo en *La estación violenta*, un diario sobre las sensaciones del derrumbamiento del mundo físico pero sobre todo humano después de la Segunda Guerra Mundial:

Abajo, entre los hoyos, se arrastra un rebaño de hombres.  
(Bípedos domésticos, su carne  
—a pesar de recientes interdicciones religiosas—  
es muy gustada por las clases ricas.  
Hasta hace poco el vulgo los consideraba animales impuros)

Dentro de Paz, hay una vivacidad que aprende, por lo que me es imposible hablar más desde el profesionalismo que desde la afición que he compartido a manera de sala de exposición de poemas que, considero, son referenciales o al menos funcionan como catalizador para facilitar la comprensión de los pilares en su obra. «Puerta al alba» es una de sus últimas poesías que paradójicamente se rompe a sí misma al decir: «al alba busca su nombre en lo naciente».

¡Oh!, querido lector, con devoción lo invito a tomar las palabras de Octavio Paz y darles la vuelta, cogerlas del rabo (*chillen, putas*), azotarlas... desplumarlas, destriparlas. Hacer lo que el poeta: que se traguen todas sus palabras. ✱

## REFERENCIAS

Octavio Paz. *Las palabras y los días* (Fondo de Cultura Económica, 2014).

Alberto Ruy Sánchez. *Una introducción a Octavio Paz* (Fondo de Cultura Económica, 2013).

Enrico Mario Santí. *Luz espejeante: Octavio Paz ante la crítica* (Ediciones ERA, 2009).

<sup>2</sup> Fragmento del poema titulado «Himno entre ruinas», incluido en *La estación violenta* (1956).

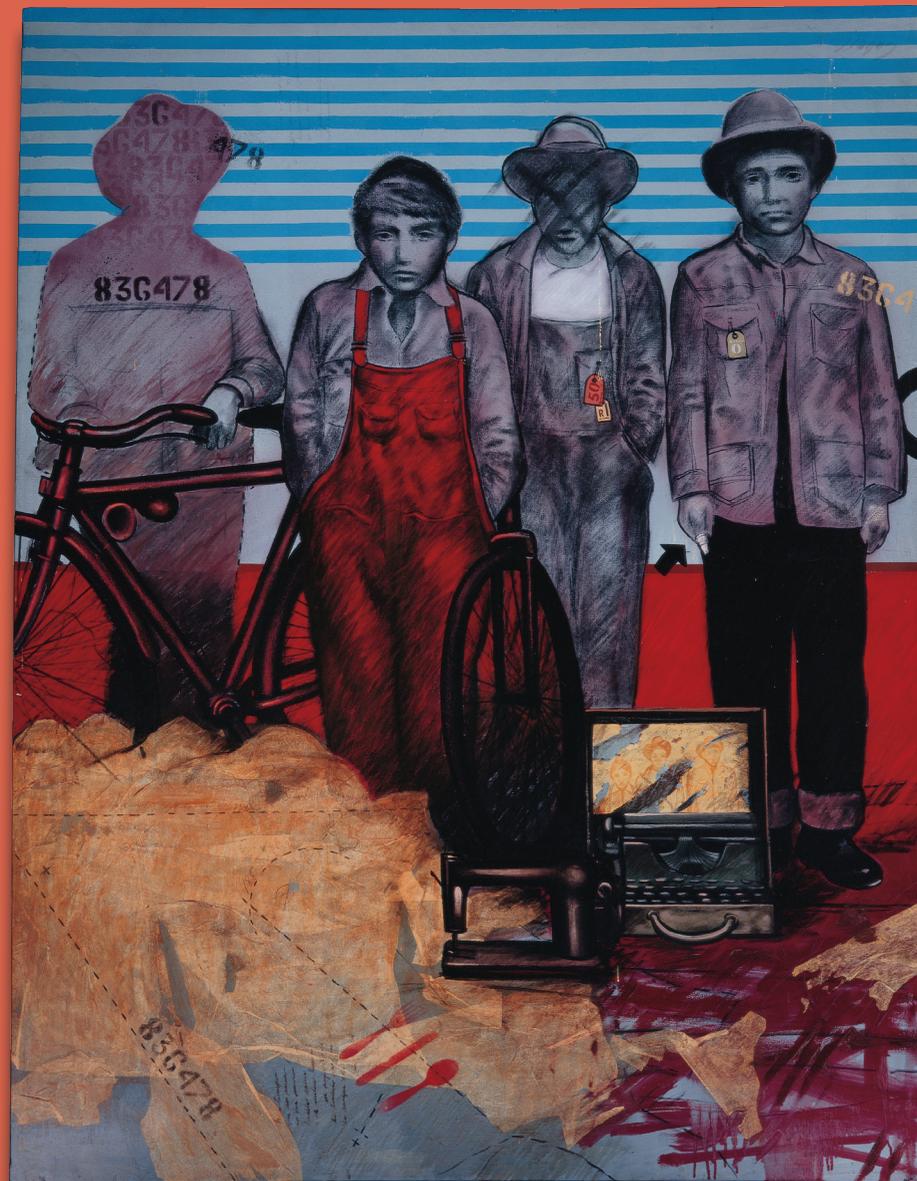
<sup>3</sup> Fragmentos del poema «Las palabras».



*Circe II* (serie *Los cuartos vacíos*), 1980  
Mixta sobre tela  
130 × 100 cm



*Escena de antro II*, 1980-1981  
 Mixta sobre madera  
 150 × 100 cm



*Cuatro ladrones y una bicicleta descompuesta (TIV)\**, 1982  
 Mixta sobre tela  
 155.5 × 121 cm  
 \*Taller de Investigación Visual



*Club nocturno* (serie *Músicos*), 1984  
Acrílico sobre tela  
179.5 × 119 cm



*Recuerdo de infancia (serie Recuerdos familiares), 1989*  
Acrílico y serigrafía sobre tela  
150 × 180 cm

*Sin título, 1985*  
Acrílico sobre tela  
170.5 × 120 cm  
(detalle)



Recuerdos familiares, 1993  
 Acrílico sobre tela  
 144 x 175 cm



**20.4**

**LUVINA 116 | OTOÑO | ARTE**

*[Small, illegible text, likely a bio or artist statement]*



*Sin título, ca. 1986*  
Carboncillo sobre cartulina  
14.3 × 10 cm

# JAVIER CAMPOS CABELLO

ENTRE BACON Y EL TENEBRISMO

Baudelio Lara

**Tanto si nos atenemos a la evidencia visual** como a los escasos análisis críticos, la impronta de Francis Bacon es crucial para comprender la iconografía de Javier Campos Cabello (JCC); sin embargo, el papel que ocupa la figura del pintor dublinés en la conformación de su visión artística es contradictorio y ha sido poco abordado.

A los ojos de la crítica, la influencia de Bacon se desvanece en la medida en que transita al tenebrismo de su obra más representativa. La periodización de Luis Carlos Emerich sugiere que en la primera parte de los años ochenta (1984) JCC se apropió y sublimó el patetismo baconiano «a base de potenciar el negro para establecer contrastes luminosos tan fuertes como dramáticos» hasta alcanzar el «realismo sumergido en las profundidades tenebrosas que lo distinguiría diez años después». Según esta perspectiva, su influencia se habría asimilado con el descubrimiento personalísimo de «las correspondencias latentes entre los primitivos flamencos y Rembrandt, y de estos con Caravaggio y el tenebrismo (o "caravaggismo" español e italiano) del siglo XVII», así como con «el simbolismo del XIX» (Emerich, 1997).

Teocaltiche, Jalisco, 1959. Es autor de, entre otros libros de poesía, *Aquí no hay un bosque* (Universidad de Guadalajara / Quimera, 2013).

Sin embargo, frente a esta oposición en que la influencia del pintor dublinés se desvanece de una etapa a otra, está la evidencia de su aparición reiterada a lo largo de su trayectoria, en el plano formal pero, sobre todo, expresivo, ascendencia que permite a JCC lograr «un lúcido híbrido metafísico-expresionista, en pos de una poesía de lo sensible y lo irremediable» (Emerich, 1997).

Su inclinación formal por «estructurar lacónicamente el espacio para que sus figuraciones humanas y animales sean testimonio de una tragedia en progreso» (Emerich, 1997) reaparece, aunque poco, en trípticos y dípticos de su producción tardía en los que se repiten personajes, en cuadros unitarios visualmente limitados en dos o tres partes o en los que la narración visual transita episódicamente del todo a los detalles. Algunos ejemplos en este periodo posterior a 1984 son las piezas *Hotel* (1987), *Sin título* (1990), *Ambientación* (1991) y *Trashumantes* (1994).

Por otra parte, la marca baconiana en obras claramente tenebristas en las que el elemento central son los personajes puede observarse en piezas como *Escenas IV* (1987), *Sin título (68-88)* (1988), *Ciudad II* (1989), así como piezas *Sin título* de 1990, 1991 y 1993; *Sin título, Manta 22 de abril* (1992), *Para Cuba II* (1993), *Borracho* (1993), *Dresden 1914* (1993) y *Trashumantes* (1994) que se extienden en su etapa tardía hasta los años previos a su muerte.

En las obras tenebristas, el claroscuro, ese «dictador espectral», revela también la influencia baconiana de dos modos: uno de talante formal, encarnado en personajes hipotéticos que trascienden desde otras épocas «como fantasmas a todas luces ajenos a su realidad inmediata» que le dan «razones para explicar un presente nihilista a ultranza», pero sobre todo, se revelan en el patetismo característico de la obra pictórica más sólida que le permite conservar el precario «equilibrio entre imagen y contenido latente» en el que «los dos habitantes interiores de Campos Cabello eran perfectos extraños». Entre la «incoherencia vital» y la «certeza estética» e ideológica, este *pathos* baconiano sirvió a JCC como carta de navegación para afrontar «el misterio del orden consumado en la pintura, aun cuando tal orden proponga un enigma que genera sucesiones de enigmas cada vez más profundos» (Emerich, 1997).

Si en sus piezas más representativas el tenebrismo es forma, la angustia baconiana permanece como el fondo. Mientras que en Bacon la raíz patética es la angustia galopante en el contexto del Londres derruido de la posguerra, en JCC es su compromiso ideológico estético, en una ciudad que parece «un planeta autoinclusivo», en el que deambulan personajes escudados en una actitud hierática o en una sonrisa sardónica que debe mucho al tenebrismo pero también al cine *noir*. Su arco emocional es corto y transita entre dos polos cercanos: la grave solemnidad y la burla sarcástica. Son personajes que nos observan desde el velado antifaz de la oscuridad, que nos miran, pero que evitan cruzarse con nuestra mirada, que parecen decir: yo los veo y ustedes no. En ese sentido, para JCC el magisterio de Bacon representa una conexión con un malestar existencial primordial y la alcohólica acechanza de la muerte que se resume en la idea de que la vida es una broma de mal gusto. Su influencia reaparece constantemente porque es la figura que comprende la ansiedad que su tenebrismo puede representar, pero que no necesariamente encarna.

En la tarea de poner la figura en el centro, heredada de los vitalistas y de su compromiso ideológico social alrededor del Taller de Investigación Visual (TIV) del que JCC fue líder y parte, Bacon funge como catalizador del proceso de desfiguración en el que algunos de los miembros encuentran su propio estilo. Dos artistas parecen no haber salido indemnes del proceso, pero con resultados distintos. Mientras que en JCC hay una huella constante y reiterada, en Martha Pacheco marca una ruptura evidente: la transición de Martha al dibujo rompe definitivamente con la figuración baconiana de su primera época, pero también con la pintura, a la que regresa en una serie posterior a *Acallados*, en mi opinión, con resultados dispares. El rastro de Bacon desaparece para ser sustituido por otra marca: Gerhard Richter.

Del mismo modo, aunque se reconoce su destreza técnica y el original *pathos* en el que basó su perspectiva, los resultados en JCC son también dispares, como corresponde a una trayectoria pictórica interesante. Queda pendiente la tarea de profundizar en la crítica de su obra, de estudiar los rasgos estéticos que la caracterizan, al margen del discurso ideológico que le dio origen. ✱

## BIBLIOGRAFÍA

- Alemán Losa, R., Díaz Vázquez, M., Dorantes Cuéllar, C., Hernández Rodríguez, J., & Zárate Rendón, I. (2019). *El TIV. La séptima cara del dado*. Guadalajara: Inédito.
- Ashida, C. (2008). Asimétrica. En C. Ashida, *Asimétrica. Afinidades y discrepancias. Acciones artísticas colectivas / Guadalajara 1949-2006* (pp. 13-14). Guadalajara: Secretaría de Cultura Jalisco.
- Becerra, G. (7 de Diciembre de 1982). *Pintores, escultores y una bicicleta descompuesta*. *Diez*, p. 13.
- Emerich, L. (1997). *Javier Campos Cabello: A través de la negrura*. En *Club 28. Javier Campos Cabello. 1958-1994* (pp. 11-21). Guadalajara: Secretaría de Cultura de Jalisco / Fondo Estatal para la Cultura y las Artes / Universidad de Guadalajara.

Las imágenes de la obra de Javier Campos Cabello aparecen en **Luvina** por cortesía de Ruth Campos Cabello (RCC). Todas forman parte de la exposición *Cartas de Navegación. Javier Campos Cabello*, realizada en el Museo Cabañas (27 de julio – 20 de octubre 2024). Los curadores de la muestra son Juan Carlos Macías y Salvador Rodríguez Vázquez. El proyecto general es de la propia RCC.

## JAVIER CAMPOS CABELLO

### SEMBLANZA BIOGRÁFICA

**Javier Ramírez**

Considerado uno de los mejores pintores jaliscienses de su generación, Javier Campos Cabello (Guadalajara, 1958–Monterrey, 1994) dio muestras de un precoz talento cuando a los seis años de edad hizo el retrato de un músico que se presentaba en la televisión, lo que sorprendió a sus familiares.

Su educación visual se inició en la céntrica finca llamada El Palacio de las Vacas, donde estaba instalado un colegio de educación básica al que asistía. La casa fue construida en 1910 y decorada con murales de estampas francesas por Xavier Guerrero. Esas pinturas de estilo neoclásico fueron su primer acercamiento al arte.

En 1974, a sus dieciséis años, ingresó a la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Guadalajara donde, además del rigor académico, adquirió diversas técnicas de dibujo, grabado y pintura de los profesores Jesús Mata, Alfonso de Lara Gallardo, Jorge Navarro, Tomás Coffeen, Francisco Rodríguez Caracalla y Jorge Martínez, entre otros. Identificado ideológicamente con la izquierda, en 1981 Javier se integró al grupo Trabajadores Culturales Tenamaztli, A. C., del que fue nombrado secretario de actas y acuerdos. Paralelamente, fue uno de los creadores del Taller de Investigación Visual.

En 1978 fue seleccionado en la primera Bienal de Artes Plásticas de la Juventud, celebrada en San Miguel de Allende, Guanajuato. En 1980 obtuvo el tercer lugar en el Salón de Octubre, certamen organizado por el Departamento de Bellas Artes del gobierno de Jalisco, y en 1982 mereció el Premio de Adquisición en el mismo concurso.

1981 fue clave en el despegue de Campos Cabello como artista plástico: además de recibir algunos reconocimientos, presentó su primera exposición individual en el Ex Convento del Carmen titulada *Los cuartos vacíos*. En 1994, tres de sus obras fueron incluidas en la exposición *Jalisco, genio y maestría*, que se presentó en el Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey, y habría sido la antesala a su proyección nacional e incluso internacional, pero al día siguiente de la inauguración, el 21 de mayo, falleció en un nosocomio de la capital regiomontana. ■

**Guadalajara, Jalisco, 1953. Ha publicado varios libros de poesía y de investigación sobre artistas jaliscienses, así como crítica de artes plásticas en diversos medios de Guadalajara.**



*Sin título, ca., 1983*  
Lápiz sobre cartulina  
32 x 24.5 cm

## PÁRAMO

## CELULAR A PAN, AGUA Y LATIGAZOS

JOSÉ MANUEL TORRES FUNES

*Cien años de soledad, La montaña mágica, Fausto, Don Quijote de la Mancha, Guerra y Paz, Vida y destino, Paradiso, Germinal, El señor presidente* son, entre otros miles, especies en riesgo de extinción.

Un arma implacable las extermina, se llama teléfono celular.

En riesgo de extinción a causa de una fuga de tiempo que no parece detenerse.

Los optimistas no hablan de extinción, aseguran que somos testigos de una metamorfosis más de la creación fabuladora humana, y que los libros se «expanden» (sin desaparecer) hacia otros formatos narrativos: series, cine, documentales, docuficciones, audiolibros. Ojalá.

Su argumento defiende una cierta idea de evolución: ¿no se transformaron los relatos orales en piezas de teatro, poemas épicos y libros?

Nada es inmutable y en cada mutación hay una piel que se queda en el camino. La pérdida de la oralidad, para el caso,

**Tegucigalpa, Honduras, 1979. Uno de sus libros más recientes es *Como las iguanas* (Ediciones Arlequín, 2023).**

representó también la desaparición de un tipo de memoria, de un tipo de transmisión cultural. Otra piel la sustituyó. La escritura hizo posible un diálogo entre lector y autor, logrando, además, el concepto de individuo pensante, al que por supuesto, le dio herramientas para crear un discernimiento propio distinto del discernimiento comunal. El libro le dio intimidad al pensamiento.

Lo mismo ocurre con la música: con el vinil desapareció la magia del instante único; cuando apareció el caset, el transporte de la música se hizo más robusto y accesible, aunque se perdió dimensión en el sonido; el CD superó el sonido del caset, sin igualar, no obstante, el sonido orgánico del vinil; ahora, el sonido es más compreso y chato, pero gracias a las plataformas de música, la opción es inagotable, accesible y transportable. Unas cosas por otras.

Por muy optimista que uno pueda ser, es imposible negar que estamos en vías de perder el diálogo entre autor y lector. Mutamos de la experiencia íntima a la experiencia exclusivamente individualista.

El paradigma del arte narrativo (más allá o no del formato que propone el libro) se transforma como consecuencia

del triunfo del *homo economicus* frente al *homo intellectus*. Para el primero, el esfuerzo nemotécnico, el sentido crítico y la intimidad de la lectura provocan pérdidas económicas. Su narrativa (lejos de estar consolidada), nace y muere en aquello que es puesto en escena. Su campo interpretativo es endógeno y antropófago y las alusiones al mundo exterior son apenas ecos.

El objetivo del *homo economicus* es remplazar la experiencia real por la virtual. Busca convertir las ciudades en habitaciones de *hikikomoris* ambulantes (personas encerradas en sus habitaciones, únicamente conectadas a un mundo virtual y que pueden pasar años sin salir). Su visión es, a partir de una conexión de internet, establecer un eterno ahora, expansivo y dinámico.

El *homo economicus* no pretende terminar completamente con el *homo intellectus*, pero lo condiciona a vivir en reductos y servirse de su «ra-ra» capacidad de generación de pensamiento.

¿Para qué los libros? El celular cabe en el bolsillo, es manejable y vende una experiencia multidimensional que entra por el sentido más entrenado de todos, el de la vista.

El *homo economicus* defiende la idea de que la gente necesita distraerse porque en principio está harta de su vida (el hartazgo viene siendo considerado como una inmanencia).

Los libros ponen los problemas en perspectiva, es más, los hacen emerger; mientras que el celular, los extravía, los confunde, los adjudica a otros. Instagram o Youtube son sedantes, tranquilizantes.

En cambio, *Los hermanos Karamazov* no.

¿Cómo va a competir Thomas Mann con las nalgas de Rosalía?

¿Cómo diablos, una lírica tan alambicada como la de Silvio Rodríguez, puede medirse al fenómeno mundial de Peso Pluma?

Juzguen ustedes mismos, dice Silvio:

«Hoy viene a mí / La damisela soledad / Con pamelita / Impertinentes y botón / De amapola en el oleaje / De sus vuelos / Hoy la voluble / Señorita es amistad / Y acaricia finalmente / El corazón / con su más delgado / pétalo de hielo...».

Responde Peso Pluma a la condición inmanente del hartazgo:

«Compa, ¿qué le parece esa morra? / La que anda bailando

sola me gusta pa' mí / Bella, ella sabe que está buena / Que todos andan mirándola cómo baila / Me acerco y le tiro todo un verbo / Tomamos tragos sin peros, sólo tentación».

Proclama el *homo economicus*: sedantes, antidepressores y ansiolíticos.

Los libros del *homo intellectus* fomentan la prevención, no aportan curas ni calmantes. No entienden la urgencia, el sentido de lo inmediato.

La derrota del *homo intellectus* también es su propia responsabilidad pues se recluyó en su saber y no lo quiso compartir. Y ahora, patéticamente, es incapaz de vivir sin su teléfono y sus privilegios.

La caída del Muro de Berlín es el mito que consolidó al *homo economicus* y su presea llegó con casi una década de retraso: el celular. Tan sencillo como eso. Esta minicomputadora es el botín de guerra. En ella se concentra la ciencia y el saber; física cuántica y la biblioteca de Babel, y por supuesto, la garantía de un consumo permanente que no distingue razas, situación económica, religiones, género.

Es el artefacto del *homo economicus*, como lo fue el libro para el primer *homo intellectus*.

No puedo evitar pensar en los neandertales que se fueron diluyendo en los rasgos de sapiens.

Creo que el futuro de la literatura dormirá en el recuerdo, será un atavismo, un sueño. Y soy optimista: por eso no desaparecerá.

¿Quién se acuerda del monólogo de *Lágrimas en la lluvia*, el soliloquio final de Roy Batty, el replicante de *Blade Runner*?

«Yo he visto cosas que no creerías. Atacar naves en llamas más allá de Orión. Miré rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir».

No es hora de morir, no todavía. Los invito a desconectarse, aunque sea un momento, del *homo economicus* que mora en nosotros. Escuchemos «Nabucco» de Verdi, «Fisher-man's song» de The Waterboys, «Como esperando abril», de Silvio Rodríguez, «Patria» de Rubén Blades.

Cerremos los ojos y prendámosle fuego a Peso Pluma, a Shakira, a Bad Bunny. Arranquémosle los ojos, cortémosle la lengua; convirtámonos por unos segundos en carniceros despiadados de

la mediocridad. Asumamos el juicio que nos va a condenar por llevar a cabo estos crímenes.

Sometamos a nuestro celular a una dieta de pan, agua y latigazos, dejemos que se retuerza de escorbuto. Sometántenos mismos, si es necesario, a una dieta de pan y agua, o de vino y amor.

Busquemos a Séneca, a Lezama Lima, a Montesquieu, a Homero, a Shakespeare, a Ibsen, a Sábato, a Vargas Llosa, a Roque Dalton, a Otto René Castillo, a Susan Sontag, a Jane Austen, a Toni Morrison, a Miguel Hernández, a Stendhal, a Marguerite Yourcenar, a Margo Glantz, a Pedro Lemebel, a Juan José Arreola y Juan Rulfo, a Borges y Bioy, a Góngora y Quevedo, a Raymond Chandler y Raymond Carver, a Doris Lessing, a Alice Munro, a Mario Mendoza... Y sigamos sumergiéndonos aún más lejos, para hacer aparecer otros nombres, todavía más olvidados.

Rescatemos el tiempo perdido en nuestras horas de pausa, antes de dormirnos, mientras vamos al baño, cuando esperamos nuestro turno en los bancos, mientras esperamos a nuestros hijos cuando salen de la escuela, en el bus, en el avión, en los

trenes, en los días tristes, en las noches alegres.

No nos hagamos viejos, por favor, llenándonos la cabeza de basura.

## LOS SUEÑOS ERRADOS DE STEVEN MILLHAUSER

MARÍA NEGRONI

Steven Millhauser es una felicidad, una de las pocas, a mi entender, en la narrativa norteamericana contemporánea. Su escritura es compleja e inesperada, como la de todo marginal. Para un escritor que afirma, contra las aburridas nociones que suelen impartirse hoy en los programas de *Creative Writing* de las universidades, que «un libro no está hecho de temas», no hay, digamos, muchos compañeros de ruta. (Si acaso, podría verse una afinidad con el artista Joseph Cornell, con quien Millhauser comparte un imaginario sutilmente inspirado en el siglo XIX europeo y un apuro por ceder a la encantación del kitsch.)

Podría afirmarse que su obra es de una belleza díscola.

Rosario, Argentina, 1951. Su libro más reciente es *La idea natural* (Acantilado, 2024).

En ella se dan cita personajes que suelen ser, a la vez, exiliados de la infancia y cazadores de objetos. Hay que verlos moverse por los laberintos de una modernidad apenas incipiente y ya en ruinas, encontrar todo en sus «máquinas de soñar» porque la tristeza, se sabe, es un escudo pero también una astucia.

La nostalgia en Millhauser —puesto que de eso se trata— tiene múltiples rostros. A veces, toma la forma de un museo o de un palacio de las maravillas donde pueden verse las representaciones del Contorsionista, el Niño de la Cara Perruna, la Muñeca sin Brazos o el Eslabón Perdido. O bien, halla su casa en un teatro de autómatas que se animan de noche, entre cabaños de calecita y túneles de la risa. Se trata de una nostalgia rara, que extraña incluso cosas que aún no se perdieron, y que se vuelve un ácido capaz de empujar, con furia y con sed, la escritura misma. De ahí, tal vez, la sensación de estar, al mismo tiempo, ante una obra audaz y anticuada, donde un aire infantil, por cierto enrarecido, se vuelve antídoto contra la solemnidad.

No es casual por eso que, en muchos de sus relatos, los personajes centrales sean artistas. Los hay apócrifos,

solitarios, lúcidos, obsesivos, ingenuos, desmesurados, un poco crueles y vulnerables. Pero todos ellos acarrearán consigo una batería inagotable de preguntas, todos buscan alguna claridad que los evade, todos son alter egos, más o menos disimulados, del autor. Casi siempre, detestan imitar la Naturaleza, a la que consideran un lugar común y una barrera para revelar ese otro orden del ser que corresponde a su estructura más profunda. De ahí que empiecen pronto a borrar la identidad y a dejarse contagiar por una energía que pareciera irrumpir desde el interior del lienzo o el papel.

El relato «Catálogo de una exposición» (sobre el arte del pintor apócrifo Edmund Moorash, 1810-1846) es, en este sentido, paradigmático: lo que el narrador-crítico de arte exclama ante los cuadros de Moorash puede leerse, en realidad, como una poética. «He aquí una obra maestra de opacidad, todo induce al ojo a evocar formas que tal vez no existan». O bien: «Es como si Moorash hubiera alcanzado la libertad para pintar el misterio humano después de romper aquello que una vez llamó las cadenas de la mimesis».

También John Franklin Payne, el dibujante de «Pequeños

reinos» —tan parecido a Winsor McKay, el famoso inventor de *Little Nemo in Slumberland*— sube todas las noches al altísimo donde concibe sus tiras cómicas, como quien se dirige a un «lugar necesario». Allí reclama para sí, en la «negación de lo real», la poesía de lo imposible. Esa riqueza es fabulosa. El niño de la tira avanza dibujando su propio mundo con una pluma y se lanza a felices aventuras, y cuando las cosas se le vuelven amenazadoras, él mismo delinea una salida. Todo artista que se precie lo sabe: el arte es esa miniatura donde el abismo se vuelve real y, tal vez, habitable. Si ha de llegar a algún sitio, deberá enfrentar, como dijo el cineasta ruso Alexander Sokurov, «el trabajo más arduo del alma».

La parábola que traza su novela *Martin Dressler*, por la que recibió el Premio Pulitzer en 1997, prueba estos postulados y los explora, si cabe, sobre un tapiz más amplio. En un Manhattan en ciernes (a fines del siglo XIX, todavía pastaban cabras en el Upper West Side), Dressler se lanza a la conquista del «sueño americano». El vértigo lo lleva a construir hoteles cada vez más desafiantes. De hecho, no cesará de construir su cadena de hoteles

(el Dressler, el Nuevo Dressler, el Gran Cosmos o Cosmorium) hasta que consiga, como el megalómano Citizen Kane, saturar el vacío y dar vida a su propia muerte.

No sé de otra novela donde el *crescendo* se desfigure de modo tan nervioso. Los planos, los subsuelos, las terrazas, se multiplican de la noche a la mañana. El hotel, los hoteles, se volverán ciudades a la vanguardia de otra ciudad, comunidades verticales y oníricas, experimentales y torcidas, como las que imaginó el arquitecto futurista italiano Virgilio Marchi a comienzos del siglo XX.

Un verdadero *rosebud*, un minicosmos rival del cosmos (o agregado borgeanamente a él) serán el fruto del operativo Dressler. Lo anuncian con orgullo las propagandas. El pasajero podrá gozar de exquisitos parques de placer, con ruiseñores mecánicos y linternas mágicas. Y también, por qué no, de un sombrío sanatorio mental con doscientos variantes de la melancolía. Y de una réplica de la costanera de Atlantic City, con sus paseos en triciclo, su prostíbulo laberíntico y su media docena de calles. E, incluso, de un Museo de Lugares

Exóticos, donde pueden verse panoramas de Viena, jardines chinos, figuras de cera vivientes, balnearios termales con géiseres, glaciares y cavernas, y hasta un zoológico con infinitas colecciones de cangrejos y cisnes.

Como la isla barroca que imaginó Peter Greenaway para Próspero, también el Cosmosarium es, a la vez, refugio y barricada, territorio desafiante desde el cual Dressler lanza su diatriba contra la inexistencia.

A este alborozo imaginario (sin duda, la marca inconfundible de la obra de Millhauser), se suma, en lo formal, una variada gama de registros. Hay relatos que parecen firmados por los Hermanos Grimm. Otros que semejan cuadernos de infancia. *Nouvelles* que constituyen verdaderos tributos a Poe, Borges o Kafka. Historias donde se narra, a la vez, la vida de los personajes que juegan a un juego de mesa y la vida de los personajes de ese juego. O donde se reescribe, parodia o glosa un texto consagrado, inventando sus alrededores o prolegómenos («El octavo viaje de Simbad» o «Alicia, cayendo»). En todos los casos, lo que se busca es encontrar, a la manera de Calvino, las metáforas más resbaladizas de la literatura y la vida.

Las formas cambian; las obsesiones, no. Minuciosamente fiel al desacato, lo ambiguo y lo paradójico (que ensanchan y desacostumbran la percepción), como si quisiera llevar al lector al borde una revelación abrumadora y abandonarlo allí para siempre (porque cualquier final sería tacaño o falso), Millhauser apuesta a su ignorancia más docta. «Toda narración», escribió en *Retrato de un Romántico*, «es un acto absoluto de imaginación, cuyo único fin es suplantar al mundo. A fin de lograr ese objetivo, el escritor no debe dudar un instante, incluso si debe usar, como recurso, el mismo mundo que se propone aniquilar».

No se trata, en suma, de cerrar un relato sino de afilar sus andamios oníricos, sumando interpretaciones que se bifurcan, multiplicando los puntos de vista, las recámaras donde privan lo conjetural y la poesía de los objetos.

Ya vimos que los hoteles pueden inducir fantasías. No menos potencialidad tienen los museos. Sin duda porque se prestan inmejorablemente a la enumeración, los anacronismos y las inversiones, Millhauser los utiliza con frecuencia. A veces, incluso, le sirven para defender a la literatura

(«Algunos han dicho», escribe en *El Museo Barnum*, «que nuestro museo es una forma de escapismo. Yo me atrevería a afirmar que nuestra conciencia de la ciudad que habitamos se intensifica cuando la dejamos para entrar en el museo: sin él, pasaríamos la vida como en un sueño».)

He mencionado el hotel, el museo, la ciudad. A esa lista de edificios su libro *Dangerous Laughter* (Knopf, 2008) agrega otros. Precedido de un texto inicial titulado «Dibujo animado» que es una verdadera joya del virtuosismo (en ella, un gato y un ratón reflexionan sobre sus pesadillas recíprocas, en medio de dinamitas que explotan y maldades que se multiplican), el libro se presenta como un verdadero muestrario de pseudoarquitecturas. Está, por ejemplo, la Torre, por la que transitan, entre el hastío y el olvido de lo que buscaban, inútiles «generaciones de esperanza» que se parecen a los bibliotecarios de Babel. Está también el palacio de seiscientos cuartos, en uno de los cuales un miniaturista famoso, contratado por el Emperador, ha construido un palacio de juguete con seiscientos cuartos, en uno de los cuales, a su vez, figura otro palacio de juguete aún más

pequeño, y así *ad infinitum* porque el miniaturista de la Corte, de pronto, se ha sentido vencido por el deseo de un arte invisible. Y está también la estructura de la Bóveda o Campana de cristal, con la que el propietario de una casa de suburbio americano decide «protegerse», y que acaba propagándose a la totalidad del país, dadas las evidentes ventajas de vivir al margen de la Naturaleza (y de la muerte). El relato no descarta que todo el globo terráqueo termine transformándose en un astrilunio, algo así como un diorama de mundo, recubierto y *safe*, ¡al estilo de un *shopping mall* celestial!

La lista podría ampliarse y, aun así, la magia de Millhauser seguiría eludiéndonos. Porque en su ficción hay, como en la poesía, un más allá de lo dicho, que busca el bosque con los ojos completos.

En un momento de fatiga y desesperación, viendo que el público prefiere la vulgaridad comercial de los autómatas de la competencia, el codicioso empresario de *August Eschenburg* le recrimina a su artista: «Estás equivocando. Eres como un poeta que escribe un poema del siglo XIX en alemán medieval». Tiene razón. August Eschenburg

sueña con formas obsoletas, acaso en la confianza de que lo conducirán más pronto a eso que no tiene nombre. Por eso y para eso, trabaja como un loco y construye cada noche un juguete cruel y maravilloso y después lo ubica, como una flor peligrosa, en el centro de un *kinderszenen*. A August Eschenburg no le importa soñar «sueños errados». A Steven Millhauser tampoco. Y la literatura, y la inquieta prosa del mundo, lo agradecen y se alumbran, por un instante, como vidrieras.

## METRÓPOLIS: UN DESDOBLAMIENTO EDITORIAL

CARLOS VICENTE CASTRO

**Cuando me informaron que el tema de la nueva Luvina sería la nostalgia reflexioné sobre qué proyecto editorial podría presentar en estas páginas. Los hay muchos y excelentes, sin embargo, la palabra nostalgia me trasladaba irremediablemente a una revista que mis amigos y yo solíamos publicar: *Metrópolis*. Sí, ese pliego con dobleces y gratuito, de diseño muy especial, que circuló de**

Zapopan, Jalisco, 1975. Su libro más reciente es *Zapping* (El Viaje, 2022).

**2008 a 2016. Es un atrevimiento hacer este juego de entrevistarme a mí mismo —con ayuda de preguntas prestadas por algunos talleristas— pero a los editores de Luvina les encantó la idea y quién soy yo para rechazar el divertido reto de desdoblarme para explorar la identidad de una publicación que con suerte todavía algunos recuerden.**

**Como editor de *Metrópolis*, por favor dime cuáles fueron sus antecedentes o referentes inmediatos...**

Nuestros antecedentes más lejanos y al mismo tiempo más cercanos, si acaso podemos escoger una línea del vasto árbol genealógico de ediciones en Guadalajara o realizadas por jaliscienses, por más pretencioso que pudiera parecer para una revista sencilla como *Metrópolis*, un mero pliego con dobleces, fueron *La República Literaria* de José López Portillo y Rojas, *Bandera de Provincias* de Agustín Yáñez y *Estaciones* de Elías Nandino Vallarta. ¿Por qué elegir estos referentes? En primer lugar, porque fueron revistas llamadas «de provincia» (de *Estaciones* se bromeaba con que era una revista de provincia publicada en la Ciudad de México), algo que ironizábamos y nos parecía de

lo más gracioso. Se trataba de publicaciones abiertas a todo tipo de colaboraciones, con acento en las nuevas generaciones, y al descubrimiento de literaturas contemporáneas en otras geografías. Los nombres de *La República Literaria* y *Bandera de Provincias* obviamente aluden al aspecto marginal y descentralizado de la literatura producida fuera del centro del país—una publicada a finales del siglo XIX y otra a inicios del XX—, característica que se repite *ad nauseam* con la poesía actual respecto a géneros «más respetables» o, claro, en las relaciones asimétricas que el poder cultural ejerce sobre la localización geográfica.

Entre las revistas más recientes que, en mi caso, coleccionaba desde la preparatoria, se encontraban *Trashumancia*, con un gran diseño y abierta a la poesía de la ciudad, y *El Zahir*, donde publicaba un hermético grupo literario. Pero fuera de nuestra asidua lectura de revistas, donde también cabe mencionar a *Parque Nandino*, el antecedente directo vendría a ser *La Calle*, que edité junto con Mario Antonio Calderón y Eloy Barragán entre 1994 y 1995. Sus tres números eran el reflejo de un proyecto más amplio del Grupo Cultural La

Calle, conformado por escritores, artistas visuales, músicos e interesados en la divulgación científica. Aparecieron tres números solamente, aunque también organizamos talleres literarios y eventos como La Ciudad tras los Ojos, en el que participaron poetas de Guadalajara como Ricardo Castillo, Raúl Bañuelos y Arturo Suárez; músicos como Gerardo Enciso y Gabriel Fuentes, y artistas visuales como Waldo Saavedra y Jorge Pérez y Pérez. Este evento se lo adjudicó ante los medios el café donde lo llevamos a cabo, La Escalera, porque justo celebraba ese día su aniversario, pero éramos jóvenes y no nos importó.

### ¿Cómo inició *Metrópolis*?

Su maquinaria inicial recibió al menos tres variaciones de impulso. La primera: las frecuentes conversaciones sobre autores contemporáneos, con énfasis en los latinoamericanos, que sosteníamos desde 2001 Ángel Ortuño y yo en la Biblioteca Iberoamericana, en fondas, cafés y cantinas o hasta en su casa. La segunda: en 2005, aunque asistí por cuestiones del azar como espectador al festival latinoamericano de poesía Salida al Mar, en Buenos Aires, también por azar terminé participando

en la lectura de cierre, además de convivir con poetas cuya obra ignoraba y hoy, amigad de por medio, admiro bastante. Su tercera variación de impulso fue ya un aspecto técnico y concreto. Acompañé a un editor amigo a presentar un proyecto en la Estación de Lulio, cuando Vanessa García Leyva, jefa de la Unidad de Literatura de Cultura UdeG, me preguntó si yo también tenía alguna propuesta. Sin dudarlo, al instante dije que sí. En una semana, gracias al diseño que hizo Liliana Castro, mi hermana, presentamos la primera versión de *Metrópolis*, que gustó mucho. En Cultura UdeG nos apoyaron con los primeros seis números y los distribuyeron en las instancias culturales de la Universidad de Guadalajara, como continuaron haciéndolo hasta el último número.

### ¿Y cómo conformaron su consejo editorial?

*Metrópolis* tuvo tres áreas de elección del material: el consejo editorial y el consultivo, el consejo de diseño y la asesoría visual de Carlos Maldonado. A los integrantes del consejo editorial los elegimos Ángel Ortuño y yo pensando en aquellas poéticas de mexicanos y un extranjero que nos parecían

marginales, *rara avis* dentro de nuestro contexto cultural y, sobre todo, cuya obra nos emocionaba muchísimo. Es así que invitamos a Eduardo Padilla, de León; a Sergio Ernesto Ríos, de Toluca; a Alejandro Tarrab, de la Ciudad de México, y a Timo Berger, de Berlín. Luis Eduardo García se integró en noviembre de 2009 y Luis Alberto Arellano, en octubre de 2010. Maricela Guerrero, de la Ciudad de México, y las tapatías Xel-Ha López y Xitlalitl Rodríguez se incorporaron en noviembre de 2014.

Algunos de los integrantes del consejo han realizado con posterioridad otros proyectos de gran interés con visión cosmopolita. Incluso, muchos de nuestros colaboradores, entonces jóvenes y poco conocidos, son sin duda referentes de la poesía que se produce en la actualidad.

Particularmente, nuestro consejo consultivo fue una veta invaluable de material poético heterogéneo y propositivo. Lo conformaron editores, poetas y lectores con proyectos editoriales en sus países de origen y un gran interés en la difusión de la poesía reciente.

En total publicamos cuarenta y siete números—del 0 al 46, de 2008 a 2016— con un tiraje de entre mil y tres

mil ejemplares gratuitos. En varias ocasiones invitamos a coeditores para hacer números especiales, fueran miembros del consejo editorial o no. Ser coeditor consistía en seleccionar el material a aparecer en la revista, algunas veces además fungiendo como traductor. Por ejemplo, Sergio Ernesto Ríos editó un especial de poesía brasileña y otro de portuguesa; Luis Eduardo García, uno de poemas tuneados; Mariño González, de minificción; Daniel Bencomo, de poesía alemana; Luis Alberto Arellano y Román Luján, de poesía norteamericana. En nuestro tercer aniversario publicamos un facsimilar del poema visual *Momento de simetría* del argentino Arturo Carrera, con un tiraje de tres mil ejemplares.

Me siento orgulloso no sólo de la curaduría de consejos que tuvo *Metrópolis*: muchas personas aportaron para que un mero pliegue de artes visuales y poesía contemporánea circulara gratis en los más impensables lugares de este y otros países, desde diseñadores, productores, impresores, artistas visuales, gestores e instituciones culturales,<sup>1</sup> autores e incluso voluntarios que hicieron suyo este proyecto.

Aquí es debido mencionar que *Metrópolis* recibió dos golpes al hígado de los que nunca se recuperará: nuestros queridos Luis Alberto Arellano y Ángel Ortuño fallecieron hace algunos años, y vaya que los extrañamos.

### ¿Cómo elegían qué poemas publicar?

Por un lado, dimos gran importancia a las preferencias de nuestro consejo editorial, con el que congeniábamos porque además de su gran bagaje cultural y literario, tiraba a la excentricidad y al sentido del humor. Por otro lado, esta respuesta viene acompañada de una anécdota muy especial: luego de enviar a los miembros del consejo el archivo de Word con el material a elegir para nuestro número 0, uno de ellos me indicó que un poema le había encantado, pero que, como se había omitido el nombre del autor, quería saber de quién se trataba. Una vez que le di el nombre, resultó que no le simpatizaba (luego fueron grandes amigos). Esto nos hizo reflexionar, porque eso no tenía nada que ver con

<sup>1</sup> Además de Cultura UdeG y de ganar en dos ocasiones la beca Edmundo Valadés del FONCA, también nos apoyaron el Instituto Queretano de Cultura, el ITESO, el Centro de las Artes de San Luis Potosí y el Salón Rojo. Ni hablar de aportaciones voluntarias y anónimas de lectores.

la calidad poética o nuestro gusto. Decidimos entonces que la única persona que sabría los nombres de los colaboradores sería yo, quien armaba el conjunto del material. Así fue que a partir del número 1 el consejo editorial eligió los poemas que le emocionaban sin saber su autoría. Preparaba la última terna basándome en sus votaciones. Además, al principio integraba la selección considerando su diversidad geográfica, pero no mucho después abandoné este criterio para sólo publicar lo que consideraba la mejor terna en cada número.

#### **Ya que colaboraban con artistas visuales, ¿realizaron algún performance o actividad fuera de la revista impresa?**

Los artistas visuales y los diseñadores fueron parte esencial de *Metrópolis*. Desde el número 3 invitamos a Carlos Maldonado como asesor en este aspecto. Desde entonces se encargó de elegir a un artista visual invitado en cada edición y, desde luego, colaboraba con su buen ojo en el diseño integral de la revista. En cada lectura y presentación llevamos a cabo performances organizados por él y sus invitados, ya fueran actores, artistas visuales o músicos.

Destaca el que llevamos a cabo en el Centro de las Artes de San Luis Potosí, donde, para presentar *Momento de simetría*, Maldonado y Jorge Posh inflaron y distribuyeron en uno de los enormes patios una gran cantidad de cámaras de llanta calibre tractor para sentarnos allí, bajo las estrellas, a leer los versos de Arturo Carrera.

También realizamos, en 2011, el proyecto Poesía en Tránsito, que consistió, con apoyo de la Feria del Libro de Guadalajara y la Feria de Frankfurt, en que nosotros y cien voluntarios distribuyéramos por toda la ciudad, en un solo día, treinta mil boletos de viaje con fragmentos de poemas aparecidos en la revista y a cargo de ocho diseñadores.

#### **¿Qué importancia dieron al diseño?**

Fue primordial. Uriel Martínez y Lilita Castro diseñaron los números 0 y 1 de *Metrópolis*. El caso es que no podían dedicarle más tiempo, por lo que me propusieron invitar a otros diseñadores de la agencia de publicidad donde trabajábamos Uriel y yo. No salíamos del asombro al constatar que había cerca de treinta diseñadores ávidos de colaborar. De esta manera, el consejo de diseño se integró

por Lilita Castro, Uriel Martínez y Hugo Rocha, quienes decidían quién se haría cargo del diseño en cada número. Por supuesto, la convocatoria trascendió la agencia e incluso hubo participaciones desde otras ciudades. *Metrópolis* ganó el reconocimiento Despertador Americano al diseño editorial en 2013.

#### **Comprendo que estuvieron presentes no sólo en México, también en otros países...**

*Metrópolis* fue muy conocida gracias a que, como desde el inicio tuvimos una gran curiosidad por lo que se estaba escribiendo, conformamos un consejo consultivo y con ello redes de asesoría en distintos países que no sólo nos recomendaban autores, sino que distribuían de mano en mano los ejemplares que les enviaba por correo. Internet era un medio entonces poco explotado que supimos aprovechar muy bien para explorar poéticas. En cuanto a nuestra web, funcionaba con lo básico: los lectores podían consultar los pdfs, pero a veces no eran tan legibles y, a decir verdad, preferían tenerla en sus manos. Para 2010 que nos invitaron al festival de poesía latinoamericana Latinale en Berlín, la revista ya era carta

corriente entre quienes la esperaban mes a mes. Publicamos a cerca de cuatrocientos poetas contemporáneos en español procedentes de más de cuarenta países y tradujimos de nueve lenguas diferentes. En todo caso, conectamos la poesía mexicana con la de otras geografías en un ciclo de reconocimiento de ida y vuelta. Por ejemplo, publicamos por primera vez en México la obra de latinoamericanos que hoy son muy frecuentados por los lectores de nuestro país.

#### **¿Y qué planes tienen para el futuro?**

Ángel Ortuño había propuesto la continuación de *Metrópolis* para dar a conocer a las nuevas generaciones. De hecho, pensábamos extender el proyecto con *Metrópolis Editores*, que finalmente coeditó con Impronta en 2023 *El Palacio de las Uñas*, una antología póstuma de Ángel que incluye el conjunto de su obra publicada y una muestra de la inédita. El próximo año aparecerá *999 disponibles*, también un libro de Ángel escrito a cuatro manos con Ánuar Zúñiga Naime. Por ahora nos hemos tomado un periodo de calma para saber hacia dónde vamos. Sólo los lectores pueden decidir si están de acuerdo conmigo, pero tengo la sensación

de que *Metrópolis* abrió brechas de exploración que han seguido su propio curso. Si continuamos, tendría que ser por rutas del arte y la poesía que nos entusiasmen y nos hagan sentir una que otra versión de lo que algunos llaman felicidad.

## **APUNTES SOBRE LA POESÍA DE ANTONIO LUCAS**

PAULO CAFFO

Antonio Lucas es un poeta español que irrumpió el mundo de la poesía con el poemario *Antes del mundo*, accésit del Premio Adonáis de Poesía en 1995. Tenía apenas veinte años e inauguraba su territorio poético con ímpetu surrealista y actitud desafiante frente a las imágenes y la palabra. Tomó distancia de todo aquello que se iba escribiendo cuando él empezaba: «Que el tiempo nos encuentre destrozados, / desnudos frente a un mar de puro signo, sangrando como un cascabel maligno / de rabia y de cristal» (*Fuera de sitio*, p. 71).

Todos los títulos de los libros de poesía de Antonio Lucas (Madrid, 1975) inmodan, sacuden, emocionan, **Huánuco, Perú, 1987. Fue ganador del Premio Diario Ahora en 2016.**

asombran: *Antes del mundo*, *Lucernario*, *Las máscaras*, *Los mundos contrarios*, *Los desengaños*, *Fuera de sitio* (antología), *Los desnudos*.

Desde *Antes del mundo* (1996) hasta *Los desnudos* (2020), su caudal poético ha ido trasladándose y ampliándose desde el tú hacia el nosotros, desde lo oscuro y enigmático de las palabras hacia el sedimento luminoso y maduro del lenguaje, la intuición y el asombro vital, donde «La vida se concreta mejor en lo pequeño. / Para vivir no es conveniente dar rodeos / ni buscarle a las preguntas su respuesta en la respuesta. / A veces es mejor confiar en quien no sabe / y aprender de sus cautelas» (*Los desnudos*, p. 78). La apertura a la concreción de la vida en esta bella y contundente salmodia, versos del poema «Tregua», finaliza el poemario sin rodeos y con el aprendizaje de la cautela de la escritura de un hombre que escribe sin prisa, en silencio, y sentencia aquello que decía Pedro Salinas: «Tarda noches la noche en ser auroras, / la luz se hace despacio», la mejor poesía se hace despacio, habita en lo pequeño, a la luz de esa lucidez lo entendieron Stéphane Mallarmé, Blanca Varela y Jaime Gil de Biedma. Así lo entiende ahora Lucas.

¿Quiénes son los desnudos?, o quizá mejor, ¿quiénes somos los desnudos, los desconvocados, los sin templo, los ajenos? Lucas anticipa y anuncia con un sentido de clarividencia e intuición reflexiva: «Nosotros, los desnudos, / los del borde de una fe que ya no abriga. / Nosotros, en nuestro nombre, / en medio de la tempestad, y el esplendor, y la espesura. / Los desconvocados, / los sin templo, / los ajenos. / Nosotros a favor de no aceptarlo todo. / Nosotros lentamente envejecidos de nosotros / ganaremos el mar» (p. 9). ¿Y cuándo nos sentimos desnudos? ¿Con qué ojos estamos observando el mundo?, nos parece interpelar el poeta. ¿Frente a qué obsesiones o miedos nos sentimos desnudos? ¿A qué no le decimos no, en la duda o certeza o extravío? A pesar de la precariedad que vamos abonando a este mundo, queda la esperanza: ese nosotros que nos hará ganar el mar como última libertad del hombre.

Si en *Los desengaños* (2014, Premio Loewe) Lucas era un poeta ante una crisis colectiva, ante un mundo contrariado y desarmado, si el poeta era el desengaño de sus desengaños ante la sociedad y ante el amor íntimo y su quiebra sentimental («Un pálido animal

hecho en silencio / que sólo del andar fue triste escombro» o «escupir a esa patria que se prestigia en el daño» o «Como si me gustara el país que habito, su devastada política / de hachas, su semblanza de fusil» o «Ya la vida suena como un tesoro herido / Vivir siempre en la luz, me sugerías»), en *Los desnudos* el poeta viene con una querencia lenta pero vital, nostálgica pero luminosa, la ilusión de la mudanza hacia una nueva casa: «La casa nueva, / su promesa de libro aún no escrito. / Ya sabes que una casa parece un corazón que crece lento» (p. 13). Ahora el poeta suma experiencias nuevas y silencios como lanzas sucesivas de su «Autorretrato»: «Ya sólo espero aquello que seré mientras espero / Lleno de música y tiempo, / lento de oficio y querencias, / quieto de mar y regresos» (p. 16).

La memoria es un tejido de solidaridad hacia los otros desnudos, un lenguaje afín a sus sentidos como en «Je me souviens (Georges Perec)»: «Recordar consiste en no agrietarse. / Recordar es huir del cuerpo / y lo de afuera hacerlo casa» (p. 17). Y continúa en el poema «Inscripción»: «Eres la memoria de aquellos que has querido» (p. 29). Aquí la incertidumbre tiene mayor

prestigio que la «Certeza»: «A veces conviene no arraigar plenamente, / descuidar dónde estás» (p. 20). No es novedad la vigencia del ritmo y la musicalidad a lo largo de todo el poemario, pues estamos ante un poeta que domina con destreza el lenguaje y sus recursos poéticos y sensoriales. «Ser poeta hasta el punto de dejar de serlo» apuntaba César Vallejo, y acaso no se cumple eso en Lucas.

Los poemas de amor y amistad son dos pasiones que también se amurallan y se aquílatan en *Los desnudos*. Como preludeo, leemos «A Lara, *on comença la vida*», dedicatoria a su amada, su faro de costa.

No hay poeta que no le haya cantado al amor, desengañado o ilusionado. Y somos testigos en el poema «Lara»: «Te hizo fuerte nacer en un país tan frágil. / Desaprender es resistir. / Y amar siempre reclama un uso nuevo. / Así avanzamos incansables, buscando tierra pura. / Esa casa sin retorno que es tu nombre» (p. 37), y en «Juntos»: «El amor vive al fondo de las cosas. / Y dura lo que dura la quietud» (p. 40), y en «Oración»: «Quien te ama te inventa, sin saber que lo hace» (p. 46) o con más urgencia en «Amor»: «Nosotros que al amarnos fingimos algo eterno»

(p. 50), ese breve instante es posible cuando el amor es genuino, cuando la convicción de saberse amado supera las heridas y tienen el territorio apasionado de lo fugaz porque *amar siempre es quedarse y un cierto vandalismo de promesas*. El otro voltaje de hermandad son los compañeros de viaje, esa eléctrica zona que nos sostiene y nos arroja en la vida, los amigos: «La amistad se proclama sin palabras. / En la amistad está todo cuanto quieres / para no caer un poco más» (p. 63-64).

Tres islas griegas, la cuarta sección del poemario, es la señal de la aventura de un hombre en busca de sí mismo y hace eco muchos otros. «De aquí aprendimos todos. / A ahogarnos muy despacio, / a lavar tanta tristeza. / Que el hombre sobre todo es su miseria» evoca en «Isla de Egeo (*Folegandros*)» (p. 53-54), y a situarse y reconocerse desde su debilidad para sentirse más fuerte y renovado en «Días de isla (*Schinousa*)»: «En los días de isla nos cruzamos varias veces: / casi era un juego. / Caminar de tan alegre cansado todavía, / y no saber. Y no saber de patrias. / A veces uno olvida que a la isla se regresa de vivir. / Como al poema» (p. 55-57). Y finaliza con «Primicia de un saqueo

(*Irakliá*)»: «Cuanto sé de mí es duda de mí mismo, así ocurre la vida. / A veces vivo vidas que nadie escalaría. / A veces lo que amo me suplanta» (p. 58-59). Vivir para no ahogarse en el lugar común, vivir para no naufragar en la resignación. La poesía no anuncia verdades, sino que eleva su imponente arquitectura desde la duda, desde sus grietas. Y es donde se afirma más el hombre.

El poeta también toma posición ante una sociedad y un país que no consigue ir a su paso, o al revés, y es desafiante, como lo exige la poesía, y es idioma de todos en «Normas de urbanidad»: «Rechazar un país por exceso de sombra. / Rechazar tu país, gran festín de tahúres. / Escribir maleante, sin temor, indefenso. / Ser residuo de ser si escribir ya no basta. / Ser un hombre que nunca apalabra su quiebra. / Saber que la luz es idioma de todos. / Pues sólo en lo incierto somos dueños del mundo» (p. 68-69). Ese no tener que saberlo todo, la confianza en los desnudos que somos todos con actitud de alerta, aunque denunciar y escribir ya no sea suficiente. Y la lúcida reflexión y rabia y pena en «España»: «Cuánto celebrar la vida / y después de tanto anhelo / nos queda este saqueo de culpas y cosechas. / Qué te-

rrible orquesta es un país herido de sí mismo, / confundiendo su verdad con su venganza, / y a la vez que hace memoria lo va perdiendo todo. / He nacido aquí y eso me gusta, / pero no consigo ir a vuestro paso». La denuncia y la desazón ante una historia que se repite como un círculo vicioso, como un espiral de culpa, vacío y anhelo (o al revés) de unidad y de sueños.

«A través de la poesía entiendo mejor el mundo[...] Lo concreto es lo que emociona», afirma con afabilidad la voz de la poeta peruana Rossella Di Paolo, y esa emoción y esa mirada de asombro toma forma concreta en «El gato»: «Su condición de sombra de sí mismo / te alumbra si lo miras, te impone su secreto. / Aprende suavemente de su afinada sospecha, / de la gran velocidad que es moverse despacio. / El gato y tú. El gato solo. / Y si ahora parpadea, inventa un cielo en ese gesto» (p. 70). Esa condición de animal, esa afinada sospecha que es mirar y estar atento a lo que rodea al poeta, a lo que nos rodea justo al borde de la vida. Y en el poema «Faro (*Cabo de San Vicente*)»: «Los faros se leen, la luz es un código. / Y nos está esperando / donde se iguala todo amor a todo origen, / justo al borde de la vida, cuando las rocas hieren» (p. 72).

El rastro poético de Lucas, la estela de su escritura, es el sedimento y la suma de la poesía de otros grandes poetas, la búsqueda de sus lecturas y reescrituras. Ahí la vigencia y osadía *insólita en nuestro tiempo* y el rigor *inedito de todos los tiempos*, ahí el germen de la autenticidad y vitalidad en su poesía. Esa psicofonía se funda en *Antes del mundo* con el poema «Baudelaire»: «Llegaré hasta nosotros con su locura de aspás / y caracolas abiertas / tijeras y abrazos»; y se evidencia también en el poema «César Vallejo» de *Los mundos contrarios* (2009): «No hay sílaba de indio más quebrada. / Ignora el pájaro tu pecho forjado en la ternura. / Quisiera para tu gloria la ciencia prieta de una rosa»; y en el poema «Rilke» de *Los desengaños*: «Yo quise escribir con el ansia del que llega a existir demasiado / tarde. Escribir por no lastimarme. / Por ser transparente. / Yo, Rainer Maria Rilke, mitad miseria, mitad maravilla. No saber vivir más allá de mí mismo: esa fue mi conquista», ese bello resonar como homenaje es el estilo que le ha impuesto la poesía a un poeta como Antonio Lucas, y abre nuevas puertas en *Los desnudos*, donde su poesía es un diálogo con más sentido de posibilidad que de pérdida,

con poemas tan grandiosos como «Federico García Lorca»: «Dónde viven los poetas una vez asesinados, en qué espejo / sediento, en qué brasa de olvido, en qué morgue de sol. / En tu crimen descubrimos la horma de la historia. / Por eso abrazo tu manera de estar solo y tu condena» (p. 25); y se cumple en el poema «Un libro de Ingeborg Bachmann»: «¿Cuándo puede un hombre tomar su soledad por lo que / es? En qué ciudad, en qué poema, en qué silencio. Digo / un hombre, una mujer» (p. 27). Y cuando le escribe con un delirio lúcido e irrepitible a «Leopoldo María Panero»: «La locura no es una servidumbre. / La locura tiene más prestigio que la vida, y más profetas, y eso duele. Condenado desde siempre a violentas / primaveras. Cómo suena un sueño tuyo. Cómo se devora / en ti la noche. Qué rosa atroz asoma debajo de tu sangre» (p. 30). Esa liberación y exaltación de la locura como denuncia ante una sociedad que quiere saberse ajeno, estos versos le reclaman su lugar y su eco.

Antonio Lucas es un poeta que desafía el lenguaje, las emociones y el pensamiento. En cada poemario hay un salto de madurez, un sentido de comunidad y el sedimento de sabiduría frente a la vida

que abraza, alumbrá y desconcierta. «Escribo porque leo», sonreía al decir estas palabras el poeta granadino Antonio Carvajal, y está en Lucas ese testamento en su escritura y en su sonrisa de hombre.

*Los desnudos* nos invita a vivir una vida más allá de la vida, y su poesía seguirá siendo uno de los modos de rebeldía, de no aceptar lo irremediable. El poeta Lucas resume su vida con este decálogo: *el periodismo es mi pasión y la poesía es mi veneno*. Estamos ante un poeta como Quevedo, Dickinson, Rosalía de Castro o Lautréamont *inedito en nuestro tiempo e insólito de todos los tiempos*.

Lucas es poeta hasta cuando habla. Tiene el oficio del periodismo desde los veinte años, escribe en *El mundo*, y en septiembre de 2021 se estrenó como novelista con *Buena mar*.

El filósofo alemán Peter Sloterdijk escribe que «la poesía no la pensamos, nos visita», no dudo que la poesía seguirá visitando y desafiando a Antonio con ojos fieros ante el mundo.

*Los desnudos*, de Antonio Lucas. Visor, 2020 (XXII Premio de Poesía Generación del 27).

## NOSTALGIA POR LA ROMA

ALFREDO SÁNCHEZ  
GUTIÉRREZ

El primer año de vida no aparece en la memoria, así que no conservas ningún recuerdo de la primera casa en la que viviste. Aun así, sabes cosas: era un departamento en la capitalina colonia Roma, en la calle de Puebla. Ignoras el número exterior, no sabes en qué piso se ubicaba, tus padres contaban que «cerca del Centro Asturiano de Orizaba y Puebla», así que intuyes que estaría en algún sitio entre Insurgentes Sur y Cuauhtémoc. Fue su primer departamento y ahí vivieron desde su boda en 1954 hasta la mudanza, más o menos un año después de que tú, el primogénito, nacieras en octubre de 1956.

Como todos tus hermanos y primos naciste en el Sana-torio Español, en la avenida Ejército Nacional, lugar del que se hablaba con frecuencia en la familia porque ahí también se atendían tus abuelos y tus tíos. Había en aquello una especie de orgullo gachupín

*Ciudad de México, 1956. Autor de La música de acá. Crónicas de la Guadalajara que suena (Universidad de Guadalajara, 2018).*

por el origen familiar: un abuelo andaluz, otro asturiano, una abuela santanderina. La única mexicana era tu abuela materna que nació en Tabasco, así que tres cuartas partes de tu sangre provienen del viejo mundo. ¿Qué significado puede tener eso? Hay pistas en tu aspecto físico: cabello rubio, piel blanca. No heredaste los ojos azulísimos de tu abuelo asturiano pero sí la estatura más bien baja del andaluz. Acaso cierto gusto por el flamenco pero no así por la fiesta taurina. Lo demás se tendría que descifrar en el diván del psicoanalista.

Lo que también sabes de aquel primer año de vida, porque te lo contaron, es que tembló: el 28 de julio de 1957 era domingo y a las 2:43 de la mañana se sintió un feroz sacudimiento que sacó a la gente de la cama. Se fue la luz en buena parte de la ciudad, muchos salieron asustados y en calzones o pijamas a las calles oscuras y tiempo después regresaron a sus habitaciones a tratar, inútilmente, espantadísimos, de conciliar de nuevo el sueño. Aunque los temblores son habituales en la Ciudad de México, nadie recordaba uno así de violento.

Tus padres te contaban que, a tus escasos nueve

meses, dormías en una cuna con rueditas que con el movimiento telúrico recorría de un lado al otro, velozmente, la habitación. Te sacaron —¿él, ella?— de la cuna y trataron de ponerte a salvo debajo del marco de alguna puerta, como se acostumbraba en aquel tiempo. No les pasó nada ni a ti ni a tus padres ni al edificio, pero las crónicas de aquel terremoto del 57 relatan, entre otras cosas, que la Victoria Alada que coronaba la columna celebratoria de la Independencia —El Ángel, como se le conocía ya desde entonces— cayó desde sus casi cuarenta metros de altura y quedó, obviamente, destrozada con todo y sus siete toneladas de peso, su actitud de vuelo, alas abiertas, corona de laurel y cadena con tres eslabones rotos que simbolizaban la anhelada libertad.

También hubo derrumbes varios, personas atrapadas en los escombros, se habla oficialmente de setecientos muertos y dos mil quinientos heridos a consecuencia de los 7.8 grados de magnitud del sismo. Se dañaron edificios en la Roma, la Hipódromo, la Del Valle, la San Rafael, la Morelos y el Multifamiliar Juárez. Luego la alada figura habría de ser restaurada para

la reinauguración del Ángel el 16 de septiembre del año siguiente, 1958.

La escultura conmemorativa que con el tiempo se volvió el sitio de reunión para celebraciones cívicas, deportivas, políticas y sociales había sido inaugurada el 16 de septiembre de 1910 por el presidente Porfirio Díaz. El proyecto, émullo de las columnas escultóricas de Berlín, París y Nueva York, lo coordinó Antonio Rivas Mercado (el famoso ingeniero, padre de Antonieta: mecenas, artista, escritora, traductora, activista que se suicidó de un balazo en el interior de la parísina iglesia de Notre Dame en 1931), la obra civil se encargó a Roberto Gayol y las esculturas a Enrique Alciati. Se habla de un costo de dos millones 150 mil pesos de aquellos.

Esa colonia Roma donde habitaste por primera vez aunque no te acuerdes tiene una historia peculiar ligada al siglo XX en la Ciudad de México: la fundó un señor llamado Edward Walter Orrin, descendiente de cirqueros. El Circo Orrin fue fundado cerca de 1800 por una familia inglesa que llegó a Nueva York y luego a Sudamérica. Hacia fines del siglo XIX se establecieron en México, primero en uno de los extremos del Zócalo, a un costado de la Catedral

Metropolitana, después en la Plaza de Santo Domingo hasta que finalmente construyeron su propio edificio en la antigua Plaza Villamil—donde años más tarde estuvo el famoso Teatro Blanquita—: una edificación de estilo art nouveau, con luz eléctrica y capacidad para más de dos mil personas, donde llegaron a ser la atracción más popular en la capital del país. Ahí actuaba el payaso inglés Richard Bell, adorado por el pueblo nacional, lo mismo que una tropa de malabaristas, gimnastas, trapecistas y domadores. En 1906 el circo fue cerrado, pues Walter Orrin prefirió dedicarse al lucrativo negocio de los bienes raíces y, asociado con los empresarios Pedro Lascurain y Cassius Lamm, ideó la colonia Roma.

Se dice que los nombres de sus calles fueron tomados de los estados y ciudades de México que recorrió aquel famoso circo por el país y el nombre mismo de la colonia viene de la ciudad italiana que se considera la capital mundial del circo, y donde está el célebre Circo Romano, aunque hay otra versión: el terreno donde se edificó originalmente incluía los potreros de Romita, un pueblo ubicado en la Calzada de la Piedad, y de ahí se tomó el nombre para la colonia.

¿Cuál será la versión buena?

Quién iba a pensar que la colonia inmortalizada por una película como la de Alfonso Cuarón y por novelas como *Las batallas en el desierto* o *El vampiro de la colonia Roma*, años después carísima, gentrificada, llena de restaurantes y tiendas *trendy*, tenía un origen medio circense.

Pero si bien aquel sismo provocó daños importantes a la Roma, lo que ocurrió veintiocho años después, en 1985, cuando un nuevo terremoto destruyó buena parte de la colonia, fue incomparablemente más grave. Y tú, veintiocho años después, pensaste en la Roma cuando a seiscientos kilómetros de distancia levantabas de su cuna a tu hija de nueve meses—¡anda, igual que tú en 1957!—, la tomaste en tus brazos y enfilaste velozmente hacia el piso de abajo, al patio, al exterior, a un lugar menos riesgoso. No confiabas lo suficiente en la casa donde vivías: nunca había tenido que soportar un movimiento telúrico como aquel que, aunque breve, fue violento. Todo crujía, bailaba, se mecía acaso como tu cuna de bebé deslizándose de un lugar a otro en aquel departamento de la Roma. Ya en el patio y aunque tu corazón latía desbocado, vino la calma y luego

la incertidumbre. Llamadas telefónicas para saber si el resto de la familia estaba bien, encender la tele y comprobar que aquello, a seiscientos kilómetros de distancia, había sido un tremendo cataclismo: escombros, cuerpos atrapados debajo, conductores de televisión leyendo listas interminables de personas que buscaban personas, la imposibilidad de comunicarse al Distrito Federal—así se llamaba aún entonces— para saber de los tuyos. Horas, días sin noticias hasta que quién sabe cómo alguien lograba una llamada tranquilizadora: todos bien, los tuyos; porque otros, nada bien: el desastre era absoluto, las escenas de pesadilla, grandes edificios que se habían derrumbado como en demolición levantando nubes gigantescas de polvo, gente aterrada en las calles habiéndolo perdido todo. Y sí, la Roma, aquella colonia fundada hacía poco más de ochenta años, en estado lamentable. Llegarían más noticias después, las comunicaciones medio restablecidas en una época en la que se dependía del teléfono fijo, se sabría de la inmensa solidaridad de los capitalinos quienes, armados de cucharas, palas o a mano limpia salían en tropel a las calles y buscaba en

los escombros alguna señal de vida, alguien a quien rescatar. La esperanza en medio del desastre.

Pero volvamos a tu primer año de vida, aquel tembloroso 1957. ¿Acaso tu hiperquinesia—se te dificulta desde niño quedarte quieto, sin mover constantemente los ojos, los pies y manos, la cabeza de un lado a otro— pudiera deberse al vaivén de la cuna aquella madrugada? Después de todo, dicen que infancia es destino.

## VENAS AL FRENTE, FESTINES DE SANGRE Y MAL GUSTO

IVÁN ORTEGA

*Venas al frente, festines de sangre y mal gusto* es la segunda antología de Lester Bangs publicada por Libros del Kultrum. La primera fue la edición de *Reacciones psicóticas y mierda de carburador* (originalmente aparecida en inglés en 1987, cinco años después de su muerte), volumen editado, compilado y prologado por Greil Marcus, que fue el primer referente fijo de la obra de Bangs, la cual hasta entonces

Ciudad de México, 1990. Su libro más reciente es *Glásnost* (Juan Malasuerte, 2023).

consistía en textos aparecidos en revistas y fanzines durante los setenta y ochenta y algunos manuscritos nunca publicados. Al igual que este libro inicial, *Venas al frente...* reúne materiales de distinta naturaleza: crónicas sobre la contracultura, reseñas de discos, fragmentos de novelas no terminadas, ensayos sobre música, manifiestos, relatos personales. A diferencia de lo que suele ocurrir con este tipo de antologías (pensemos en la decreciente calidad del contenido que aparece en las antologías de Lucía Berlin publicadas después del éxito masivo de *Manual para mujeres de la limpieza*), *Venas al frente, festines de sangre y mal gusto* no está hecha a partir de las «sobras» de *Reacciones psicóticas y mierda de carburador*. El lector piensa, confundido, por qué motivos o criterios Marcus no incluyó muchos de estos textos en la antología que editó.

«Cazurros en Babilonia: en busca de Jamaica con Bob Marley y un nutrido elenco de personas», texto que abre *Venas al frente*, es un reportaje que en una línea temporal alternativa sería considerado un clásico del periodismo gonzo en el que Bangs se desvía rápidamente de lo que era el

tema original del artículo, una entrevista /perfil de Bob Marley and the Wailers, para convertirlo en el reportaje de una deriva a tientas por la escena musical de Kingston, la cual, representada principalmente por la figura de Lee Scratch Perry, le parece mucho más sugerente y culturalmente rica que cualquier cosa que pueda ofrecer Bob Marley. La antología incluye un par de exploraciones culturales similares un poco más adelante, «De *Notes on Austin*» y «California» en donde Bangs continúa su inmersión en el nuevo periodismo. Ambas crónicas se enfocan en los aspectos contraculturales de las ciudades que describen.

La principal diferencia entre el material reunido para *Reacciones psicóticas* y *Venas al frente* es que en esta nueva antología abundan los escritos autobiográficos y autorreflexivos. Incluso la que, a mi parecer, es una de las piezas centrales de este libro, «Tu propia sombra te teme: tentativa de no dejarme asustar por Nico», un ensayo sobre *The Marble Index* (1968), el segundo álbum solista de Nico, producido por John Cale, abunda en detalles autobiográficos. Bangs aborda su obsesión por el álbum en distintos momentos de su vida,

e incluso incluye la motivación de la escritura: el texto fue un encargo de la revista *New Wave Rock* para publicarse en conmemoración del décimo aniversario del LP. Bangs no duda en incluir también a más gente, principalmente amigos, dentro de sus relatos e incluso atribuye algunos de sus mejores momentos o frases a ellos. En el caso de «Tu propia sombra te teme» atribuye a una mujer de su círculo cercano la apreciación de que con aquel disco John Cale «construyó una catedral a una mujer en el infierno». La amistad es algo importante para Bangs, esto queda claro desde el prólogo, escrito por John Morthland, quien fuera no sólo amigo sino también compañero de trabajo en *Rolling Stone* antes de que el mismo Jan Werner lo despidiera por ser demasiado cruel con las bandas sobre las que hablaba. Otro gran momento amistoso de este libro es su charla / ensayo / perfil sobre su amigo Don Van Vliet, mejor conocido como Captain Beefheart. Quizá este aspecto de su personalidad es el único que queda más intacto al contrastar los textos reunidos en los dos volúmenes de los Libros del Kultrum con el retrato más famoso de Bangs: Philip Seymour Hoffmann interpretándolo en

*Casi famosos* (Cameron Crowe, 2000). Sorprenderá a quienes entren a estas páginas bajo la influencia de esa película encontrar opiniones positivas sobre Jim Morrison u opiniones nada halagadoras sobre Lou Reed o Brian Eno.

Aunque a Bangs se le asocia principalmente con el periodismo sobre rock & roll, era también un escucha entusiasta de jazz, faceta que se cubre en parte en la antología de Marcus pero que en esta se aborda un poco más a fondo a través de dos textos sobre *On the Corner*, álbum sumamente divisivo que Miles Davis publicó en 1972. La reacción original de Bangs, «Algo lúgubre: desentrañar el enigma de Miles», no es muy diferente al del consenso crítico inicial pero su criterio evoluciona en poco tiempo, desmitificando ligeramente la testarudez de Bangs, y por ello vuelve con insistencia sobre este disco en otro artículo («Miles Davis: Música para los muertos vivientes») que publicó cinco años después de su reseña original. Es sorprendente lo contemporáneas que suenan las reflexiones rectificadas del segundo texto.

La prosa de Bangs es un antídoto perfecto contra la nostalgia fácil, sobre todo

aquella, de las más rentables, ligada al rock y a la música pop. El autor no duda en arremeter contra sus propios ídolos. Si en el volumen compilado por Marcus lo vimos batirse a duelo constantemente con Lou Reed (siempre con la intención de mostrar lo aburrido que era el concepto de rockstar) aquí lo vemos analizar, con algo de decepción y a lo largo de cuatro textos cada vez más encolerizados (en uno, comienza refiriéndose a los Stones como «Hatajo de pobres idiotas» y a otro lo titula «no son más que los Rolling Stones»), la manera en la que los Rolling Stones se convirtieron en una empresa transnacional en la segunda mitad de los setenta. También lo vemos acusar a Bob Dylan de hipócrita, oportunista y apólogo de la mafia («El devaneo de Bob Dylan con lo más selecto de la mafia: no es un delincuente, es un incomprendido») o lamentar con lucidez desmitificadora la muerte de Sid Vicious en «Adiós, Sidney, sé bueno» (Bangs cubrió como periodista el asesinato de Nancy Spungen tiempo antes y se había familiarizado demasiado con el entorno del exbajista de los Sex Pistols). Hay textos sobre más artistas como Talking Heads, Emerson Lake & Palmer, Canned Heat,

MC5, Black Sabbath, etc., todos con más de una opinión pensada para irritar, molestar o hacer reír, ya sea que riamos sobre nuestro momento cultural, la mera idea del rock, la seriedad, los años sesenta, la legitimidad artística o sobre las simples desgracias de una persona que nos desagrada.

*Venas al frente, festines de sangre y mal gusto*, de Lester Bangs, Paco Arrieta (trad.), Libros del Kultrum, 2023.

## LO OSCURO Y LO VISIBLE

ERNESTO LUMBRERAS

Hace algunos años escribí unos párrafos sobre *Nocturno corazón de los insectos* (2011) de Ana Corvera, libro que ramifica desde mi lectura algunos elementos de *Palabras que el micelio repite en mi cabeza* (2024). Para empezar, en ambos está la conciencia de que un poema, como los sabían los hacedores de pirámides, necesita para su construcción de una realidad visible y de otra oculta. La realidad de los vivos y la realidad de los muertos.

Ahualulco de Mercado, Jalisco, 1966.  
Uno de sus libros más recientes es *Ábaco de granizo* (Ediciones ERA, 2022).

Dos crecimientos que se corresponden, uno hacia luz y otro hacia la sombra. El mundo recorrido en el sueño y el que se transita en la vigilia. La lucidez y el instinto. Pero también, en ambos libros, la poeta elige como lugar de su escritura los márgenes, lo no prestigioso cultural y literariamente: los insectos y los hongos respectivamente como metáforas y símbolos que proyectan una infinidad de correspondencias con la condición humana, sus dogmas y tabúes, sus abismos y desatinos.

Entre las figuras de la literatura mexicana, José Juan Tablada—ese curioso irredento—, se interesó a profundidad por la micología, el universo de los hongos, en particular de los hongos comestibles en México, asunto que lo llevaría a escribir con rigor de naturalista, además de ilustrar con bellas acuarelas, un meticuloso estudio publicado de manera póstuma por el FCE en 1983. La palabra *micelio*, que aparece en el título de Corvera, proyecta en la mayoría de los poemas luces y sombras respecto de su significado. Según la botánica, un hongo es la totalidad de una planta, mientras que una seta es solamente el aparato reproductor del hongo y la parte visible del mismo. En tanto la parte oculta

que se encuentra bajo tierra es el micelio. Las funciones de esa red de raicillas sirven a la autora para irrigar de sentidos y significados ese jardín que es el cerebro humano, esa otra trama de raíces que absorbe nutrientes y venenos de lo oculto como de lo visible.

«Quiero saber por qué nadie me habló de los hongos parásitos sin hojas ni brazos / diseminados en el lugar azul / donde mis padres se alejaron / y la abuela empezó a olvidarse / de nosotros».

*Palabras que el micelio repite en mi cabeza* es un libro escrito desde la herida que no desde el lamento. Una revisión del pasado bajo la premisa de ubicar desencuentros, pérdidas, extravíos o desprendimientos; aunque también la poeta zacatecana, en esa inmersión apremiante como restauradora, se topará, cara a cara con el lenguaje de la poesía, espacio del exorcismo y la resurrección, ritual de la palabra que se extenúa en su decir y en su no decir para dar con un sentido más esencial.

«Yo, una niña sin sílabas / para gritar aquello / que se esconde adentro / afuera del jardín».

También, en este volumen, la palabra *jardín* se dismantela de sus significados positivos y

luminosos. El lugar del quiebre mítico, la fábula del jardín paradisiaco se traslada al hogar, libre de su rancio romanticismo; es en la vida familiar, en la crianza, en la pérdida de la inocencia donde el instinto de sobrevivencia rompe cualquier idealismo. Es un campo minado. Una encrucijada. Es el jardín de Leopardi amenazado por la muerte, incluso en la belleza plena de un rosal en su mejor momento, cubierto a tope de flores de colores encendidos. Esa imagen idealizada del césped y los parterres podados, la fuente y las aves cantarina, aparece en las páginas de presente volumen como señales funestas, advertencia de pérdidas y rupturas, en fin, lecciones de tinieblas que nos ponen a prueba y nos preparan para la herida final.

«Un jardín / se rompe a partir / de la separación / de dos almohadas».

El amor, la atracción física, la idea de futuro conyugal de nuestros padres casi siempre es un sobrentendido, capítulos que damos por escrito. De ese cuento rosa o de ese tabú, venimos, en esa tierra fértil se plantaron nuestras esporas, en esas tensiones y sentimientos exaltados nos alimentamos y crecimos. Nuestros signos vitales se conectan con esas raíces

y con esa memoria. Heredamos de uno o de otro, el color de la piel o el de ojos, la propensión hacia ciertas enfermedades del cuerpo y del alma. Somos hijos de una fatalidad que dispuso varios de nuestros puntos de partida. La disponibilidad a la renuncia de tales derivas es prueba de vida permanente. Los poemas de Ana Corvera no rehúyen dicha toman de conciencia. Se reconocen en esos aluviones arrastrados por el deseo y en esos detritus surgidos del dolor. Saldos de la tormenta, y de la mañana posterior al naufragio, las imágenes del libro son afirmaciones y renunciadas potenciadas por la incandescencia verbal, libre de florituras y sentimentalismo. Un libro de serenas y necesarias confrontaciones:

«El padre de mi padre no era igual al padre de mi madre». [...] De él tengo la piel oscura para resistir los extravíos en el desierto. Ojos negros a los que ya no cabe mancha alguna».

*Palabras que el micelio repite en mi cabeza*, de Ana Corvera. Espina Dorsal, 2024.

## NOSTALGIA POR NOSTALGIA

HUGO HERNÁNDEZ  
VALDIVIA

«Llegué al cine» huyendo de la escuela. Y llegué tarde. Los últimos semestres de la carrera universitaria (un error llevado hasta las últimas consecuencias, con graduación y titulación, cómo no: alguien, de cuya autoridad no quiero acordarme, me dijo entonces que «lo que se inicia, se termina»; incluso los errores, lo cual lamento desde entonces) se convirtieron en un absoluto fastidio, al grado de hacer insuficiente el contrapeso vital que me procuraba habitualmente la literatura. Entonces comencé a ir al cine. Solo y varias veces a la semana.

Hasta entonces había visto pocas películas, muy pocas. El descubrimiento del cine comenzó con Luis Buñuel, en la televisión (con comerciales) y por medio de las tres películas que Gustavo Alatriste produjo para el cineasta español (*El ángel exterminador*, *Viridiana* y *Simón del desierto*). Más allá de la curiosidad que me provocaban algunas situaciones en particular que registran esas

Guadalajara, Jalisco, 1965. Es crítico de cine y profesor en el ITESO, colaborador de la revista *Magis*.

películas (por ejemplo, ¿por qué los asistentes a una cena no pueden salir de la casa?; ¿por qué Simón da un salto temporal de su torre en el desierto del siglo IV al Nueva York del siglo XX y con el demonio como compañera?) descubrí en el cine, por primera vez, un campo propicio para sentir y pensar.

Más adelante aparece en mi memoria la función «inaugural» en la sala oscura: *Nostalgia* (*Nostalghia*, 1983) de Andrei Tarkovski, que vi en una muestra internacional de cine. La experiencia fue fascinante. En la oscuridad descubrí una luz, un puente provechoso para lidiar con mi propia circunstancia. Veía cómo ante el malestar que puede instalarse en el presente se abre la posibilidad de encontrar refugio en lugares que resultaron apacibles en tiempos pretéritos (y no es que ignorara qué es la nostalgia, por supuesto: era la primera vez que la sentía porque la veía y la escuchaba). El protagonista de la película viaja de la Unión Soviética a Italia siguiendo las huellas de un músico del siglo XVIII. A lo largo de la historia somos testigos de su incapacidad para vivir en el presente, para encontrar la paz en el tiempo y el espacio que habita. Se «transporta» entonces, con su perro fiel, a un idílico lugar del pasado, a un paisaje en ruinas y anegado, en el fondo del cual aparece una casa rural, una dacha (escenario que, descubriría después, aparece en otras películas de Tarkovski). Pero había algo más que la historia, algo que contribuye a establecer justamente el ánimo nostálgico, algo que entonces no sabía nombrar pero sí era capaz de percibir: eso que ahora puedo identificar como lo cinematográfico, que se concreta en la técnica y conforma el estilo. Comencé a observar, o acaso sólo intuir, una característica del séptimo arte que luego pude constatar: el cine es el único medio creado por la humanidad que tiene la maravillosa virtud de materializar —de hacer visible y audible, de dar realidad física y temporal— los pasajes imaginados, los paisajes de la memoria. Como los sueños, claro, pero con la singularidad de que se trata de sueños compartidos con otros soñadores (como en *Inception* de Christopher Nolan), pero en la vigilia.

Acaso por eso siento tanta nostalgia por la primera visión de *Nostalgia*, por el descubrimiento de Tarkovski, por la variedad de reacciones e impresiones que provocó y dejó, por las revelaciones. Fue una



NOSTALGIA, ANDREI TARKOVSKI, 1983.

experiencia total: emocional, intelectual, espiritual. Entonces nació mi gusto y aprecio por Tarkovski, el cual he confesado a diestra y siniestra, lo que provocó que fuera etiquetado como «pedante» por un pedante. Pero si acaso hay pedantería de mi parte, es involuntaria (por el otro no hablará el espíritu): cada que vuelvo a ver *Nostalgia* (o *El espejo*, *El sacrificio*, *Andrei Rubliov*, *Solaris* o *Stalker*, mi película «de cabecera») se mueve algo en mi interior. Lo traduzco así: me dan ganas de creer. ¿En qué? En algo. En algo

más grande que lo que provee la realidad física. El protagonista de *Nostalgia* al final emprende un acto aparentemente inútil en su afán de salvar su humanidad, registrado en un planosecuencia prodigioso. Ha descubierto la necesidad de la fe. Algo similar me sucedía cuando escuchaba la novena de Beethoven: me daban ganas de creer en la humanidad. Aún aparece bastante emoción al oír esos coros monumentales del cuarto movimiento («en que los hombres volverán a ser hermanos», ¡ay!), pero pronto

las noticias me hacen salir del hechizo para constatar que la humanidad es un proyecto fallido, ¿un desperdicio de esperanza? Con Tarkovski las ganas de creer son más duraderas.

En adelante estos momentos se multiplicaron. Y como todo neófito en la materia, primero me impresionó la película y luego tomé nota de que detrás había un autor: *La naranja mecánica* (*A Clockwork Orange*, 1971)—que también abría un espacio para la curiosidad (a qué hace referencia el título, por ejemplo)—y Stanley Kubrick; *El*

*viaje a Citeria* (*Taxidi sta Kythira*, 1984) y Theo Angelopoulos; *Rashomon* (1950) y Akira Kurosawa; *Down by Law* (1986) y Jim Jarmusch; *Y la nave va* (*El la nave va*, 1983) y Federico Fellini; *La ley de la calle* (*Rumble Fish*, 1983)—que vi muchas, muchas veces—y Francis Ford Coppola; *Canoa* (1976) y Felipe Cazals; *Fanny y Alexander* (*Fanny och Alexander*, 1982) e Ingmar Bergman; *París, Texas* (*Paris, Texas*, 1984) y Wim Wenders; *Taxi Driver* (1976) y Martin Scorsese; *La rosa púrpura del Cairo* (*The Purple Rose of Cairo*, 1985) y Woody Allen; *La gran comilona* (*La grande bouffe*, 1973) y Marco Ferreri.

Extraño asimismo las salas donde vi algunas películas, la mayoría de las cuales han desaparecido del espacio y del tiempo: el cine Diana, en el que vi con mi hermano Nacho (q. e. p. d.: una nostalgia lleva a otra) *Napoleón* (1927) de Abel Gance; la videosala de avenida Hidalgo, en la que vi por primera vez *Las alas del deseo* (*Der Himmel über Berlin*, 1987) de Wim Wenders en memorable (por afectiva) compañía; a la lista se suman la sala del Cabañas, el Cinematógrafo, la sala de la biblioteca, la del Estudiante, la del Ex Convento del Carmen, el auditorio Silvano Barba y, por último, el Cine Foro. Extraño además la muestra de

cine mexicano, la original (que luego se convirtió en un desabrido festival internacional), que nació con una ambición plausible (ahora lo mueve más bien la pretensión) y por iniciativa de Jaime Humberto Hermosillo: que el público mexicano tuviera acceso al cine mexicano. Yo lo tuve, y en esos años descubrí un cine mexicano que me estimulaba, a autores como los mentados Hermosillo y Cazals, pero también a Jorge Fons, Paul Leduc, Arturo Ripstein. Mención aparte merece *Redondo* (1986) de Raúl Busteros, una película con un aliento experimental que es muy poco habitual por estas latitudes y que me dejó memorables sensaciones.

Cuando rememoro esos descubrimientos fundamentales tengo presentes las impresiones que experimenté; y constato que, conforme crecía mi cinefilia y alimentaba el culto a algunos de los autores mencionados, la emoción y el sentimiento decrecían o, por lo menos, se matizaban. No he vuelto a experimentar nada similar a lo vivido con aquellos descubrimientos. Añoro la emoción primigenia, acaso tanto como las palpitaciones por el primer amor (perdón por la cursilería). Por supuesto que el cine no ha dejado de provocar emociones a raudales;

algunas películas lo han hecho bastante (recientemente mencionaría *Días perfectos* de Wim Wenders), pero haciendo una comparación es inevitable reconocer que poseen menor intensidad emocional. Así como ninguna relación afectiva posterior provocó emociones tan intensas como el primer amor (perdón por la reincidencia).

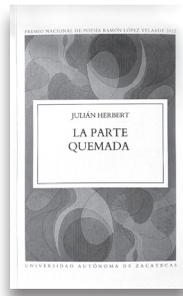
No sé si todo tiempo pasado fue mejor, si padezco el «síndrome de la edad dorada». Lo que sí sé es que he pasado tiempos mejores y que la nostalgia, que es primordialmente memoria afectiva—es pura memoria afectiva—, sigue ahí, recordándomelo: se ha convertido en una sombra pertinaz, en una fiel compañera. La única.



### LOS ESCRITORES NO COMEN AIRE

«La literatura tiende a convertirse en una mercancía extraordinariamente cara cuando lleva la firma de un nombre en boga», dice Émile Zola en *Literatura y dinero*, traducido por Gabriela Torregosa. En este breve ensayo, el autor francés describe el espacio social del campo literario francés: sus mecenazgos, salones literarios y apoyos del Estado a los escritores. Si bien algunas de sus críticas podrían parecernos neoliberales —por arcaizante que suene—, e incluso, clasistas, y dado que las condiciones de circulación de la literatura han cambiado desde hace casi ciento cincuenta años, este título nos muestra que ciertas problemáticas siguen siendo vigentes cuando de recursos y «vivir de escribir» se trata, con humor y chismecito incluidos. Además, algo rarísimo de ver en nuestros días, *Literatura y dinero* cuesta sólo 45 pesos.

*Literatura y dinero*, de Émile Zola, Gabriela Torregosa (trad.). Trama Editorial, 2020; FCE, 2024.

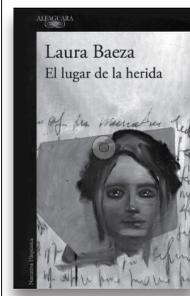


### EL CERILLO, EL MONJE Y EL BIDÓN DE GASOLINA

Diez años pasaron entre el último libro de poesía de Julián Herbert y este, que en 2022 resultó ganador del Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde.

*La parte quemada* es un collage que utiliza un inagotable arsenal de recursos poéticos, apropiaciones y pretextos temáticos. Entre ellos, llamadas por cobrar hechas al autor por fantasmas (Oscar Wilde, Blancanieves, Elizabeth Bishop, David Foster Wallace...) y un incendio ocurrido en 1950, cuando Hayashi Yoken, un monje zen, prendió fuego al Kinkaku-ji, uno de los más hermosos templos budistas de Kioto. Al ser interrogado, el joven declaró que el edificio le daba envidia. Herbert examina las cenizas de aquel siniestro y otros igual de peculiares y efectúa un ejercicio poético de zen que amenaza con quemar la parte del templo que le faltó a Hayashi.

*La parte quemada*, de Julián Herbert. Universidad Autónoma de Zacatecas, 2022.



### EL CENTRO DEL DOLOR

Lucero y Dolores entrelazan sus voces en el relato de la peor pesadilla que las personas pueden sufrir: la desaparición forzada y el calvario de la supervivencia en una oscuridad desconocida. Desde el centro del dolor, el tejido narrativo de estas mujeres saca a la luz los mecanismos de la violencia en una sociedad ciega. Nancy, compañera de escuela de Lucero e hija de Dolores, desparece. Lucero la acompañará por un infierno inmerecido, mientras que Dolores da palos de ciego desde los terrenos de un país corrupto, también infernal. A pesar de la oscuridad y el dolor del tema, Laura Baeza —quien se basó en innumerables testimonios escritos— logra que esta novela se lea de cabo a rabo, aunque a veces se necesite una pausa para respirar o llorar.

*El lugar de la herida*, de Laura Baeza. Alfaguara, 2024.



### POESÍA CONTRA EL ANTROPOCENO

*Leche de bugambilia* es la entrega más reciente de María Cob (Ciudad de México, 1985), también conocida como Rosario Loperena. Este libro de poemas, que además se trata de una edición de la propia autora, se desarrolla a partir del cuerpo como flor, animal, bosque y de las redes que este mantiene con su sustrato: el lenguaje, la familia, el entorno y los cuerpos (ya sean celestes o de seres vivos) que lo rodean.

Este libro va construyendo una temática que podría inscribirse en la ecopoesía, con una amplia variación de registros que van desde imágenes neobarrocas combinadas con elementos de la cultura pop y la pintura decimonónica, hasta poemas visuales e, incluso, algunos textos en inglés.

Así, la autora busca lograr «una escritura menos humana» bajo la cual «crece / late / conecta / una red finísima encendida» y donde «leer es polinizar».

*Leche de bugambilia*, de María Cob. 2023.



### HACIA LA ALEGRÍA

Contra el sesgo en el gusto y el prestigio moderno hacia lo oscuro y tormentoso, Armando González Torres ofrece *Libros alegres*, una recopilación de gozosos textos que iluminaron, en su primera versión, a los lectores del suplemento *Laberinto*. El poeta y ensayista, en la «Bienvenida» de su libro, recuerda que hace unos años descubrió una propensión inconsciente a incluir en sus lecturas libros y autores «alegres», es decir, aquellos que sin caer en la ingenuidad inyectan optimismo, aliento y ánimo. Cada texto está dedicado a un tema, a un libro o a un autor, entre ellos: caminar, *La biografía de la luz*, de Pablo D'Ors, y Julio Ramón Ribeyro. Los textos son disfrutables en sí, pero, también, una invitación a investigar y leer autores quizá desconocidos para el lector.

*Libros alegres*, de Armando González Torres. El Tapiz del Unicornio, 2024.



### BAJO EL MÁRMOL LUNAR

La pérdida como una presencia rotunda en el corazón de las cosas. La nostalgia, un sitio de peregrinaje, el encuentro con lo no dicho, lo nunca advertido que se manifiesta justo en el vacío de la vida, cuando quedan los objetos con sus preguntas a cuestas: «abres la puerta y el aire te rasguña, / la belleza hoy está sobre tu silla / bajo la luz de la tarde / en tu cuarto vacío».

En el poemario *Bajo el mármol lunar*, Claudia Berrueto enfrenta la nada a manera de un cero que se descifra desde la desnudez de la soledad rotunda y explora el encuentro con la muerte. En la cuarta de forros, Francisco Meza comenta que la figura principal es la orfandad a partir de la muerte de la madre. No obstante, su itinerancia hacia el hoyo del dolor va más allá, es una percepción del cosmos que termina.

*Bajo el mármol lunar*, de Claudia Berrueto. Universidad Autónoma de Nuevo León, 2024.

## MARIO HEREDIA CREA COLLAGE CON PARTITURAS CENTENARIAS

VÍCTOR ORTIZ PARTIDA

Sobre *La Valse*, la serie que presenta en **Luvina**, Mario Heredia recuerda lo escrito para el catálogo de la exposición: «Traté de interpretar un vals sin instrumento musical, sin voz, sin sonido, para ser exacto. Utilicé viejas partituras, postales, retratos de familia, estampillas, hilo y tinta. Dejé que mi sentido del equilibrio y mi habilidad para armar rompecabezas hicieran su trabajo. Fue la repetición, sólo eso, y dejar libres la obra de Ravel, el olor de la tinta y el sabor del viejo pegamento. Quise crear la visión de un movimiento perpetuo y decadente. Fallé, pero quedé satisfecho».

La muestra se montó en la Galería La 133, en San Antonio Tlayacapan, Jalisco, junto con la obra plástica de los poetas Jorge Esquinca y Francisco Magaña. La exposición se llamó *Convergencias-resurgencias*.

Mario Heredia es poeta, narrador y artista plástico. Nació en Orizaba, Veracruz, en

**Puerto de Veracruz, 1970. Su libro más reciente es *Hacia días felices simples rastros* (Mano Santa, 2020).**

1961, y radica en Guadalajara desde hace treinta y seis años, donde imparte talleres de narrativa y novela en la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM).

Es autor de libros de poesía, cuento y novela. Entre sus publicaciones más recientes están el poemario *Carbón Marino* (Mantis Editores, 2022) e *Hijo de tigre* (Grijalbo, 2022), que fue ganador del Premio de Novela Histórica Claustro de Sor Juana / Grijalbo.

Su última novela, *La necesidad de las cosas de allá* (Atípica Editorial, 2023), forma parte del proyecto *Trilogía de Orizaba*, que recibió la beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte durante el período 2019-2022.

Su obra también ha recibido premios como el Concurso Nacional de Cuento Edmundo Valadés, el Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez, el Premio Internacional de Novela Sergio Galindo y el Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano.

Como artista plástico se considera autodidacta, aunque tomó clases de pintura con Carlos Castillo y con Ulises González. Ha participado en exposiciones colectivas en Guadalajara (Alianza Francesa), en San Antonio Tlayacapan

(Galería MC y Galería La 133) y en el Colegio Nacional, en la Ciudad de México, con la exposición *Correspondencias: diálogos entre la letra y la imagen*.

*Bosques* ha sido su única exposición individual. Jorge Esquinca escribió sobre ella: «Bosques presentidos. A través de ellos, entre los ramajes umbríos, anduvo Mario Heredia con un tizón humeante. Cada uno de sus cuadros es la huella y el talismán de su aventura».

En diciembre de 2021, por su trayectoria obtuvo el reconocimiento de ciudadano distinguido por parte del Cabildo de Orizaba.

Para las piezas que forman la serie *La Valse*, Mario Heredia usó la técnica del *collage*. «Utilicé todo lo que estuvo a mi alcance. Primero partituras antiguas que una tía me regaló, y que pertenecieron a una pianista muy famosa de principios del siglo XX. Ella me regaló las partituras porque yo tocaba el piano, pero como dejé de tocarlo, pensé en utilizar, para estas obras, algunos de los libros, no todos, porque también hay joyas. Son partituras que tienen más de cien años. También utilicé grapas, hilo, postales antiguas, recortes

de revistas, retratos de mi familia, fotografías compradas en los bazares. Siento que la tinta es lo que da el ritmo y la unidad a cada una de las piezas».

### ¿En qué año comenzaste a crear esta serie?

Comencé en 2017, cuando montamos la exposición en San Antonio, pero no he dejado de crear estas obras. Pienso que me detendré cuando ya no haya más partituras en esa caja mágica. Para este número de **Luvina** estuve tratando de conseguir todas las obras que había hecho, pero me fue imposible porque algunas no sé dónde quedaron.

### ¿Dentro de tu trayectoria en las artes plásticas qué representa *La Valse*?

Una gran alegría, quedé muy satisfecho con lo que logré, me atrevo a decir que rescaté retazos de mi memoria por medio de retazos de cosas que encontré por ahí. Siento que podría ser como una autobiografía hecha de símbolos. Además, tuve la oportunidad de que se presentara en una exposición con dos grandes poetas, amigos míos, y con una bola de poetas que leyeron sus poemas en el quiosco del pueblo.

### ¿Cuándo incursionaste en las artes plásticas?

Desde niño me gustó dibujar, de adolescente tomé clases de pintura con el pintor Carlos Castillo Álvarez, quien había estudiado en San Carlos, y luego regresó a vivir a Orizaba para realizar algunos murales. Él me enseñó mucha técnica, luego me dediqué a experimentar. Recuerdo las clases que tomábamos con él; éramos tres alumnos y nos recibía en el piso de arriba de una carnicería. Como el piso era de madera, a veces la pintura que chorreábamos en el suelo se filtraba y manchaba la carne que estaba colgada abajo. Entonces el carnicero subía muy enojado blandiendo el cuchillo a gritarnos que dejáramos de hacer eso. De ahí nació mi novela *La santa imagen de Lucía Méndez*, que trata de un pintor de santos.

Sobre eso de la experimentación, recuerdo que hice unos cuadros que pintaba con acuarela y tinta y luego planchaba (por cierto, eché a perder la plancha). Eran extrañas figuras que, después de enmarcarlas, pasado un tiempo, desaparecían. Por varios años guardé esos cuadros vacíos, para recordarme lo efímero que es todo en este mundo.

Luego tomé clases aquí en Guadalajara con el pintor cubano Ulises González, quien me mostró lo que era la libertad al pintar. Con él estuve varios años yendo todos los lunes a su taller. Él me enseñó, entre muchas cosas, a saber detenerme a tiempo y no arruinar una obra. Y a no tomar tan en serio la pintura. Después me he dedicado a experimentar con diferentes materiales, a echar a perder óleos, acrílicos, tintas, acuarelas. Y de pronto surge algo que me cautiva. Nunca pensé vender un cuadro, yo los pintaba para decorar las paredes de mi departamento, porque odiaba las reproducciones. Entonces me decía, prefiero una obra mala pero original a una copia de una obra maestra. Pero con pocas pinturas y *collages* que he vendido, he ganado más dinero que con todo lo que he publicado.

### ¿Cómo ha sido la convivencia de las artes plásticas con la literatura?

Buena, quizá porque las he mantenido alejadas una de otra, como al esposo y al amante. Los procesos son completamente distintos. La literatura la tomo con más rigor, tengo que romperme la cabeza pensando en la estructura, el

personaje, el ritmo, etc. Hago y deshago, una y otra vez, y lo gozo. Con las artes plásticas soy más libre, no pienso, dejo a mis manos que hagan todo el trabajo. Mis ojos me dicen sí, hasta ahí, y mi corazón palpita más rápido. Entonces sé que el trabajo está terminado. Quizá en donde se unen las dos es en mi interés por estar experimentando.

#### En las artes plásticas ¿cuál ha sido tu mayor logro?

Quizá el mayor fue ser invitado al Colegio Nacional a presentar mi obra junto con otros escritores que también han incursionado en las artes plásticas. La exposición se llamó *Correspondencias: diálogos entre la letra y la imagen*. Fue muy gozoso, aunque me sentí un poco asustado al ver mis cuadros tan cerca de la obra de Fernando del Paso, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Xavier Villaurrutia, José Emilio Pacheco, entre muchos otros.

#### En este momento ¿cuál sería tu definición de arte?

Santo Tomás de Aquino dice que el arte es el recto camino de la razón; tomando la misma idea, yo diría: el arte es el arduo camino que nos aleja de la locura. Y, a veces, nos vuelve mejores seres humanos.

Y siguiendo con Santo Tomás, en uno de sus principios dice: «no puede ser bello aquello que tiene deficiencias. Lo que está deteriorado, o incompleto, es de por sí feo». Para mí sería lo contrario: en lo más simple y «feo» podemos encontrar más fácilmente el arte. No sé si esto que hoy se expone en **Luvina** pueda ser un buen ejemplo.

#### ¿Qué camino seguirás dentro de las artes plásticas?

No lo sé, siempre he creído que el destino ha ido marcando mi camino y, como soy muy flojo y miedoso para pensar en el futuro, mejor dejo que se me vayan presentando las oportunidades: un cartón viejo que recojo en la calle, unas hojas, un pedazo de espejo, una fotografía rota. O bien, que tenga la mala idea de meterme en una tienda de artículos para pintores y me endrogo con todo lo que sé que compraré para seguir experimentando.



PÁGINA 7  
*Autorretrato*, 2017  
Collage  
64 × 50 cm



PÁGINA 13  
*Muchachos*, 2017  
Collage (detalle)  
42 × 78 cm



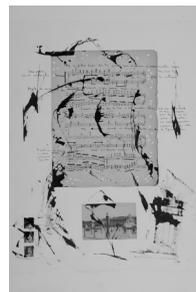
PÁGINA 27  
*Detectives*, 2017  
Collage  
59 × 42 cm



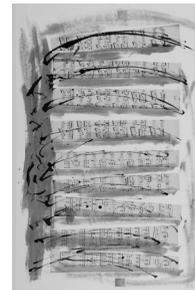
PÁGINA 33  
*Huerfanitos*, 2017  
Collage  
64 × 50 cm



PÁGINA 36  
*La Asunción*, 2017  
Collage  
72 × 51 cm



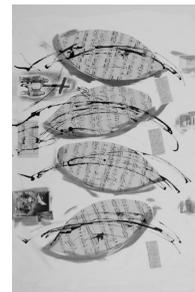
PÁGINA 45  
*La Concorde*, 2017  
Collage  
64 × 50 cm



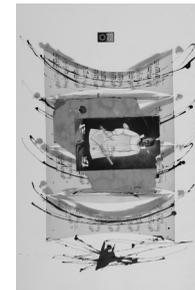
PÁGINA 102  
*Sinfonía*, 2017  
Collage  
50 × 70 cm



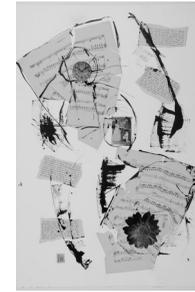
PÁGINA 114  
*Papito*, 2017  
Collage  
37 × 64 cm



PÁGINA 124  
*Violoncelos*, 2017  
Collage  
50 × 70 cm

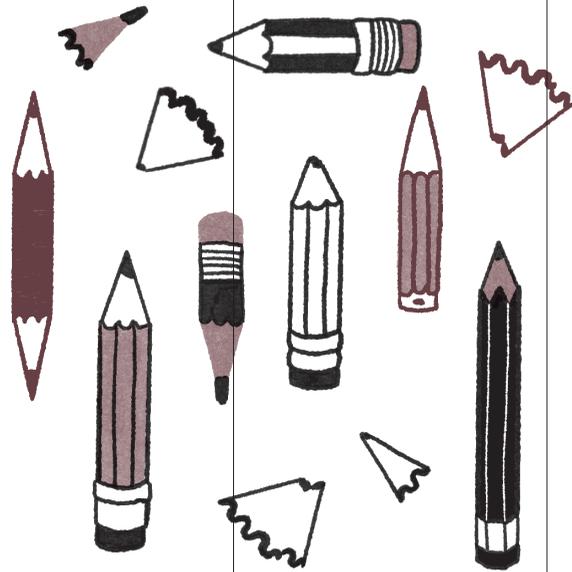


PÁGINA 142  
*Monelle*, 2017  
Collage  
50 × 70 cm



PÁGINA 146  
*Hada*, 2017  
Collage  
70 × 50 cm

FOTOS DE OBRA: ANTONIO URUÑUELA



Revisa los resultados de nuestra convocatoria cada mes en español, inglés y francés.

¿Cómo  
y por qué  
escriben  
los artistas?

<https://ornitorrincotachado.uaemex.mx/>

LA POBRE RICA (DETALLE), VERONICA LUZNIK, 2022.



escritura & arte  
writing & art  
écriture & art

Universidad Veracruzana

**LAPALABRA**  
YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA



**68** Teatro. 70 años de la Orteuv

- Los primeros espacios teatrales en Xalapa
- Formación y creación: Facultad de Teatro UV
- El Foro Teatral Veracruzano, una quimera de Raúl Zermeño
- Cherán, LEGOM y la lucha de las mujeres purépechas
- Dramaturgia en el Festival de Teatro Universitario de la UV
- Escritura para la escena: jóvenes creadoras en Veracruz
- El teatro pospandemia en el Veracruz metropolitano

**Dossier** - fotografías de *El puro lugar*, coproducción de la Orteuv con Teatro Línea de Sombra

f /lapalabayelhombreoficial

X @Palabayehombre

ig /lapalabayelhombreoficial

lapalabayelhombre.uv.mx



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

BIOGRAFÍA ESCÉNICA:

**La Sensacional Orquesta Lavadero:**  
semillero de clowns

PERFIL:

**Morris Gilbert**

ESTRENO DE PAPEL:

**Tornaviaje**, de Diana Sedano

ENCUÉNTRALA EN LA **LIBRERÍA PASO DE GATO**  
LLAMANDO O ESCRIBIENDO A:

libreriapaso.degato01@gmail.com

55 5981 6993

www.pasodegato.com



**GREZZO**  
**GELATERIA**

*Cafetería y repostería italiana*

Avenida Morelos 2038B Ladrón de Guevara 44600

@grezzo.gdl en Instagram.

